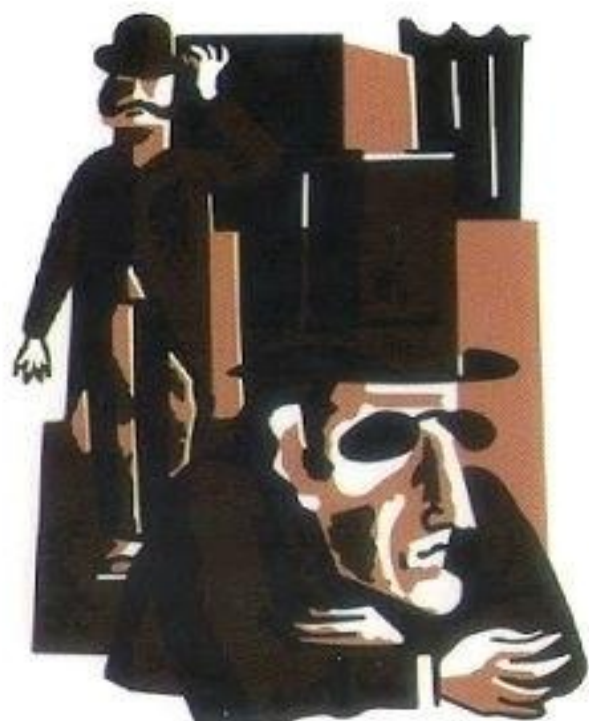


EL SÉPTIMO CÍRCULO

**LA LARGA
BÚSQUEDA DEL
SEÑOR
LAMOUSSET**

POR
LYNN BROCK



Lectulandia

Ésta es la historia de la vida de un hombre que quizá no fue un gran hombre, pero que conoció a los grandes de un día glorioso; un hombre a quien el destino y su propio espíritu le confiaron un papel y una misión singulares. Su historia empieza en los días extraños y agitados de fines del Segundo Imperio, en aquellos días en que las negras nubes que presagian la tormenta se cernían sobre las fronteras de Francia. Termina cincuenta años después, cuando el estruendo de una nueva tormenta, más temible y amenazadora, agitaba todavía los aires. Desempeñó un papel importante y recorrió un largo camino, a costa de amargos sacrificios y humillaciones sin fin; pero llegó al final del mismo con el *nunc dimittis* de un corazón henchido de fe en su destino.

Lectulandia

Lynn Brock

**La larga búsqueda del señor
Lamousset**

El séptimo círculo - 41

ePub r1.0

Titivillus 05.12.17

Título original: *The two of diamonds*

Lynn Brock, 1947

Traducción: Fernando Ungría

Ilustraciones: José Bonomi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi mujer

NOTICIA

Ésta es la historia de la vida de un hombre que quizá no fue un gran hombre, pero que conoció a los grandes de un día glorioso; un hombre a quien el destino y su propio espíritu le confiaron un papel y una misión singulares. Su historia empieza en los días extraños y agitados de fines del Segundo Imperio, en aquellos días en que las negras nubes que presagian la tormenta se cernían sobre las fronteras de Francia. Termina cincuenta años después, cuando el estruendo de una nueva tormenta, más temible y amenazadora, agitaba todavía los aires. Desempeñó un papel importante y recorrió un largo camino, a costa de amargos sacrificios y humillaciones sin fin; pero llegó al final del mismo con el *nunc dimittis* de un corazón henchido de fe en su destino.

El autor desea expresar su gratitud a los albaceas del malogrado señor Claudio Lamousset por haberle permitido la libre consulta de documentos privados, y por los datos proporcionados con el fin de utilizarlos en completar esta crónica, que constituye la realización de un propósito.

CAPÍTULO I

EL SEÑOR LAMOUSSET SIGUE ESPERANDO

1

Durante todo aquel día de agosto había pesado sobre la desolada comarca un cielo de color plumizo. Al anochecer ese color se había convertido en negro violáceo, en cuya tétrica amenaza se agazapaba un secreto presagio más amenazador todavía. Esa oculta amenaza se hinchaba convexamente y se hundía cada vez más sobre la aterrada tierra, hasta llegar un momento en que pareció que pendía de las copas de los árboles, y daba la impresión de que las afiladas puntas de los pinos fuesen a clavarse en ella, haciéndole desparramar su furia por doquier. A pesar de la sofocante atmósfera, de vez en cuando llegaban pequeñas ráfagas de aire frío, procedentes del Este, trayendo consigo siniestros estampidos que, desde mediodía, amortiguaban todos los demás ruidos.

Los pinos se dibujaban sobre el sombrío cielo, como si fueran de negro azabache. Junto a la oscura silueta de los árboles, con sus innumerables brazos extendidos en todas direcciones, el castillo de Erly resultaba de una blancura nívea, más aún que a la luz resplandeciente del sol en un claro día de verano. La amplia fachada del Sur, coronada con torrecillas, daba a una larga y recta avenida con doble hilera de álamos, que susurraban inquietos al menor soplo de viento. El señor Lacques, el mayordomo del doctor Cossard, de pie en el último de los blancos peldaños de la ancha escalera, miraba con el ceño fruncido en dirección al camino que partía de Assangy y seguía hacia el Oeste, hasta Rochanville, distante diez kilómetros.

Era una carretera de aspecto agradable que conducía a un pueblo animado y bullicioso, con pretensiones de ciudad, pero cuyas calles, al dar las nueve de la noche, aparecían desiertas; a lo sumo solía verse algún automóvil solitario, el pequeño

autobús que iba de Assangy al pueblo, y a veces alguna pareja de labradores a pie o en bicicleta, que iban a pasar la velada al café del pueblo. A las nueve de la noche, vista desde el último peldaño de la escalera del fondo de la avenida de álamos, la carretera ofrecía generalmente un aspecto de paz y sosiego. A veces, el señor Lacques, que había vivido en París, la encontraba demasiado tranquila.

No obstante, aquella noche llegaba el rumor de gritos distantes y se sentía el crujido de ruedas que avanzaban sobre el empedrado, por el final de la avenida. Se había levantado una nube de polvo que permanecía flotando en el aire sobre la blanca ornamentación de las pesadas puertas de la entrada. La nube de polvo se extendía a ambos lados de la carretera, bordeada de árboles, como una enorme franja de algodón sucio suspendida sobre las tapias del parque.

«Ciertamente —pensó el señor Lacques—, las cosas se están poniendo mal».

El criado del doctor Cossard, Courtalet (la persona del castillo que seguía en dignidad al muy noble señor Lacques), venía de la parte oriental de la casa, con el sombrero puesto y agitando un hermoso bastón. El señor Lacques bajó los peldaños y se unió a él en el comienzo de la alameda.

—¿Va usted al pueblo?

—Sí, quizás haya noticias.

—¿Dónde está el señor Lamousset?

—Sigue en el consultorio.

El mayordomo había preguntado por Lamousset con toda naturalidad, y Courtalet le había contestado con igual entonación. Para la buena marcha de la casa eso era lo más importante. Dondequiera que estuviese Lamousset, allí se encontraría seguramente el doctor: seguridad con la que estaban tan familiarizados que nadie en la casa se hubiera tomado la menor molestia en buscarle una explicación. Si Lamousset estaba paseando por el jardín, el doctor paseaba con él por el jardín. Si Lamousset estaba lavándose las manos en el cuarto de baño, el doctor estaría allí también, lavándose las manos. Así era siempre; así había sido siempre.

Mientras los dos servidores permanecían allí, frente a la alameda, de espaldas a la amplia casa blanca, dirigiendo sus miradas a la carretera, percibieron simultáneamente una tenue y fugaz vibración en lo más profundo de su ser. Esta vibración fue al principio más bien una sensación que una percepción. Luego fue creciendo rápidamente, hasta convertirse en suave susurro, semejante al zumbido de un aeroplano, o, a juzgar por su volumen, de varios aeroplanos. Los dos hombres volvieron la cabeza para contemplar la casa, que resaltaba sobre la oscuridad violácea del cielo. El suave susurro iba adquiriendo volumen, pero no descubrieron los aviones hasta que algo semejante a una estrella refulgente cruzó el espacio como un relámpago y desapareció en un abrir y cerrar de ojos por detrás de los pinos. Eran tres aparatos que parecían negros pájaros de mal agüero revoloteando por encima de Assangy. El fulgor de otra estrella surcó velozmente el espacio, en dirección a tierra. Dos de los pájaros negros giraron hacia el Este, en dirección a Rochanville, y el otro

quedó evolucionando por las cercanías; ascendía y descendía con calma, describiendo círculos sobre las casas del pueblo.

El mayordomo se encogió de hombros y dijo sin perturbarse:

—Me parece que va a bombardear Assangy.

—Con tal de que no nos hagan una visita a nosotros... —dijo sonriente el criado, haciendo a su vez alarde de serenidad.

Bajaron por la alameda hasta llegar a un camino lateral que serpenteaba por entre los pinos, en dirección al pueblo; era un atajo que utilizaba la servidumbre. Desde allí divisaron el confuso hacinamiento de las casas irregulares de Assangy, entre las cuales sobresalían la torre de la iglesia y los pisos superiores del Ayuntamiento.

El pájaro negro volvió a elevarse y se desplazó hacia el Sur, por sobre los terrenos del convento, en donde permaneció evolucionando durante unos instantes, al parecer sin objeto.

Courtalet bajó por el sendero entre los pinares, encaminándose al pueblo en busca de noticias, y Lacques siguió por la alameda y traspuso las grandes puertas para ver a los que pasaban. Vehículo tras vehículo avanzaban trabajosamente por la ladera de la colina, cargados con los más heterogéneos cargamentos. Desde sus inseguros refugios los niños parloteaban alegremente con los mayores que, abatidos, volvían hasta la cumbre de la colina para echar una última mirada a los hogares que acababan de abandonar, quizá demasiado precipitadamente. Conforme iban pasando por delante de la puerta, los fugitivos, a pesar de la angustia que los embargaba, saludaban respetuosamente al personaje.

—¿Así que usted se queda, señor Lacques? Los alemanes están en Saint-Dourey, en Croix-des-Ormes, en Marquise, en todos los alrededores. Ya no queda más que esta carretera libre, y no será por mucho tiempo. ¿Así que se queda usted, señor Lacques?

El mayordomo sonrió con serenidad y dijo:

—Hasta que nos veamos obligados a partir, mi buen Laurent.

Pasaron varios automóviles cargados hasta los topes. Algunos ciclistas, agobiados por el peso de enormes fardos, se balanceaban entre la nube de polvo, siguiendo a los camiones de las granjas y a las camionetas de reparto de las tiendas. El polvo acabó por resecaarle la garganta a Lacques. Se volvió y, canturreando con indiferencia, cruzó la amplia puerta y la cerró tras sí.

Sin duda alguna, las cosas se ponían mal. Aquella gente que fluía en dirección a Rochanville venía de pueblos situados a seis u ocho kilómetros al norte y al sur de Assangy. Luego ya no quedaba otra carretera libre. Efectivamente, ya era hora de que Lacques adoptara una decisión.

Mientras tanto Courtalet llegaba a la Plaza del Mercado al mismo tiempo que estallaba la tercera granada. En el instante en que Lacques cerraba las pesadas puertas, su apuesto colega, con su hermoso sombrero y su flamante bastón, yacía bajo un montón de cascotes que tres o cuatro segundos antes eran la fachada del

Ayuntamiento.

Las dos enormes ventanas y las amplias puertas de cristales del consultorio estaban abiertas de par en par. Leves soplos de aire frío saturaban el ambiente con el intenso perfume procedente del sombrío jardín.

«Dentro de media hora o de tres cuartos —pensó Lamousset—, el diluvio... ¡Qué delicia sería poderse trasladar a Rochanville en un trueno!». Una caminata de diez kilómetros no era cosa para ancianos de ochenta y cinco y ochenta y seis años.

Dado el curso de los acontecimientos, quien no pudiera quedarse en Assangy no tendría tampoco probabilidad de permanecer mucho tiempo en Rochanville. No se estaba seguro en ninguna parte; todos los rumores indicaban que las hordas pardas del enemigo se lanzaban hacia el Oeste a toda velocidad. Tampoco podía pronosticarse nada concluyente del confuso cañoneo. Ello no obstante, el ininterrumpido estruendo había ido aproximándose cada vez más durante todo el día y tan pronto procedía del Sudoeste como del Noroeste. No tendría nada de extraño que los *boches* estuviesen ya en Rochanville, y si no estaban aún allí, podrían estar sus granadas. ¡Qué delicia sería un viaje de diez kilómetros en un trueno!

Mientras encendía un cigarrillo (un cigarrillo por hora seguía siendo una necesidad imprescindible para su existencia) el pensamiento de Lamousset se concentraba en la pequeña reserva que tenía guardada en su maletín, que le esperaba en el vestíbulo. Ese maletín no ofrecía mucha protección contra una tormenta; probablemente, en un futuro cercano, sería difícil adquirir cigarrillos de la Régie d'Or. Claudio Lamousset sólo fumaba esta clase de cigarrillos, porque desde hacía medio siglo el señor duque de Lorán no había fumado otros. Estaba pensando que el depósito de su pequeño tesoro necesitaría la protección de una funda impermeable.

Para ponerle la funda al maletín habría sido necesario subir al espacioso dormitorio que compartía con el doctor Cossard. Éste, por consiguiente, tendría que subir también a su espacioso dormitorio. En aquellos momentos, en que se podría creer que el doctor Cossard iba por fin a traicionarse, no debía permanecer solo ni treinta segundos.

—Sus..., ¿cómo las llama usted, doctor?... sus tabletas de aspirina, ¿no es eso? Bien, ¿se ha acordado usted de ponerlas en su... maletín?

Hablaba, como solía hacerlo siempre, con esa pausada y lánguida delicadeza, copia fiel de la molición y el aburrimiento de los grandes estadistas, los grandes nobles y los grandes caballeros del Segundo Imperio. La afectación era perfecta; reencarnación más bien que imitación. Una especie de amaneramiento sutil, de negligencia estudiada, un bisbiseo cansino, una voz hastiada por el tedio de las palabras con las que debía terminar sus pensamientos, que quedaban incompletos. Hablaba tan suavemente, que el otro ocupante de la habitación, envuelta en la penumbra, que era algo sordo, apenas percibió sus palabras, y eso después de algunos instantes.

El doctor Cossard levantó la mirada del cajón de su escritorio, donde sus enormes manos huesudas (manos débiles y temblorosas ahora, pero que en otra época habían sido capaces de ganar honorarios de veinticinco mil francos por un trabajo de diez minutos) buscaban a tientas, como las manos inexpertas de una criatura.

—¿Cómo? ¿Ha dicho usted algo, Lamouset?

—He preguntado si ha guardado usted sus dichosas aspirinas.

—No, no me he acordado.

—Me parece que vamos a necesitarlas para dormir esta noche. Sería conveniente que subiera usted a buscarlas...

Cossard se movía indeciso, miraba a otra parte, se ponía de espaldas a la puerta, como resistiéndose a ir a su dormitorio. Solía obrar así siempre que Lamouset hacía alguna insinuación; pero siempre acababa por ceder.

—Voy en seguida —dijo por fin, y tocó un timbre con irritación—. ¿Por qué no traerá Lacques el café?

—Todavía no es hora. Seguramente estará fuera oyendo lo de las dichosas aspirinas. Quizá se haya marchado. Es posible. Habrá ido a buscar sus aspirinas. ¿Decía algo?

Pero Cossard aún no estaba dispuesto a ceder. Volvió a los cajones del escritorio para reanudar su búsqueda entre los estuches cerrados, los anaqueles de los libros y demás recuerdos de su profesión, de los cuales se había separado nominalmente hacía treinta años; pero, en realidad, hacía ya cincuenta.

Al fondo del espacioso aposento, sobre los estantes de los libros y la urna de cristal con el fox-terrier que le regaló en agradecimiento un príncipe británico en 1864, tenía colgado un retrato suyo de cuando era joven, pintado por Savigny en 1863. Representaba a un joven apuesto, de rostro aquilino, más bien grueso y robusto, con ojos vivaces y desafiantes. Pero a los ochenta y cinco años, Silvestre Cossard era un esqueleto con aire de halcón, que tenía la espina dorsal encorvada desde hacía tiempo, a causa del reumatismo, y unos ojos que escudriñaban de una manera inquisidora y recelosa. Aquella noche sofocante se había quitado el gorro de seda negra con borlas que usaba dentro de casa, y la difusa luz que entraba por las ventanas se reflejó en su cabeza calva, cuando se agachó, jadeante.

«En otro tiempo —pensaba Claudio Lamouset— esa cabeza pelada ha estado cubierta por un abundante pelo castaño, brillante y ondulado». Y se preguntaba qué había sido de aquellos rizos tan solicitados por las adorables damitas del sesenta al impulsivo Cossard, en la época en que era el más intrépido, el más afortunado e, incidentalmente, el más galante de los cirujanos parisienses, cuando andaba por los treinta y cinco. Probablemente, algunos de aquellos recuerdos castaños brillantes, marchitos ya, guardados en medallones, estaban en las vitrinas de algún prestamista o en antiguos escritorios, olvidados, polvorientos, en las mueblerías de segunda mano de la calle Papoussé. Bien, bien, esa cabeza alargada y brillante ya no volverá a producir pelo ni para permitir posarse a una mosca.

El tiempo mostróse más amable con Claudio Lamousset. Éste se había convertido en un anciano de porte majestuoso, erguido todavía, de aire grave, de bien cuidada cabellera, blanca como la nieve, de rasgos regulares, de apacibles ojos verdes, triangulares como los de un león, y siempre un poco contraídos. Ojos firmes, cuya mirada no podía resistirse ni evadirse, a pesar de su miopía... En algunas ocasiones usaba monóculo con cinta ancha pero no se lo ponía nunca para escrutar el rostro de alguien.

Jamás abandonaban al personaje inclinado sobre el escritorio. Durante cincuenta años los ojos de Lamousset no dejaron de ejercer ni un solo instante su serena vigilancia ante cualquier desliz. Paso a paso siguieron a Cossard cuando se alejó del escritorio y, después de oprimir el timbre con nerviosidad, paseó penosamente ante uno de los anaqueles y se puso a contemplarlo con indiferencia. Se detuvo al pie del cuadro que pendía sobre el fox-terrier.

—¿Y sus aspirinas, doctor?

No prestó atención al recuerdo, y siguió paseando a lo largo del aposento, hasta que llegó a las puertas de cristales que daban al pórtico. Allí se paró, con sus enormes manos huesudas en la espalda, y se quedó escuchando. Durante varias horas continuó sus nerviosos paseos, terminando siempre ante las puertas de cristales en la misma postura, con el mentón hacia adelante, su blanca perilla levantada en dirección al cielo amenazador, y su aguzado oído dirigido hacia el creciente estrépito de invasión procedente del Este.

—El ruido de esos cañones va acercándose cada vez más, Lamousset —dijo por fin.

Los bien moldeados hombros de Lamousset se contrajeron, lo mismo que se contraían, cincuenta años atrás, los del duque de Lorán.

—Es muy natural —dijo con calma—, puesto que los cañones están mucho más cerca.

Cossard dio media vuelta.

—¿A qué distancia cree usted que están ya?

—A cinco kilómetros..., quizás a cuatro..., quizás a tres.

—¿Y los nuestros? —preguntó Cossard, con tono displicente—, ¿dónde están los nuestros? ¿Qué hacen? ¿Y los ingleses...?

Giró de nuevo rápidamente, para escudriñar el jardín. Por el sendero que pasaba debajo del pórtico se oían pisadas indecisas que se acercaban lentamente; una tos de disculpa fue el prelude de una voz de ebrio, aunque respetuosa.

—Le pido mil perdones, doctor. Soy Simón Theuriet. He llamado en todas las puertas; pero parece que esta noche la gente de su casa está sorda. Por eso he decidido venir por detrás.

—¿Qué desea?

—Se acercan esos malditos *boches*, doctor. He hablado con personas que han visto a la caballería, esos demonios con lanzas..., a menos de dos kilómetros del

pueblo, en la granja de Graillot, en Saint Dourey. Todo el mundo abandona Assangy sin pérdida de tiempo. ¡Adiós nuestro pobre Assangy! ¡Qué triste es todo esto! Hasta yo estoy llorando, como puede usted ver, doctor.

—¿Qué quiere usted?

—Yo, como los demás, me voy a Rochanville. No hay otro lugar adonde dirigirse. Pero por nada del mundo podría emprender una caminata de diez kilómetros esta maldita pierna mía. No lo olvide, doctor, era una pierna dócil, hasta que un bruto alemán me la hizo gelatina en Gravelotte. Y sigue siendo buena ciudadana francesa, pero no puede andar ni dos kilómetros por día. Por eso me he dicho: «Si el buen doctor y el señor Lamoussset van a Rochanville, quizá tengan la amabilidad de hacerle un pequeño hueco en alguno de sus automóviles al pobre viejo Simón. De lo contrario; tendremos ya una bayoneta en el estómago a la hora de la cena». Por eso estoy aquí, doctor, con todos los respetos.

—Ya no tengo automóviles —repuso Cossard, irritado—. Pregunte a los idiotas del gobierno por mis automóviles. Y en cuanto a las piernas, la peor de las de usted es diez años más joven que la mejor de las mías.

La conversación se interrumpió durante unos instantes. Por el Sudeste, hacia la parte alta del campo, al otro lado del pueblo, una batería ligera había abierto el fuego de pronto, con toda furia, sin duda para intimidar a Assangy. El estrépito de los cañonazos alteraba el aire plácido y tranquilo; hasta los cansados oídos de Cossard podían percibir distintamente el silbido de las granadas y el estruendo de las explosiones. Las granadas caían en el pueblo; cada explosión iba precedida de un fulgor anaranjado, que teñía de negro violáceo las siluetas grises de los árboles del jardín.

—Doctor, sin duda en estos momentos lo están pasando mal en nuestro pobre Assangy —volvió a decir la voz—. Bueno, me voy. Buenas noches, doctor.

Un deslumbrante resplandor violáceo iluminó el cielo, hacia el Norte. Casi instantáneamente le siguió el estruendo ensordecedor de un trueno, cuyo eco retumbó repetidamente hasta perderse por la ondulante comarca. También la furia celeste, unida a la de la tierra, alcanzaba a Assangy. Cossard se apartó de la ventana; los pasos indecisos se alejaban por el sendero del jardín.

—Ese estúpido de Lacques..., ¿por qué no nos trae el café...? —estalló el doctor airadamente.

Pero cuando su largo dedo, semejante a una espátula, iba a oprimir nuevamente el botón del timbre, el mayordomo entró en la habitación, con su habitual bandeja de las nueve. Sin embargo, después de servir a su señor y a Lamoussset, no se retiró en medio de la solemnidad de aquel silencio, como era su costumbre. Se colocó frente a los dos ancianos caballeros y tosió ligeramente.

—Si no se le ofrece otra cosa al señor, desearía marcharme ahora.

Su voz se dirigía a su señor, pero sus ojos miraban a Lamoussset. A éste debía su elección para tan excelente puesto, once años atrás; y durante esos once años se había

dirigido siempre a Lamousset en espera de órdenes.

—Páguele usted lo que se le deba, Lamousset —dijo Cossard con sonrisa despectiva.

—Usted perdone, querido doctor. En circunstancias normales le pagaría esa... insignificancia, y presentaría a usted la cuenta a fin de mes; pero esta vez temo que no haya fin de mes. Y, después de todo, prefiero conservar en efectivo el dinero que llevo encima. Quizá haya durante algún tiempo dificultades para negociar cheques.

—¿Cuánto te debo? —preguntó el doctor secamente.

—Ciento setenta y cinco francos, señor —respondió el mayordomo—. Pero si hay alguna dificultad...

El doctor sacó de su bolsillo un rollo de billetes y pagó al servidor.

—El penúltimo renegado —dijo con amargura—. ¿Dónde está Courtalet? ¿Se ha ido?

—Hasta el pueblo nada más, señor, para ver si había alguna novedad. Muchas gracias, señor.

Si las cosas toman mal cariz, espero que... no se quedarán ustedes aquí.

—¿Qué diablos te importa a ti? —preguntó el doctor—. Sal de aquí, renegado. Salva tu pellejo, y no te preocupes por el de tus amos.

Herido en lo más profundo, el mayordomo dejó sus llaves encima del escritorio, hizo una reverencia y salió de la habitación. Pensaba que había dado pruebas de lealtad y valor al esperar tanto tiempo. Los demás sirvientes del castillo fueron marchándose uno tras otro durante el transcurso del día, a medida que se acercaba el estruendo de los cañones. Lacques, con aire sombrío, preparó una pequeña maleta y, con ella en la mano, salió en dirección a la alameda. Era un hombre agraviado que iba a enfrentarse con un futuro incierto y quizá poco honroso.

Cossard había iniciado otro de sus interminables y estériles recorridos por la habitación. Se detuvo para abrir un armario de la biblioteca y sacar un polvoriento volumen. Era un viejo tratado de cirugía, ilustrado con algunas láminas. Con aire cansado lo hojeó un rato; volvió a ponerlo en su sitio, se dirigió hacia la puerta, luego hacia la otra pared cubierta de anaqueles con libros, en la cual estaba colgado su retrato; después fue hasta la tercera pared, donde había altos armarios a ambos lados de la chimenea, y llegó de nuevo a la puerta de cristales.

«Pronto —pensaba Lamousset—, muy pronto, llegará la hora de seguir el ejemplo del mayordomo y tomar la carretera de Rochanville. Empiezan a caer sobre el pórtico los primeros goterones. Será necesario llevar paraguas».

Un detalle de extraordinario contraste: el mundo en armas..., las hordas del crimen, la rapiña y la devastación al fondo del jardín..., y había que tomar el paraguas y marcharse. Lamousset sonrió. No era una tragedia ni una comedia: era sólo una farsa.

Cossard se hizo perfecto cargo de la proximidad del peligro, y era indiscutible la inminente necesidad de tomar una resolución. Sin duda aquella noche estaba más irritable e inquieto que de costumbre. Sin embargo, no experimentaba ansiedad alguna, no sentía miedo ante el peligro que amenazaba a su hermoso castillo secular, no temía por los tesoros ni por las comodidades que, de un momento a otro, se vería obligado a abandonar... quizá para siempre. Había que hacerse cargo del peligro. Su mirada era sombría, sus oídos estaban embotados; pero su cerebro seguía lúcido.

Era sumamente sagaz. Lamousset no dejaba de reconocer esa habilidad. Se mantenía firme en su puesto, fingiendo abstracción e indiferencia, esperando la ocasión de hacer lo que fuera necesario. Los ojos triangulares de Lamousset le observaban como los de un gato agazapado debajo de un sillón. Después de cincuenta años de espera, no podía existir ahora tropiezo alguno.

—¿Y sus... aspirinas, querido doctor?

—Vaya a buscarlas por mí —repuso Cossard, apartándose de la ventana—. Voy a tomar un poco de coñac. Creo que encontraré algo... Supongo que alguna de estas llaves abrirá la despensa de Lacques.

—Ya nos ocuparemos de eso... después —dijo Lamousset sonriendo—. Quizá sea mejor que vayamos primero a buscar sus aspirinas, doctor.

Durante unos instantes Cossard se detuvo vacilante, mirando vagamente hacia el jardín. No es que tratara de oponer la menor objeción a la ejecución del acto más insignificante, después de tantos años de sumisión pasiva. Hacía ya tiempo que se había resignado a una obstrucción muda que siempre conducía a lo inevitable. No obstante, le gustaba agotar la paciencia de Lamousset, entreteniéndose con otras cosas y haciéndose el distraído. Volvió a dar otro paseo por la habitación, y de pronto, salió y subió al espacioso dormitorio con dos amplias camas endoseladas y juntas,

preparadas por las manos de Courtalet para pasar la noche.

Después de tomar un tubo de tabletas de aspirina que había en su mesilla de noche, Cossard introdujo una mano entre las sábanas de su cama y extrajo una botella de agua caliente. Lamousette alargó la mano y se apoderó de ella.

—Voy a vaciarla, doctor.

Sonriendo con irritación, Cossard se la entregó. Pero no tenía más que agua caliente. Lamousette la vació, volvió a taponarla y se la entregó de nuevo a su compañero.

—Ahora vamos a buscar el coñac, doctor.

El pajarraco negro que había estado revoloteando por encima de Assangy ya había cumplido su misión en aquel lugar; por lo que decidió desplazarse hacia Rochanville, quizá con el propósito de inspeccionar el éxodo a lo largo de la carretera de Assangy. Con su siniestro zumbido pasó como un trueno por encima de las torrecillas del castillo, y los dos hombres, asomados a la ventana, distinguieron perfectamente el águila negra.

—¿Y los nuestros? —Preguntó Cossard con irritación—. Pero, por Dios, ¿dónde están? ¿Qué hacen?

Bajaron juntos a la despensa del mayordomo con el fin de buscar un poco de coñac para el viaje.

«Por supuesto, para el viaje» —pensó Lamousette. Sin duda Cossard se pondría en marcha con la misma precipitación con que había subido a buscar las tabletas de aspirina.

¿Dónde iría ahora? ¿Volvería al consultorio? Sí, volvería al consultorio.

Pero mientras cruzaban el vestíbulo, se oyó golpear en las grandes puertas delanteras. Cuando Cossard abrió, vio que la escalera y la galería habían sido invadidas por una muchedumbre cargada con los más heterogéneos bultos. Creyendo que el doctor Cossard poseía aún dos grandes coches, estas gentes venían a rogarle que llevase a Rochanville a algunos de los más ancianos.

Al manifestar que sus coches habían sido requisados unos días antes por las autoridades militares, sus palabras fueron recibidas con un silencio demostrativo de su incredulidad. El propietario del castillo de Erly no era popular en el pueblo, y cuando les dijo que podían mirar en el garaje, un grupo numeroso se retiró con rostro sombrío. En ese instante se oyó el silbido de una granada sobre los pinos, hacia la parte norte del edificio, e hizo explosión en medio de la avenida.

«Sin duda es un error de puntería», pensó Lamousset, al comprobar que las granadas que le siguieron estallaron en la carretera de Rochanville, unos cien metros más lejos. Pero la multitud no se quedó a esperarlas. Como paja arrastrada por el fuerte viento, huyó por el parque para llegar a la carretera hacia la parte más alejada de la avenida.

Cuando Cossard se volvió para entrar en la casa, llegó del Oeste el rugido prolongado de un trueno. Lamousset levantó la vista para observar la lluvia.

—Sí. Los nuestros, por fin, querido doctor. Es la respuesta a su pregunta. Estaría bueno que nos mataran nuestros propios artilleros, antes de que lo hagan los... otros. A propósito, ¿querría usted que lo hicieran los hunos? Porque, de lo contrario, podríamos andar un gran trecho antes de acostarnos..., si es que nos acostamos.

—Si tiene usted miedo —dijo Cossard con sonrisa hiriente—, impídame que lo detenga.

Lamousset, con un movimiento brusco, se puso el monóculo en el ojo derecho.

—No pensará usted que trato de romper nuestra larga amistad en estos momentos tan críticos.

La mano de Cossard se había apoyado en el picaporte de la puerta del consultorio. Ante la ocurrencia hizo un pequeño movimiento, casi involuntario, hacia el bolsillo izquierdo de su chaqueta. Aunque el ademán fue rápido y además perceptible, Lamousset lo vio e inició una sonrisa.

—Está bien, está bien. Ya sé que lo molesto. Créame, lo siento en el alma —dijo agitando su pequeño revólver en el bolsillo—. Pero no olvide que si ha de romperse nuestra amistad, será por mí, sin remordimiento alguno. Se lo aseguro.

Cuando volvieron al consultorio, Lamousset encendió las luces. A pesar de que éstas eran potentes, palidecían ante el vivo resplandor de los relámpagos. La batería que bombardeaba Assangy dejó de oírse por algunos momentos; pero otra, o quizá la misma, había entrado en acción, al parecer, a medio kilómetro escaso, por la parte de los álamos, al fondo del jardín, y daba la sensación de que eran lanzados los

proyectiles por encima del parque, probablemente contra las caravanas que huían por la carretera de Rochanville. ¡Delicioso paseo el de aquella noche por la carretera de Rochanville!

«De todas maneras —pensaba Lamoussset—, ya es hora de que vayamos terminando los preparativos para la marcha».

—¡Caramba!, pues tengo sueño —dijo en voz alta; luego bostezó, se arrellanó en un sillón y cerró los ojos lo bastante como para engañar a otros ojos cuyos anteojos estaban guardados en un maletín, en el vestíbulo.

Por lo visto, el doctor Cossard no tenía la menor prisa en abandonar el refugio de su hermosa mansión. Se alejó de la puerta de cristales y se sentó a su vez, con todas las precauciones habituales en él, en otro sillón, de perfil a Lamoussset, como siempre. La sospecha que había ido desarrollándose en la mente de Lamoussset durante las últimas horas acababa de confirmarse ante la actitud de cansada obstinación en que se había sumido aquel personaje delgado y endeble. No sólo trataba Cossard de esperar hasta el último momento, sino que quería hacerlo en el consultorio.

Allí era donde seguramente hallaría, en el último instante, la oportunidad que buscaba. Sí, era lo más probable.

Pero no era seguro. El viejo esqueleto era lo suficientemente astuto como para no ofrecer deliberadamente esa impresión. No había que confiar mucho y darlo como cosa cierta.

Durante toda la tarde y parte de la noche, Cossard prefirió sentarse en el consultorio, aposento en el cual, desde hacía muchos años, había entrado siempre durante el día, pero jamás de noche; y aun de día permanecía en él tan sólo el breve tiempo que requería la visita. Había dado como razón para sentarse allí el hecho de que las ventanas daban al Nordeste, por donde se acercaba el peligro. ¡Valiente pretexto! Las ventanas del octágono, aquel pequeño aposento tan cómodo, donde acostumbraba a sentarse de día o de noche, también daban al Nordeste. Y, por otra parte, a trescientos metros de las ventanas, los álamos y los pinos del fondo le obstruían la vista. ¡Buen pretexto había elegido! Era evidente que se trataba de una simple excusa.

A Lamoussset le era familiar cada centímetro del consultorio, lo mismo que cada centímetro del resto de la gran mansión; pero hacía ya tiempo que no había contemplado aquello con luz artificial, y la difusa irradiación de las dos grandes lámparas alteraban su efecto, creaban nuevos ángulos de sombra y despedían nuevas proyecciones de luz. Con serena meditación paseó su vista en torno.

Empezando por la ventana de la derecha, que daba al jardín, había cinco anaqueles a lo largo de la pared, hasta la puerta; y siguiendo la pared desde la puerta hasta el pequeño excusado con lavabo, había cuatro estantes más. Eran abundantes los escondites en tales anaqueles. Posiblemente, alguno de los personajes mudos de los tratados de anatomía u osteología había guardado el secreto durante todos aquellos años. Cossard era lo bastante inteligente para pensarlo así. Pero Lamoussset

también lo era; no había un solo volumen polvoriento que no hubiesen tanteado sus dedos.

O, quizá, detrás de algún cuadro. Cinco grandes retratos pendían de aquellas dos paredes, todos ellos con hermosos marcos dorados del Segundo Imperio. Pero para llegar hasta ellos se habría necesitado una escalera de mano.

«Una escalera de mano habría sido algo difícil de justificar —pensaba el astuto Cossard—; y también algo difícil de introducir con premura». Además, hasta ese momento no habían introducido allí ninguna escalera. Los anaqueles eran quizás objeto de mayor interés, aparte de la natural atención que les habían dedicado.

Desde el excusado podía irse directamente hasta la chimenea, a cuyos lados había amplios armarios con cortinas y puertas de cristales, que contenían una colección mixta de utensilios de cirugía. Pero Lamousset estaba muy familiarizado con el contenido de esos armarios.

En la repisa de la chimenea había un enorme reloj de mármol y bronce, dentro de un gran fanal. Por temor a que se rompiera, y a causa de su peso, hacía muchos años que ningún criado había movido el fanal. Pero Lamousset sí, y había explorado el interior del reloj. Sus ojos seguían recorriendo la habitación; pasaron por las ventanas y las puertas de cristales, y terminaron la inspección de las paredes.

En el centro de la habitación se hallaba el gran escritorio, con sus hileras de cajones y casilleros.

Cossard mantenía cerrados con llave algunos de ellos; pero Lamousset había encontrado el medio de explorarlos. Es cierto que durante las dos últimas horas Cossard había pasado la mayor parte del tiempo rebuscando entre los cajones, pero no les habría prestado la menor atención si alguno de ellos hubiese sido el depositario de su secreto.

La atención de Lamousset se concentró en otras mesas más pequeñas con diversas chucherías, y luego volvió a los anaqueles. ¡Qué trabajo explorarlos a fondo!

Procedente del otro lado del valle llegó el familiar tañido de la campana de Assangy, que daba las nueve y media. El fiel bronce transmitía apaciblemente su mensaje, por última vez, en medio del creciente estruendo de los cañones, del retumbar de los truenos y del tremendo aguacero. En el aposento reinaba el más completo silencio. «¿En qué estará pensando Cossard?», se preguntaba su compañero, mientras contemplaba el perfil aquilino que parecía ignorar su propia existencia, de la misma forma que ignoraba aquella tremenda lucha de Dios y el Hombre.

Si se presentara una oportunidad, Cossard no sentiría la menor vacilación en dar por terminada, de una manera tajante, aquella extraña amistad de medio siglo. Lamoussset lo supo desde el principio, y ahora no lo olvidaba un solo instante.

Quizá pensaba Cossard que, dadas las extraordinarias circunstancias de aquella noche, la oportunidad se había presentado. Sin duda alguna, tal como lo había querido el extraño destino, los dos estaban allí sentados, aislados de todo cuanto sucedía en el mundo, sin testigos ni injerencias ajenas, completamente solos en el momento decisivo. Mientras Lamoussset palpaba instintivamente la pequeña arma que tenía en el bolsillo de su chaqueta, en su boca se dibujaba una leve sonrisa al pensar que el final podía ser de farsa: dos caballeros ancianos, de vista cansada y manos temblorosas, pegándose tiros, protegidos por mesas y sillas. De todas formas, valía más estar preparados, por si se representaba la comedia. No era muy consolador, en verdad, caer con una bala incrustada en los pulmones.

Cuando por fin Cossard se levantó para cerrar las ventanas, a causa de la lluvia torrencial que caía, los ojos de su compañero no se separaban de su mano izquierda. El famoso cirujano Cossard había sido un perfecto ambidextro en su profesión; pero en la vida privada prefería hacer las cosas con la mano izquierda.

El agudo sonido del timbre, seguido de unos violentos golpes en la puerta delantera, perturbó estas reflexiones. Después de discutir unos instantes, y como siguieran oyéndose los golpes, Cossard fue por fin a abrir, escoltado por Lamoussset, que le pisaba los talones. El pequeño médico del pueblo, al enterarse de que los coches del castillo habían sido requisados, se lanzó por la carretera de Rochanville para ofrecer un asiento en su pequeño Renault. Sólo podía brindar sitio para una persona, pues ya tenía nueve pasajeros, cuatro de ellos de pie en los estribos.

Había que tomar una decisión inmediatamente. Los alemanes ya estaban en las afueras de Assangy, según acababa de comprobar: los había visto con sus propios prismáticos desde el tejado de su casa. Mientras hablaba, un nuevo ruido había venido a unirse a la amenaza que ya pesaba sobre ellos: el tableteo de las ametralladoras. Sacudió con impaciencia su sombrero, del cual cayó un chorro de agua.

—¡Dios mío, qué confusión! ¡Y para colmo, esta maldita lluvia! Mi carburador ya está dándome que hacer. Querido doctor, póngase un abrigo y el sombrero, y venga conmigo.

—Se lo agradezco mucho, pero no voy —repuso Cossard con firmeza.

El caritativo colega alzó sus relucientes hombros.

—¡Bueno, está bien! Señor Lamoussset, entonces vendrá usted, ¿no?

De ninguna manera. Lamoussset prefería también quedarse, en compañía de su querido doctor Cossard. Indiscutiblemente, si el peligro se hiciera inminente, ya llegarían de alguna manera a Rochanville, y juntos. El pequeño doctor volvió a

encogerse de hombros, subió a su asiento, y se alejó rápidamente con sus impacientes pasajeros. Los dos ancianos contemplaron las luces del coche hasta que se perdieron de vista por la carretera, e hicieron toda clase de conjeturas con respecto a la posición en que se encontrarían las baterías francesas, cuyas granadas pasaban silbando por encima de sus cabezas. Cossard volvió a cerrar las pesadas puertas, y se encaminó de nuevo a su consultorio.

—¿Qué le parece si jugamos una partida de ajedrez?

—Encantado, querido doctor.

El tablero y las piezas del ajedrez estaban en el octágono, aquel pequeño aposento donde solían pasar las veladas. Pero, tal como se lo había imaginado Lamousset, su amigo llevó el tablero al consultorio. ¡Perfectamente! Sus sospechas iban por buen camino.

Los dos eran jugadores sumamente hábiles y prudentes. El juego de aquella noche, como el de todas las demás, era motivo de profundos cálculos y prolongados silencios, durante el transcurso de los cuales ambos permanecían en una inmovilidad tan absoluta como las de las piezas que tenían delante. Algo molesto por la falta de sus anteojos, Cossard se inclinó sobre el tablero. Su antagonista estaba cómodamente sentado en su silla, haciendo los movimientos con el brazo izquierdo extendido.

La luz le daba directamente a Cossard en la sien derecha, y hacía perfectamente visible el pliegue de una vieja cicatriz. A veces la mirada de Lamousset se detenía allí, con cierta incredulidad, pues quería convencerse de que la cicatriz tenía ya cincuenta años.

Era ya noche cerrada. De vez en cuando surcaba el espacio el resplandor violáceo de algún rayo. Persistía el tableteo de las ametralladoras que barrían las estrechas calles de Assangy. La mano sarmentosa de Cossard vaciló durante algunos minutos sobre un peón, y por fin decidió no moverlo.

CAPÍTULO II

LA GATA AMARILLA

1

—Circulen. Circulen —repetían monótonamente, pero con amabilidad, los dos agentes de policía estacionados ante las oficinas de *Vérité*, en la calle de la Boétie.

Amablemente, porque los recién uniformados sabían que la policía tenía que mostrar un gran tacto en cuanto se relacionaba con los intereses del más audaz, inescrupuloso y difundido de los diarios de París. La multitud ociosa que solía estacionarse ante las pizarras de los matutinos se agitaba en todas direcciones, sin cuidarse de hacer comentario alguno.

—Circulen, señores. Hagan el favor de circular.

Detrás de los cristales, tomando el sol de la mañana y contemplando al público que se estacionaba allí diariamente, lo cual formaba parte de su existencia, la Gata Amarilla estaba sentada tranquilamente en esa especie de trono que la colocaba a la altura de los ojos de los espectadores, que nunca se cansaban de contemplarla. Sobre la elevada plataforma había una pequeña mesa cubierta con papeles en desorden, y encima de ella permanecía la Gata con su cabeza amarilla inclinada, expuesta a los vivos rayos del sol. Al fondo pendía una cortina de terciopelo negro, sobre la cual, con grandes letras doradas, estaba bordado el nombre *Vérité*.

En la acera, entre la multitud, los vendedores de diarios alborotaban y se peleaban, en espera de la edición especial. El diario *Vérité* estaba especializado en esta clase de ediciones. Aquella mañana los tribunales habían celebrado juicio contra el diario, por un reclamo de 100.000 francos presentado por la condesa de Chavillac, con motivo de ciertas injurias de que había sido objeto. ¡Estupendo! Sin duda alguna, la Gata Amarilla tendría cosas interesantes que decir aquella mañana sobre la condesa

y su cochero.

—Circulen, señores. Tengan la amabilidad de circular.

Entre todos los personajes inescrupulosos, agitados, extravagantes y pintorescos de fines del convulso y anormal Segundo Imperio, la Gata Amarilla, en el corazón de París, disfrutaba de un puesto privilegiado y gozaba de gran estima. Su carrera había poseído los tres elementos esenciales que conducen al éxito en París: increíblemente afortunada, increíblemente apasionada e increíblemente divertida.

La fundación de *Vérité* no sólo le había dado un arma para asesinar a sus enemigos, sino que había convertido a medio millón de divertidos espectadores en entusiastas lectores del diario. Algunas ediciones especiales de *Vérité* habían alcanzado el millón. Tras cada aparición, la Gata Amarilla despertaba nuevo interés y su sorprendente historia aumentaba la intimidad con sus lectores.

—Vivo tras los cristales de mi diario, y en sus columnas —decía ella.

Hija de un lupanar y una taberna de Mehlmontant, se había graduado en el taller de un sastre y en una fábrica de calzado, pasando por los *cabarets* de Montmartre; y de esa manera, con buena suerte y el encanto de una belleza poco común, desempeñó su papel en una extravagante comedia musical, en el teatro Dubois. Allí se hizo famosa una noche, en que, con sus bien adiestradas uñas, dejó hecha una lástima la cara de la primera figura del conjunto, y no desempeñó su papel peor que la dama joven de la obra. Los petimetres de bastidores dieron importancia al asunto, dividiéndose en partidarios y adversarios de las uñas de la Gata Amarilla. El conde de Ress, uno de esos misteriosos árbitros de la moda que nadie sabe de dónde surgieron y que se esfumaron en la vorágine de la Commune, le dispensó su protección y le aplicó el apodo por el cual la conoció París a la mañana siguiente.

Su palabra y su talento eran evidentemente mediocres. Pero la seducción de su exótica belleza, con sus ojos verde esmeralda y su cabello rojo azafrán, era indiscutible. Su destino fue el de la clásica fábula: la muchachita del arroyo elevada a la categoría de princesa.

En realidad, no llegó a ser princesa; pero después de dos temporadas de notoriedad teatral, excitada por escabrosas aventuras, se convirtió en la baronesa quizá más rica del mundo. Antes de hastiarse de él, De Ress mató a un rival y fustigó con el látigo a otro. Fue la primera mujer que montó, con pantalones, en un velocípedo por el Bosque de Bolonia. Se decía que su baño se componía de agua de colonia, champaña y melocotones macerados, y en el período de sus efímeros adoradores, era ya coleccionista apasionada y conocedora sagaz de piedras preciosas. En los documentos de entonces figuraba como Diana Macquette, y el viejo banquero judío que logró comprarla la convirtió en la baronesa Von Gottermann; pero París siguió llamándola la Gata Amarilla, o simplemente la Amarilla.

La bella Diana, dueña de la pasión senil de un anciano y de su enorme fortuna, sintió, durante algún tiempo, gran entusiasmo por la vida honorable. Por todos los medios posibles —seducción, soborno e intriga— trató de llegar a su nueva Meca: las

Tullerías. No obstante, le resultó imposible a la Gata Amarilla deslizarse por las puertas de la menos escrupulosa y más venal de las antecámaras de Europa. El emperador tomó la resolución de rechazarla, aun cuando se aseguraba que, en privado, la augusta mirada se había posado con beneplácito sobre sus encantos. A pesar de ello, la emperatriz continuaba dura como el diamante. «Los aficionados al teatro —decía con frase característica— resultan molestos; pero a los actores profesionales no hay quien los aguante».

En una fiesta campestre, la baronesa, haciendo alarde de verdadera audacia, pudo salirse con la suya, consiguiendo hacer una reverencia a la emperatriz, mientras ésta se dirigía a su carroza. El asunto provocó regocijo popular; pero el viejo barón perdió su libre acceso a la presencia imperial. Desde aquel instante se entabló una guerra sin cuartel entre la Gata Amarilla y el Cerdo de Gadara.

Éste era el nombre con que designaba a la corte y a sus cortesanos. En el encabezamiento de la primera página de *Vérité*, una viñeta representaba la huida de un cerdo ante la imagen de una mujer armada de una pluma. En el papel de notas, en la parte superior de los anuncios, en los impresos y formularios de oficina, en las fajas de los periódicos de cada nueva edición, aparecía el mismo lema: «¡Abajo el Cerdo de Gadara!». Por la noche, una ampliación del dibujo, flanqueada con lámparas de gas, iluminaba la fachada del edificio.

La campaña tomó carácter de cruzada y, por la exaltación y el odio de su editora y propietaria, llegó a ser una lengua ponzoñosa y un arma temible. Además, la inspiración de los aventureros inescrupulosos del periodismo que formaban parte del personal del matutino, verdaderos genios para adquirir informaciones perjudiciales, y el valor sereno de que hacían alarde, intimidaban no sólo a los pacíficos contemporáneos de *Vérité*, sino a la misma autoridad. En cierta ocasión la Gata Amarilla había sostenido en su sección especial que si un gendarme se atrevía a cruzar la entrada de *Vérité* sin su permiso, Plon-Plon tendría una revolución antes de que pudiera arreglarse el rostro por la noche.

—Circulen, señores; hagan el favor de circular.

La cabeza azafranada, soberbiamente indiferente y engalanada de diamantes, permanecía recostada en el fondo de la cortina de terciopelo negro. ¡Qué estupenda resultaba la lectura de las pruebas para la edición especial...! No había duda de que aquella mañana se obtendría algo sabroso.

El Viejo Cerdo, como le llamaba generalmente, había sido enterrado dos años atrás en el Père Lachaise, tras legarle hasta el último céntimo y una libertad de la que siempre había gozado sin reservas desde que renunció a la realeza. Todas las mañanas llegaba a las oficinas del diario en una carroza tirada por seis jaquitas, blancas como la leche, a cuyo paso hasta el más rudo conductor se hacía a un lado, con una sonrisa y un: «*Jour, ma chatte*^[1]».

—¿Cómo es su gracia, señora? —le preguntó en cierta ocasión un juez de la Corte de Casación.

—La Gata Amarilla —respondió.

—Señora —le reprochó el oficial—, este lugar es serio.

—Lo será, pichón, si tu mujer encuentra mañana un parrafito en *Vérité* acerca de cierto piso de la calle de Lisboa. ¿Quieres que te dé el número?

—Prosigamos —murmuró el presidente con precipitación, y nada ocurrió.

Sobre la puerta de entrada al matutino se leían las siguientes palabras: «Bienvenido, si tiene algo que contarnos».

Y, puesto que *Vérité* pagaba con largueza, gran cantidad de gente entraba en las oficinas. Hasta los jefes de la policía de instrucción, ese engranaje del mecanismo de la Sureté, admitían que el servicio de espionaje de *Vérité* era el más eficiente, desde el oeste de Constantinopla.

Tanto por la mañana como por la noche, invariablemente, desde las diez hasta las once, se sentaba tras los ventanales en aquella especie de trono; pero los visitantes no eran recibidos allí, ni a tales horas.

A cierta distancia de la imprenta, lejos del alegre bullicio de la calle y tras una puerta celosamente guardada, a la cual se llegaba por un pasillo estrecho, estaba su gabinete de trabajo, donde recibía a las visitas de cierta categoría. Aquella mañana de enero de 1864, una persona de extraordinaria importancia la aguardaba, minutos después de las once.

Era un hombre joven, de aproximadamente treinta y cinco años, alto, elegantemente vestido, de acentuadas facciones aguileñas, centelleantes ojos negros, abundante pelo castaño y un talle cuya gracia encorsetada amenazaba ocultas carnosidades. Al llegar ella, se levantó, se quitó los guantes, y tomando en su mano grande y huesuda la de ella, la besó.

—Es usted puntual, doctor —dijo sonriendo y mirándolo de reojo—, y siendo ésta la hora de su consulta en la Misericordia, me siento muy halagada.

El doctor Cossard era hombre astuto y con demasiada experiencia para olvidar que trataba, ante todo, con una mujer.

—Baronesa, ¿no tiene usted el pelo teñido? —Preguntó con la brusquedad impertinente que le había hecho ganar la mitad de las batallas de su extraordinaria carrera profesional—. Es algo que no he logrado aclarar todavía.

—¿Y ahora está convencido de su autenticidad?

Sacó un lente del bolsillo del impecable chaleco y examinó la cabellera con gesto grave.

—Completamente —declaró, y volviendo a poner el lente en su sitio, fijó en ella su mirada brillante, y dejó entrever su magnífica dentadura.

«Una hermosa cabeza, y segura de sí misma —reflexionó la baronesa—; es lógico que atribuyan al doctor Cossard otros triunfos, además de los profesionales. Ojos admirables, pero fríos como el acero, capaces de destrozar a cualquiera».

—Cuando se está seguro de algo, se es feliz —dijo ella, escudriñando su rostro, como lo hacía siempre con los hombres, para descubrir alguna debilidad traicionera

—. Y en recompensa de esta felicidad, ¿qué me da usted, querido doctor?

Se sentó en la silla que la baronesa le indicaba y alisó los dedos de sus guantes color limón pálido.

—En esta ocasión —dijo—, mi precio es diez mil francos. Probablemente habrá derivaciones. Para éstas mi precio será también diez mil francos.

La Gata Amarilla aceptó el fuego para su cigarrillo.

—Lo escucho, doctor —dijo ella, fijando sus ojos verdes en los labios de su interlocutor. Labios demasiado finos para las mujeres, para el vino y para las pasiones, excepto una: el dinero. La llave para el doctor Cossard era la clásica llave maestra que abría todas las cerraduras, excepto las que nunca se cerraban.

Con una de sus brillantes sonrisas, observó:

—En su compañía, baronesa, uno se siente inclinado a olvidar todos los negocios, así como todos los deberes, salvo uno. ¿Puedo deducir que está usted de acuerdo con mi precio?

—Yo no compro a ciegas —replicó ella secamente.

—Peor para mí —dijo él.

Ante esta rápida respuesta, ella sonrió, e inclinándose hacia él le dio una palmada en la rodilla.

—Confíe en mí, amigo mío. Todo el mundo puede atestiguar que saldo mis deudas íntegramente.

Hizo él un gesto de tranquilidad, tal vez un poco teatral; pero la baronesa gustaba de tales recursos.

—Muy bien. Confidencialmente entonces...

Ella asintió.

—En estricta confianza, y de fuente digna de crédito, he sabido que el ministro del Interior está muy... delicado de salud. El descubrimiento de ciertos enredos oficiales y domésticos, llegados a su conocimiento en las últimas veinticuatro horas, exactamente un día después de conocerlos el señor duque de Lorán, lo han trastornado enormemente. Unos documentos relacionados con algunas enmiendas en el programa del servicio militar han ido a parar a manos extrañas y, me apena decirlo, por conducto de la señora de Brandes y de un agregado de la embajada alemana, llamado Kletzch, Kletz, o algo por el estilo.

—Kletzch —corrigió la baronesa.

—¿Ha oído algo de ellos? —preguntó sorprendido.

—No, pero he sabido que durante meses enteros la Brandes y Kletzch se citaban en un estudio alquilado por éste en el Quai de Marsella. ¿Sabe el marido dónde han ido a parar sus planos?

—Tengo entendido que sí. Pero existen otras complicaciones. Durante algún tiempo los planos quedaron imprudentemente al cuidado de una tal señora de Lepelletier.

—La conozco; es viuda del maestro Lepelletier, casada en segundas nupcias con

su cuñado Jorge, socio principal de la firma Lepelletier y Faivre, constructores de máquinas. Cuando sonrío es hermosa; pero se pone bizca cuando está seria.

—Entonces, el estrabismo debe serle muy molesto esta mañana —comentó Cossard—. El jueves pasado la señora de Brandes visitó la casa de la señora de Lepelletier en su ausencia, y cuando ésta volvió, los documentos habían desaparecido.

—Han sido íntimas amigas en los últimos años —asintió la baronesa—. Si fuera posible... ¿Es seguro eso?

—No del todo, pero es más que suficiente para el precio de diez mil francos.

—¿No me aclara el origen de la información?

—No.

—¿Por qué no? Ella no lo sabrá nunca.

Cossard le lanzó una mirada rápida, cargada de perversidad.

—Nada de engaños —dijo brevemente—. Es una mujer, y eso basta.

Al igual que la mayor parte de las mujeres, se sintió repentinamente atraída por aquella subyugante brusquedad. Acarició juguetonamente la mano huesuda, y dijo:

—Vaya, vaya, doctor Dinamita. Dígame que está satisfecho, y...

—No estaría aquí, si no fuese así.

Se acercó ella a una caja de caudales, sacó un fajo de billetes, contó diez de a mil y se los entregó.

—Muchas gracias, querido doctor. Ya verá usted algunos cerditos más corriendo a todo galope hacia los riscos. Y cuando quiera decirme algo acerca de esas derivaciones, me congratularé de verlo a cualquier hora y en cualquier parte, salvo en una sala de operaciones.

Con rapidez felina, característica de todos sus movimientos, cambió de posición y lo examinó nuevamente.

—Me he estado preguntando qué razón puede haberle impulsado a traerme esto.

El doctor contó los billetes y los guardó con una sonrisa seca.

—Es un deber traer ofrendas a la diosa. Mis conocimientos de mitología son escasos; pero la Verdad es una deidad que reina hoy en París.

—Hace muy bien en tomar en serio a las diosas —dijo ella—. Corren rumores de que usted es muy extravagante, doctor. Conozco su mansión, y sé que gusta de los caballos y de las damas hermosas. No, no estoy moralizando. Me he limitado a mencionar el hecho, porque es una lástima que con su talento, sus modales halagadores y, si me permite, su apostura... Bueno, un asunto de diez mil francos aquí y otros tantos allá demuestra una situación económica embarazosa.

Su mirada aguda se posó interrogante en los ojos de ella.

—Es una lástima —sostuvo fríamente—. A veces lo lamento de verdad.

El trato se cerró en ese ambiente de franqueza.

—Pichoncito —dijo la baronesa—, usted es muy andariego. Tráigame todos los informes a menos que recoja y que a mí me interesen, y le prometo que no tendrá

dificultades económicas.

La observó nuevamente, sonrió y asintió.

—Cuando no se tiene pasado —dijo cínicamente—, hay que tener en cuenta el futuro; pero de esa deuda no es *usted* responsable, baronesa.

Besó su mano nuevamente, y sonriéndole, con los ojos y la dentadura centelleantes, la dejó.

«Este joven será muy útil —reflexionó la baronesa—. Piensa que me ha causado una gran impresión; y tal vez sea verdad».

Se precipitó hacia la salida, y la voz de ella lo alcanzó mientras se detenía frente a la puerta custodiada que comunicaba con el camino secreto.

—Doctor, si encuentra alguno de mis cerdos en la mesa, no olvide mi deseo de que haga embutidos con ellos. Además..., por ser el hombre más descortés de París, venga a almorzar conmigo mañana. ¿Está usted libre?

—Ya no lo estoy —respondió él sonriendo.

El portero le abrió la puerta, y ya estaba a punto de atravesarla, cuando un joven de aspecto atrayente, de su misma estatura, edad, garbo y vanidad en el vestir, se adelantó por el sendero. El guardián saludó al recién llegado en forma respetuosa, y la baronesa, apoyada lánguidamente en el marco de la puerta de su despacho, le dijo familiarmente:

—Buenos días, Claudio. ¿Trae algún mensaje para mí?

El portador se inclinó.

—Sí, señora baronesa.

Le hizo una seña y él se acercó. Pero, antes de acompañarla al despacho, se volvió y miró hacia la verja que estaba ya cerrada en aquel momento.

—Parece que el doctor Cossard tiene un nuevo paciente, señora baronesa. Es la primera vez que lo veo en esta zona reservada.

—Le ruego que no haga averiguaciones, estimado Claudio —replicó ligeramente la baronesa, y cerró la puerta del despacho—. ¿Y el mensaje?

El visitante sacó una pequeña petaca de oro con rapé, invitó a la baronesa y, luego de tomar a su vez con gesto elegante, contestó:

—Su Excelencia lamenta no poder estar en el parque Monceau antes de las tres de la mañana. Tiene que asistir a medianoche a una conferencia sobre asuntos importantes, la cual durará por lo menos hasta las dos.

—De acuerdo —dijo ella con sencillez—. Me he enterado de que hay gruñidos y chillidos en las pocilgas, ¿es eso verdad?

El visitante meneó la cabeza con dignidad, una hermosa cabeza de ojos triangulares y casi tan verdes como los que lo miraban.

—Debe de tener presente, señora baronesa, que yo nunca sé nada.

Ella rió, porque sabía que sólo un hombre no tenía precio en París.

—A las tres de la mañana, entonces, estimado Claudio; y muchas gracias.

Claudio Lamousset, servidor confidencial del duque de Lorán, presidente del

Consejo, saludó y se retiró con discreción. Algún tiempo después recordaría que fue en la puerta trasera del despacho de la baronesa, el 13 de enero de 1864, donde se topó por primera vez cara a cara con el doctor Silvestre Cossard.

2

Alas pocas horas, los hurones de *Vérité* informaron a la baronesa de que habían realizado un excelente negocio con sus diez mil francos.

Se sentó y redactó una breve nota a su nuevo auxiliar.

«Querido amigo: Después de reflexionarlo bien, creo que será más prudente que desista de mi invitación para almorzar. Soy mala compañía para los hombres jóvenes con ambición, y muchos ojos celosos se posarían en su persona. Pensando con sensatez, la noche es más amable que el día. Cene conmigo esta noche, pues tengo mucho que contarle. Lo espero a las once y media en el parque Monceau. No será necesario que se dé a conocer a los criados. —D. v. G.».

Antes de que Cossard acudiera a la cita, *Vérité* ya había vendido dos ediciones especiales vespertinas. Eran las primeras escaramuzas de una batalla que terminó con la renuncia de dos ministros, el divorcio de la señora de Brandes, el suicidio del infortunado Jorge Lepelletier, la desaparición del agregado alemán, un mes de altercados en la Cámara, agrias conversaciones con Berlín y otro galardón más en la historia de *Vérité*.

Respecto a las penurias económicas del doctor Cossard, si todavía las tenía, el mundo no sabía nada. Siempre espejo de la última moda, luciendo su sonrisa impertinente y guiando un landó de altas ruedas amarillas y negras tirado por un caballo irlandés de pura sangre, y en compañía del tigre más diminuto de París, se le veía correr a toda velocidad, desde su espléndida mansión a la Misericordia, o a su flamante sanatorio, situado en el Faubourg, o atravesar como un meteoro el deslumbrante paseo del Bosque de Bolonia, escudriñando triunfalmente todos los rostros bonitos que pasaban cerca de él.

Algunos colegas menos afortunados en la profesión le llamaban charlatán y farsante; pero vivía en un período de descarada publicidad y, además, su talento era harto evidente. Aquel año comenzó a escribir un *Sistema de Anatomía y Osteología*, pero el instrumento de su genio era el bisturí; y aun hoy sus investigaciones de traumatismos renales y hepáticos constituyen una tradición en la Misericordia.

Aquel año compuso también la clavícula de un príncipe británico, lastimado en un accidente de equitación, quien le entregó en prueba de gratitud a Spot, su famoso fox-terrier de abolengo.

CAPÍTULO III

NARCISO

1

Cuatro semanas después, una agradable mañana de febrero, cuando ya asomaba el primer destello de primavera, las seis jaquitas blancas de la baronesa, que trotaban al compás del tintineo de sus campanillas de plata a lo largo del Quai d'Orsay, cruzaron la entrada arqueada para carruajes del hotel de Lorán. Allí, entre la calle de Lille y el río, y flanqueado a ambos lados por una gran embajada, se hallaba el magnífico palacio del presidente del Consejo. La mayoría de las veces constituía su oficina ministerial. El duque había aceptado las inquietudes y responsabilidades del cargo de primer ministro con la condición de poder trabajar en su propia residencia. Para la firma de los documentos de trámite, iba al ministerio durante una hora escasa al día, muy a disgusto, por cierto, pues todos los asuntos de importancia los despachaba en su estudio, o, a menudo, en el dormitorio del palacio. Aún no eran las diez, y ya aguardaba una larga fila de carruajes en el enarenado patio, frente a la escalinata del hotel. Las palomas se pavoneaban pacíficamente al sol, indiferentes a los ansiosos y febriles proyectos y solicitudes que iban y venían en medio de sus arrullos. Su Excelencia comenzaba el día normalmente a las ocho de la mañana, cinco horas después de haber terminado el anterior. La vela de Narciso ardía siempre hasta el cabo.

La carroza de la baronesa no maniobró para colocarse frente a los amplios peldaños, desde los cuales los guardias suizos, de empolvadas pelucas y dorados cinturones, y los lacayos de librea azul y oro se inclinaban respetuosamente a su paso. Los clérigos, los oficiales, los diputados, los magnates del tesoro público, los abogados y los magistrados de provincia, que entraban o salían, miraban de soslayo la

brillante carroza y contemplaban a su conductora de cabellos azafranados, e incluso osaban un solemne saludo. Todo el mundo sabía que era la amante oficial de Su Excelencia. A las censuras de su jefe imperial, el duque replicaba, en forma humorística, que el sitio más seguro para retener a un enemigo era el propio lecho; porque así podía escuchar lo que hablaba en sueños. Por otra parte, Narciso no permitió nunca que la cabeza se mezclara con su agobiado corazón.

La baronesa entró en una avenida de acacias, donde unos ceñudos palafreneros ingleses se ejercitaban en una serie de caballos de silla, y se detuvo frente a una puerta de cristales, donde otro lacayo de librea azul y oro aguardaba su llegada. Abandonó las riendas a su diminuto lacayo, siguió al criado por una escalera reservada a través de varios corredores, hasta llegar a la salida de espera contigua al estudio de Su Excelencia. Lamouset la recibió, le informó que Su Excelencia se desocuparía dentro de unos instantes, le ofreció un poco de rapé y convino con ella en que la mañana era espléndida.

—¿Qué me dice de su salud, señora baronesa?

Veo que está completamente restablecida. Dicen que el doctor Cossard es infalible.

La Gata Amarilla no cometía nunca el error de olvidar. Recordaba con claridad que el servidor confidencial de Su Excelencia se había encontrado con el doctor Cossard en la puerta reservada de *Vérité*. No estaba muy segura de que Lamouset aprobara su conducta; pero sí de que no debía fomentar su propio interés hacia el doctor Cossard. Se agitó con inquietud y, torciendo la boca, exclamó:

—¡El muy carnicero quería amputarme el dedo gordo del pie!

Los ojos triangulares de Lamouset expresaron vivo interés.

—Dicen que va demasiado de prisa —observó—. A veces eso conduce a serios arrepentimientos... La campanilla de Su Excelencia... Un momento, señora baronesa. Sí. Su Excelencia se ha desocupado.

—Buenos días, Minina —oyó que decía su amo—. Minina perversa, ¿qué has estado haciendo?

Cerró la puerta, tomó otra pizca de rapé y se retiró con discreción a su puesto, en el gran salón que hacía las veces de antecámara.

«Sí —reflexionó—. Creo que ese astuto doctor Cossard va demasiado de prisa; pero no tardará en arrepentirse».

Antes de volver al salón se colocó en el ojo, con gesto rápido, un monóculo de ancha cinta, y contempló con gravedad su imagen reflejada en un espejo dorado. A imitación del duque de Lorán, se miró en el cristal y, al volverse, agitó el índice murmurando:

—¡Perverso!

En la residencia de Lorán, y en alguna otra parte, se susurraba que Lamouset era un engreído y que imitaba a Su Excelencia en forma impertinente; pero Lamouset y su amo lo sabían.

—He conocido —decía Narciso en cierta ocasión— cerca de siete mil mujeres que darían la vida por mí, si las hubiese dejado; pero hombres, sólo uno. Afortunadamente, es mi criado.

La baronesa se libró del abrazo de su amante y lo apartó un poco.

—Trabajas demasiado, Narciso de mi alma. En dos días has envejecido cinco años. Debes de tener más cuidado, tesoro; pues quiero que me adores hasta mis treinta años, que me ames hasta los cuarenta y que me respetes hasta los cincuenta.

Su Excelencia sonrió con afecto, porque la voz de la baronesa había tenido un tono de verdadera solicitud. Raúl Luis María Feyvéres de Guiche, decimocuarto duque de Lorán, a pesar de que pretendía haber nacido a los siete años de edad y no haber envejecido, tenía a la sazón cincuenta y ocho años. En la delicada belleza de su rostro siempre pálido, azulado aquella mañana bajo los afeites, la juventud se ocultaba compasiva, pero implacablemente. Los magníficos y cansados ojos color violeta, disimulados por pestañas largas y negras en los momentos de hastío, podían centellear y danzar aún como una cascada bajo los rayos del sol. La figura ligera y grácil, alojamiento demasiado endeble para el candente espíritu que albergaba, seguía siendo, a despecho del tiempo, la imagen de su juventud. Utilizó sin piedad ese cuerpo para los placeres; continuaba sirviéndose de él sin piedad, para esconder su alma. «Las cosas insignificantes hay que tomarlas en serio. Siempre hay tiempo para divertirse con las grandes». Nadie, como Narciso, había sabido animar el viejo cantar:

*Comme prêtre je sacrifie ma belle,
Comme gueux je sacrifie mon Dieu...*^[2]

Siempre le habían llamado Narciso, mucho antes de que surgiera Plon-Plon. Y por ser aún el hombre más apuesto de París y el más vanidoso, le quedó el nombre de Narciso.

—El mundo es actualmente un poco más estúpido de lo que acostumbra —dijo sonriendo levemente—, y nada más. Anoche me sirvieron langosta. ¿Dónde fue? Creo que en la embajada alemana. Y la langosta ha sido siempre un veneno para mí... A propósito de ese dichoso y despreciable diario tuyo: nunca lo leo, pero me han dicho que es un matutino infame...

—Con tres cuartos de millón de lectores infames.

El duque alzó sus cejas pintadas.

—¿Sólo tres cuartos de millón en París? Como quiera que sea, me han dicho que ayer publicaste..., ¿cómo se llama?..., un libelo de lo más absurdo sobre la emperatriz. Han sido unos insensatos al enseñárselo a Plon-Plon. Está muy irritado.

—Esa situación continuará durante algún tiempo —dijo la baronesa con una sonrisa.

—Vaya, vaya, Minina —repuso Su Excelencia, en señal de amonestación—. Ven, siéntate en mis rodillas y pórtate bien. Estás engordando, querida Minina, o tal vez esa langosta me ha debilitado las piernas. Ahora escucha a tu querido Narciso. No

vuelvas a poner las garras en Su Majestad; de lo contrario, te suprimiremos sin más rodeos.

—Trata de hacerlo —repuso ella sonriendo tranquilamente—. Narcisito, los desafío a ti, a Plon-Plon y a toda su caballería, infantería y artillería. ¿No has leído la edición de hoy?

—No —replicó significativamente—; ni leeré la de mañana, si contiene cualquier referencia respecto a Su Majestad y a ese cuento con el cual te ha engañado cierto caballero. Estoy al tanto de todo lo relacionado con el doctor Cossard, querida Minina, y sus cenas con... ¿tendré que decir con quién?

—¿Qué sabes de él?

—Sé que tiene ante sí un gran futuro como cirujano o como pícaro; y me inclinaría por lo último. Créeme, Gatica, es persona peligrosa. No he tenido tiempo de descubrir cuánto le has pagado por su última patraña; pero te aseguro que podrías haberle comprado otra mejor y más verídica a cualquier barrendero de París. Esta vez, amor mío, te ha... ¿cómo diría?... te ha embaucado, como se dice vulgarmente. Demostrarías más sensatez si no sacaras a relucir tanta ropa que crees sucia; de lo contrario, nos veríamos obligados a suprimir con gran pesar..., ¿cómo se llama?... tu *Vérité*.

Ella lo observó burlonamente, de soslayo.

—Pobre Narciso, por fin admites que estás celoso.

Durante un instante se puso serio.

—No pretendo rivalizar con picaros —dijo secamente—. Los utilizo, pero no confío en ellos. Además, nunca les pago tan bien como para que tengan oportunidad de enriquecerse como tunantes. Sin embargo, hay que tener cuidado.

—¡Celoso! ¡Celoso! —exclamó ella, mofándose—. Tonto, yo no cambiaría tu dedo meñique por todo su cuerpo. Pero me es útil, y es digno de confianza. Es inútil que me mires con asombro; he comprobado el relato y conozco todo el asunto de lord Chasemore, y...

La bajó de su rodilla, y observó:

—Muy bien, tesoro. Si es fastidioso decir las cosas una vez, decirlas dos es una idiotez. Pero te lo advierto por tercera vez: si no te portas bien, te suprimiremos esta noche.

La Gata Amarilla crispó los deditos enguantados y mostró sus malignos dientes de perlas.

—¡Ah!, conque le he hecho estremecer la piel a esa Reina de las Marranas, ¿eh? Ya verás, Narciso. Te resistes a tomarme en serio; pero ya verás. Sucumbirán los *gadarenos*. Dentro de poco le enseñaré al pueblo quiénes son los necios y bribones que lo gobiernan, y entonces...

—Oye, paloma; olvidas que es tu Narciso quien los gobierna.

—¿Tú? Tú eres el mayor necio y el más bribón de todos. Pero te perdono, porque posees los ojos más hermosos y malignos del mundo y, además, porque me amas un

poco.

—¡Ah, sí! —Dijo él, iniciando una sonrisa y señalando las ventanas—. Mañana brotarán las lilas. Hablemos un poco de amor; pero primero te enseñaré mi bata nueva.

Lo siguió hasta el soleado gabinete de vestir que separaba el dormitorio del despacho, examinó la magnífica prenda de vellón de oveja adornada con armiño, y se la puso para conocer su opinión.

El duque sentía verdadera pasión por las telas delicadas y la suavidad de las pieles, y sus dedos blancos y largos acariciaban con voluptuosidad el lujoso atavío.

—Pruébatela, Minina —insinuó él, sonriendo—. Debe de armonizar perfectamente con el color de tu pelo.

Mientras le ayudaba con galante delicadeza, Lamouset apareció en la entrada del salón.

—Ha llegado el embajador británico, Excelencia.

—Dile que dentro de un cuarto de hora estaré a su disposición, y cuando transcurra, hazle pasar.

Narciso se apartó para colocarse el monóculo en el ojo, y exclamó:

—¡Magnífico!, el sol en la nieve. Minina, tus ojos son verde y oro. Así estás adorable...

Lamouset regresó solemnemente al salón, donde un caballero de edad, con el pecho agitado y ojos azules arrebatados por la cólera, iba y venía, observado por gran cantidad de visitantes despechados, a los que se había adelantado con gesto muy británico.

—Su Excelencia está ocupado con asuntos muy importantes y urgentes —informóle amablemente Lamouset—. Espera estar libre dentro de un cuarto de hora.

—¡Maldición! ¿Todavía tengo que esperar aquí un cuarto de hora, haciendo sonar los tacones?

—Hoy hace una hermosa mañana —dijo Lamouset—. Con seguridad, Su Excelencia preferirá regresar dentro de un cuarto de hora.

—¡Maldito regreso! —Exclamó el caballero, dominado por la cólera—. Si me voy, ya no vuelvo. Tenga la amabilidad de comunicar a Su Excelencia que me urge el tiempo y que estaba citado para las diez y cuarto.

Lamouset hizo una inclinación y se dirigió al gabinete de vestir de su amo, pero estaba vacío. Del dormitorio, que permanecía con la puerta cerrada, llegó una risita argentina y cosquillosa.

Lamouset regresó al salón, donde seguía paseándose el colérico personaje, completamente exasperado.

—Su Excelencia lamenta que un acontecimiento inesperado le impida recibirle a la hora convenida. Hará todo lo posible para evitar que su presencia lo entretenga más de lo estrictamente necesario.

A las once menos cinco se abrió la puerta del cuarto tocador.

—Con una sola condición dejaré que la Reina de las Marranas se divierta en paz con su inglés —dijo la baronesa, mientras recibía el abrazo de despedida—. Envíame antes de las doce una entrada para el *bal poudré* de esta noche.

El duque agitó aquella cabecita frívola que encerraba el cerebro más astuto de Europa.

—Pídeme una localidad para el paraíso, Minina. Pídeme el ardor de mi primer amor, pero no me exijas que haga milagros.

Ella se retiró contrariada.

—¿Te niegas? Está bien, pichón; ándate con cuidado.

Se frotó las manos mientras salía y, al volverse, encontró a Lamousset detrás de él.

—¿Desea verme alguien?

—El embajador británico, Excelencia.

—¡Cielos! Esa cara coloradota basta para estropear una mañana como ésta. ¿Cómo se llama? Siempre me olvido...

De pronto palideció y, oprimiéndose el pecho con ambas manos, se tambaleó ante el macizo escritorio. Lamousset lo sostuvo a tiempo para evitar la caída.

—No es nada... Un día de éstos, estimado Claudio, se parará de pronto mi reloj. Pero no en una mañana como la de hoy; ya marcha de nuevo. ¿Cómo es ese dichoso nombre?

—Lord Southdown, Excelencia.

—Sí, sí. Tengo el corsé muy ceñido; aflojémoslo un poco.

En el salón, el encolerizado caballero había detenido sus paseos. Ya fuera de sí, extrajo el reloj del bolsillo y, de pie frente a una de las grandes chimeneas de mármol, lo miró con incredulidad. La diosa de los celos lo contemplaba gozosa desde las tres hileras de asientos.

Lamousset, con aire grave, desnudó a su amo y alivió la presión del corsé de raso blanco que oprimía su talle delicado. Un gran crucifijo de oro, montado con magníficos diamantes, pendía entre éstos y la ropa interior de seda.

—Quizá sea la presión de la cruz lo que molesta a Su Excelencia. ¿La pongo un poco más en medio?

Pero Narciso no permitía que se moviera de aquel sitio, sobre su maltrecho y agitado corazón. Allí reposaba día y noche el recuerdo de un amor, la reliquia de la única mujer, quizá, que, en su vida apasionada, lo amó con tal fervor que no se le entregó. Los pocos que conocían ese episodio de amor, de hacía treinta años, lo habían olvidado con el tiempo. La hermosa condesa de Pontiac descansaba en paz, hacía ya muchos años, en el cementerio del Convento Dominicano de Plomes. El presente se lo había enviado a Narciso (en aquellos días ya se le conocía por Narciso,

a pesar de que ella no lo llamaba nunca así) la noche anterior a la toma del hábito, y nada había revelado a los innumerables ojos femeninos que se posaron en él.

Más de una curiosidad femenina había molestado y atormentado a Narciso acerca del crucifijo de diamantes que descansaba siempre sobre su corazón; pero nunca fue satisfecha. Había rendido a su pálida y exánime condesa el más sentido cumplido que estaba a su alcance: durante treinta años el nombre de ella no salió de sus labios.

Claudio Lamousset conocía la historia del crucifijo porque su padre, Francisco Lamousset, a quien reemplazó en el puesto en 1858, se lo había relatado. Este idilio tierno y desdichado de su idolatrado señor era para él algo más sagrado que su propia vida. A pesar de que, en posesión de tan delicadas e íntimas confidencias, su cuna y su crianza apartaban rigurosamente de sus deberes la emoción, al descendiente de la larga rama de los Lamousset —que sirvieron a la familia de Guiche desde los días de Luis XIII, y cuya hoja de servicios, inscrita en un rollo de pergamino, adornaba el gabinete de Lamousset— aquel sentimentalismo le parecía el más hermoso y conmovedor poema de amor del mundo. Y también el más triste. ¡Dios mío! Cuando Lamousset pensaba en la divina y difunta condesa de Pontiac, se le nublaban los ojos. Y cuando ceñía el corsé de su amo por la parte del crucifijo, que era el símbolo del pasado idilio, recordaba el apacible cementerio de Plomes, donde las monjas de hábito blanco desfilaban de dos en dos entre las sombras de los antiguos cipreses, y donde las cornejas graznaban al viento, y pensaba que la juventud y la felicidad se habían ido ya para siempre.

Con el corsé de raso blanco cubrió reverentemente la valiosa joya y ayudó al duque en la tarea de ponerse el traje, que le ceñía el cuerpo como un guante.

—Haz pasar al lord... ése.

Su Excelencia se hallaba sentado en su escritorio, ensimismado en profundas cavilaciones, cuando entró con mirada colérica el embajador. El duque se levantó y le sonrió con simpatía y fatiga.

—Mil disculpas, estimado embajador. Esta mañana he estado enfrascado hasta la coronilla...

Se oprimió nuevamente el pecho y se desplomó a los pies de su visitante. Lord Southdown, el más bondadoso de los hombres y, a pesar de su arrebató anterior, el más sensato, lo puso boca arriba y le desabrochó el cuello y el corbatín, antes de pedir ayuda.

El duque se repuso, estimulado por el coñac y las sales aromáticas; pero el embajador, en vista de lo sucedido, decidió no tratar el asunto que lo llevaba allí.

A las dos horas, Lamousset anunció a su amo, que yacía en el enorme lecho, apoyado en almohadas de seda, la llegada del enigmático personaje que ejercía las funciones de jefe de policía de instrucción. El duque leyó lánguidamente, a través de su monóculo, la copia del telegrama cifrado que Su Excelencia, el embajador británico, había despachado a su ministro media hora antes.

«Lorán con serio ataque al corazón. Hoy cruza un mensajero».

—En Downing Street quemarán fuegos artificiales —dijo el duque, sonriente—. Quizá sea una suerte morir entre olor a azufre, pues así se está preparado para lo que venga.

Aquella tarde se obstinó en cabalgar por el Bosque de Bolonia, visitar el ministerio y presidir una sesión del Consejo. Las nuevas de su indisposición se ocultaron cuidadosamente, pero a pesar de ello se extendieron por el mundo parisiense, del cual era favorito. Su aspecto pálido pero sonriente, su vestido impecable y su elegante cabalgar, produjeron el efecto de un calmante social. «Después de Lorán, las barricadas», decían en los cafés. «Después de Narciso, nada», afirmaban en los clubes. Moderno entre los modernos, este admirable anacronismo había conseguido prolongar, en su pintoresca personalidad, la historia de la *vieille noblesse*. Era el último de los aristócratas, y con él terminaría una época. Naturalmente, se podría volver a empezar; pero sin tradición.

Con la mirada radiante y animada, caracoleaba aquella tarde apacible, al lado de su gallardo sobrino, el marqués de Guiche; mientras que, con respetuosa pleitesía, a derecha e izquierda se inclinaban las acicaladas cabezas, y los sombreros de prodigiosa copa barrían el suelo majestuosamente. Verdadero rey con la corona de la Moda, y rey sin la corona de Francia, respondía a los saludos conduciendo su cabalgadura fogosa con admirable destreza.

El doctor Cossard se apresuró a través de la alegre procesión de carrozas magníficas, en las cuales algunos jóvenes elegantes yacían semihundidos entre los volantes de las faldas de las beldades. Spot, que marchaba a su lado, con un ojo blanco y el otro castaño, las orejas alertas y la cabeza inclinada en forma tendida, observaba con majestuosa solemnidad la hazaña del bravo joven de pelo castaño y calzas blancas. En la parte trasera del carruaje negro y amarillo, el cachorro argelino se afirmaba en forma precaria, mostrando los colmillos blancos como la nieve. A la luz del sol, los arneses de plata, la levita castaña, los radios negros y amarillos de las gigantescas ruedas, la cabeza del tigre y la chistera del doctor Cossard brillaban de modo deslumbrante, como galaxia de vivo resplandor. Al pasar, saludó al primer ministro; y el duque, con un movimiento amistoso de su guante gris perla, lo detuvo para sostener un breve diálogo.

—Doctor, supongo que habrá recibido su tarjeta para el *bal poudré*.

—La he recibido esta mañana, Excelencia.

Cossard sonreía, pero resentido visiblemente por la tardía llegada de la invitación. El duque le puso una mano apaciguadora en el brazo.

—Se me ha pasado por alto estúpidamente. He tomado medidas para que no vuelva a suceder. Supongo que estará atareado como un... ¿cómo diría yo?... Bueno, va a su hospital, ¿no es eso, doctor? No tiene tiempo que perder con zánganos como nosotros, ¿eh? Más vale así. Sólo se puede realizar bien una cosa... y ni aun eso resulta posible si se mezcla uno en otras. Hasta la noche, estimado amigo...

Durante un momento los cansados ojos violeta adquirieron aire grave; pero

después de dejar la admonición en los de Cossard, sonrieron con amable despedida. Quitándose elegantemente el sombrero de copa, el cirujano se abrió paso rápidamente entre la multitud. No se amilanaba fácilmente, pero pensó que quizá las otras cosas, tales como la venta de pormenores causantes de escándalos, si no se hacían muy, pero muy, cuidadosamente, no tenían objeto.

Aquella noche Narciso estaba en su palco del Variétés en compañía del joven lord Chasemore, el protagonista del último suelto de la Gata Amarilla.

Era un joven alto, tostado por el sol, de pelo crespo dorado, ojos azules como el aciano, y con gran fama de alpinista y cazador de fieras. En el recinto los susurros revelaban perplejidad; ¿qué diablos estaba haciendo Narciso con aquel joven inglés, tan indiscreto e importuno? Pero Narciso se hallaba ensimismado con los encantos del reciente descubrimiento del Variétés: la señorita Gabriela May, la más etérea de las Dríadas, en el papel principal de *La ninfa prendida*.

Acompañado luego del empresario, muy amable y sonriente, Narciso introdujo a su joven amigo rubio en las profundidades misteriosas, celosamente custodiadas, de Variétés. Se oyó el grito de una voz argentina excitada: «¡Narciso!», el rumor de pies acolchados, el revuelo de faldas sembradas de lentejuelas; se lucieron un centenar de piernas bien formadas, y el joven lord Chasemore contempló al primer ministro de Francia envuelto en una nube de bailarinas increíblemente ágiles y a cual más estridente.

—¡Narciso, Narciso!

—Y mi cena...

—Hoy es mi cumpleaños, Narciso...

—¿Qué ha traído mi Narciso para su querida Simona?

—Diablillas insaciables —gritó el funcionario—. Un poco de respeto o los arrojo a la calle.

Cuando, al fin, pudo Narciso librarse a duras penas, abrió una puerta y, sin previo aviso, hizo avanzar a su joven amigo y le presentó a la señorita Gabriela May. Quiso la casualidad que en aquel instante se encontrase a medio vestir, para trabajar en el acto segundo.

La seductora Gabriela cenó luego con el joven lord Chasemore, en el Morocco. Desgraciadamente, Su Excelencia tenía que resolver asuntos urgentes, antes de dirigirse a las Tullerías. Lord Chasemore, que debía aparecer como Haroldo el Vikingo, no llegó. La emperatriz, caracterizando una insuperable Boadicea, se retiró temprano.

El doctor Cossard optó por usar su gorra y su indumentaria de la sala de operaciones, quizá porque la invitación no le había llegado hasta aquella mañana, o porque sentía fuerte inclinación por la publicidad. Él también se retiró temprano, pretextando deberes profesionales.

En el nicho adornado de uno de los grandes ventanales, Narciso enfrentó a su real amo, sonriéndole con sus ojos cansados.

El emperador, tras aquella impasibilidad enigmática que ocultaba la indecisión que preveía el inevitable desastre, escuchó trozos de la entrevista de Narciso con la propietaria de *Vérité*, que aquél creía de interés para los oídos imperiales. Volvió la espalda al bullicio alegre y multicolor que giraba en forma deslumbrante al compás del *Valse des Quides*, y fijó la mirada amenazante en los jardines, adornados con faroles chinos.

—Bien..., definitivamente...; si insiste en continuar, la suprimiremos... esta misma noche.

—Debo de recordar que todos los habitantes de París, con excepción de Vuestra Majestad, esperan que mañana por la mañana *Vérité* vuelva a solazarlos.

—¿Solazarlos?... —repitió el emperador, irritado—. Eso no tiene importancia.

—Sólo mientras siga solazando a París, Vuestra Majestad seguirá siendo emperador. De lo contrario, no lo será por mucho tiempo...

Así terminó Narciso la jornada y fue conducido a su palacio y hasta su gigantesco lecho. Estaba transido de frío, y en el dormitorio, cuyas ventanas daban al río, frente a las luces de las Tullerías, encendidas todavía, Lamoussset calentó la bata de armiño y vellón en fuego vivo, antes de que su amo se la pusiera para tomar la taza de cacao que le servía todas las noches.

Al resplandor de sus lámparas eléctricas, la Gata Amarilla estaba sentada en su trono de la calle de la Boétie preparando su «columnita», como de costumbre, hasta las once de la noche. Respetables burgueses que se apresuraban a tomar medios de transporte, los asiduos de los bulevares que se dirigían después de la función de teatro a sus clubes, turistas que buscaban el encanto de las noches de París; toda esa curiosidad transeúnte de las proximidades de medianoche se detenía a mirar la figura de raso amarillo que resaltaba sobre el fondo de terciopelo negro.

—¿Quién es, papá? —preguntó a un hombre de espléndidos bigotes una damisela inglesa de grandes ojos, que quizá recuerde todavía aquella noche.

—¡Oh, debe ser alguna farsa infernal! —respondió la voz tras los bigotes, y se encaminó bostezando hacia la farsa infernal de un hotel francés.

La baronesa terminó su «columnita», pero en forma provisional, pues Narciso había juzgado a su hombre arteramente. A las seis de la tarde, la directora de *Vérité* recibió una nota confidencial, que rezaba:

«La información respecto al incidente de Chasemore es quizás inexacta. Será mejor esperar su confirmación por fuente más autorizada».

La baronesa se retiró a las once a su santuario privado y se preparó para dormir, porque, en previsión de posibles revelaciones, había decidido pasar la noche en las oficinas del diario. Poco después de las dos de la madrugada llegó uno de los hurones con un relato curioso.

El imprudente lord Chasemore había llevado a cenar al Morocco a Gabriela May; al parecer, después de la representación del Variétés.

A mitad de la comida apareció de pronto tras la silla de lord Chasemore un hombre de edad, harapiento y en estado de ebriedad, quien le pidió una explicación de su conducta. Naturalmente, lord Chasemore hizo caso omiso de él. El intruso dijo a voz en cuello ser el galán de la hermosa Gabriela, y exigió que lord Chasemore abandonara en el acto su compañía, dejándole el asiento y la cena a él. Como aquél se negara, el hombre gritó:

—Está bien, pedazo de bruto; se le dará un baño.

Luego se volvió y vociferó:

—¡Fuego, caballeros! —Y otros seis mendigos, viejos y andrajosos, colocados en fila detrás de él, se apoderaron de los sifones que había en una mesa cercana y le dieron a lord Chasemore un baño de agua de Seltz. El fuego se mantuvo hasta que lord Chasemore, sofocado, cegado y calado hasta los huesos, abandonó el salón, en medio de las carcajadas. La señorita Gabriela May se escurrió de allí al aparecer los sifones. La dirección y los camareros se abstuvieron de intervenir, y la policía no hizo ningún esfuerzo para averiguar el nombre de los agresores. Evidentemente, aquella escena burlesca la planearon con todo cuidado.

La baronesa adivinó fácilmente quién era el autor de aquella agradable comedia,

así como el motivo de la misma. París no creería nunca que el blanco de aquella bufonada, con sus mendigos falsificados y la artillería de sifones de agua mineral, pudiese ser el amante serio de una emperatriz. La venganza aquí era el ridículo que anulaba. La Gata Amarilla se encogió de hombros y arrojó su «columnita» al cesto de los papeles.

—A pesar de todo, tiene talento ese endemoniado Narciso —pensó.

Poco después de las tres la policía allanó las oficinas de *Vérité*, pero se retiró al asegurarle la directora que la edición de la mañana no contendría nada referente a lord Chasemore. Éste se marchó de París al día siguiente, y Narciso pronunció su epitafio a la propia emperatriz.

—Todos hallamos nuestro Waterloo —dijo—; pero, afortunadamente, los más necios sólo encuentran su *Seltzer water*^[3]

CAPÍTULO IV

EL FINAL DE UNA LEYENDA

1

Dos días después, cuando el presidente del Consejo subía la escalinata de la embajada española, se desplomó en los brazos de un lacayo, y hubo de ser conducido a su residencia. Estuvo sin conocimiento por espacio de tres horas, y Guizard, el médico que lo atendió al sufrir el primer ataque, consideró su estado lo suficientemente grave como para llamar en consulta a los distinguidos especialistas en enfermedades del corazón Hamelin y Bougereau.

La consulta se concertó con todo sigilo y se efectuó a altas horas de la noche. A la duquesa, empero, notificósele que no había motivo para anular las invitaciones del baile preparado aquella noche en el palacio de Lorán. París, la ciudad de los dimes y diretes, donde las malas noticias se esparcen con la rapidez del rayo, supo, mucho antes de comenzar las funciones teatrales, que el duque se hallaba postrado en cama, y que el famoso Bougereau había sido llamado telegráficamente de Bruselas, para dictaminar sobre su estado.

¡De cualquier modo, no había por qué inquietarse! Narciso era capaz de librarse de cualquier contratiempo. La febril alegría del París nocturno siguió su ritmo festivo e indiferente. Grisi cantaba en la ópera, la Bernhardt actuaba en la Comedia. Aquella noche se realizaban en París treinta magníficos bailes. El duque, desde el lecho, oía el lamento de los violines que llegaba procedente del ala oeste del palacio, de los aposentos de la duquesa.

Después de la cena ella le hizo una visita. Era una gran dama, de ojos tranquilos y labios fríos. Aún después de treinta años de matrimonio, él la respetaba y admiraba por la pequeñez de sus manos y de sus pies y por sus esbeltas piernas. Era bien sabido

que Narciso prefería el género de belleza británica. «La mujer francesa es muy larga de lengua y muy corta de piernas», dijo en cierta ocasión; su duquesa tenía sangre escocesa.

—¿Y tu baile? —le preguntó, después de asegurar que se sentía perfectamente restablecido.

—Son trescientos ángeles blancos —contestó ella—, pues la fiesta era un *bal blanc* para principiantes.

—Tengo que levantarme —anunció con decisión; pero ella lo amenazó con el dedo.

—Quédate donde estás, diablillo. Mis ángeles deteriorarán bien pronto sus alas, aun sin tu presencia.

Sin embargo, tan pronto ella lo dejó, hizo un esfuerzo para levantarse, y sólo la autoridad del gran Bougereau lo obligó a continuar en la cama.

Las campanas, al otro lado del río, daban las once, cuando el corpulento y barbudo gigante, arropado todavía en su abrigo de viaje, de forro de piel, penetró renqueando en el vestíbulo. Junto a una de las chimeneas le aguardaban sus colegas, y los tres doctores conversaron durante unos momentos en tono confidencial, en medio del ahogado susurro del espacioso salón, en cuyo libro de visita se habían apresurado a firmar las notabilidades de París. En el exterior, dos lacayos respondían a las preguntas de los ocupantes de los coches, que llegaban hasta el pie de la escalinata. Las cabezas morenas y rubias, cuyas joyas resplandecían a la luz de las lámparas, se inclinaban hacia afuera, y con voz argentina repetían la ansiosa pregunta:

—¿Cómo sigue Su Excelencia?

Los lacayos de empolvadas pelucas y librea azul y oro, impertérritos, murmuraban monótonamente la misma respuesta:

—Su Excelencia continúa mejorando. Terminada la conferencia, los tres médicos subieron lentamente la escalera. Los perfiles se dibujaban, solemnes y sombríos, sobre el brillo de las flores, que hacían del palacio un vergel. Lamousset, que esperaba frente al cuarto tocador del duque, los hizo pasar, y se colocó junto a la cabecera del lecho. Narciso, que estaba demasiado pálido aquella noche, se hizo arreglar el semblante y, en medio de las colchas de seda, aparentaba tener unos veinticinco años.

—Mil disculpas, doctor —dijo sonriendo al gran Bougereau—, por haberle hecho viajar seiscientos kilómetros para decirme lo que ya sé.

Para Bougereau, empero, la muerte no era una burla, sino simple rutina. Silenciosamente y sin una sonrisa, sacó el estetoscopio de su bolsillo superior y, apartando las colchas de seda, lo colocó en el corazón de Francia. Su barba rozó las sábanas, y Narciso, que detestaba aquellos ruiditos discordantes tanto como la solemnidad, hizo un gesto débil.

—Es una suerte para sus pacientes, doctor —observó amablemente—, que usted

no use ese dichoso aparato con la boca.

—¡Silencio! —Gruñó el gran Bougereau.

Luego se retiraron a un rincón de la alcoba y hablaron en voz baja. Guizard y Hamelin movían la cabeza, en señal de respetuoso asentimiento a los breves gruñidos de Bougereau, mientras Narciso los observaba con sus cansados ojos violeta. Esa tiranía solitaria e invencible que el médico lleva consigo ante el enfermo no lo amilanó; pero se sintió como un niño desamparado. Con gozo pueril, murmuró al oído de M. Lamousset:

—¡Qué caras! Después de todo, no puede haber nada peor en el infierno.

Los tres sombríos personajes se apartaron del rincón, y el gran Bougereau, adelantándose, dictó su veredicto en forma breve:

—Tiene pocos instantes de vida; puede vivir una hora, una semana, o quizás un mes; pero no existe razón alguna para que sea así.

Narciso se rió regocijado.

—Siempre he hecho lo que no debía, pero esta vez me esforzaré por seguir los consejos de mi médico; sobre todo si es necesario que viva postrado en el lecho.

—Reposo absoluto —ordenaron los tres—. ¡Absoluto!

Bougereau debía volver a Bruselas en el tren de las seis de la mañana. Introdujo el estetoscopio en el bolsillo superior, se abrochó el gabán de piel, tomó su sombrero y, sin despedirse, se marchó de la alcoba. Hamelin y Guizard lo siguieron, después de algunas convencionales palabras de cortesía. Narciso se quedó con su sentencia y... con Lamousset.

—Abre las ventanas —ordenó—; estos animales huelen a jabón; aunque no creo que lo usen.

Lamousset obedeció, y durante unos instantes, mientras se abrían las persianas y las cortinas permanecían descorridas, Narciso entrevió por última vez las luces de las Tullerías, que se destacaban en medio del resplandor del Quai d'Orsay y los puentes. Lamousset cerró los postigos y corrió las cortinas.

—Hay algo que debemos arreglar rápidamente, Claudio —dijo Su Excelencia—. Necesito un cirujano de primera clase; creo que para el caso servirá el doctor Cossard. Dicen que es nuestro mejor matarife. Haz que lo busquen al instante en forma disimulada. Vuelve luego y enciende fuego en el tocador. Es necesario destruir algunas pequeñas cosas.

Lamousset se inclinó y abandonó la alcoba para obedecer las instrucciones. Cuando volvió, el duque se examinaba la dentadura en un espejito de madreperla.

—Después de todo —dijo—, ya no tendré que ir al dentista. Abre las dos gavetas superiores del escritorio y quema todo lo que encuentres en ellas.

El doctor Cossard llegó un poco antes de la una, del Cercle de Minuit, uno de los más aristocráticos clubes de juego de la rue Royale. Había perdido mucho, debía grandes sumas al conocido conde de Beauprét y al marqués de Keylac, y su humor, siempre avinagrado, no mejoró con la llamada de medianoche al palacio de Lorán.

Fue conducido al vestíbulo, que estaba desierto, salvo algún periodista que copiaba las ilustres firmas del garabateado libro de visitas, o rondaba a la caza de noticias sobre el enfermo. El duque sufrió otro ataque poco después de medianoche, no tan grave como el anterior, pero lo suficientemente serio para que la duquesa insistiera en que le administraran la extremaunción. Narciso consintió; porque, a pesar de serle indiferente la religión, era necesario reconciliarse por todos los medios posibles con los católicos, resentidos por la intervención imperial en los asuntos italianos.

—No me hará ningún daño —dijo sonriente, acariciando la mano de su mujer—. Además, puede ser una ayuda para Plon-Plon.

Mientras Cossard, precedido de un lacayo, cruzaba el salón, un joven, en el que reconoció a uno de los errantes empleados de *Vérité*, se separó del criado, al que al parecer trataba de sonsacar alguna confidencia acerca del estado del duque, y saludó respetuosamente.

—¿Su Excelencia será sometido a una operación, doctor?

Cossard lo miró desdeñosamente, y continuó su camino. El periodista apellidado Troné, uno de los hurones más habilidosos de la Gata Amarilla, lo observó con asombro y se acarició la barba reflexivamente, confuso ante la visita de un cirujano a un hombre que agonizaba por una lesión cardíaca. Se dirigió presuroso a la calle de la Boétie para informar del nuevo ataque del enfermo y de la llamada al arzobispo.

Lamousset recibió al cirujano en el salón superior. Cossard observó el rostro impasible del servidor confidencial y, después de un instante, recordó que era el del joven con quien se cruzó en la puerta misteriosa de *Vérité*. Sin duda, era ese indiscreto caballero el que había indicado a su amo la fuente de ciertas informaciones publicadas por el matutino. Frunció el ceño y preguntó:

—¿Por qué me han mandado llamar, mi amigo? ¿Y por orden de quién?

Los ojos triangulares de Lamousset no expresaron el menor resentimiento por el tono imperioso de la pregunta.

—Le voy a explicar —respondió—. Su Excelencia está muy débil, y se le ha prohibido rigurosamente que converse demasiado. Su Excelencia desea su asistencia profesional, pero después del fallecimiento.

—¿Ha muerto? —inquirió el cirujano, brutalmente.

—No.

—¿Quién lo atiende? ¿Qué médico?

—Los doctores Hamelin y Guizard...

—¿Ese idiota de Guizard? ¿Y Hamelin, el bribón más grande de París? ¿Están aquí?

—Sí, se hallan ahora con él.

—Luego, si no ha muerto, ¿por qué diablos me han mandado llamar, si mis servicios sólo se requieren después de la defunción?

—Su Excelencia desea darle algunas instrucciones.

—¿Una autopsia?

Lamousset se inclinó con aire circunspecto.

—Su Excelencia le dará las instrucciones detalladas. Sí, en realidad desea una autopsia.

—¿He de verlo ahora?

—Si así lo desea...

—Entonces, deben desaparecer esos dos bribones. No quiero verlos, ni tener relación con ellos. Con ninguno de los dos.

—Ya está eso arreglado. Los doctores Hamelin y Guizard esperarán aquí, puesto que han de permanecer cerca de Su Excelencia. Si tiene la bondad de seguirme, Su Excelencia lo atenderá ahora mismo.

—Muy bien —precisó Cossard—. Pero si efectúo la autopsia, la haré yo solo, o con un médico digno de ese nombre.

—La hará solo —le aseguró Lamousset.

—De acuerdo.

Atravesaron el tocador, donde chisporroteaban los leños encendidos. La chimenea se hallaba cubierta de cenizas y, a pesar de estar las ventanas abiertas de par en par, la habitación olía a papel quemado. Lamousset había estado muy ocupado. Muchas historias acabaron en humo y cenizas en la hora postrera. Una filigrana de oro retorcida que asomaba por debajo de la rejilla atrajo la mirada de Lamousset. Se inclinó y, recogéndola, la arrojó de nuevo al fuego.

Cossard se detuvo en el interior de la alcoba, donde una débil lámpara iluminaba el lecho, con su dosel y sus tres peldaños, Guizard y Hamelin conversaban en voz baja, cerca de una ventana, en el extremo más alejado. Junto al lecho, la duquesa observaba a su marido.

Éste se había abierto el cuello de la camisa de dormir, y trataba de encontrar la cadena del crucifijo. La duquesa se inclinó sobre el marido, y le colocó la cruz entre los dedos, sin curiosidad, con el gesto con que se satisface el deseo de un niño. Se lo agradeció con una sonrisa, y la mujer, al oír que Lamousset anunciaba al doctor Cossard, abandonó la habitación, por una puerta distante de la ventana en que se hallaban los dos médicos. Éstos continuaron la conversación durante unos instantes, como para demostrar su autoridad al entrometido, cuya llegada debía expulsarlos de la presencia del distinguido paciente. Al pasar frente al cirujano saludaron fríamente y continuaron la conversación en forma ostentosa. Guizard, empero, al llegar a la puerta, se volvió.

—Naturalmente —dijo en tono firme—, la menor excitación puede producir serias consecuencias.

Cossard los observó en silencio, y el anciano siguió a su colega hasta el salón.

Narciso no podía perder los pocos instantes de vida que le quedaban. Con una mano indicó a Cossard que se inclinara, y le dio las instrucciones en un murmullo que era inteligible para Lamouset, situado impasiblemente al otro lado del lecho, pero que se desvanecía sin llegar al extremo del sombrío recinto. Consignó sus deseos con fría precisión y brevedad, tosiendo a veces, y haciendo pausas para almacenar fuerzas en la fallida máquina de su vida.

—Deseo que, después de mi muerte, se extraigan mi corazón y mi cerebro, lo antes posible. Esto se hará en presencia de Lamouset, mi servidor confidencial, y en este cuarto. Mi testamento contiene las instrucciones pertinentes para el destino de mi corazón. Su extracción asegurará al mundo que al menos tenía uno. ¿De acuerdo?

—Obedeceré sus deseos. Naturalmente, preferiría un lugar más adecuado.

—Lamouset se encargará de que todo esté preparado convenientemente. También extraerá mi cerebro. Respecto al destino de éste, mi voluntad está consignada en el testamento. Después de la extracción, deseo que efectúen ciertas gestiones, las cuales serán conocidas solamente por usted y por Lamouset. Sobre esto le pido su solemne palabra.

—Le doy a Vuestra Excelencia mi palabra de honor —replicó formalmente el cirujano.

El duque prosiguió en forma detallada sus instrucciones. Al par que la voz clara y queda, interrumpida por secas tosecitas, se percibía el lejano compás de los violines. El duque se opuso con firmeza a que se interrumpiera la alegría de los angelitos blancos.

—Sus rezos quizás acorten mi cuarentena —había insinuado.

Mientras escuchaba, echado sobre los almohadones, los ojos de Cossard observaban el crucifijo con que jugaban los dedos de Su Excelencia. Era una joya magnífica; en cada brazo tenía cuatro abultados diamantes, y en el tronco, doce más; las veinte piedras principales estaban rodeadas por una doble hilera de gemas más pequeñas. Cossard se preguntó —como siempre solía hacer con todo: joyas, hombres, mujeres— cuál sería el valor del *juquete*. Hizo un cálculo rápido. Veinte piedras, a cincuenta mil francos cada una, y cerca de cien gemas, a unos diez mil francos, serían dos millones por lo menos. La tasa le pareció demasiado elevada. Pero podría llegar a millón y medio. Aun así era increíble.

Su Excelencia prosiguió tranquilamente:

—Sus honorarios serán diez mil francos. Puedo pagárselos ahora, por adelantado. Lamouset...

Cossard aceptó, con disimulado júbilo, el sobre que el servidor entregó a su amo. ¡No había necesidad de persuadir a aquel joven de que aceptara unos honorarios de diez mil francos!

—Quizá muera esta noche —dijo Narciso—. Por lo tanto, es un gran error hacer esperar a los visitantes.

3

El rostro cínico y delicado se incorporó lentamente entre las almohadas. Fuera, tras la puerta más próxima, se oyó una repentina disputa. Eran voces masculinas en tono amenazante, y una femenina, cuyo timbre claro y elevado las desafiaba. La puerta por la cual se había retirado la duquesa se abrió de par en par. Conducía a uno de los largos corredores que unían las dos alas del edificio, y a la escalera reservada, familiar para muchos pies diminutos, calzados con tacones altos. Apareció la baronesa Von Gottermann, adornada con su oro viejo, manoteando nerviosa, sus verdes ojos llameantes y tras ella, dos criados indignados.

—Tengo que verlo. Les digo que he de verlo, y lo veré antes de su muerte. ¿Cómo se atreven a maltratarme, sinvergüenzas?

Corrió hacia el lecho, y estrechó las manos del duque entre las suyas.

—¡Alma mía, aquí estoy! Gracias a Dios, no he llegado demasiado tarde. Pero no puede ser verdad, cariño. ¿Verdad que no morirás, Narciso mío? No dejarás a tu pobre Diana desconsolada.

El duque sonrió ante esta tragedia, y repuso:

—Un poco de la divina Sara Bernhardt. ¡Piensa, tesoro, lo que vas a divertirte escribiendo mi nota necrológica! ¿O ya la has escrito?

—¡Perverso! No seas cruel con tu pobre Diana. Me dejarás sola en este mundo. Sólo tengo veinticinco años. Tendré que esperar mucho. Pero no puede ser verdad; ¿no hay esperanzas?

—Muchas —respondió Narciso, apenas sonriendo—. Confidencialmente, espero desayunar mañana por la mañana con Rabelais, Voltaire y Dios. Supongo que la conversación del anfitrión será tan amena como la de los invitados.

La Gata Amarilla frunció el ceño, disgustada por tal irreverencia, pues era ferviente católica.

—Esto es grave —advirtió—, y has de tomarlo en serio. ¿Sientes dolores?... ¿No?... Mejor. ¿Ha venido el arzobispo?

—Todavía no. Debe de estar preparando un viático de doble fuerza para mí. Naturalmente, eso requiere cierto tiempo.

Su ardiente mirada percibió la impaciencia de Cossard ante aquellas frivolidades y la imposibilidad de Lamouset, situado al otro lado del lecho.

—¿Por qué has mandado llamar a este endemoniado Cossard? —preguntó—. ¿No te van a cortar en trozos, verdad, cariño?

—No, no —le aseguró él con tono evasivo—. Por supuesto, deseo un poco de compañía alegre y divertida hasta el final... El doctor Cossard tiene mucha chispa esta noche. Te has olvidado de empolvarte la nariz, tesoro. ¿Qué nuevas tienes de París esta noche?

Pero ella no apartaba su curiosidad de Cossard.

—Contéstame seriamente. ¿Qué hace aquí este Cossard? No te desmenuzará,

pobrecito mío; antes harán embutidos con mi propio cuerpo.

Hizo un gesto, despidiendo a Cossard.

—¡Váyase! Échalo, Narciso. Tenemos muchas cosas que decirnos en estos tristes momentos.

—Si Su Excelencia no me necesita ya... —comenzó a decir, molesto ante aquellas intimidaciones. No era hombre en quien las emociones se mezclasen con los intereses; pero, sin duda, la situación era penosa para un amante de la ardiente Diana. Además, su gesto lo despidió; aunque, para un galán apasionado habría algún consuelo en el futuro, o quizá de acuerdo con las esperanzas del doctor Cossard, otras ventajas más positivas que los consuelos. La mano del duque lo detuvo.

—Un momento, Cossard. Debes de comprender, gatita, que tengo que arreglar algunos detalles.

El crucifijo escapó de sus manos al insinuarle a Cossard que se quedara. La baronesa se precipitó sobre él.

—¡Mi cruz! —exclamó—. Te la has quitado para dármela. Al menos siempre tendré esto, que ha sido parte de tu vida.

Los ojos verdes eran mares de llamas, hogueras de deseo y de codicia, rivales de las gemas, cuyo brillo devoraban. Las piedras preciosas constituían su mayor apetito. Era una pasión que tenía en sí el fanatismo del ser primitivo que adora al ídolo. Sostuvo el crucifijo ante la débil luz y dio vueltas lentamente a la espléndida joya, para observar su resplandor y su brillo. Transportada, perdida en una especie de éxtasis, murmuró para sí en forma inarticulada:

—¡Dios mío! Si por lo menos pudiese...

Las mejillas del duque se enrojecieron, bajo la aparente juventud de los afeites. Con los ojos llameantes, extendió la mano.

—Dámelo —ordenó.

Perdida en el trance de su adoración, no le prestó atención.

—¡Millones! —murmuró—. ¡Millones! ¡Dios mío, qué brillo!

—Te digo que me lo devuelvas —repitió Narciso, ciego de ira. Hizo un esfuerzo por levantarse, profirió un suspiro y cayó sobre los almohadones. Cossard se inclinó hacia él, escudriñó el semblante, le tocó la sien y se enderezó.

—Está muerto —informó brevemente—. Será mejor informar a los doctores Guizard y Hamelin, ya que era su paciente; querrán comprobar la defunción.

Con un grito, la baronesa se arrojó sobre el lecho y, tomando las manos que yacían todavía en un gesto de súplica, cubrió de besos los finos labios, al tiempo que articulaba, con gestos teatrales, algunas confusas palabras de ternura y pesar. Cossard la apartó.

—Antes de que vuelvan esos charlatanes —sugirió—, le aconsejo que se retire. Armarán un escándalo, como lo haría todo el mundo, si...

Movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, es mejor que me vaya. ¡Mi alma, mi amor, Narciso mío!

Besó nuevamente los labios inertes y fue hacia la puerta, por la cual entrara. Allí la esperaba Lamousset.

—Buenas noches, señor Lamousset —dijo, llevándose el pañuelo a los ojos—. Usted llorará también.

Lamousset, empero, no había comenzado a llorar. Tendió una mano respetuosamente.

—El crucifijo, señora baronesa, si tiene la bondad.

Ella estaba sorprendida, indignada.

—¿El crucifijo? ¿Qué quiere usted decir? El crucifijo es mío.

Lamousset movió negativamente la cabeza.

—Me apena contradecirla, señora baronesa. Mi deber me obliga a rogarle la devolución del crucifijo.

—Pero, idiota, le digo que es mío. Me lo regaló el duque. Me prometía siempre que sería para mí.

Apeló a Cossard.

—Usted lo ha oído. ¿Acaso no estuvo conforme cuando le pedí que ése fuera su recuerdo?

Cossard no respondió. Inclinado sobre el pobre Narciso, marcaba con sus dedos largos y huesudos la huella que seguiría el bisturí en la juvenil cabeza. La baronesa gritó:

—¿Me ha oído? ¿No ha dicho él que yo tendría la cruz como recuerdo?

Esta vez Cossard agitó la cabeza.

—Me apena contradecirla, pero no he oído que Su Excelencia dijera tal cosa.

—¡Lo ha dicho, lo ha dicho! —Gritó con pasión—. Apártese, granuja, atrevido; y déjeme salir.

Lamousset permanecía inexorable.

—Señora baronesa, no se irá hasta que me devuelva la cruz. Soy el responsable de ella ante Su Excelencia.

La baronesa protestó, gimoteó, trató de escabullirse, le dio una bofetada y lo amenazó con toda clase de venganzas. Mientras clamaba con voz cargada de odio, se abrió la puerta tras ella y entró la duquesa, con ojos tranquilos y labios fríos. Bajo el peso de la mirada de la gran dama, su espíritu de muchacha del arroyo se encogió y acobardó. Deslizó el crucifijo en la mano de Lamousset y huyó por la otra puerta. Pasó frente a los asombrados doctores, bajó la escalinata adornada de flores, se escurrió entre los lacayos de librea azul y oro y los guardias suizos de dorados cinturones y, riendo, ahora que el miedo la abandonaba, condujo su carruaje a la calle de la Boétie, para escribir la nota necrológica de su Narciso.

Los violines interrumpieron sus lamentos y, con los primeros copos de una tormenta de nieve, el rebaño de ángeles blancos se alejó, amedrentado, de la mansión de la muerte. Llegó el arzobispo, y a los pocos instantes se marchó. Otro personaje aún más encumbrado hizo lo mismo. Ya antes del alba, uno de los corredores del palacio estaba convertido en oficina, donde los escribientes garrapateaban millares de esquelas mortuorias. Los ministerios permanecieron iluminados toda la noche; zumbaron los hilos telegráficos. Legrand, el empresario oficial de las pompas fúnebres, arribó con sus subordinados y comenzó los preparativos para el funeral.

A la hora del desayuno, todas las personas respetables llevaban un trozo de crespón negro, y París leía con asombro la protesta de los doctores Guizard y Hamelin, achacando al doctor Cossard y, a la baronesa Von Gottermann su exclusión durante los últimos instantes del augusto paciente, y el panegírico de aquélla sobre su amante muerto. Por amor a Narciso, el público aceptó el asunto con el buen humor característico de su ídolo, a pesar de que algunos órganos periodísticos socialistas tomaron el hecho como inspiración para otro severo ataque al gobierno.

La duquesa guardó el corazón en un cofrecillo y lo enterró en el panteón de la iglesia, en la posesión que tenía la familia en Picardía. El cerebro fue enviado a la Facultad de Medicina de la Universidad de París, pero no así la cláusula del testamento que rezaba: «Deseo que se determine su peso y se comunique a Su Majestad el Emperador, para que sepa qué cosa tan diminuta lo ha mantenido en el trono durante tanto tiempo».

La emperatriz, singular censora, expresó su gran desagrado ante tal veleidad, que pasmaría a las personas serenas. Todos sabían que siempre había estado celosa de la creciente influencia de Lorán y no derramaría lágrimas por su muerte. Desde entonces, la indecisión del emperador hacia una guerra, que debía asegurar los tambaleantes cimientos de su trono, se tomó cada vez más amenazante. En la lucha por la presidencia del Consejo surgieron, entre Plon-Plon y el perentorio tirano de su destino, hombres que no valían un comino. Mientras tanto, armado hasta los dientes, aguardaba el jefe del Estado Mayor alemán, un hombrecillo enjuto con anteojos.

En la sombría alcoba, donde el duque yacía entre almohadones de encaje, no se escuchaba un solo rumor, salvo el murmullo de los rezos de las monjas, o la entrada o salida de puntillas de un sacerdote. La duquesa se presentó dos veces durante el largo día, para rezar junto al magnífico lecho. Pero pertenecía a una raza, a una religión y a una época diferentes. Para ella, aquel cuerpo pálido e inerte, tendido en medio de la seda y el terciopelo, significaba a la sazón menos que nada. Raúl de Lorán amó la alegría, la luz y el color. Si la duquesa pudiera disponer las cosas, abriría postigos y ventanas, para que entrara la promesa de la primavera, llenaría el aposento con flores y ritmos de música alegre, ocultaría en la tierra la vacía envoltura y pondría en su lugar la memoria y el espíritu de Narciso.

Toda la noche y todo el día Lamousset permaneció al lado del lecho. Nadie le preguntó qué derecho tenía; nadie se sorprendió de que no rompiera el ayuno en veintisiete horas.

—¿Me hará usted compañía, Claudio? —preguntó la duquesa, con amabilidad.

Él meneó la cabeza y contestó:

—Con el respeto debido a la señora duquesa, me quedaré con el señor duque.

Ella admitió sin curiosidad, y sin formular pregunta alguna, que hiciera los preparativos necesarios para llevar a cabo las instrucciones de su amo. Poco después de medianoche las dos religiosas se retiraron, y entraron cuatro criados para arreglar con la mejor luz posible la habitación que debía utilizar el doctor Cossard.

Cuando Cossard llegó, a las doce y media, todo estaba listo; y Lamousset le aguardaba completamente solo. El cirujano inspeccionó los preparativos, dispuso sus instrumentos y ayudó a Lamousset a transportar a Narciso hasta la improvisada mesa de operaciones. Cossard pensó que el fardo era extraordinariamente liviano; lo sería más aún a la vuelta.

Cuando el cirujano se retiró, un alba pálida comenzaba a enfrentarse con los faroles del patio. Lamousset, contento de haber cumplido satisfactoriamente con su deber, puso en orden el aposento, hizo entrar a las religiosas y ordenó a su criado que le preparara una taza de chocolate. La sorbió en el corredor que daba al recinto del difunto, y volvió inmediatamente a su puesto. Salvo en muy breves instantes, no abandonó la habitación hasta la tarde del funeral, celebrado cuatro días después.

—En realidad, este Lamousset va demasiado lejos —declaraban sus subordinados—. Después de todo, se es humano sin ser inhumano.

Al saberse que tenía intención de retirarse del servicio, hubo una sensación de alivio. Una criada, al toparse con él cierta tarde en la penumbra de un pasillo, halló su silueta y su modo de andar tan similar a los del duque, que se desvaneció. A nadie le gusta dar los buenos días a un fantasma.

El inmenso cortejo avanzaba lentamente por las repletas calles de París, y entre las hojas que cubrían la calzada, bajo un cielo plomizo y una persistente llovizna, luego del recargado culto religioso celebrado en la Magdalena. Seis carrozas llenas de dignidades eclesiásticas precedían el enorme coche fúnebre, ornado de crespón de luto y plata y tirado por seis corceles, negros como el carbón. Tras él marchaba la servidumbre del duque, con el señor Lamousset al frente. A pie las seguía un gigantesco oficial de caballería, llevando las condecoraciones del muerto en un almohadón de terciopelo; después los representantes de las dependencias gubernamentales, y los más íntimos amigos del malogrado duque. A continuación una hilera interminable de carruajes oficiales, exuberantes de uniformes y atavíos, con todos los matices del arco iris: consejeros privados, generales, almirantes, senadores, miembros de los cuerpos legislativos, representantes de las universidades. Otra procesión interminable de coches particulares, y luego las tropas: la ruidosa e inquieta caballería, la acompasada infantería y, por último, los retumbantes cañones. La lluvia caía impasible sobre aquel magnífico desfile y, bajo los relucientes paraguas, París observaba entristecido.

De esta manera fue escoltado Narciso hasta su última morada. El viaje desde la Magdalena duró dos horas y media. Otra hora y media transcurrió antes de que acabaran los panegíricos y lo dejaran en paz. La caballería, la infantería y la artillería volvieron rechinando bajo la lluvia. Los brillantes uniformes se apresuraron hacia los carruajes, y fueron traqueteando por las húmedas calles. Una neblina amarillenta había surgido de la hoya donde el París fabril trabajaba ya con luz artificial y emponzoñaba la lluvia con sabor a hollín. El gran cementerio se desalojó bien pronto, y el silencio reinó nuevamente en las largas avenidas de blancas cruces, protegidas por los sombríos y húmedos árboles. Frente al mausoleo de la familia de Lorán, los amigos más íntimos y algunos curiosos conversaban aisladamente, mientras contemplaban la entrada abierta de la sepultura. Los enterradores seguían allí. Hubo una cierta dificultad en la conexión de la lámpara que, por deseo del duque, debía arder en forma continua sobre el ataúd.

El panteón de la familia Lorán era una obra imponente: un templo corintio en miniatura, con su cúpula y sus columnas, ni antiguo ni moderno. Estaba construido en una eminencia del terreno, como si los Lorán debieran yacer unos metros más arriba que los demás muertos. El doctor Cossard, que se detuvo a charlar con un consejero privado, cuya mujer fue una de sus pacientes, hizo un gesto al observar el tizne de las columnas de mármol.

—Las fábricas se vengan —dijo—. Sin embargo, quizás esté más limpio dentro. Vamos a ver.

Pasó frente a Lamousset, que permanecía en la entrada de la tumba y, seguido por el consejero privado, entró para echar una ojeada. El encargado del cementerio y

algunos ayudantes acababan de adaptar el depósito de aceite de la lamparilla suspendida sobre el ataúd del duque: el último de una triple hilera.

—Sólo será necesario llenar la lamparilla una vez por mes —explicó con amabilidad el encargado—. Naturalmente, cuanto menos se abra el panteón, mejor. Habíamos dispuesto que la provisión de aceite durara un año; pero, al quedar tan poco espacio entre el techo y el ataúd del duque, sería un inconveniente.

Los condujo ceremoniosamente hacia la salida, uno de sus ayudantes cerró la puerta y se guardó la argolla de tres llaves en el bolsillo.

—¡Qué tiempo más abominable! —dijo el encargado; y tras saludar, se marchó con sus subordinados.

A lo lejos se oían voces que gritaban:

—¡Vayan saliendo! ¡Vayan saliendo!

Iban a cerrar las verjas. El consejero privado y el doctor Cossard se encaminaron hacia sus carruajes por uno de los húmedos senderos.

Lamousset los observó hasta que desaparecieron. Elevó la mirada. Más allá del piélagos pardusco en que brillaban las luces de las fábricas, de las cuales emergían desamparadas las chimeneas, más allá de las paredes blancas y grises que constituían el París de Narciso, se iba esfumando el vago borrón de Montmartre. La temperatura empezaba a descender; algunos copos de nieve aislados trataban de derretirse en las mangas de su gabán. Se volvió hacia la puerta tras la cual descansaba en paz su amo e hizo una reverencia con aire grave.

—Buenos días, señor duque —dijo en voz alta; y dando media vuelta, tomó el sendero que conducía a la salida: era su propio amo.

CAPÍTULO V

EL RETIRO DEL SEÑOR LAMOUSSET

1

Entre el extenso círculo de amistades de Lamousset, pertenecientes a esa selecta aristocracia de la servidumbre superior, se contaba un exmayordomo del duque de Orleans, un tal Daumier. Éste invirtió con ciertas artimañas una parte de sus ahorros en una firma de demoliciones, actividad a la sazón muy provechosa; y otra parte en la construcción, venta y administración de propiedades. Con su experta ayuda, Lamousset se convirtió, en el espacio de cuarenta y ocho horas, en inquilino de un aposento cómodo y convenientemente amueblado, en el tercer piso de una casa flamante, en la calle recién abierta.

Era la calle de Héctor Gabot, situada en el centro de ese ruidoso París, que Lamousset conocía y amaba. El piso —compuesto por dormitorio, sala, comedor, baño, cocina y una habitación para la servidumbre— estaba en la parte norte de la calle y muy bien soleado. Cuando Lamousset hubo agregado al mobiliario algunos objetos personales, invitó a cenar al dueño de la casa, y le expresó que, por el momento, se hallaba muy a gusto.

—No es un palacio, amigo mío —asintió Daumier, observando a través del humo del excelente cigarro con que le obsequió su huésped—, pero es agradable. Las cortinas, verdaderamente distinguidas.

Era hombrecillo astuto y grueso, perteneciente a la generación del padre de Lamousset. Se tomaba un interés paternal por el gallardo y elegante joven, que acababa de ofrecerle una cena espléndida.

—¿Así es que te has retirado? Eres demasiado joven para permanecer ocioso, querido muchacho. No has de tener más de treinta y uno o treinta y dos años,

¿verdad?

—Treinta y seis —respondió Lamoussset, con aire grave—. Buscaré algún empleo, y luego me casaré.

—El matrimonio ocasiona pérdidas en los intereses —afirmó Daumier, concienzudamente—, pero otorga otros más poderosos. Habrás elegido, sin duda...

Sí, Lamoussset había elegido algún tiempo atrás. Optó por la señorita Silvia Damarzet, hija del señor Eugenio Damarzet, librero y editor de la calle del Louvre. No confesó que se había enamorado perdidamente de Silvia, en la tienda del padre, en el espacio de cinco segundos; pero le explicó a Daumier que tuvo mucha suerte en la elección. Daumier, con gesto de aprobación, arrojó una gran bocanada de humo azul.

—Si me permites, te diré que la señorita Damarzet se pondrá muy contenta. ¿Piensas asociarte en el negocio del padre?

No, Lamoussset no pensaba tal cosa. En su opinión, las relaciones comerciales y los suegros no armonizaban. El suegro en perspectiva, aseveraba Lamoussset, a pesar de estar de acuerdo con la elección de Silvia, no congeniaba con su futuro yerno. En efecto, Lamoussset admitía que no sabía contabilidad, ni le importaba gran cosa.

—Para los que viven —dijo sorbiendo su Sauterne—, los libros son innecesarios; y todo cuanto es inútil, es molesto.

Despojó a esa crítica de toda solemnidad con una sonrisa, que, en su encanto de ociosa indiferencia, era la copia exacta de la del duque de Lorán. Daumier, que no había perdido el agrado por los modales finos, entornó los ojos para no perder detalle.

—Además, querido amigo, el ambiente de una tienda no se aviene contigo, aun cuando el establecimiento del señor Damarzet, que conozco muy bien, es muy elegante y, según tengo entendido, muy próspero.

—El señor conde de Chaillac —dijo Lamoussset, eligiendo con cuidado una uva— ha prometido conseguirme el puesto de croupier en el club de la rué Royale. Naturalmente, habrá ganancias; tal vez acepte provisionalmente.

—Es una buena idea. De todos modos, tus medios te permitirán estudiar esa proposición. Sin duda, habrás ahorrado algún dinero. De paso, si quieres realizar un buen negocio, sé de buena fuente que Eauville y Cía. será un gran asunto. Pero, seguramente, has de tener tu dinero en sitio seguro. Con todo, si yo tuviera algunos céntimos para tirar, los invertiría en ese negocio. Hay mucho dinero allí; he oído los nombres confidencialmente, son muy ilustres, estimado amigo. Tenlo presente, si quieres cometer alguna insensatez uno de estos días.

Lamoussset conocía todo lo referente a Eauville y Cía. y sus partidarios. Pero no dijo nada. Tampoco estimó necesario informar a su amigo de que, a la sazón, gozaba de una renta de treinta mil francos, provenientes de las acertadas inversiones, en su mayoría inglesas, legadas por su padre, y de sus considerables ahorros. Juzgaba que eso sólo les concernía a él y a la señorita Silvia Damarzet.

—¿Te quedarás en París? —preguntó su amigo, arrellanándose en un sillón con su

tacita de café.

Mientras se dirigía a su asiento, Lamoussset se detuvo para contemplar meditativamente su imagen en el espejo. Encogió los hombros y alzó las cejas levemente. Tales expresiones le impresionaron incluso a él, por la exacta reproducción del artificio de su adorado modelo.

—No se puede vivir en ninguna otra parte —dijo.

—Con tus influencias —reflexionó Daumier— podrías aspirar a las posiciones más altas y de más responsabilidad. Yo mismo carecía de esos antecedentes cuando me designaron para dirigir la servidumbre en el palacio del señor duque de Orleáns.

Lamoussset, que se arreglaba con cuidado el corbatín frente al espejo, se volvió, y con un ademán cansado rechazó la idea.

—No serviré a nadie más —dijo con aire grave—. He recibido algunas ofertas, pero no las he aceptado. La situación de croupier es diferente. Uno es empleado de un club, y no de un individuo. Es verdad que las horas de trabajo son atroces.

—Y poco convenientes para un marido recién casado —afirmó Daumier sonriente.

—Pero el salario es excelente; y, por lo menos, se alterna en sociedad, entre caballeros.

—Es verdad, querido amigo —asintió Daumier solemnemente. Se palmeó el dilatado chaleco y añadió—: Yo... seré dentro de un año dos veces millonario. Después de eso, si se tiene valor e inteligencia en un mundo de necios y tímidos, ¿quién sabe? Yo, Teófilo Daumier, te digo que esa gente con la que debo tratar para hacer mi fortuna, esos empresarios judíos, esos trabajadores taimados, esos tenderos retirados y empleados públicos ladrones que constituyen mis inquilinos... ¡son una gentuza! Te juro que más de mil veces me he dicho que preferiría ser nuevamente pinche de cocina en la mansión de la anciana condesa de Mazoches, tal y como empecé. Sin embargo, hay que tener en cuenta el futuro. Cuando posea mis dos millones, buscaré un riacho con un poco de pesca, y construiré en él mi casa. ¿No te agrada la pesca?

—La detesto —respondió brevemente Lamoussset—. No sé si me desagrada más sacar el pez, o tratar de hacerlo y no poderlo atrapar. En cualquiera de los casos, es una diversión de idiotas, propia de pescadores profesionales.

Desplegó nuevamente su encantadora sonrisa, que perdonaba todo resentimiento.

—No, soy parisiense. Francamente, el campo me hastía sobremanera. Además, nunca tendré dos millones para comprar arroyos ni aparejos de pesca.

—A menos que hagas una prueba en Eauville y Cía. —dijo riendo el visitante—. Ya, ya; si a todos nos gustase el campo, ¿quién pagaría el alquiler a los propietarios de París?

Durante algún tiempo más discutieron los sueltos de los matutinos sobre el proyecto cuyo nombre, en grandes letras rojas, blancas y azules, se extendió durante aquel mes por todo París, en una enigmática brillantez revelada aquella mañana. El

promotor nominal del plan, el establecimiento de una gigantesca playa, de magnificencia sin igual, en los arenales habitados entonces por las gaviotas, era el financiero Armando Wély, judío de Estrasburgo, cuyas hazañas en las bolsas continentales y en las de América lo colocaron en lugar preeminente en el mundo de las apuestas, pero detrás de sus millones y de su genio, el rumor público presentía un vasto sindicato de riquezas e influencia social y política. De todas formas, la prensa de París, salvo una o dos notables excepciones, se plegó con entusiasmo. Todas las mañanas, durante un mes, el público halló en su diario favorito algún ardiente encomio de la empresa, algún sueño de oropel, el esplendor de una muchedumbre que debía surgir de las desoladas arenas al conjuro del mago, alguna nueva promesa, sobre la corriente de oro que fluiría, día y noche, hacia los bolsillos de los accionistas. Se planearon toda clase de placeres: casino, hipódromos, hoteles magníficos, inmensos salones de conciertos, teatros y *cabarets*, en los que actuarían las estrellas de la capital, abandonando los escenarios parisienses de menor cuantía; embarcaderos, paseos, villas al alcance de todos los bolsillos y palacios principescos. Ingleses, norteamericanos, belgas, españoles, todo el mundo acudiría a aquel nuevo paraíso de extensos muelles apiñados de buques, y de comunicaciones ferroviarias con las ciudades de los negocios y del placer. De las suntuosas oficinas de la calle de Rívoli salieron millones de prospectos; una nube de tentación se cernía sobre el universo. Daumier tenía a la sazón uno de aquellos prospectos en su bolsillo.

Mientras hablaba con Lamousset, sus dedos seguían las apretadas líneas impresas, y sus ojos hallaban fragmentos dignos de atención.

—Si piensas efectuar alguna pequeña especulación, no con una cantidad elevada, pero digamos diez mil francos, creo que podré conseguírte algunas acciones. Cuando se abran las listas, habrá un gran gentío; pero, naturalmente, si se conocen los hilos...

—Según tengo entendido —alegó Lamousset, pensativamente—, Wély tuvo ciertos enredos en Nueva York, en Moscú y en Madrid.

Daumier se encogió de hombros.

—Todo Aquiles tiene su talón.

—Pero no tres —repuso Lamousset—. El asunto de los Estados Unidos fue un fraude completo. Entre nosotros, amigo mío, es necesario ser precavido. He sabido que Wély se acercó, sin éxito por cierto, a varias firmas bancarias, francesas y extranjeras, y les expuso su proyecto. Además, apareció un suelto desagradable en el *Message* de ayer. ¡Es una situación delicada! Creo que sería prudente tomar precauciones con ese señor Wély. De paso, ¿es verdad que el doctor Cossard ha aceptado o va a aceptar uno de los directorios?

Los labios y el bigote de Daumier expresaron incredulidad.

—Cossard no tiene dinero —dijo—. Es una fantasía. Se le ve con frecuencia en compañía de Wély, es verdad; pero quizá sea mayor el deseo del doctor Cossard que el de Wély. ¿Por qué?

—Wély tal vez lo encuentra útil... ¿cómo diríamos?, como propagandista. Es un

andariego y nada tímido.

—Bueno —le exhortó Daumier—; piénsalo, y hazme saber tu resolución. Las listas no se abrirán hasta junio. Se cree que el capital será cubierto diez veces; pero, como te digo, conozco los hilos.

Se levantó, palmeó nuevamente el grueso contorno de su chaleco y se dispuso a salir. Al parecer, Lamoussset tenía el propósito de asistir al final de la velada ofrecida en la residencia de su futuro suegro y se dirigió al dormitorio en busca de la capa, el sombrero y los guantes. Mientras aguardaba, Daumier examinó un iluminado pergamino, de grandes caracteres, cuidadosamente colocado en un marco y que ocupaba lugar preferente en las paredes del salón de su amigo. Era el registro de los Lamoussset que sirvieron a los Guiches; el último párrafo rezaba:

Claudio Lamoussset,

nacido en 1828

muerto en...

servidor de

Raúl Feyvéres de Guiche, decimocuarto Duque de Lorán, Presidente del Consejo,
muerto el 11 de febrero de 1864.

Con gesto de grave aprobación, el exmayordomo examinó la larga y brillante hoja de servicios. El primer Lamoussset de la lista era un Claudio también, criado del *Sieur* Juan María Feyvéres de Guiche, que murió el día de San Miguel, en 1493. ¡Ya hacía tiempo de aquello! ¡Era un linaje muy agradable el de Lamoussset, aun cuando no hubiese sido mayordomo del duque de Orleáns!

Volvió a aparecer Lamoussset; era alto, de anchas espaldas y caderas delgadas. Iba envuelto en una amplia capa de ópera, forrada de seda color violeta, y llevaba guantes color limón pálido, un sombrero de copa ladeado, que le imprimía cierto aire libertino, y un bastón de ébano. Ambos amigos se encaminaron juntos hacia el Oeste, hasta l'Étoile. Allí se separaron, y las últimas palabras de Daumier recordaron a Lamoussset que el prospecto de Eauville y Cía. garantizaba a sus accionistas, durante el primer año, el pago de un dividendo del dieciséis por ciento.

—¿Y el segundo año? —inquirió Lamoussset, con una sonrisa escéptica.

Daumier había cenado demasiado bien para abrigar cualquier resentimiento y lo bastante para hablar sin trabas con su amigo. Pestañeó débilmente y palmeó el brazo de Lamoussset, mientras llamaba con la otra mano a un coche.

—Ten confianza en papá —le advirtió significativamente, y se alejó en el vehículo.

«No creo que la tenga esta vez», reflexionó Lamoussset, mientras apresuraba el paso hacia la velada que tenía lugar en la librería y editorial de Damarzet, situada en la calle del Louvre.

2

Damarzet era algo más que simple impresor, encuadernador y vendedor de libros. Su abuelo y su padre acumularon una considerable fortuna en esas ocupaciones relativamente mecánicas; pero él justificaba su tarea hereditaria demostrando una actitud más estética y artística hacia la Literatura. Era pálido, de ojos claros y barba rojiza; contaba a la sazón cuarenta y cinco años. Mostraba gesto turbulento y fácil entusiasmo. Tan impulsivo en sus amores como en sus odios, fue siempre un generoso para el mundo necesitado de periodistas, autores dramáticos, poetas, novelistas y malos escritores de toda laya, que representaban para él lo más solemne de sus atractivos: la Literatura. Escribía la palabra Literatura con L mayúscula, considerándola como una diosa, ante la cual, con modestia, pero con fervor, oficiaba como una especie de sacerdote supremo.

Las veladas de los martes fueron, durante varios años, uno de los hechos más sólidos y alentadores en la existencia del joven y esforzado mundo literario, o pseudoliterario, de París. Por lo menos una vez por semana hallaba en los extensos salones de la calle del Louvre, no sólo una atmósfera de estímulos y el alivio de su alma solitaria, de sus esperanzas, ambiciones y teorías del Arte y de la Vida, sino también una cena sólida y succulenta, que servía para compensar seis días de hambre, y a medianoche un refrigerio que, con cierto descaro, podría convertirse en una segunda cena.

No es que los invitados de Damarzet fueran hambrientos, fracasados o mediocres. Entre ellos se contaban espíritus de fama y oradores conocidos, que exponían sus amores y sus odios en el atelier^[4], aposento que fue antaño el salón de la madre de Damarzet. Dientes famosos mascaban los cigarros del anfitrión, o los deliciosos platos que presentaba su hija Silvia en inagotable variedad y profusión, procedentes del montacargas, situado detrás del asiento de su padre. Gustavo Flaubert fumó en aquel aposento sus buenas pipas de espuma de mar. Concurría allí también un meridional moreno y de corta estatura, llamado Emilio Zola, y un poeta de pelo largo y ojos vivísimos, cuyo nombre era Paul Verlaine. De vez en cuando, una persona de importancia, un historiador político o un político historiador, o un metafísico, con un nuevo volumen impreso por Damarzet, era recibido como solemne invitado de honor. Generalmente, las reuniones, aunque guardaban la más estricta corrección, se distinguían por su falta de ceremonia social o intelectual. Después de alimentar a los invitados, Silvia tocaba algo de música y cantaba en forma excelente, pues tenía talento. Por esto, porque era una personita adorable, rubia, de ojos azules y buena como un ángel, porque ninguna otra figura femenina compartía la supremacía de las veladas, o quizá por este conjunto de cosas, los periodistas que guardaban en el bolsillo una obra maestra para la Comedia, los folletinistas aspirantes a las hojas de palma en su corazón, eran, los martes por la tarde, sus devotos esclavos.

Damarzet, con las pupilas resplandecientes, tirándose nerviosamente de la rojiza barba, pasaba de un pequeño grupo de discusión a otro, ansioso de decir algo acerca de su amada Literatura, sin pensar si alguien lo había dicho con anterioridad, o si alguno le escuchaba.

En el atelier no se exhibían trajes de etiqueta, por obvias razones, excepto los de los eventuales «invitados de honor», ya mencionados. Silvia usaba siempre algún vestido vistoso, pero sin ostentación. Damarzet estimaba y daba la bienvenida a los codos lustrosos, a los pantalones raídos, al calzado deteriorado, a las pecheras almidonadas que no conocían camisa, a las chaquetas de terciopelo estrechamente abotonadas en lo alto, dejando al criterio de cada cual la suposición de un chaleco; todas esas cosas que forman parte de la Literatura, con L mayúscula. La única nota discordante en las veladas de los martes la daban las ropas de gala del joven que iba a desposarse con su hija.

Claudio Lamousset no tenía quizá la culpa de su Porte elevado y distinguido, ni de esos singulares rasgos aristocráticos que distinguen con frecuencia a los servidores de las grandes mansiones, y no a sus amos. En cambio, había que achacarle el defecto de vestir siempre a la última moda, peinarse y perfumarse igual que un petimetre de los clubes, imitar los ademanes impertinentes de un duque, cuidar que su apariencia desde la punta de las botas hasta el extremo del sombrero estuviera inmaculadamente limpia y fresca, y mostrarse siempre satisfecho de sí mismo. Los invitados por Damarzet, las noches de los martes, llamaban en pleno rostro al futuro yerno el *señor duque*; incluso Silvia, aun cuando admiraba el porte distinguido de su prometido, utilizaba a veces con cierta ironía el sobrenombre. No obstante, Lamousset aceptaba el apodo, tanto de ella como de sus compañeros, como el mayor de los cumplidos. El hecho de que todo el mundo lo señalara con el dedo como el lacayo que imita a su amo, le proporcionaba un placer inmenso.

—Todo el mundo copia —dijo sonriendo a Silvia, un día que ésta le reprochaba su afectación—. Todos los hombres tratan de modelarse con arreglo a un original: su señor, su padre, su amigo o su héroe. Por lo tanto, celestes ojos de mi alma, cuanto mejor sea el original, mejor será la copia.

—Muy bien, pero ¿por qué balbuceas? Imita las cosas grandes, si te parece; pero no copies las simples y necias. ¿Por qué balbucear y tomar rapé? Nadie toma ahora rapé y, además, te estropea el pañuelo.

Sin embargo, Claudio continuó balbuceando y jugando con la petaca de oro. El hecho fue que, a pesar de que al principio le irritaran esas imperfecciones, ella acabó por aceptarlas como debilidades propias y no imitadas. Él tardó en hacerse esta ilusión los once años que estuvo al servicio del duque, pero al corazón de Silvia le bastaron unos meses. A la sazón, cuando le llamaba *el señor duque*, lo hacía con orgullo apenas disimulado.

Por supuesto, el aire y las gracias de Lamousset continuaron divirtiendo el ingenio agudo y el lenguaje sutil de quienes asistían a las cenas de Damarzet y

emprendían violenta lucha entre el romanticismo y el realismo. Aquel martes por la noche, al entrar Claudio Lamousset en el atelier, se levantó rápidamente un barbudo poeta de Montmartre, y dijo:

—*Caballeros*: ¡el señor duque!

Todos se pusieron de pie y permanecieron en aquella posición hasta que Lamousset hubo besado las manos a Silvia y estrechado la de Damarzet. Estaba perfectamente acostumbrado a esas burlescas recepciones, y ello no alteraba en absoluto su serenidad. Personalmente, se hallaba convencido, por propia evidencia, de que cualquier persona relacionada con la Literatura se conducía así, y que si existía algo más falto de interés que un romántico o un realista, eran precisamente un realista o un romántico.

Después de los primeros saludos, practicados en forma más o menos humorística, la pandilla reanudaba invariablemente sus discusiones o sus entretenimientos. Volvían la espalda al espíritu extraño y, salvo alguno que otro murmullo o sonrisa irónica, se olvidaban de él. Estaba acostumbrado a sentarse sosegadamente en un rincón tranquilo, cerca del piano, complacido por las rápidas apariciones de Silvia para decirle una o dos palabras, o incorporándose a veces para volver las hojas de la partitura. Ocasionalmente, Damarzet lo alejaba de su rincón y hacía un valiente esfuerzo para conversar sobre algunos temas, que suponía podían interesar a una persona no literata.

«Tengo entendido que el barón de Loestmann ha trasladado su caballeriza de carreras a Chantilly», o: «He sabido que la duquesa de Lorán piensa residir en adelante en el campo». Y así continuamente.

El respetable caballero sentía tan poco interés por estos asuntos, que mientras hablaba sus brillantes pupilas lanzaban rápidas miradas a sus románticos o a sus realistas. Con una rápida excusa abandonaba al filisteo, su futuro yerno, y volvía con rapidez a la lucha de teorías. Lamousset sentía compasión por su Silvia, criatura perfecta, a quien la Providencia confirió un padre tan inadecuado en asuntos de sentido común y descuidado en materias de pulcritud y amistades. No obstante estas restricciones, se llevaron perfectamente bien los seis o siete meses en los que Lamousset se convirtió en visitante aceptado de la casa. Admitía Lamousset con perfecta tranquilidad la indiferencia de los demás visitantes, a cambio de media hora a solas con Silvia, al terminar la reunión. En realidad, se impuso la obligación de concurrir regularmente a las reuniones de los martes; era necesario hacerles entender que no estaba dispuesto a ser desplazado por una serie de escritores de a veinticinco céntimos la línea, poco aseados y mal vestidos. Se dijo a sí mismo que cuando Silvia se convirtiera en la señora de Lamousset, aquellos individuos realizarían las veladas de los martes sin ella.

Aquella tarde, mientras se inclinaba hacia las manos de su amada, sintió un fuerte golpe en la espalda. Se volvió sorprendido, pues nadie le palmeaba a Lamousset en la espalda, y descubrió a un individuo alto, delgado, de semblante irónico, que le miraba a través de un par de ojos fríos, de un color tan claro que parecían blancos.

—¡Hola, señor *duque*! —exclamó el individuo—, lo he buscado toda la tarde. Permítame que me presente: Pablo Chabot, periodista, representante especial de *Vérité* y de cualquier otro que quiera pagarme, hombre de letras y su devoto servidor. Me siento honrado por conocer a un baluarte de la aristocracia. ¡Qué bien rizado tiene el pelo y qué camisa tan brillante! ¿Podría darme el nombre de su peluquero y de su camisero?

Los ojos triangulares de Lamousset contemplaron atentamente a su interlocutor. El rostro de Pablo Chabot no era apuesto, pero poseía un atractivo diabólico, una

expresión de siniestro valor, acentuado por el pelo desaliñado de color rojo llameante, nariz curvada en forma de pico, boca ancha y burlona, y barbilla que desafiaba a Dios y al hombre. Su camisa y su traje estaban ajados, y el lenguaje era el de un empresario de teatro ambulante de extramuros. Sin embargo, a Lamousset le pareció notar que las pálidas pupilas ocultaban serias intenciones tras las bufonadas.

—Con mucho gusto —respondió afablemente Lamousset—. ¿Puedo agregar el nombre de mi lavandera?

Silvia sonrió, aunque un poco inquieta ante la estocada.

—Sea prudente, señor Chabot, o nos reiremos en los momentos menos apropiados —dijo. Con ojos brillantes, se volvió a su prometido—: Ven a volverme las hojas de la partitura, cariño.

Lamousset la siguió hasta el piano, y durante un momento olvidó la impertinencia, que causó un curioso silencio en el salón. Con el pretexto de buscar otra canción, Silvia le puso en antecedentes de Pablo Chabot.

—No le prestes atención —le aconsejó—. Es un bruto peligroso; fue él quien mató la semana pasada al pobre Enrique Lafargues, del *Moniteur*. Toda la tarde ha estado preguntando por tu llegada. Creo que está ebrio. No sé por qué ha venido. Es la primera vez que lo hace.

Se detuvo, con cierto temor reflejado en sus ojos. Chabot cruzaba el salón bailando y girando con la punta de los pies. Al llegar junto a Lamousset, le propinó otro sonoro golpe en la espalda.

—¡Hola, *señor duque!*, ¿siempre tan tranquilo? Dígame: ¿es verdad que mientras el viejo Narciso se divertía con la pequeña baronesa usted consolaba a la duquesa?

La enorme boca se abrió en una mueca de burla, la mueca de un payaso, pero los blancos ojos se mantenían encendidos y vigilantes. Nuevamente sobrevino un curioso silencio, en el salón.

—Señor Chabot —comenzó a decir Silvia, ofendida—, se olvida usted de sí mismo.

Profirió una exclamación. Rápidamente, pero con perfecta puntería, Lamousset abofeteó la boca abierta del pelirrojo humorista. En el acto la molesta farsa se convirtió en algo serio. Chabot se limpió la boca con un pañuelo sucio, y sonrió diabólicamente.

—No tengo por norma matar lacayos —dijo con rencor—, pero esta vez haré una excepción. ¿Sabe su obligación, lacayuelo? Si no, se lo explicarán mis amigos.

Hizo una reverencia extravagante a Silvia y dijo:

—Señorita, mil perdones; pero la libraré de disgustos. Buenas noches, señor Damarzet. Buscaré un medio de ensalzar su establecimiento; confíe en ello.

Se retiró con aire fanfarrón, mirando de reojo con las pupilas blancas a Lamousset.

Por primera vez el novio de la adorable Silvia fue objeto de interés. El refrigerio, tan reverentemente esperado, iba a hacer su aparición, pero los invitados lo olvidaron, en medio de la excitación y el interés. La mayoría de ellos convino en que Lamousset se había portado con la más admirable corrección ante el brutal e injustificable insulto; pero algunos consideraron que perdió su calma demasiado pronto, actuando indebidamente al responder con un golpe a una broma tan inofensiva como estúpida. Todos se compadecían de Lamousset, en especial cuando admitió que, si bien cargó las armas del señor duque, en alguna que otra partida de caza, rara vez las había utilizado, y menos una pistola. En cambio, tenía cierta práctica en el florete. Desdichadamente, se sabía que aun cuando Chabot se decidiera por la pistola, si le daban a elegir, sus habilidades de espadachín lo hacían todavía más temible.

—Quizás has sido un necio al pegarle —murmuró Silvia, en tono de duda, a su Claudio—. Ya lo sabía; te había advertido...

Lamousset no discutió sobre el particular. Cualquier impertinencia para con el señor duque o la señora duquesa estaba más allá de toda discusión, aunque fuera con su Silvia.

—Este Chabot es un sujeto terrible —le aseguró un periodista—. Posee los ojos de un halcón y los nervios de un tigre. Casi siempre mata a su adversario. Palabra de honor, preferiría que me matara en seguida, antes que agonizar con una bala en el hígado.

—Desde el primer momento —observó otro periodista—, he notado que, al entrar el señor Lamousset, Chabot lo miraba con aire verdaderamente amenazador y me he dicho para mi capote: «Cuidado, este demonio de Chabot se trae algo entre las manos».

La conversación prosiguió en ese tono. Viendo que Lamousset no parecía estar muy desalentado ni impresionado, los invitados lo fueron abandonando gradualmente a su suerte. Damarzet, muy molesto por la descortés interrupción al culto de la Literatura, hizo caso omiso de su futuro yerno, mientras se servía el refrigerio. La misma Silvia, que hasta aquel momento estaba entusiasmada por la rápida terminación de la impertinencia, por parte de su galán, se sintió contrariada a medida que aumentaba la ansiedad por su seguridad.

No era asunto para bofetadas dramáticas. Chabot era un matón peligroso, un duelista de experiencia, un tirador implacable, un espadachín de primera clase: la realidad adquiría un aspecto sombrío e inquietante.

Veía claramente la elegante figura de su Claudio, tendida en el césped húmedo, completamente desangrada e inmóvil. ¡Qué necio, qué insensato, abofetear el rostro del vulgo! Huyó a su alcoba y lloró tanto, que no se preocupó por descender nuevamente al atelier. La reunión se deshizo una hora antes que de costumbre. Todo el mundo estaba contrariado con Lamousset.

—¡Qué idiota! —Murmuraron mientras bajaban la escalera—. ¿Por qué no se queda en su propia clase? ¿Por qué no se casa con una criada? Silvia estaba tan trastornada que ha olvidado nuestro ponche.

Damarzet se mostró descortés cuando le dio las buenas noches a Lamousset.

—¿Así que dice que no sabe batirse? Es mejor que busque mañana a ese Chabot y le pida disculpas. Sería distinto si usted fuese un caballero.

Lamousset, que se abotonaba la capa de forro morado, le contestó con una frase muy distinguida:

—No soy un caballero —dijo sonriendo tranquilamente—, pero trataré de parecerlo en lo posible.

Sin embargo, no llegó a oídos de Damarzet, quien despidió a su futuro yerno cerrando la puerta con un golpe violento.

Aquella noche, antes de conciliar el sueño, Lamousset decidió que en aquel asunto, como en todas las cosas absurdas, debía buscarse a la mujer. Sin dificultad, se convenció de que la había hallado.

La impertinencia de Chabot fue notoriamente deliberada, con determinación y ansiedad tan manifiestas, que no cabía duda de que tenía por objeto obligarle a aceptar un duelo. Puesto que Lamousset jamás en su vida se había topado con Chabot, y no tenía con él trato de ninguna especie, supuso que el terrible duelista asumía los agravios de alguna otra persona. Evidentemente, fue a la velada de la calle del Louvre con el propósito de provocar una pendencia; aguardó dos o tres horas, en espera de una oportunidad, y se apresuró a hacerlo al presentarse la coyuntura. Sin duda, era el cumplimiento de una orden.

¿De quién procedía aquella crueldad? ¿A quién había agraviado? El individuo era uno de los recolectores de escándalos de *Vérité*, a sueldo de la baronesa Von Gottermann. Lamousset recordaba claramente el furioso despecho de la baronesa, con motivo del crucifijo de diamantes. Estaba perfectamente al tanto de su pasado, con su osadía inescrupulosa y su fanatismo por las piedras preciosas. Sólo su propia firmeza junto al lecho de muerte del duque se interpuso entre ella y no menos de veinte diamantes de enorme valor. La conclusión que podía deducirse le pareció perfectamente verosímil. La baronesa había encomendado a Pablo Chabot la agradable labor de vengar su despecho.

En su grosera bufonada, la provocación de Chabot fue bastante torpe. Lamousset comprendió que no le faltó la habilidad de tocar el resorte que produjera su enojo y le impulsara a un desquite: su devoción por el señor duque de Lorán. Posiblemente, ningún otro motivo hubiese inducido a Lamousset a provocar un alboroto en la casa de Silvia. Chabot podía haberlo adivinado, pero la baronesa Von Gottermann lo sabía; tenía razones para saberlo.

Sería erróneo pretender que las experiencias de Lamousset lo habían transformado en cínico. Si le hubiesen pedido una opinión sobre lo mejor y más noble de la vida, habría replicado, con toda seguridad: una mujer buena. También sería el primero en admitir que, en un mundo de hombres, la mayoría de las mujeres eran maravillosamente buenas. Pero nadie contestaría con mayor convicción o con más oportunidades de observación que la ira de una mujer, buena o mala, era algo sin réplica posible y que exigía obrar con prudencia. Por el momento, aplazó toda reflexión sobre la baronesa, y concentró su atención en Pablo Chabot.

Ala mañana siguiente hizo una visita a su amigo Antonio Roux, mayordomo del conde Eduardo de Preynes, el menor de los famosos hermanos. Fuera de los condes Eduardo y Luis, no existía posiblemente en París otro hombre más íntimamente familiarizado con los procedimientos y la delicadeza que debía observarse en un lance de honor. Roux, aunque lamentara que el adversario de su amigo fuera un

vulgar periodista, sentíase honrado con que Lamoussset se dirigiera a él en busca de sus consejos y de sus buenos oficios. Tomó bajo su dirección los trámites y formalidades, se entrevistó con los amigos de Chabot, dos antiguos oficiales de marina, de responsabilidad a toda prueba, y condujo a su protegido a las cinco de la mañana al terreno del honor, situado detrás del conocido chalet de Saint James.

Como parte desafiada, Lamoussset tenía la elección de las armas y, aconsejado por Roux, optó por la pistola.

—El novicio —recalcó sabiamente Roux—, si es afortunado, tendrá más suerte con una bala. Además, así se acaba antes. A propósito, querido amigo, supongo que habrá dejado todo en orden, para el caso de desgracia.

Lamoussset había pensado en todo y nombrado a Silvia heredera de cuanto poseía en el mundo. Evitó cuidadosamente encontrarse con su amada; se contentó con enviarle una breve esquela, invitándola, en unión de su padre, a acompañarlo al teatro, la tarde siguiente del encuentro con Chabot.

Durante aquel día, bajo la tutela de Roux, practicó un poco en un blanco situado en las caballerizas del hotel de Preynes. El conde Eduardo, pariente del difunto duque de Lorán, hizo a Lamoussset el honor de interesarse por el asunto y le permitió el uso de una de sus pistolas de duelo. Dicha arma tenía su historia: años antes había perforado una mañana los pulmones de tres oficiales del Cuerpo de Exploración, uno tras otro. Si bien no podía decirse que la habilidad de Lamoussset fuera digna del arma, demostró, en cambio, que poseía buena puntería y apretaba el gatillo con tranquilidad.

La mañana del encuentro Roux se mostró satisfecho por el apetito con que su amigo apuró el café y los bollos calientes, antes de partir para el Bosque de Bolonia. Era una mañana fría y cruda, ya impropia del mes de febrero. La neblina se extendía densamente sobre el césped cubierto de rocío. Desde una ventana alta del chalet, una mujer vieja y entrada en carnes asomó curiosamente la cabeza, desaliñada y cubierta de rizadores de papel. La penumbra acentuaba el diabólico efecto que producía el revuelto pelo rojo de Chabot y su cara pálida y desdeñosa. Sin embargo, sus padrinos, que eran la corrección en persona, se sentían un poco molestos por tener que conferenciar con un criado, aunque les impresionaba bastante que se tratase del mayordomo del conde Eduardo de Preynes.

Los preliminares se efectuaron rápida y tranquilamente. Con toda solemnidad fueron cargadas, examinadas y entregadas las pistolas a ambos duelistas. En el último instante Lamoussset divisó, a unos doscientos metros de distancia, un carruaje cerrado que avanzaba por el camino. Se apeó de él una figura alta, con una maleta pequeña, un perrito blanco, y cruzó el césped a través de la neblina. Sin duda, el médico de Chabot.

Uno... dos... tres. Lamoussset sintió en el hombro derecho un golpe igual a la coza de un caballo. Dio media vuelta y cayó sobre la hierba.

Cuando abrió los ojos, el primer rostro que vio fue el de Roux; después, con cierta

sorpresa, el del conocido doctor Cossard. Lo miró con estúpido asombro. Entonces era Cossard la alta figura que había llegado a última hora en el coche. Roux y el cirujano que acompañaba a Lamoussset conversaron un instante en voz baja.

—Está herido, querido amigo —observó con calma el padrino de Lamoussset—. No es nada de cuidado, pero desgraciadamente se trata del brazo con que tenía que empuñar la pistola.

Lamoussset se incorporó, algo más pálido que de costumbre, pero sonriente.

—Tiro tan mal con el brazo izquierdo como con el derecho —dijo fríamente—. Prosigamos.

Cossard rió, y tirando de la oreja al terrier que tenía en brazos, dijo:

—De todos modos, Spot, es un sujeto valiente. Vamos, bájate, Spot; veremos si puede ponerse de pie.

Arrojó al perro al césped y, doblando una rodilla, trató de levantar a Lamoussset, entre la mayor indiferencia hacia los demás presentes. Su colega y los padrinos de Chabot intervinieron solemnemente, tan pronto como se recobraron de la sorpresa. Consideraban inaudito que el médico acompañante de uno de los duelistas se interpusiera en el camino del otro. El duelo no podría continuar en tales condiciones. Una de las partes estaba incapacitada. Por lo tanto, el incidente había concluido.

Roux asintió con aire grave, ya que, en efecto, tal era la situación.

—¡Vaya! —exclamó Cossard con tono burlón—. Este hombre no está inutilizado. Él mismo lo dice. Veamos si puede incorporarse. ¡Arriba!

Los dos antiguos oficiales de la marina se consideraron ofendidos. El de más edad indicó fríamente que el doctor Cossard estaba allí para atender a Chabot, si éste lo requiriera. Si no lo necesitaba, el doctor Cossard no debía ofrecerse a nadie más. Con los ojos relampagueantes, les replicó que eran un par de idiotas congénitos; chasqueó los dedos, silbó a Spot y, cruzando el césped, se dirigió a su carruaje.

Roux y el otro médico ayudaron a Lamoussset a incorporarse. Una vez en pie, se negó a abandonar el campo.

—Si el señor Chabot está dispuesto a continuar —dijo—, proseguiremos.

Nuevamente protestaron los oficiales y el médico. Roux, en apariencia frío, pero inflamado interiormente de admiración, apoyó con energía la demanda de su amigo.

—Desde luego, si el señor Chabot no está dispuesto...

Con una carcajada gruñona, Chabot decidió el asunto. Los padrinos se encogieron de hombros y se reunieron con Roux para volver a cargar las pistolas. Cuando los dos hombres se enfrentaron nuevamente, una luz tenue atravesó la cortina gris de la neblina y, alcanzando la superficie superior de los cuatro sombreros, los transformó en cuatro discos de palidez lila.

Uno... dos... tres. Lamoussset recibió una bala entre las costillas tercera y cuarta del lado izquierdo y, disparando con la mano izquierda, con mejor suerte que con la derecha, atravesó el corazón de Chabot.

CAPÍTULO VI

BAJO LOS ÁLAMOS

1

Durante las cuatro semanas siguientes, Lamousset tuvo ocasión de reflexionar, entre otras cosas, sobre su buena suerte. Si la primera bala Chabot la hubiese dirigido un centímetro más arriba, o la segunda un centímetro hacia la derecha, las dudas de Damarzet respecto al valor de su futuro yerno habrían concluido allí mismo. Mientras la herida del hombro carecía de importancia, la segunda bala le causó grandes molestias y lo postró en cama por espacio de un mes.

Teóricamente, abandonó París durante aquel período; en efecto, la señorita Damarzet insistió en su traslado a la calle del Louvre, donde le prodigó sus cuidados día y noche, lo protegió de todo, le evitó algunas visitas íntimas especiales y comenzó su educación en la Literatura de L mayúscula. Lamousset, en su bondad de convaleciente, consintió en leer algunas novelas que, según su novia, eran obras maestras, reconocidas ya en aquel entonces, o que lo serían en un futuro cercano. En aquella temporada trabó también conocimiento con la inmortal Emma Bovary.

—¿No es maravillosa? —Murmuró Silvia—. Vivida, genial.

Lamousset caviló antes de dar su opinión sobre *Madame Bovary*.

—Por diez céntimos se leen todas las mañanas, en *los faits divers*^[5] media docena de relatos verídicos sobre estas jóvenes, y todo ello en un párrafo corto. ¿Por qué escriben entonces un tomo enorme, que no es una historia auténtica, y lo venden por tres francos setenta y cinco?

Aunque Silvia se sentía impotente ante el escéptico, aparentaba decisión. Golpeó suavemente las tapas de *Madame Bovary*, y dijo:

—¡Ah!, pero esto es Literatura, Arte.

—Prefiero historias que han sucedido —contestó Lamousset—. Y cortas, lo más cortas posible.

Surgieron algunas pequeñas peticiones, a causa de la obstinación de Lamousset. Pero Silvia era una personita prudente y de corazón. Dejó de enseñarle Literatura y consintió en aprender picquet y ajedrez. A la ciencia de este último, Lamousset, como antaño su padre y su abuelo, era aficionado entusiasta.

Una mañana, después de visitar la señorita Damarzet el piso de su héroe en busca de cartas llegadas durante la ausencia de éste, llevó consigo, entre otras, la siguiente esquela, perfumada con esencia de violetas y sellada con un complejo escudo de armas.

«Parque Monceau 5, 12 de marzo.

»La señora baronesa Von Gottermann ruega al señor Lamousset le haga saber si ya ha aceptado algún puesto. La señora baronesa Von Gottermann comunica al señor Lamousset que su mayordomo, el señor Tilleul, dejará el servicio a principios de mayo, por razones de salud. Si el señor Lamousset se encuentra libre y dispuesto a aceptar el empleo, la señora baronesa Von Gottermann tendrá el placer de concertar una entrevista para decidir el salario, las obligaciones, etcétera».

Esta misiva molestó mucho a Silvia.

—¡Esa mujer! —exclamó—. ¡Qué impertinencia! ¡Pensar que podrías tener tratos con una criatura tan infame!

Lamousset se sintió ligeramente regocijado al saber que la baronesa Von Gottermann le confería tal honor, y la señorita Damarzet redactó, a petición de su prometido, una brevísima respuesta anunciando que ya había trazado sus planes para el futuro.

«Además —reflexionó la señorita Damarzet—, todo eso ha terminado para mi Claudio. Conmigo comenzará de nuevo».

Sin embargo, esto no se lo dijo a su Claudio. Era lo suficientemente sensata para suponer que aún no lo conocía a fondo.

Entre los visitantes privilegiados, Daumier era uno de los más asiduos y apreciados; pues siempre traía consigo los últimos comentarios de los bulevares, los recientes entretenimientos de los clubes y las noticias de interés concernientes al gran mundo que se divierte.

El hombrecillo conocía todos los detalles acerca de cualquier personaje, y si su lenguaje resultaba demasiado escandaloso para el decoro de Silvia, o su cigarro un poco fuerte para las cortinas, ella lo perdonaba por su naturaleza bondadosa y la admiración que profesaba a su novio. Daumier consideraba la medida adoptada por Lamousset hacia Chabot no solamente soberbia por su valor, sino magnífica en la terminación.

—Hay que acabar con esos gusanos —dijo con un gesto que lo convertía en

partícipe del segundo tiro vengador de Lamoussset.

A la sazón poseía una encantadora casita de campo en Avrèches, distante medio kilómetro del río. Era sólida, decorada hacía poco tiempo y con un delicioso jardincito. Construida para un solterón retirado de los negocios, comerciante en sedas, recientemente fallecido, era el lugar más apropiado para la convalecencia de Lamoussset; y estaba enteramente a su disposición hasta el mes de julio, o el tiempo que deseara. Para llegar desde París a este paraíso, se debía viajar tres cuartos de hora en tren hasta la estación de Avrèches, atravesar el pueblo, seguir kilómetro y medio a lo largo del camino, o bien atravesar por el campo y cruzar en la barca. Formaban parte de la casa un cobertizo para embarcaciones, dos botes... y un ama de llaves de confianza... pero de una edad que no provocaría celos en el pecho de Silvia. Finalmente, Lamoussset hallaría excelente pesca.

—Eso —dijo con una sonrisa el herido— parece ser el único inconveniente.

—Olvidas que vamos a separarnos —le reprochó Silvia.

—¡Ah! —recalcó con gracejo Lamoussset—, pero la separación de un mes hará más encantador el sueño de un futuro en el que no nos alejaremos jamás.

—De todos modos —alegó decididamente Silvia—, como hay sólo tres cuartos de hora de tren, creo que interrumpiré tus sueños de vez en cuando.

Así ocurrió. Lamoussset se trasladó a Avrèches el primero de abril, cuando ya estaba tan restablecido como para andar distancias cortas sin molestia alguna. Comprobó que Daumier no había exagerado los atractivos de la casita y sus alrededores, ni tampoco la eficacia y virtudes de la doméstica. El paisaje, aunque desigual, era tranquilo y sedante; el tiempo primaveral, admirable, y la cocina, a pesar de ser demasiado abundante en huevos, muy tolerable. Cada dos o tres días, la señorita Damarzet hallaba ocasión de abandonar los quehaceres de la casa de la calle del Louvre para dirigirse, impaciente, en el tren de las 9.15, a pasar una jornada larga y feliz en compañía de su amado, a orillas del río.

El procedimiento del encuentro, conforme había convenido con Lamoussset, era rutinario. A las 9.15, hora en que el tren de Silvia partía de la estación de Austerlitz, Lamoussset se calaba un sombrero de ala ancha, tomaba la cesta de la merienda preparada por el ama de llaves y cruzaba las praderas en dirección al cobertizo de los botes, temporalmente de su propiedad. Depositaba la cesta en el asiento de popa de uno de los botes y lo deslizaba hasta el agua con sumo cuidado, a causa de sus costillas. Lo dejaba amarrado a la sombra del cobertizo, y esperaba tranquilamente, haciendo tiempo a lo largo del río hasta encontrar la barca que lo cruzaba. Mientras tanto vigilaba el Noroeste, tratando de descubrir el humo del tren en que llegaba su Silvia. Una vez cruzado el río, andaba aún cerca de medio kilómetro por otras praderas, atravesaba el camino de las afueras de la aldea y llegaba a la estación, generalmente uno o dos minutos antes que el tren de París.

Después del encuentro, regresaban por la misma ruta al cobertizo y subían al esquife. Silvia debía remar forzosamente. Resultó ser una remera bastante

competente pero avanzaba en forma lenta, lo cual agradaba a Lamouset. Se detenían aquí y allá, y pasaban así el tiempo, hasta encontrar un lugar sombreado para amarrar el bote, tomar el almuerzo y conversar con deleite y satisfacción sobre esas cosas que no cansan nunca a los amantes ni en un largo día de verano. Poco antes de las cuatro iniciaban el viaje de regreso. Silvia Damarzet llegaba a la estación por la misma ruta y volvía a París en el tren de las 18.5.

El 16 de abril, en ocasión de la séptima visita de la señorita Damarzet a Avrèches, Lamouset partió con su cesta, a las 9.15 exactamente.

Colocando la canasta en uno de los botes, que echó al agua, siguió como siempre bordeando la ribera del río, en dirección al embarcadero. A mitad de camino, entre unas nubes negras que avanzaban rápidamente desde el Sur se vio el fulgor de un relámpago, seguido del retumbar de un trueno y unas gotas de lluvia. Previendo la tormenta, y sabiendo que el pueblo era el refugio más cercano, decidió volver al cobertizo de los botes; y, dando media vuelta, se dirigió presurosamente hacia éste.

La senda que seguía a lo largo del río era pública. Sin embargo, se utilizaba poco a aquellas horas, pues era demasiado tarde para los labradores que iban al trabajo, y muy temprano para los que disfrutaban dando un paseo. Se sorprendió, pues, al encontrar guareciéndose en el cobertizo a un hombre joven, en cuyas ropas se adivinaba a un escribiente de la ciudad o a un dependiente de comercio. Éste, al oír sus pasos, apareció rápidamente en la puerta de la pequeña barraca de madera.

Cuando vio a Lamouset, abandonó con precipitación el refugio y se alejó con paso rápido a lo largo del río, en dirección opuesta. Como la lluvia caía fuertemente, Lamouset llegó a la conclusión de que debía tener obligaciones imperiosas que cumplir cuando no le importaba mojarse, y lo olvidó por completo.

Después de diez minutos de violento chubasco, la lluvia cesó. Lamouset prosiguió su camino en dirección a la estación, adonde llegó en el momento en que la señorita Damarzet descendía del tren. El sol había reaparecido, los pájaros cantaban de nuevo alegremente; todo era brillo y lozanía. Los amantes marcharon a lo largo del río, hallaron su bote y enfilaron aguas arriba al ritmo del lento remar de Silvia.

Era cerca de la una cuando decidieron almorzar en un delicioso paraje, distante unos tres kilómetros del lugar de partida. Aquel día Silvia llevó consigo desde París, además de exquisitos duraznos, algunos emparedados de paté de *foie gras* y pollo, para reemplazar a los de la doméstica de Lamouset, que eran invariablemente de huevo y queso. Éste era el sabroso contenido de la cesta de Silvia, mientras que la de Lamouset fue olvidada, salvo una jarra de café helado y algunos pasteles.

Terminaron el almuerzo y comenzaron a discutir sobre el maravilloso futuro que se presentaba ante ellos, y si residirían en la ciudad o en el campo. La señorita Damarzet prefería vivir la mitad del año en el campo y la otra en París. Lamouset, a pesar de los idílicos placeres disfrutados tranquilamente durante la quincena, se resolvía por los doce meses del año en París, efectuando excursiones no muy prolongadas al mar y a ciudades de otros países, si es que realmente valía la pena

visitarlos.

La discusión, aunque importante, no tenía urgencia inmediata puesto que ambos habían convenido ya en residir el verano siguiente, el primero que iban a pasar juntos, preferentemente en París. Lamouset fumó varios cigarrillos, marca Régie d'Or, regocijado ante la amenaza de Silvia de no permitirle más cigarrillos de dieciséis francos el ciento cuando se convirtiera en hombre casado.

Un hombre de aspecto joven que, según comprobaron más tarde, iba a llevar al barquero de la mañana, venía silbando por el sendero, en dirección a ellos y precedido por su perro, un perro de aguas pequeño y travieso, de pelaje blanco con manchas pardas. El animalito, husmeando aquí y allá, descubrió pronto las cestas de merienda. Viendo que una, la de Lamouset, contenía un paquete de emparedados que exhalaban un fragante olor a queso, lanzó un ladrido seco para atraer la atención, se puso de manos, y fijó suplicante los ojos grandes y brillantes en los dueños de la cesta.

—¡Qué rico! —Exclamó Silvia—. Míralo. Es suficiente para ablandarle a una el corazón. Démosle algo, ya que lo pide tan pintorescamente.

El dueño del perro observó sonriendo mientras desataban el paquete de emparedados y daban parte del contenido al animal, que permanecía sobre sus patas traseras. Cuando desaparecieron tres emparedados, el hombre ordenó:

—¡Basta! Di muchas gracias.

El perro de aguas, habilidoso como todos los de su raza, presentó seriamente la pata a cada uno de sus benefactores y corrió con ansiedad detrás de su amo, sin dejar de volver atentamente la cabeza de vez en cuando.

Naturalmente, los excursionistas retornaron a sus placenteros asuntos. De este modo transcurrieron varios minutos, sin que ninguno de los dos recordara al perrito pardo y blanco. Sin embargo, al mirar Silvia por casualidad a lo largo de la ribera del río, descubrió a unos ciento cincuenta metros, o quizás algo más lejos, al dueño del perro, arrodillado en el suelo junto a éste. Al principio le pareció que ambos jugaban; pero después de unos momentos vio claramente que algo raro le había ocurrido al invitado.

Lamouset se incorporó para observar mejor y, al verlo, el dueño del perro lo llamó repetidamente en forma apremiante. Lamouset y la señorita Damarzet se dirigieron rápidamente por la ribera hasta el lugar, donde les aguardaba una tragedia.

El perro de aguas yacía sin vida, duro e inerte como una piedra. Ése era el primer hecho saliente. El segundo, según señaló coléricamente el dueño del perro, era que hasta el momento de ingerir los emparedados había gozado de perfecta salud. De acuerdo con el relato, cayó repentinamente en el lugar donde estaba tendido, después de unas breves convulsiones; y mientras trataba de hacerlo vomitar, murió.

—Preferiría que me hubieran envenenado a mí, con sus malditos emparedados —dijo el hombre, reprimiendo con violencia las lágrimas—. ¡Mi pobre Bruno, era tan alegre!... ¿Por qué han envenenado a mi perro?

La catástrofe dio fin rápidamente a una vida graciosa y amiga, y el hombre se hallaba tan acongojado por la pérdida, que el mismo Lamouset no encontraba disculpa alguna, Silvia lloraba amargamente. Lamouset, en la forma más delicada posible, sugirió una indemnización monetaria pero el barquero rechazó en forma airada la mera alusión del ofrecimiento.

—Si yo envenenara a su joven dama y luego le ofreciera dinero, ¿qué pensaría usted? Le diré que escupo en su dinero, ¡asesino! Le repito: ¿por qué le ha dado esos alimentos envenenados a mi perro? Y ¿por qué los lleva en su cesta? Lo denunciaré a los gendarmes. ¿Cómo se llama usted?

Lamouset le dio su nombre y dirección, y renovó el ofrecimiento de una indemnización, prometiendo presentarse inmediatamente a la policía. Pero el hombre, ante la realidad de la pérdida, olvidó su cólera. Alzó en brazos a su pobre y exánime amigo y, murmurando incoherentes palabras de ternura, marchó hacia su trabajo.

Lamouset y Silvia examinaron detenidamente el asunto, mientras volvían al bote. Resultaba increíble que los emparedados preparados por la criada de Lamouset contuvieran veneno. Parecía inverosímil que la causa de la muerte repentina del pobre Bruno fuera otra que los emparedados. En el lugar de la merienda examinaron los emparedados restantes; pero ni la vista ni el olfato lograron descubrir nada sospechoso en ellos. Sin embargo, Lamouset los envolvió cuidadosamente.

—Primero tendré una breve conversación con la señora de Ablot. Si ella no puede explicarlo, debemos encontrar alguien que lo haga.

La alegría del día había concluido. Ambos deseaban escapar del lugar de la pequeña tragedia. Lamouset accedió a la solicitud de su novia de acompañarlo hasta la casa, para asistir a la entrevista con la señora de Ablot. Volvieron, pues, al cobertizo, guardaron el bote y, ensimismados en la meditación, marcharon silenciosamente a través del campo.

Sin embargo, la señora de Ablot, una vez vuelta de su estupor, no pudo arrojar luz alguna sobre el misterio. El envoltorio que contenía los emparedados de huevo y queso era del mismo papel que el utilizado por ella. Puesto que el veneno había actuado con tanta rapidez, Lamouset sospechaba, como se comprobó luego, que debía ser ácido prúsico. La señora de Ablot, para demostrar la imposible presencia de veneno en los alimentos preparados por ella, se mostró dispuesta a comer los emparedados sobrantes.

—¿Cuántos emparedados ha preparado usted, señora? —preguntó finalmente Lamouset.

—Doce, señor: seis para la señorita y seis para usted, como de costumbre.

Tres le dieron al infortunado perro; por lo tanto, quedaban nueve. El misterio siguió sin el menor rayo de luz. La señorita Damarzet volvió aquella tarde a París, en un tren anterior al acostumbrado. Convinieron en que Lamouset llevara al día siguiente los emparedados sospechosos para someterlos a un análisis químico. Estaba decidido a descubrir la causa de la muerte del infortunado Bruno.

—Si no hubieses traído tu cesta, tesoro, se habrían resuelto en forma muy simple las dificultades con respecto al lugar de nuestra residencia.

Una semana después recibió el resultado del análisis. Se comprobó que los nueve emparedados contenían ácido prúsico, mezclado en finos cristales con el queso y el huevo.

Con siniestra seguridad, Lamousset analizó detenidamente la historia de los emparedados, hasta el grado que permitían los datos de la señora de Ablot. Según su relato, evidentemente cierto hasta el último detalle, preparó los emparedados entre las ocho y las nueve de aquella mañana, los envolvió en el papel y los puso en la cesta que dejó en el aparador del comedor de Lamousset. Entre esa hora y la partida de Lamousset, a las 9.15, para ir al encuentro del tren en el que venía la señorita Damarzet, la única persona que se acercó a la casa fue el muchacho de la granja que traía la leche de la mañana. Los huevos eran frescos y los había cascado aquella misma mañana. El queso parecía también inofensivo, puesto que Lamousset comió un trozo durante la cena del día anterior.

Al llegar a ese punto, la atención de Lamousset se concentró en el individuo que encontró guareciéndose en el cobertizo de los botes. Podía afirmarse que aquel hombre era la última persona que rondó por las inmediaciones de los emparedados, después de haberlos dejado en la popa del bote, amarrado fuera del cobertizo. Era difícil suponer que aquel desconocido, o algún otro, hubiera desenvuelto el paquete de la señora de Ablot, hubiera mezclado los cristales del mortífero veneno con el contenido de los doce emparedados, los hubiera envuelto nuevamente y abandonado para que fueran ingeridos por personas confiadas y completamente extrañas a él. Sin embargo, era una conjetura que debía admitirse casi obligadamente.

Lamousset no deseaba publicidad, pues eso ocasionaría una investigación policíaca. Por otra parte, la señora de Ablot resultó tan útil en la investigación como cualquier policía. Después de un día de ardua pesquisa, descubrió que un hombre joven, cuya descripción coincidía con la del desconocido sorprendido en el cobertizo por Lamousset, pasó la noche del 15 de julio en El vellón de oro, la posada del pueblo, y se marchó a las 9 de la mañana del día siguiente, rumbo a Suresnes. Descubrió también que aquel mismo joven había ido, en las dos o tres últimas semanas, tres o cuatro veces a Avrèches, sin pernoctar nunca en la posada. Se suponía que era artista y, también, que procedía de París. Lamousset comprobó esto último mediante discretas preguntas efectuadas en la estación del ferrocarril. En la posada dio el nombre de Ribaud.

Lamousset se entrevistó personalmente con los barqueros, el dueño del perro envenenado y su colega de mayor edad. Durante la quincena anterior habían visto a varios jóvenes, al parecer empleados de París, paseando por la ribera del río. En la mañana de la tragedia no habían visto a ninguno.

El 29 de abril Lamousset regresó a París; pero el misterio seguía sin desentrañar. Por aquel entonces había llegado a la conclusión de que otro día en Avrèches lo habría llevado a la pesca o a otra forma más acusada de demencia.

CAPÍTULO VII

REAPARECE RIBAUD

1

En la mañana del primero de mayo Lamousset se atavió como para una visita de ceremonia y, en una berlina alquilada, se dirigió a las puertas del cementerio de Père Lachaise.

El lado izquierdo debía moverlo con cierta precaución, por lo que la maniobra de apearse de la berlina le resultó un poco difícil. Aquellos instantes invertidos en el descenso fueron para él de gran importancia.

Mientras una pierna permanecía aún en el interior del coche, la otra tanteaba en busca del estribo, pues Lamousset se apeaba de espaldas. Miró hacia un lado y divisó cómo franqueaba con disimulo la verja el joven que en la mañana de la excursión de los emparedados envenenados huyó precipitadamente del cobertizo de botes de Avrèches. Si Lamousset hubiese descendido de la berlina en forma habitual y un minuto antes, aquel señor Ribaud lo habría reconocido. Pero, dadas las circunstancias, no prestó atención ni a las piernas ni a las espaldas de Lamousset, y se dirigió rápidamente por la ancha avenida central, al mismo tiempo que se secaba el sudor de la frente, pues era un día de intenso calor.

Transcurridos unos minutos de reflexión, Lamousset no se mostró muy sorprendido al encontrar por casualidad, entre todas las de París, a aquella persona dueña de sus pensamientos durante la última quincena. En ningún otro lugar de la capital, fuera de la gran ciudad de los muertos, resultaba más probable el encuentro, ya que nueve de cada diez parisienses tenían allí algún pariente o amigo a quien visitar. A pesar de esto, pensó que el encuentro era un poco singular.

Cumplió las disposiciones establecidas para abrir la tumba del señor duque y

renovar la lámpara roja. Debía poner en práctica este deber el primer día de cada mes, a las diez de la mañana. Subió, pues, la pendiente, en dirección a la colina donde estaba la tumba, bajo los cipreses. Siguió durante algunos minutos por la avenida central, precedido de Ribaud.

Deudos sumidos en profunda melancolía, o grupitos de familias en oscura procesión, erraban ya a lo largo de las avenidas bordeadas de árboles. A aquella hora el número no era elevado, lo cual permitía vigilar fácilmente la figura de Ribaud, aun cuando doblara por las callejuelas laterales. Lamoussset lo siguió al mismo paso, no con intención definida de hablarle, aunque maduraba algún plan en su mente, sino porque debía ir en aquella dirección. Cuando Ribaud doblaba en alguna esquina, Lamoussset también lo hacía, por aquella misma razón.

Estaba quizás a unos cincuenta o sesenta metros más atrás, cuando divisó la pequeña colina sobre la que resaltaba, sobre el fondo oscuro, el mausoleo de estilo corintio, bañado por la luz del sol. Los árboles de la avenida por la cual avanzaba parecían servirle de marco. Ribaud moderó su paso y erraba mirando a su alrededor, de modo tan furtivo que atrajo la atención de Lamoussset. Al llegar al final del sendero que desembocaba en el camino más ancho que conducía al sepulcro, miró hacia atrás. Una idea singular brotó en la mente de Lamoussset. Cuando Ribaud se volvió para mirar el sendero por el cual subió hasta la colina, no divisó a nadie.

Lamoussset se apartó a un lado, haciendo caso omiso, por la premura del momento, de la ordenanza oficial de andar por los senderos. Se abrió paso a través del bosque de cruces blancas y alcanzó el sendero superior, a unos veinticinco metros más allá del lugar en que había visto por última vez a Ribaud. Se asomó, protegido por un frondoso tejo, y advirtió que Ribaud seguía contemplando aparentemente la aparatosa arquitectura del panteón, con la misma curiosidad de un espectador común.

Sin embargo, Lamoussset observó algo más desde su escondrijo. La puerta de la tumba estaba abierta, y un manojito de tres llaves pendía de la que estaba metida en la cerradura. Junto a la puerta había tres hombres, dos de los cuales eran empleados uniformados del cementerio: el tercero era el doctor Cossard. En un abrir y cerrar de ojos, la mente de Lamoussset comprendió el significado de ciertas experiencias sufridas en los dos meses anteriores. Sin duda, la apasionada devoción que sentía por su desaparecido amo afinó sus instintos, llevando a su inteligencia, siempre rápida, a un estado en que aceptaba como verdad hechos que una conciencia serena hubiera desechado como absurdos. En aquel instante comprendió que sus servicios al señor duque no habían terminado. Permaneció silencioso y rígido, en actitud vigilante, detrás del tejo.

Era evidente que la personalidad imponente de Cossard y su aire de petimetre aristocrático habían impresionado profundamente a los dos guardianes. Su bastón de ébano con puño de oro oscilaba en vaivén a la luz del sol, señalando en ésta o en aquella dirección, tratando de informarse del aspecto del paisaje, oculto por la niebla de París. También los guardianes indicaban y gesticulaban, asentían o agitaban la

cabeza, riendo cordialmente ante las agudezas del elegante visitante. Los tres continuaron así durante cinco minutos; entonces fue cuando la atención del visitante se concentró en el mausoleo de Lorán. Se volvió lentamente, lo observó a través del monóculo y señaló con el bastón montado en oro. Los guardianes también se volvieron, proporcionando respetuosos y abundantes detalles y riendo nuevamente ante otra sutileza del distinguido espectador. Por último, uno de ellos hizo un ademán de invitación, señalando la puerta; Cossard, después de mirar su reloj, aceptó. Los tres hombres penetraron en el panteón.

Inmediatamente, Ribaud, que deambulaba a corta distancia, mirando ociosamente a su alrededor, se dirigió con rapidez hacia la puerta. Se aseguró de que nadie lo veía, retiró el manajo de llaves de la cerradura, lo sostuvo unos instantes y los restituyó con cuidado a su sitio. Después de mirar fijamente a su alrededor, se alejó con prontitud, cruzando con paso tardo el sendero por el cual se había acercado a la tumba.

Lamousset le concedió unos minutos de ventaja, tomó por una callejuela paralela a la de Ribaud y, sin perderlo de vista, lo siguió hasta las puertas del cementerio.

2

Ribaud continuó paseando tan lentamente, que el ritmo de la persecución se tornó un poco molesto para las largas piernas de Lamousset, que no quería exponerse a ser reconocido, en caso de que Ribaud mirara hacia atrás. Dándose cuenta de que su estatura y el esmerado arreglo con que se había ataviado para la consabida visita a la sepultura del duque atraerían inmediatamente la atención de su hombre, alquiló un coche destartalado, que acababa de dejar a una madre llorosa y a sus dos hijas frente a las puertas del dolor.

El conductor consintió en no perder de vista a Ribaud, con la áspera presteza de los del oficio. De este modo, unas veces a paso de tortuga tras la marcha de Ribaud, otras al trote corto de un paralítico tras un ómnibus en dirección al Oeste, Lamousset siguió a su hombre a través de París. Hubo una larga pausa, mientras la persona decorosamente vestida por la cual se interesaba Lamousset descansaba bajo el toldo de un café, en el bulevar de Sebastopol, fumaba un cigarro y leía un diario, acompañándose con una bock. La persecución se detuvo después cerca de una ferretería, en el callejón de Ingres. Después de esa demora, apresuró el paso y, exactamente a las doce, la correría se detuvo por tercera vez, frente a las imponentes verjas de la flamante mansión que daba al Parque Monceau.

Lamousset no necesitó averiguar quién era el dueño del palacio, cuyos invernaderos cubrían media hectárea cuadrada, y en cuyas puertas dos paneles enormes exhibían el magnífico escudo de armas adquirido por el difunto barón Von Gottermann.

Lamousset esperó en el coche cerca de una hora; pero como Ribaud no reapareciera, se acordó de una cita a la una y media con la señorita Damarzet.

Lamousset y su novia habían llegado a la conclusión de que un *dog car*^[6] tirado por un caballito no era gran extravagancia, teniendo en cuenta la alegría y ventajas que les proporcionaría durante los meses de verano. Aquella tarde examinaron el caballo, elegido en nombre de Lamousset por un amigo suyo, antiguo palafrenero mayor del difunto duque de Lorán y actual propietario de una escuela de equitación y de una caballeriza. El animal parecía ser perfecto en todos sentidos, pero la señorita Damarzet notó que el interés de Lamousset había disminuido rápidamente. Como no se decidió en la caballeriza, mientras se dirigían al carroceros a elegir el *dog car*, ella le reprochó su repentina indiferencia.

—Cariño, si crees que es una cantidad de dinero demasiado elevada para invertirla en un placer, acordemos de una vez suprimirlo. Te aseguro que no podría agradarme nada que tú deploraras.

Lamousset anduvo un trecho antes de contestar.

—No es el..., ¿cómo se llama?, el gasto, paloma mía. Podemos muy bien permitirnos ese pequeño gusto. Es que precisamente no estoy seguro de poder usarlo

durante el verano. Dentro de uno o dos días estaré en condiciones de decidir; pero no en este instante.

No quiso decirle más, aunque notó con pena que su vaguedad la inquietó. No obstante, existían ciertos detalles que Lamousset se sentía obligado a tener en cuenta, por encima del sosiego espiritual de su Silvia.

3

Tilleul, mayordomo de la baronesa Von Gottermann, poseía un dominio casi absoluto sobre las vidas y privilegios de las treinta y siete personas que formaban la servidumbre interior de la mansión del Parque Monceau. Él mismo, según una cláusula expresa del contrato, disponía, tan sólo durante dos días por semana, de dos horas de libertad, entre las diez de la mañana y la una de la tarde.

Tilleul, a pesar de su importancia, se sintió muy honrado al recibir una esquila de su amigo el mayordomo del señor Jacobo de Lussán, informándole de que su amigo el cochero mayor de la princesa Elena de Saxe-Aalmer había recibido la visita de Lamousset, ayuda de cámara del difunto duque de Lorán, para pedirle una entrevista. Si bien ocupaba el principal de los puestos de segunda categoría, su empleo con la baronesa Von Gottermann, el más distinguido que había ocupado hasta entonces, no era precisamente de la servidumbre superior. Su complacencia lo llevó a tener el honor de celebrar la entrevista con Lamousset. Una vez citado, se hizo presente en el piso de la calle de Héctor Gabot, poco después de las once, la tercera mañana siguiente a la visita de Lamousset al cementerio de Père Lachaise.

Era Tilleul hombre de contextura sólida, unos cuatro o cinco años mayor que Lamousset, con un cuerpo de Hércules de feria y mirada autoritaria. Sin embargo, antes de los cuarenta años, el infeliz sufrió un fuerte ataque de diabetes que lo obligó a abandonar su excelente empleo y a resignarse a la vida de enfermo. Su palidez amarillenta y sus ojeras lo demostraban. Durante unos minutos Lamousset se condolió de su situación.

Luego entraron a discutir las obligaciones de Tilleul. En la más rigurosa confidencia, le informó que le habían propuesto que aceptase el puesto de sucesor de su visitante. Naturalmente Tilleul comprendería que sólo un puesto muy apetecible lo induciría a volver al trabajo. Por lo tanto, estaba muy deseoso de obtener, confidencialmente desde luego, algunas informaciones del propio Tilleul acerca de sus obligaciones, salario y todo lo demás.

Abandonando su prudencia, Tilleul aceptó un vaso de jerez, y proporcionó a Lamousset, en forma concisa, los informes deseados. El salario era excelente: seiscientos cincuenta francos por mes, con muchas comodidades, una mesa pródiga y un criado personal; pero los deberes se presentaban arduos y de responsabilidad. El inconveniente más serio lo constituía el reglamento: se era un prisionero salvo las dos horas por semana.

—Eso es muy extraño —dijo Lamousset, sorbiendo el vino meditativamente.

—Hay ciertas responsabilidades que exigen mi constante celo —explicó el visitante—; pero no estoy en condiciones de ser más preciso.

Lamousset, naturalmente, no quiso demostrar curiosidad alguna por tales responsabilidades.

—Y la dichosa baronesa... ¿qué piensa de ella?

Tilleul se encogió de hombros.

—Es como todas las mujeres de su clase. Como sabrá, procede del arroyo; pero es amable cuando no está de mal humor. Siempre se le puede pagar en la misma moneda, no abriendo la boca. Esa gente no tolera esto.

—¿Da muchas fiestas?

—Últimamente no. La concurrencia es realmente asombrosa. Se diría que ya nada de importancia la conmueve; prefiere asociarse con buhoneros, jinetes profesionales, subastadores y esa gente que escribe, la canalla. Hombres en su mayoría. Apenas se ve una mujer. Quiere ser la única gata entre los gatos.

Los labios de Lamousset dibujaron la sonrisa del hombre que acepta todo eso como una consecuencia de la vida y está hastiado de monotonía.

—Según tengo entendido, hay algunos íntimos.

—Naturalmente; vienen y van.

—Después de todo —alegó Lamousset—, aún es joven y lozana, y no podemos dejar de admitir que muy hermosa. Ese doctor alto... ¿cómo se llama?

—¿Cossard?

—Sí, sí, Cossard. ¿Vive todavía allí? Me han dicho que siempre se les ve juntos.

Tilleul asintió.

—No me sorprendería que al final terminara casándose con ella. Bueno, mejor él que yo... Esto me recuerda, estimado Lamousset, que debo felicitarlo. Según me han asegurado su novia es encantadora.

—Es un ángel —aseguró Lamousset, aspirando rapé con suma lentitud.

No habiendo nada que agregar, preguntó nuevamente sobre el personal a las órdenes de Tilleul. Éste, como superior, tenía algunas quejas de la servidumbre. La baronesa era muy inclinada a despedir, en momentos de cólera, a los sirvientes, sin decirle nada a Tilleul. Otras veces tomaba criados, sin consultar antes con él. Naturalmente, eso iba en detrimento de la disciplina.

—El otro día, por ejemplo, tomó a su servicio un nuevo lacayo. Le notifiqué que no sabía nada acerca de ese hombre; pero ella, en tono gangoso, dijo que se lo había recomendado el doctor Cossard, que su mujer había tenido recientemente una cruel enfermedad, a consecuencia de la cual murió, y no sé cuántas cosas más. No obstante, parece ser un sujeto listo y agradable, de buena presencia y modales. Con todo...

Lamousset asintió con simpatía. Luego preguntó con curiosidad:

—Quizá lo conozca. ¿Cómo se llama?

—Lemoine; es un joven moreno cuyas cejas forman un barrera de desconfianza.

Lamousset se interesó.

—¿Tiene hendida la barbilla?

—Sí, creo que sí.

—Me parece conocer a este Lemoine. ¿Ha dicho usted que es lacayo?

—Sí.

Sin embargo, Lamousset se mostró indeciso.

—No. En realidad estaba pensando en un hombre llamado Dubois, que fue durante algún tiempo mayordomo del marqués de Chaillac. De todos modos, los criados son buena gente, ¿no es verdad?

—En general —respondió Tilleul—; yo mismo los selecciono. ¡Oh, sí, es un empleo de primer orden, fuera de la cuestión del permiso semanal!

Lamousset corrigió a su interlocutor con amabilidad.

—Parece un empleo digno de tenerse en cuenta —dijo—. Confidencialmente, por supuesto.

Lo meditó durante veinticuatro horas más, y luego dirigió una respetuosa carta a la señora baronesa Von Gottermann, comunicándole que, si seguía teniendo vacante el puesto de mayordomo, le solicitaba el favor de una entrevista. En respuesta, se le notificó que el puesto estaba casi prácticamente ocupado; pero que la baronesa Von Gottermann lo recibiría a Lamousset a las tres de la tarde del día siguiente.

El lacayo que le franqueó la puerta que comunicaba con las habitaciones de la servidumbre era un joven de pelo negro, con un hoyuelo en el mentón, y al cual había visto Lamousset por vez primera en Avrèches, rondando por el cobertizo de los botes.

CAPÍTULO VIII

EL SEÑOR LAMOUSSET ACEPTA

1

Lamousset comprobó que era uno de esos hombres cuyo rostro resulta más interesante a medida que se va escudriñando. Desde cierta distancia, parecía lucir ligeramente una sonrisa de alegría, y tal vez una satisfacción ingenua; pero de cerca la sonrisa se convertía en una simple mueca, algo así como unos pliegues puramente mecánicos. Los ojos carecían de expresión, fijos en su vigilancia como los de un gato. Lamousset no dedujo nada de ellos, ni siquiera si le habían reconocido. El hombre, sin embargo, sabía su nombre, y que venía para entrevistarse con su ama. Lo condujo inmediatamente a un gabinete con numerosos espejos, en los cuales Lamousset examinó pensativamente su imagen durante media hora, al cabo de la cual apareció Tilleul. Luego de cambiar un amistoso saludo, lo guió por unas escalinatas —a cuyos lados se alineaban estatuas y lacayos con librea negra y escarlata— hasta la presencia de la dueña de la mansión.

Tendida en un enorme diván, ataviada con una bata teatral de diseño oriental, fumaba un cigarrillo, tomaba café y leía su voluminosa correspondencia. De pie y a su lado estaba la secretaria, una joven pálida y tímida, cuyos ojos no abandonaban el cuaderno de notas. Saludó a Lamousset con la misma indolencia con que despidió a su mayordomo.

—Buenos días, Claudio. Así que ha cambiado de opinión, ¿eh? Vuelva dentro de un cuarto de hora, Tilleul.

Lamousset permaneció de pie durante algunos instantes mientras la primorosa dama del diván repasaba su correspondencia, que le sugería bostezos, suspiros y, a veces, sonoras carcajadas.

—Escuche esto, Claudio —exclamó—: «Señora baronesa: El escritor Segismundo Adzulitch, discípulo del reverendo abate Listz, medalla de oro del Conservatorio y compositor de genio, ha tenido la desgracia, sin culpa por su parte, de ser padre de tres gemelos. Como está completamente desamparado, este golpe, después de diez años de matrimonio, lo condena a él, a su adorada esposa y a sus tres infortunados hijos a una muerte inmediata y simultánea. Sabiendo que la señora baronesa es dueña de un sentido del humor tan inagotable como su fortuna, el escritor le ruega envíe a la dirección abajo mencionada la suma de diez francos, antes de la medianoche de mañana, 6 de agosto, para abonar los honorarios de la comadrona». —Luego indicó a la secretaria—: Envíele veinte francos. Me ha divertido. ¿No encuentra usted regocijante, Claudio, a este *père malgré lui*^[7]?

Lamousset se inclinó respetuosamente, pero a suficiente distancia como para darle a entender que no deseaba familiaridades.

—La señora baronesa no exigirá a su mayordomo sentido del humor, ¿verdad?

Ante esta respuesta tan sutil, la baronesa abandonó la correspondencia y contempló, durante unos minutos y en silencio burlón, a su interlocutor. Éste soportó el examen con gran dominio de sí mismo, sabiendo perfectamente que era joven, apuesto, correctamente vestido y mucho más seguro de su posición social que la sultana de pelo color naranja, cuyas verdes pupilas lo contemplaban con tal descaro.

—Hombre, la señora baronesa exige de su mayordomo cuanto se le ocurre —replicó sin ceremonias—. A propósito, como le habrán informado, el puesto está prácticamente ocupado por una persona excelente y de experiencia, quizá no tan elegante como usted. Y, entre paréntesis, ¿está completamente restablecido?

—Completamente, señora baronesa; muchas gracias.

Ella lo observó otra vez, inclinando la cabeza y murmurando para sí: «Que esté prácticamente ocupado no significa que, al volver a pensarlo, no se altere mi decisión final».

Evidentemente, ése no era un asunto de gran importancia para Lamousset. No aparentó el menor interés cuando ella hizo salir con un gesto a la secretaria y su cuaderno de notas. La baronesa alargó lánguidamente una mano y tomó otro cigarrillo de un estuche de oro.

—Fuego —ordenó.

Gravemente, Lamousset encendió una cerilla y la sostuvo ante el cigarrillo. Al levantar la cabeza para aceptar el servicio, la bata, que apenas velaba el encanto de sus niveos hombros, resbaló un poco. Le sonrieron los ojos de color de esmeralda.

—¡Qué manos tan blancas y qué dedos tan largos y tan delicados tiene usted, Claudio! Dígame, ¿de quién lo tuvo su madre?

Lamousset recobró su posición anterior.

—Usted decía, señora —recalcó correctamente—, que el puesto está prácticamente ocupado. ¿Quiere decir que es inútil que insista?

Ella rompió a reír ante la delicadeza de su tono.

—¡Caramba con el señor aristócrata! ¿Me va a comer porque lo encuentro demasiado distinguido para ser hijo de un criado? En cuanto al puesto, creo que lo admitiré; aunque no sea más que para entretenerme cuando esté sola y triste. ¡Dígame! ¿Le aburrirá eso al casto José de los mayordomos?

La posesión de la buena presencia y de un buen sastre, pensó Lamousset, era una dicha no desprovista totalmente de desventajas. Por razones personales, estaba deseoso de entrar cuanto antes al servicio de la baronesa. En cambio, no deseaba merecer de ella una aprobación más calurosa que la de una dueña satisfecha. Aquella diminuta exobrera, tendida en el diván, con un atavío insuficiente y exótica, fumando cigarrillos, quitándose y poniéndose las chinelas, de sus pies desnudos, no tenía para él ningún interés. Pero que le guiñara los ojos de gata y discutiera con él, de igual a igual, asuntos que no habría discutido ni con su propia madre, si viviera, se le antojó de pésimo gusto; se percibía el lodo del arroyo asomando a través de los encajes y de las sedas, perfumadas con extracto de violetas.

Conocía muy bien las versiones que corrían acerca de la Gata Amarilla, y sus idilios de un día o de una hora; era un extraño rosario de caprichos, en el cual alternaban palafreneros y lacayos con viejos taimados de abolengo milenario; y la memoria de algún truhanesco bufón del Variétés ocupaba el mismo lugar que la del señor duque. Lamousset nunca se asombró de que el duque permitiera semejante ignominia, aunque algunas veces lamentaba tal actitud. Lo mismo le ocurría en aquel instante, en que las verdes pupilas del oprobio lo observaban, a través de las pestañas, con un aire provocador que no dejaba lugar a dudas.

Recordó, y bien seguro estaba de ello, que aquel perfumado envoltorio de vestidos mancillados había atentado dos veces contra su vida. No sólo tenía el pleno convencimiento de que Chabot lo provocó a duelo inducido por la baronesa, sino que a la sazón todo indicaba que aquel hombre, Ribaud o Lemoine, había sido empleado por ella, aunque tal vez no sola, para envenenarlo.

A pesar de todo, no encontraba extraordinario que una mujer de su origen y temperamento se divirtiera algunos instantes guiñándole los ojos. Por lo general, en la gente de esa condición, y casi siempre en las mujeres, un hecho circunstancial produce excitación primitiva o momentáneo deseo. Con tales personas no se razona; se aceptan simplemente como son: sin dominio de sí mismos, sin honor, sin tradición.

¿Por qué le honraba la señora baronesa Von Gottermann con el ofrecimiento de la dirección de la servidumbre?

¡No era una pregunta fácil de contestar! Lamousset razonaba de la siguiente manera: aceptando que fuera ella sola, o quizás en unión de un cómplice, la autora de las tentativas de asesinato, ¿por qué lo había hecho? Lamousset imaginó que no sería por arrebatarse de las manos un valioso crucifijo de diamantes; aunque no le guardaría mucha estima por la intromisión. No, había un móvil más definido que un simple enojo o una codicia insatisfecha; había una causa determinada por ciertas observaciones hechas los pasados días; una causa tan clara que no admitía otra

explicación; un motivo que le aclaraba a Lamoussset en forma satisfactoria por qué se habían producido ambos atentados.

Si eran éstos sus ocultos propósitos, como todo parecía indicarlo, ¿por qué le ofrecía la señora baronesa el puesto de mayor responsabilidad de la mansión? La razón podía ser el afán de ostentación adquiriendo los servicios del criado de una de las familias de más rancia nobleza. A pesar de esto, se le antojó a Lamoussset que el tercer intento de eliminarlo se llevaría a cabo en forma más esmerada. ¡Resultaría delicioso tener que vigilar cada bocado que comiera!

No obstante, Lamoussset desechó la preocupación de su seguridad personal con un gesto mental, de la calidad exacta con que se colocaba el monóculo u ofrecía su petaca de oro. Estaba de por medio su deber para con el señor duque, y nada más. No existía mejor modo de cumplir con su obligación que aceptar el ofrecimiento de la señora baronesa, si todavía se hallaba vacante, aunque parecía dudoso.

Su rostro impasible y respetuoso no dejó traslucir esas serias reflexiones. Tampoco parpadeó cuando la baronesa, que comenzaba a inquietarse, lo miró súbitamente, y dijo:

—¿Qué ha sido del crucifijo?

—¿De qué crucifijo, señora?

Lamoussset no recordaba crucifijo alguno.

—Sí, sí, mi cruz. ¿Quién la tiene? ¿A quién se la legó el duque?

—¿La señora se refiere al crucifijo de diamantes que el señor duque...?

—Sí, sí; por supuesto. —Cambió el tono de voz por una intimidación lisonjera—: Vamos, dígame. ¿A quién se lo dejó?

—No tengo la menor idea, señora. Abandoné el palacio de Lorán la noche siguiente al funeral del señor duque.

Ella lo observó con las pupilas negras de sus verdes ojos semejantes a los de un gato.

—No lo creo —declaró secamente—. Usted tiene que saberlo; lo sabía todo. ¿Quién le regaló el crucifijo? Juraría que una mujer. Sé que fue una mujer. ¿Quién?

—No tengo la menor idea, señora.

Ella lo contempló durante algunos segundos; luego se encogió de hombros.

—Bien, mi amigo. Quizá le convenga encontrar una idea. Cuando la halle, venga a comunicármela. Mientras tanto, sería mejor que hablara con el señor Tilleul acerca del salario y las obligaciones. En principio, los suyos serán exactamente los mismos, si se le da el puesto.

La baronesa bostezó.

—Me he enterado de que tiene usted intenciones de casarse. Por supuesto, esto será imposible. Los quehaceres le absorberán aquí todas sus energías. ¿Comprende?

—Comprendo perfectamente, señora.

La baronesa rió.

—Parece que se desentiende de sus asuntos amorosos sin dificultad alguna. Ésa es

otra habilidad. Cálceme la chinela.

Le colocó en uno de los diminutos pies la chinela marroquí cargada de perlas, que se había deslizado al suelo. Ella sonrió.

—Gracias, José mío. Vaya a hablar con el señor Tilleul. Vuelva a verme luego.

Al día siguiente por la tarde, Lamousset se llegó hasta la calle del Louvre. Desgraciadamente, el delicado asunto que deseaba discutir con la señorita Damarzet no podía diferirse para otro día más propicio. Silvia partía aquella tarde para Fontainebleau, con la idea de pasar una semana en el Bosque, en compañía de la madre y las hermanas de un joven artista norteamericano llamado Chester Yorke, que desde hacía algún tiempo concurría asiduamente a las veladas de los martes. Estaba en su alcoba, ultimando el arreglo de su equipaje, cuando llegó Lamousset. En la calle la aguardaba un carruaje, tirado por dos magníficos caballos. Chester Yorke y una de sus hermanas esperaban en el atelier. No había alternativa: Silvia tenía que saber las nuevas de Lamousset antes de salir de vacaciones.

Chester Yorke, siendo de raza blanca, era el ejemplar más cercano a un piel roja que jamás había visto Lamousset. Sus altos pómulos casi ocultaban los oscuros ojos y el pelo lacio le caía singularmente sobre la frente, pálida y combada. Sin embargo, su mirada era cándida, la sonrisa amistosa, y poseía un dominio de sí mismo tan firme como el del busto de Robespierre, bajo el cual se hallaba sentado fumando un enorme cigarro. La hermana era encantadora y tan rubia, tan rosada y tan nívea como pudiera desearse.

Durante algunos instantes, y con cierta ingenuidad infantil, observaron ambos la presencia de Lamousset. Luego comenzaron a hablarle del tiempo, diciéndole cosas vulgares, en un idioma desconocido para él, pero que suponían francés. Admitió que, por regla general, se desencadenaban más tormentas en mayo que en cualquier otro mes del año. La conversación empezó a languidecer, y Chester Yorke lo observó más detenidamente, con un concepto ya formado. Se volvió hacia su hermana y le dijo:

—¿Sabes, Carolina? Creo que hemos topado con una rama del viejo tronco. Pero ¿quién es?

—El novio de Silvia —replicó la hermana, segura de que Lamousset sólo hablaba su idioma nativo.

—¡Ya! —Observó el hermano—. Míralo, va a tomar rapé.

Lamousset se levantó y le ofreció la petaca de oro con una sonrisa.

—Viene de los Estados Unidos, señor —explicó amablemente, en correcto inglés—. Tengo la certeza de que sabrá disculpar la calidad.

Chester Yorke, sin amilanarse, lanzó una carcajada.

—Discúlpeme —dijo—. Le había tomado por francés.

Lamousset admitió la lisonja con una inclinación, y perdonó los estornudos de Yorke.

—Dígame —le preguntó sonriendo la señorita Yorke—, ¿por qué no prepara una maleta y se viene con nosotros al añoso bosquecito? A mamá le encantaría. Se muere por las antigüedades.

—Muchísimas gracias, señorita —contestó Lamousset—. Quizás en otra

oportunidad pueda compartir con ustedes esos agradables días. Desgraciadamente, me es imposible ahora.

Yorke miró a su hermana.

—*Was ist*^[8]...? —comenzó a decir.

Lamousset explicó sonriente:

—Hablo alemán, y también italiano y español; aunque estos últimos no los domino, pero los comprendo. También sé ruso. Si desean conversar en privado, me retiraré al rellano de la escalera, a menos que hablen en noruego.

Los norteamericanos rieron regocijados. La señorita Damarzet apareció fresca como una violeta humedecida por el rocío, en un atavío encantador, y los halló contemplando muy complacidos a Lamousset, que se arreglaba el corbatín frente a un espejo.

—¡Preséntanos, Silvia! —Exclamó la señorita—. Tu novio no nos cree personas respetables. ¡Por Dios, Chester! Ya van veintisiete estornudos y tres amagos. Dime, Silvia, ¿de qué se ocupa tu novio cuando no hace nada?

Quizás el inglés de Silvia no fuera igual al de la señorita Yorke, o quizá prefiriera no mencionar la ocupación de su novio. De todos modos, con una hábil risita de perplejidad y apuro, convenció a Yorke y a su hermana de que bajaran y la esperasen en su coche de alquiler. Volvió luego, para que su inesperado galán explicara, en cinco segundos, su presencia y el asunto que lo traía.

Resulta sorprendente que la señorita Damarzet, *pour commencer*, dejase que la abrazara. Desde la cuna, había realizado siempre sus deseos, y aunque las ideas de Lamousset no eran tan liberales, aquella tarde la encontraba demasiado encantadora para no abrazarla. Ella le tomó los dedos.

—Han pasado tres segundos —dijo.

Seguidamente, casi sin circunloquios, su prometido le comunicó que al fin de la semana entraría al servicio de la señora baronesa Gottermann. En tono confidencial le aseguró que el empleo era temporal y duraría un período relativamente breve. De todos modos, por algún tiempo sería el mayordomo de la baronesa Von Gottermann.

La señorita Damarzet palideció bajo el ala del sombrero de paja.

—Te estás burlando —dijo casi en un susurro.

Al verlo serio, ella comenzó a sollozar desconsoladamente, con gran pesar de Lamousset.

—Pero ¿por qué..., por qué..., por qué? —clamó—. No hay necesidad alguna. Tenemos dinero suficiente. Dices que es por poco tiempo. ¿Por qué? ¿Qué te induce a entrar a servir en la mansión de esa abominable mujer?

—No te lo puedo explicar, paloma mía —dijo pausadamente—. Ten la seguridad de que únicamente me guían razones nobles. Después de todo, es asunto de pocos meses, de semanas quizá.

—Pero yo creía que habías terminado con todo eso —exclamó ella—. Lo aborrezco. Me repugna pensar que vas a ser nuevamente criado. Si deseas un empleo,

con tu capacidad y presencia podrías conseguirlo fácilmente. Pero ser criado, y de esa mujer... ¡Oh, es degradante!

Era la primera vez que la diminuta Silvia dejaba entrever a su Claudio aquel aspecto particular de su mente. Nunca se le había ocurrido con anterioridad que ella se sintiera desdichada porque hubiera sido sirviente del duque de Lorán. Su tono y sus ademanes demostraban que sentía algo más agudo y amargo que un infortunio. Adivinó que durante todos aquellos meses ella se había avergonzado de él en secreto, y se había propuesto reformarlo, y estaba todavía resuelta a hacerlo. Recordó súbitamente que la pregunta de la señorita Yorke había quedado sin respuesta.

—Creo que estás enojada, tesoro —dijo en tono conciliador—. Sé, naturalmente, que estás contrariada, como lo estoy yo, porque no podremos pasar juntos, en pequeños paseos, estos tres meses de verano. Por lo tanto, espero no me pedirás que tome seriamente...

—¡Oh! Deja de posar por una vez —exclamó irritada—. No me hables siquiera de ello, Claudio. No lo toleraré. Aunque sea por mí, has de elevarte a ser lo que debes ser, lo que eres, y no degradarte y degradarme.

—Perdóname, Silvia —dijo fríamente—. No tolero el uso de la palabra «degradante».

—Puedes emplear cualquier otro vocablo —dijo, prorrumpiendo en sollozos—, con tal que no me insultes ni me conviertas en el hazmerreír de mis amistades.

—De míster Chester Yorke y su hermana, por ejemplo, ¿no?

—Sí, por cierto. De ella y de cualquier otro. Te advierto, Claudio, que no lo permitiré; no quiero rebajarme.

Prosiguieron en ese tono. Ambos estaban muy disgustados. La señorita Damarzet confesó gran cantidad de cosas, que no debía haber dicho. Lamouset no dijo otras que podía haber pronunciado. Chester Yorke, sorprendido por la tardanza, apareció repentinamente para averiguar las probabilidades que había de partir para Fontainebleau aquella tarde. Se cruzó con Lamouset en la escalera y le habló; pero éste aparentó no haberlo visto ni oído.

En el atelier la señorita Damarzet sollozaba furiosamente, con los ojos y la nariz enrojecidos y las mejillas desteñidas. En el suelo estaba el sombrero de paja, arrojado en un acceso de ira. Y una vez en el suelo, la señorita Damarzet lo había pisoteado.

Pero había otros sombreros en el mundo y otros jóvenes. Al cabo de un rato pensó en esto y salió para Fontainebleau con la firme determinación de mostrar a su Claudio que no se podía jugar con ella.

Por lo que respecta a Lamouset, su enojo era tan grande que no habló con nadie hasta seis horas después. Cuando se decidió, lo hizo consigo mismo, diciendo lo siguiente:

—¡Yanqui...!

Pero existen diversos modos de decir «yanqui».

CAPÍTULO IX

DIAMANTES Y SOMBRAS

1

Seis semanas después (alrededor de las dos de la mañana del 11 de junio, para ser más exactos), Lamousset, a punto de irse a acostar, estaba sentado contemplando una cacerola con leche, puesta a hervir en un calentador de alcohol. Esto sucedía a diario, pues desde que había entrado al servicio no había dispuesto de tiempo ni aun para salir a tomar aire y estirar un poco las piernas. El confinamiento forzoso en la casa, a que lo condenaba su nuevo empleo, le alteró seriamente el sueño en aquellos días de calor sofocante, impropio de aquella época del año. Durante la última semana, o quizá desde unos días antes, solía tomar, como bebida nocturna, un vaso de leche caliente, aun cuando detestaba este líquido en grado sumo.

Sin duda alguna, eran también otras las causas que contribuyeron a provocar aquel insólito ataque de insomnio. Reflexionaba sobre ello mientras vigilaba la cacerola en su cómodo y elegante aposento, situado en el segundo piso de la gran mansión del parque Monceau. Todos sus pensamientos en aquella noche, como en las noches precedentes, se reducían a considerar que era imprudente obrar a la ligera.

En el transcurso de la quincena anterior estuvo, más de cuatro veces, a punto de abandonar el empleo de la baronesa Von Gottermann. Sus obligaciones eran complejas y llevaban aparejadas serias responsabilidades. Coartaron además su libertad y le desbarataron el porvenir, pues todo se trastrocó de la forma más desastrosa. Habría soportado con resignación un trabajo agobiador y una paga exigua, siempre que su situación le hubiese permitido cumplir los fines que se había propuesto al entrar al servicio de la baronesa. Sin embargo, en medio del desaliento que le embargaba en aquella sofocante noche, no sólo reconocía la imposibilidad de

realizar sus designios, sino que no acertaba a comprender cómo llegó a imaginar siquiera aquella posibilidad.

Se rió de su propia fatuidad, al recordar sus siniestras teorías con respecto a la baronesa. Y estando cerca de ella, le parecía una dueña generosa, considerada e incluso demasiado bondadosa, aunque impulsiva y apremiante a veces. Era tan propensa a lanzar sobre alguien un plato o una pantufla, como a proferir alguna frase del arroyo, de donde procedía, pero carente en absoluto de maldad; por lo cual quedaba todo olvidado momentos después. Se divertía recordando que había pensado ponerle arsénico en el café o cristal molido en las croquetas.

En cuanto a la cruz de diamantes, estaba perfectamente convencido de que la baronesa se acordaba tanto de su paradero como de la partida de casamiento de su madre. No obstante, al principio sintió cierto regocijo burlón ante una curiosidad que creyó torpemente fingida con el único fin de engañarlo. «Indiscutiblemente —se dijo Lamousset—, en este terreno se ha mostrado sumamente hábil».

Sus sospechas con respecto a Ribaud, o Lemoine, nombre éste por el que era conocido de la dueña de la casa y del resto de la servidumbre, se habían desvanecido. Cuando empezó a ejercer su nuevo cargo, Lamousset se aventuró a comunicar a la señora baronesa que el lacayo Lemoine, el único en la servidumbre, parecía creer que disponía de absoluta libertad para abandonar sus deberes siempre que se le antojase y por el tiempo que le viniese en gana, lo cual constituía una excepción impropia y un atentado a la disciplina. Pero la baronesa manifestó que aquel pobre Lemoine, según supo por el doctor Cossard, que se lo recomendó, había sufrido una larga serie de calamidades poco antes de entrar a su servicio. Su joven mujer, a la cual amaba con locura, murió tras una espantosa agonía, a consecuencia de una enfermedad que duró casi dos años, y después de haberle practicado varias operaciones. El pobre hombre se presentó presa del mayor abatimiento, y ella accedió, a instancias del doctor Cossard, a concederle al principio cierta libertad y un número de horas de trabajo menor que el de sus compañeros.

—En cuanto a la disciplina —repuso la baronesa, sonriendo—, creo, Claudio, que no tropezará usted con muchas dificultades, pues las sirvientas se escurren como ratoncillos tan pronto asoma usted su atractiva nariz. Sea bueno con ese pobre Lemoine. Pronto empezará a olvidar. A la larga, todo se olvida.

Aun cuando Lamousset no estaba de acuerdo con esa observación, la aceptó con un saludo respetuoso y se esforzó por ser benévolo con Lemoine.

A pesar de su perpetua sonrisa, que las sirvientas encontraban patética, Lemoine se mantenía siempre apartado, en un silencio que tenía más de ineptitud que de aversión a las charlas de los sirvientes. No obstante, se explayó con Lamousset, movido por la simpatía que éste le inspiraba, y le relató, en innumerables ocasiones, con detalles y pormenores cada vez más íntimos, el triste episodio de los sufrimientos y la muerte angustiosa de su pobre Angélica. Y, casi instantáneamente, acudieron a la mente de Lamousset los recuerdos de Avrèches y del cobertizo de los botes.

—A partir de entonces —dijo Lemoine—, salí huyendo. París me inspiraba miedo. Fui a pasar una pequeña temporada en el campo, en casa de un primo de mi pobre mujer. Reside en Lore-Saint Armand. Quizá conozca usted la localidad; está cerca del río.

—¿Lore-Saint Armand? —repitió Lamousset—. ¿No está cerca de Avrèches?

—Exactamente, señor. Se va en tren hasta Avrèches, y Lore-Saint Armand es el pueblo siguiente aguas arriba. Es un lugar encantador; pero ¡Dios santo!, para mí resultó un infierno. Sí; permanecí también una noche en Avrèches, porque sentía deseos de quedarme solo para llorar. Salí de casa de mi primo sin darle ninguna explicación, y pasé la noche en la posada de Avrèches. A la mañana siguiente regresé a París. Esto ocurrió en abril.

—¡Qué coincidencia! —Observó Lamousset—. Yo también estuve en Avrèches en abril. Creo haberlo visto a usted allí una mañana, cerca del río. ¿No se refugió usted, por casualidad, durante una pequeña tormenta, en un cobertizo para botes?

Lemoine pareció recordar de pronto.

—Claro; ahora recuerdo perfectamente. Fue una mañana, después de haber pernoctado en Avrèches. Había allí dos botes, si mal no recuerdo. Uno estaba en el agua. Me refugí allí durante unos instantes, pero quería despedirme de mi primo antes de tomar el tren en Avrèches. Sí, ahora me acuerdo claramente. Estaba calado hasta los huesos y deseaba que aquello me matase y me llevase al cielo junto a mi querida mujer.

Mostró gran ingenuidad al hablar del cobertizo de los botes, y durante un momento se mostró interesado al saber que la persona que se había aproximado allí cuando él se iba era Lamousset. Pero una vez más su conversación volvió al tema nunca agotado de su pobre Angélica. Y, con el mismo candor, le dijo a Lamousset que su único consuelo real era pasearse por la inmensa y silenciosa ciudad de la muerte, donde yacía Angélica, en el bosque de cruces blancas.

—Todos los días me digo: «Es una tontería y carece de sentido. No volveré a ir porque me llena de amargura y no le presto a ella ningún servicio»... Pero siempre voy. Es más fuerte que mi voluntad.

Lamousset, movido por su curiosidad de comprobar tales declaraciones, fue dos mañanas a visitar el cementerio de Père Lachaise. En efecto, en ambas ocasiones se convenció de que eran verdad al distinguir a lo lejos a Lemoine, paseando de arriba abajo con aire taciturno, por las melancólicas avenidas. Sin duda alguna, la tumba de su mujer se encontraba cerca de la amplia avenida que pasaba por delante de la sepultura de los Lorán, pues en ambas oportunidades se paseó de un lado a otro, a veces leyendo el periódico, pero la mayor parte del tiempo andando con la cabeza baja, con el aire de una persona que ha perdido el interés por todo y que ya no tiene ninguna ilusión en la vida.

A fines de mayo, a pesar de la amabilidad y simpatía con que lo trataba Lamousset, Lemoine comunicó que se iba, pues se consideraba inepto para su puesto.

Le expresó a la baronesa su más profundo agradecimiento, lió sus bártulos y se fue en un coche. Lamouset descubrió entonces que una de las sirvientas, una muchacha bonita e ingenua llamada Lucía Boissot, cifraba sus esperanzas en consolar al patético Lemoine por la pérdida de su Angélica. Aquella repentina marcha, sin dejar dirección alguna sobre su futuro paradero, llenó de aflicción a la muchacha y la trastornó seriamente por espacio de varios días, lo cual atrajo la atención del mayordomo de la casa. Por cuanto pudo descubrir, el interesante y bien parecido Lemoine no le había hecho promesa alguna, y la cándida Lucía era la única responsable del estado de su corazón, y a nadie tenía que hacer reproches.

De esa manera, de tres de los personajes que formaran la siniestra conspiración engendrada en la excesivamente impulsiva imaginación de Lamouset, dos se habían desvanecido en la más pura inocencia. Y hasta en lo referente al uso del apellido «Ribaud», Lemoine le dio la más simple de las explicaciones: no quiso herir los sentimientos del primo de su mujer confesándole que había pasado la noche en una posada a sólo tres kilómetros de su techo hospitalario y acogedor.

En cuanto al tercer personaje de la trinidad, el temerario y distinguido doctor Cossard, Lamouset no vio prácticamente nada irregular en él. Almorzó dos veces en el término de seis semanas, en el parque Monceau; hizo una breve aparición en un baile que dio la baronesa al mundo teatral de París el primero de junio, y se dejó caer un cuarto de hora en un té danzante, nueva forma de distracción que empezaba a adquirir cierto auge entre la gente de sociedad. Sin embargo, nada lo distinguió de los demás grupos de invitados que comieron, bailaron y durmieron bajo el techo de la baronesa. Si se produjo algún percance, se disolvió en el acto, con la misma rapidez con que solían disolverse los asuntos de la Gata Amarilla. Y la conducta del doctor Cossard hacia el nuevo mayordomo mostraba tan sólo el interés natural experimentado al encontrar de nuevo una cara que había visto antes en circunstancias un tanto excepcionales.

—¡Qué tal, amigo! ¿Cuándo se bate otra vez? —preguntó con aquella brusquedad que le era habitual—. ¿No ha sufrido ningún deterioro su armazón? ¿Está ya completamente restablecido? Me alegro.

Según ciertos rumores, Lamouset supo que se interesaba vivamente por una heredera norteamericana descendiente de holandeses, cuyo padre dedicaba con pasión sus millones a abrirse paso en el paraíso de la Corte. En lo que respecta a la baronesa, al parecer no tenía amante oficial a la sazón, y se preparaba para hacer un viaje a alguno de los rincones apacibles del país, probablemente a Kaudemarques, Bretaña. Las complicaciones políticas de la muerte del duque de Lorán mantuvieron sumamente ocupada a la directora de *Vérité*, y la residencia del parque Monceau carecía a menudo de su presencia durante todo el día. Lamouset, muy contrariado, pero con una vista que no perdía detalle de ninguna cosa, lo dirigía todo.

Indiscutiblemente, había muchas horas en que carecía de obligaciones que cumplir, salvo la de permanecer en su puesto. Como hecho curioso es preciso hacer

notar que, para consolarse por el aburrimiento que le causaba su cómodo alojamiento privado situado en el segundo piso, se lanzó de lleno a la Literatura, con L mayúscula. Compró ejemplares de todas las obras inmortales que le había dejado su Silvia, y volvió a leerlas una por una con toda solemnidad, en dosis reducidas. No puede decirse de ninguna manera que tales ejercicios se los inspirase el nacimiento en el pecho de Lamouset de un nuevo interés del Arte por el Arte. Hay que admitir la triste verdad de que estaban estrechamente relacionados con los lúgubres paseos del pobre Lemoine por las avenidas de Père Lachaise.

En cuanto a la señorita Damarzet, rompió definitivamente con él, tan definitivamente que se negó a verlo, y ni siquiera contestó sus cartas; le devolvió sus regalos y aceptó una invitación de sus amigos norteamericanos para acompañarlos en su viaje por el sur de Alemania, Suiza, Austria y el norte de Italia, excursión de la cual no regresaría probablemente antes de dos meses, según le manifestó el propio señor Damarzet.

Silvia regresó de las dos semanas que pasó en Fontainebleau, habiendo olvidado por completo el incidente previo a su marcha, y poco después supo Lamouset que durante aquellos quince días Chester Yorke se le declaró dos veces, con la absoluta aprobación de su madre y hermanas, quienes quedaron seducidas por la franqueza, firmeza y el buen aspecto de Silvia. Yorke era hombre muy acaudalado, con la ventaja, muy apreciable para un artista, de tener un padre que poseía acciones en varios ferrocarriles de su país. Además, resultaba un joven sumamente amable y afectuoso, si bien se trataba de un pintor mediocre y no era ningún Adonis. Con todo, Silvia lo rechazó en las dos oportunidades, por amor a su Claudio.

Quizá sentía que había obrado con Yorke con suficiente nobleza para merecer el derecho de dictar las condiciones para perdonar a Lamouset. Sin embargo, la entrevista que tuvieron los dos enamorados al regreso de Silvia a París no llegó a alcanzar el carácter de una reconciliación; pues Lamouset, ya en mayo, consideró lo más prudente y adecuado comunicarle a ella que su matrimonio, fijado para mediados de junio, posiblemente tendría que postergarse, y por toda explicación de esa irritante noticia se limitó a decir que se debía a «razones importantes». Silvia, con todo el derecho de una joven que acababa de rechazar una fortuna y un cariño sincero, manifestó que no podía haber ninguna razón más importante que ella, y la entrevista terminó en una disputa tan mordaz que ninguna de las dos partes habría podido imaginarlo al comienzo. A consecuencia de esto, Lamouset no volvió a poner los ojos en su Silvia, ni recibió de ella noticia alguna, salvo los regalos que él le había hecho, que le devolvió con un silencio desdeñoso.

Damarzet no era hombre ruin ni de malos sentimientos, pero no podía ocultar que se encontraba más satisfecho que nunca por el cariz que habían tomado los acontecimientos. Lamouset, al percatarse de esto, se abstuvo de repetir su visita a la calle del Louvre para pedir noticias de su arisca Silvia.

En el fondo, la disputa fue de lo más infantil.

El propio Lamousset se dijo que era imposible que dos personas sensatas se hubiesen separado por una reyerta tan absurda. Adoraba a su Silvia, y se sentía sumamente desgraciado sin ella y sin la menor esperanza de verla durante dos meses. El hecho de haber sacrificado su felicidad y la de ella por un impulso que a todas luces era fútil y estúpido hacía todavía más deplorable el triste asunto. Y aun cuando Chester Yorke no era guapo, Lamousset tenía suficiente experiencia sobre las debilidades del corazón femenino para reconocer el efecto que produce, aun en la joven más hermosa, la constante relación con el joven más ordinario. Por tanto, se comprenderá fácilmente que el vaso de leche caliente ingerido todas las noches no le produjera gran resultado como soporífero.

Encima de la puerta que conducía a su dormitorio, frente al sitio en que estaba sentado Lamousset vigilando la leche, pendían del techo cuatro campanillas en fila, tres de las cuales estaban unidas con los tiradores de las campanillas del dormitorio de la baronesa, y la cuarta con el tirador de su tocador. En el momento en que Lamousset estaba a punto de tomar la cacerola, sonó una de las cuatro campanillas. Sin pérdida de tiempo volvió a dejar la cacerola en su sitio, extrajo un revólver de su bolsillo, se precipitó por el pasillo, salvó los seis metros que lo separaban del dormitorio de su ama, llegó ante la puerta, la abrió sin cumplidos y entró en el aposento.

Ésta era una de las obligaciones que debía cumplir a cualquier hora de la noche, siempre que se requiriesen sus servicios. En una caja de caudales sólidamente construida, incrustada en la pared, detrás de su cama, la baronesa guardaba su valiosa colección de joyas. Durante todo el día tenía un hombre apostado en la puerta de su dormitorio, que permanecía abierta, custodiando su tesoro; y desde el momento en que se retiraba a dormir la baronesa, hasta que se levantaba por la mañana, le tocaba montar la guardia a Lamousset. Cualquiera de las cuatro campanillas podía llamarlo, y uno o dos segundos después se lo encontraba, armado, dispuesto a prestar socorro.

No obstante, cuando hubo abierto la puerta de par en par, se encontró con su ama cubierta con una hermosa bata de noche, sentada tranquilamente en una silla, cerca de su célebre cama de oro, mordisqueando un pedazo de pastel con fruta confitada y esperando su llegada con la sonrisa en los labios. Al verlo aparecer batió las manos alegremente, y exclamó en voz alta, con la boca llena de su confitura favorita:

—¡Bravo, bravo! ¡Tres segundos! ¡Dios mío, qué suerte tienen los ladrones por no encontrarse aquí! ¡Qué cara tan terrible!

Resulta quizás un tanto difícil ofrecer aspecto sereno cuando, al entrar en una habitación con el revólver cargado para salvar a su ama, uno se la encuentra comiendo un pastel con fruta confitada. Lamousset se dominó cuanto pudo y preguntó:

—¿Ha llamado usted, señora?

—No se haga el tonto —dijo ella sin ambages—. Claro que he llamado. No era más que para saber... Bueno, la verdad es que me siento inquieta esta noche... y no sé por qué. Suele pasarme algunas noches. Hoy quería asegurarme de que podía confiar en usted, en el caso de que sucediese algo desagradable.

Eran cerca de las dos. Aquella noche había tenido lugar una fiesta dedicada al ala izquierda de la Asamblea y a sus mujeres. Los invitados se habían marchado poco antes de la una, y la baronesa se había retirado a su aposento inmediatamente, fatigada por la animación.

Después de que la hubo dejado su doncella, se había distraído, al parecer, sacando algunas piezas de su tesoro, guardado en el cofre, para contemplarlas y acariciarlas,

como era su costumbre. Por la cama, el suelo, las sillas y las mesas estaban esparcidos los magníficos estuches que contenían sus joyas, algunos de los cuales permanecían abiertos, exhibiendo su resplandeciente contenido. La caja de caudales tenía también la puerta abierta, y era la primera vez que Lamousset veía cosa semejante; pues cuatro o cinco veces por día, cuando su ama se encontraba ausente, era su deber comprobar si estaba debidamente cerrada. Según vio, todavía quedaba en el cofre un número considerable de estuches. El tesoro desparramado por la habitación representaba tan sólo una parte de la colección; en la falda de la baronesa se veía un magnífico collar de esmeraldas y diamantes. Lo acercó a la luz para que lo examinara Lamousset.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del collar de Mazarino? ¿No? Pues bien, ahora oye hablar de él, y lo está viendo. Éste fue el regalo de bodas que me hizo mi viejo Puerco. Es espléndido, pero las piedras son de tercera o cuarta categoría.

Con todo, tiene distinción... No es extraño que una se sienta inquieta a veces cuando se duerme con cosas semejantes debajo de la almohada, ¿verdad? Pero, por lo visto, usted no sabe lo que es inquietarse, ¿no es eso, animalote insensible?

Un pequeño reloj con perlas incrustadas, que otrora había pertenecido a María Antonieta, dio las dos con un dulce y delicado repiqueteo. Por las ventanas, abiertas de par en par, llegaban los lejanos acordes de una orquesta que tocaba, en el otro extremo del parque, *El último vals* de Weber. Lamousset tenía deseos de irse a dormir y no de discutir el estado de sus nervios.

—¿No desea nada la señora? —preguntó.

Ella se echó a reír, dirigiéndole una mirada fugaz por debajo de sus largas pestañas, y repitió, remedando su forma de hablar:

—¿No desea nada la señora? ¿Quién sabe?... Ni yo misma estoy segura. ¿No desea usted nada, animalote insensible? —Se levantó de un brinco y se estremeció, en parte con exageración, sin duda alguna; pero, en parte, también involuntariamente—. ¡Alguien me está mirando! —gritó—. Hay alguien en esta habitación, además de nosotros. Registre por todas partes. Experimento una sensación de que hay ojos que me miran por detrás.

A pesar de ser una habitación inmensa, no había muchos escondrijos en la misma, ni en el tocador; a pesar de la gran profusión de armarios y arcas, Lamousset no tardó mucho en explorarlos todos y convencerse de que los temores de su ama eran infundados.

—No veo nada, señora. ¿Desea que cierre las ventanas?

Pero como la atmósfera estaba pesada, ella movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Quédese aquí un rato más —dijo, volviendo a sus estuches—. Siéntese, si le parece. Le enseñaré mi tesoro, y quizás esto sirva para calmarme.

Por espacio de algunos minutos se distrajo exhibiendo el contenido de los estuches, uno por uno, aunque aquello dejaba indiferente a Lamousset. Collares,

diademas, pulseras, relojes, anillos, colgantes, broches, aros, medallones, relojes y adornos de todas las épocas y de los más diversos países, en su ostentosa exhibición acabaron por impresionar un tanto incluso a la indiferencia del mayordomo. Casi todas las piezas de aquel rico museo tenían su propia historia, y algunas hasta su leyenda, ninguno de cuyos detalles le omitió a su auditor la entonces propietaria de las mismas. No obstante, paulatinamente parecía ir olvidando su presencia, y sucumbiendo a una especie de hipnotismo, empezó a rebuscar en el catálogo de nombres y direcciones que poseía, como si estuviese hablando en sueños. A veces se detenía por espacio de cinco minutos, contemplándose en el espejo para apreciar los destellos de un anillo o para ensortijarse el pelo color anaranjado con una red de perlas. El diminuto reloj dio la media, y las mandíbulas de Lamousset se contrajeron; pero contuvo el bostezo, y se abstuvo también de sentarse.

Reconocía que las mujeres eran verdaderas esclavas de cualquier chuchería, pero él no sentía el menor interés por las joyas en sí. Eran otras las razones que lo habían inducido a soportar la exhibición de aquellas alhajas, a medida que iban saliendo de su nido de terciopelo y sus envoltorios de gamuza, seda o papel plateado. Despertaba mayor interés en él la bata que usaba su ama que los diamantes, rubíes y zafiros.

¡Qué cosa tan curiosa!, había adquirido algo de aquel cariño casi sensual por las telas ricas, que fuera rasgo característico del señor duque. Y aquella bata le interesaba más especialmente porque era de vicuña y armiño, y no tenía la menor duda en cuanto al origen de la creación de aquella prenda. Sus pensamientos se remontaron por encima del París dormido y se posaron entre las negras y silenciosas sombras donde yacía el señor duque, en su fría soledad. A Lamousset le produjo un ligero estremecimiento el pensar que aquel cuerpo arrogante, que se había ido a su cama envuelto en vicuña y armiño, durmiera su último sueño envuelto en el hábito rústico y tosco de los franciscanos. Al pensar en lo que había ido a parar toda aquella elegancia, no pudo dejar de fruncir el ceño.

La baronesa, al dirigir hacia él la vista, observó que estaba contemplando su bata con un extraño interés. Sonrió con delicadeza, volvió a dejar en su estuche un par de manoplas adornadas con ricas piedras y, acercándosele despacito, sin movimiento aparente de los pies, extendió las manos y se apoderó de su cara.

—¿En qué está usted pensando, animalote?

—La señora me honra demasiado —exclamó, dando un paso hacia atrás.

Ella lo siguió, y sus diminutas manos, ágiles como las patas de una gatita, agarraron las solapas de su levita.

—¡Qué mirada tan triste! Dígame..., ¿en qué estaba usted pensando?

Hizo la pregunta con la franca curiosidad de un niño. Quizá fuese porque el duque había besado aquellas manecitas que retenían sus solapas, quizá debido a la influencia del momento, Lamousset le dijo sinceramente la verdad. Pensaba en el señor duque, pues la bata de la señora se lo había recordado; aunque, a decir verdad, jamás lo olvidaba.

—¿Usted también lo apreciaba? —dijo ella con un suspiro convencional; no obstante lo cual era auténtica la tristeza pasajera que le nubló los ojos, aun cuando no fuese más que la tristeza de un niño ante un juguete roto.

—Era la persona a quien más quería, señora.

Ella le escrutó la cara en silencio durante unos momentos, y volvió a preguntarle:

—¿Qué hay de su casamiento? ¿Es cierto que ha roto usted con la señorita Damarzet?

—Es ella quien ha roto conmigo, señora.

—¿Definitivamente?

—Así parece, señora.

Separó una mano para castañetear los dedos, y prosiguió:

—¡Bah! No era bastante para usted. ¡Es una muñeca! La he visto. Puede encontrar alguien más interesante, Claudio; pues, en el fondo, usted es todo un hombre. Habrá otras que deseen mostrarse más cariñosas, señor aristócrata. Trataremos de consolarlo un poco. ¿No le parece? Esta noche estoy sola, y hay fantasmas alrededor, creo yo. ¿Me defenderá usted, animalote?

Lo invadió con sus mimos, y seguía arrimándosele como una gatita, con un suave murmullo, ávida de caricias, convertida ya en la muchacha del arroyo, olvidándose de su majestuoso escudo de armas, de sus millones, de sus valiosas alhajas, desparramadas en torno de todo; excepto del repentino deseo que le encendía sus ojos verdes con fulgores dorados y convertía su incitante boca en una flor de escarlata.

—Estréchame en tus brazos... ¿Es que tienes miedo, pedazo de estúpido? ¿No ves que te quiero? —Diciendo esto, hundió la cara entre sus ropas—. Hueles como Narciso. Abrázame.

Afortunadamente, a Lamousset, como había podido decirles él mismo, no le inspiraban miedo algunos espantapájaros. Se había criado en una escuela en la que sólo se tenía en cuenta el lado práctico de las cosas, aun cuando tenía sus propias normas, indiscutiblemente; pero eran normas basadas en las experiencias de la humanidad, en hechos terrenales, y de ninguna manera en las esperanzas de un futuro celestial. Y si hubiese sentido la menor inclinación, habría aceptado sin duda la buena suerte del momento, sin recelos ni remordimientos de ninguna índole.

Pero no sentía inclinación alguna, por dos razones principales: estaba perdidamente enamorado de la señorita Damarzet, por cuya belleza no podría perdonarse ese pequeño desliz, ni siquiera tratándose de la examante del señor duque; y, además, por haberlo ella olvidado tan pronto como su cuerpo lanzó el último suspiro.

Se echó a reír y la apartó de sí, haciendo caso omiso de sus culebreos y sus garras felinas.

—Discúlpeme, gatita —dijo, exactamente en la misma forma en que lo habría hecho el señor duque—. No me considero digno, y dentro de media hora lo lamentaríamos ambos.

—¡Lamentarlo! —Repitió ella con impaciencia—. ¡Nunca siento remordimientos! Cuando tengo hambre... como. ¿Qué tendría que lamentar? No sea niño. Vamos...

—Lo siento en el alma, señora..., pero tenía usted razón. Creo que el cielo me ha condenado al papel de casto José. No es un papel airoso; pero, por lo menos, se suele gozar de vez en cuando de un sueño tranquilo.

Extrajo su caja de rapé y se la ofreció a ella fríamente, con una sonrisa. Hecha una furia le descargó un golpe con sus garras de gatita y, habiendo fracasado, le descargó un segundo golpe, esta vez en la cara, con mejor éxito, y sus uñas le marcaron cuatro líneas blancas, que no tardaron en enrojecer.

—¡Insolente!

Pero en el acto se le arrimó con mimo, murmurando disculpas y perdones. Acababa de dar un salto atrás, y había caído en el argot de la fábrica; la crudeza de sus expansiones amorosas ofendió seriamente a Lamousset.

—Sea razonable, señora. Me obliga a tratarla sin consideración alguna.

Con sus fuertes manos la asió por los brazos y la mantuvo alejada de él. Cegada por la cólera, le escupió en el rostro.

—¡Tú, miserable! ¡Hijo de una fregona! Así que no soy bastante para ti, ¿no? ¡Suéltame, que te arranco los ojos!

Tan pronto la soltó, trató de poner seriamente en práctica su amenaza; pero él eludió sus uñas y ganó la puerta, riéndose de su depravación.

—Buenas noches, señora.

—¡Escucha! —vociferó—. Quedas despedido. ¿Oyes, pedazo de idiota? Estás despedido. Mañana por la mañana te largas de mi casa.

—Con mucho gusto, señora —exclamó Lamousset, e hizo una reverencia respetuosa, pues ya no había nada que lo retuviese allí, y tenía planeado ir por Europa en persecución de su Silvia—. Buenas noches, señora.

Ella tomó un hermoso jarrón chino de encima de una mesa y se lo lanzó a la cabeza. Sesenta mil francos se hicieron añicos en la puerta.

«Ya era hora»..., pensaba Lamousset mientras se dirigía a su habitación.

Tan sólo cuando llegó a ella comprendió que en la ridícula lucha de aquel penoso pasaje de amor había dejado su revólver en un diván y se había olvidado de recogerlo al salir. Juzgó que, no estando ya al servicio de la señora baronesa, no tenía nada que ver con el revólver.

3

Lamousset era actor; lo cual es un tanto difícil de analizar, pues su arte lo desarrollaba exclusivamente para su satisfacción personal. Por consiguiente, no se mostraba apesadumbrado ni se hacía ningún reproche por haber perdido su empleo, sabiendo que al día siguiente el amplio círculo de sus amistades se enteraría de la noticia. Sin gran pena, se desnudó y se acostó. Acordándose de la leche, volvió a levantarse; pero ya estaba fría, y tenía un sabor desagradable. Por suerte, probó con un trago, y se volvió a la cama. A pesar de los grandes deseos que tenía de dormir, le resultó completamente imposible conciliar el sueño. Escogió un volumen de poemas de De Musset entre la pequeña pila de libros que tenía en la mesita de noche (la señorita Damarzet era una ardiente devota de todos los poetas melancólicos), y se dispuso a leer. Después de algunos instantes se le antojó que el esfuerzo de aprender de memoria lo que leía quizá le resultase más efectivo que la leche caliente. Invertió casi una hora en aprenderse algunas estrofas, apagó las velas y esperó el resultado apetecido.

Más adelante no acertó a explicarse qué presentimiento lo indujo a hacer lo que hizo. Posiblemente se acordaba del estado de intranquilidad en que se encontraba la baronesa; o quizá tenía presentes los tesoros que resplandecían desparramados en torno a ella cuando la dejó. Sea lo que fuere, poco después de las tres, en que se figuraba encontrarse en otro sitio diferente de aquel interesante depósito, decidió volver a levantarse de la cama, se puso la bata y las zapatillas y salió por el corredor, hacia la habitación de la baronesa.

En el camino pasó por delante de tres puertas que daban al pasillo: a la izquierda, la puerta del cuarto de baño de la señora, luego la de su tocador; y a la derecha, la puerta de la doncella de la señora. Según percibió Lamousset, la doncella roncaba, aunque suavemente, pero lo suficiente para que se la oyese. Otro tanto sucedía con la propia señora, según pensó él cuando llegó ante la puerta de su habitación.

Pero de pronto se sorprendió por la irregularidad del murmullo apagado que llegaba a sus oídos desde el otro lado de la puerta. Se le antojó más bien un tenue gruñido. Cesaba a ratos, y comenzaba de nuevo. Pero el ruido se confundía con la música más vigorosa de la nariz de la doncella. Las luces de gas del corredor quedaban encendidas toda la noche, por lo cual resultaba imposible observar si se veía algún resplandor por debajo de la puerta. Ya estaba Lamousset a punto de volverse a su habitación, cuando oyó el débil chasquido de un pestillo o una cerradura, por lo cual decidió llamar, optando por este requisito para evitar que fuese mal interpretada su conducta.

—¿Desea algo la señora?

El gruñido aumentó de intensidad, pero no tuvo respuesta alguna, Lamousset volvió a repetir la pregunta con más claridad y, como siguiera sin recibir respuesta, abrió la puerta.

A primera vista le pareció que la habitación estaba vacía, pero el gruñido condujo a Lamouset rápidamente hacia la cama con cortinas, que estaba situada casi en el centro del aposento. Al otro extremo descubrió a su ama tendida en el suelo, atada de pies y manos, y tan fuertemente amordazada que tenía la cara congestionada. En el momento en que hizo este descubrimiento con ojos asombrados, atrajo su atención un movimiento que se produjo en las cortinas de la cama. Al volver rápidamente la cabeza hacia aquella dirección, apareció una mano entre las mismas y disparó una pistola. La bala le pasó rozando por la sien y fue a parar a un espejo del otro extremo de la habitación. Lamouset, completamente aturdido, tropezó con la cama. Su agresor se precipitó al tocador de al lado, pasó por la puerta de éste al cuarto de baño y se deslizó por una escala de cuerdas que encontraron después colgada de dos clavos hundidos en la pared, debajo del antepecho de una de las ventanas del cuarto de baño.

Cuando Lamouset, sangrándole copiosamente la sien y tambaleándose como un borracho, llegó a la ventana y se asomó a ella, vio que su agresor había pasado al tejado de las dependencias contiguas, de dos pisos de altura, donde estaba el salón de baile y el diminuto teatro donde la baronesa acostumbraba representar óperas ligeras, en las cuales ella desempeñaba el primer papel femenino. Aquel pabellón, construido en ángulo recto con el edificio principal, entraba en los extensos jardines cuya pared bordeaba un trecho considerable de una de las numerosas calles nuevas que a la sazón se encontraban en construcción en aquel barrio de la ciudad. La noche estaba clara y, aunque no había luna, Lamouset vio a la forma oscura que corría por el tejado plano, se agachaba al final del mismo, y desaparecía de su vista. Sin duda, el fugitivo debió de hacerse daño como consecuencia de su caída, pues lanzó un largo lamento; pero instantes después volvió a aparecer, corriendo hacia la tapia, la escaló por unas muescas que se encontraron posteriormente, y que sin duda fueron hechas con anterioridad para facilitar la huida, y volvió a desaparecer.

Lamouset regresó apresuradamente al dormitorio de su ama y encontró a su doncella, muerta de miedo, agachada junto a ella, tratando de quitarle las ligaduras. Tocó la campanilla, llamó a la gente, y luego, como no tenía cuchillo, tomó unas tijeras de manicura que encontró en el tocador y se las ingenió para cortar las ataduras de la mordaza.

La baronesa, si bien carecía de delicadeza de lenguaje, era mujer valiente; no se había desmayado durante el trance por el que acababa de pasar, por lo cual no tardó en hacer uso de la lengua.

—La cruz... —dijo con voz entrecortada—. Mi cruz... El... me la ha robado. ¡Deténgalo... idiota! No se ocupe de mí.

Por el corredor iban llegando apresuradamente los sirvientes, a medio vestir, y se agrupaban en la puerta, llenos de asombro, contemplando la habitación con las joyas desparramadas por todas partes y la señora tendida en el suelo. Lamouset les dio instrucciones en el acto.

—Se ha escapado por el jardín, saltando la tapia. Es un hombre alto, con

sombrero de ala ancha. Ambrosio y Cargues, vayan a llamar a la policía. Tomás, ve con dos hombres más y sigue el camino por donde ha huido.

Luego regresó a donde estaba la baronesa y procedió con un cortaplumas a terminar de liberarla. Le sangraban los labios, y estaba quitándose la bola de trapos que le habían puesto en la boca.

—¿Qué cruz le han quitado, señora? —preguntó, despertándose de pronto sus antiguas sospechas.

Pero ella recobró en el acto su cautela, y prorrumpió con tono colérico:

—¿Qué estaba haciendo usted... idiota? ¿Dónde tenía los oídos? ¿No podía oír que trataban de asesinarme? ¿Para qué le pago? ¿Puede decirme por qué no ha venido antes?

—No he oído nada, señora.

—Entonces, ¿por qué ha venido cuando ya era demasiado tarde?

—No sé, a ciencia cierta. Quería asegurarme si todo estaba en orden.

Le dirigió una mirada funesta, y le dijo, en tono amenazador:

—Ya le explicaré todo eso a la policía, ¡pedazo de idiota! ¿Qué hace con ese cuchillo en la mano?

—No tengo intención de herirla, señora.

—No —dijo lanzando un resoplido—. Pero sí de asfixiarme y robarme.

Muchos de los sirvientes se habían retirado para terminar de vestirse o para emprender una persecución que parecía completamente inútil; pero la doncella de la baronesa y algunas otras mujeres del servicio se hallaban presentes escuchando las violentas incriminaciones. Lamoussset cortó las últimas cuerdas cuidadosamente, y ayudó a su ama a ponerse de pie.

—La señora ha hecho algunas acusaciones que no acabo de comprender. Le recuerdo a la señora que ya no estoy a su servicio, pero espero que tenga a bien repetir dichas acusaciones ante la policía. Mientras tanto, vuelvo a preguntarle qué cruz ha perdido la señora.

—¡Váyase a paseo! —Gruñó hecha una furia, y le volvió la espalda.

Él hizo una reverencia y se retiró a su habitación para arreglar la cama y vestirse.

Llegó la policía y oyó el relato de la baronesa, que no contenía ninguna imputación contra Lamousset, ni hacía referencia alguna a la cruz.

Tan pronto como Lamousset hubo salido del aposento, dejando el revólver allí (no omitió esta acusación de negligencia), empezó a colocar en su sitio el contenido de los estuches de alhajas, y los guardó en la caja de caudales. Al parecer, llevó a cabo esta operación sin prisa alguna, pero invirtió un buen rato en adornarse con sus tesoros y contemplarse ante el espejo. De pronto oyó, así lo creyó ella, el tenue maullido de un gato en su tocador. Con gran sorpresa, pues no se permitía entrar en la casa a ningún animal, abrió la puerta que comunicaba con ese recinto. Inmediatamente, un hombre con la cara cubierta con un antifaz negro le echó las manos al cuello, la amordazó y le ató pies y manos. Ella luchó, pero él usó toda su violencia y, temiendo que la asesinara, se dejó amarrar, por fin. Luego la levantó del suelo, la llevó al dormitorio y, depositándola en el piso, en el sitio en que la habían encontrado, procedió a examinar el contenido de los alhajeros.

El dolor y el ahogo que le produjeron la mordaza llegaron a tal extremo que superaron sus temores y a pesar de las repetidas amenazas del hombre, empezó a gemir. Poco después, apenas transcurridos algunos minutos, oyó abrir una puerta en el corredor. Suponiendo que sería la puerta de la habitación de Lamousset, empezó a gemir más fuerte y no tardó en llamar al mayordomo. El ladrón, amenazándola de nuevo, se echó algunas alhajas al bolsillo y se escondió detrás de la cama, entre la cabecera de ésta y la pared donde estaba la caja de caudales. Lamousset, después de llamar por segunda vez, entró en el aposento.

—¿Cómo era el ladrón, señora? —Preguntó el comisario—. ¿Puede describirlo?

—No. El antifaz le cubría el rostro, aunque su voz no me era desconocida, a pesar de que hablaba cuchicheando.

A continuación se dedicó a averiguar cuáles eran las joyas que habían desaparecido con el ladrón. Una vez terminado el recuento de las piezas de su colección con la lista que guardaba en el cofre, lo cual resultó una operación larga, descubrió que le faltaban cuatro estuches pequeños; pero todos ellos con anillos de gran valor.

Mientras tanto, prosiguiendo el reconocimiento de rigor por los predios y el jardín, la policía hizo un descubrimiento curioso. Debajo de las ventanas del salón de baile que daban frente a la tapias de la propiedad, encontraron a Ribaud, alias Lemoine, antiguo lacayo de la baronesa, que yacía exánime con terribles cuchilladas en el cuerpo. Tenía la cara cubierta con un antifaz negro, de tela. Al parecer, le habían vaciado los bolsillos apresuradamente, pues en uno de ellos todavía conservaba uno de los estuches robados, mientras que los otros tres estaban en el césped, cerca de él. A la luz de la linterna, el comisario le examinó la cara, contraída con una mueca horrible.

—¡La Ardilla! —dijo secamente—. Ya no partirá más nueces. Apostaría diez contra uno a que en la casa hay una doncella con una *ardillita* que se quedará sin padre.

Esta cínica profecía se confirmó casi simultáneamente. La muchacha Lucía Boissot admitió que iba a ser madre de una criatura de Lemoine, o, para darle su nombre más corriente, Esteban Bretelles, un experto ratero, perfectamente conocido por la policía por La Ardilla. Éste la había convencido de que lo admitiese en la casa durante la fiesta, y lo había cobijado en su propio cuarto. Aparentemente no le había revelado su verdadero propósito, pero encontró la manera de inducirla a verter, en el vaso de leche que tomaba por la noche Lamousset, el contenido de un frasco que él le dio. El vaso con leche, así como la desdichada Lucía, salieron con el cínico comisario. En el curso del día que ya estaba despuntando (el último que le quedaba por pasar en el parque Monceau), Lamousset se enteró de que su poción nocturna contenía bastante láudano para asegurarle un sueño perpetuo.

Entretanto, por el bajo mundo de París proseguía la búsqueda del traidor compinche de La Ardilla. La edición especial de *Vérité* de la tarde siguiente al robo ofreció mil luses por cualquier información que facilitase su captura. Sin embargo, a la mañana siguiente fue retirada tácitamente la oferta, sin más explicaciones.

CAPÍTULO X

LAS GARRAS DE LA GATA

1

En el curso de las semanas siguientes Lamousset tuvo una infinidad de entrevistas con la policía y con el juez de instrucción encargado del caso. Dedujo que las autoridades se mostraban especialmente interesadas en descubrir dos puntos singulares. Deseaban saber por qué no tomó la leche aquella noche, precisamente, y a qué se debió el que dejase en la habitación de su ama el revólver que le habían entregado para protegerla. Lamousset comprendió perfectamente el móvil de aquel monótono interrogatorio. No se requería mucho esfuerzo para llegar a la conclusión de que el juez de instrucción, una persona astuta, según podía inferirse de su sonrisa sarcástica, creía que él no ignoraba que la leche contenía láudano, y que había dejado el revólver olvidado para tener luego una excusa plausible para no usarlo.

Las autoridades también se las ingenieron para averiguar, al parecer, que había solicitado un permiso especial para salir fuera dos días, durante los cuales al asesinado se le permitió ausentarse de sus deberes. El juez de instrucción enseñó los dientes con un gesto de astucia diabólica al saber, por el propio Lamousset, que él y «Lemoine» fueron en ambas ocasiones al Père Lachaise.

—¡Ah, perfectamente! —exclamó—. Ése es un lugar ideal para sostener una conversación criminal. Pero, por supuesto, ustedes no se hablaron, ¿no es cierto? No, claro que no. ¡Qué curioso!

La reconstrucción del crimen demostró que «Lemoine», después de abandonar el dormitorio de Lucía Boissot, situado en el cuarto piso, alrededor de la una y media, se deslizó escaleras abajo y se dirigió al cuarto de baño contiguo al tocador de la baronesa. Sin duda alguna, los clavos encontrados debajo del antepecho de la ventana

debieron de ser clavados mientras la casa se hallaba en medio del tumulto producido por la fiesta. En el caso de haber oído voces en el dormitorio de la baronesa, habría saltado a la escala de cuerdas y se ocultó allí hasta que hubiese pasado el peligro. No obstante, sabiendo quién se encontraba con la baronesa en su habitación, no habría sentido cuidado alguno. En todo caso, debió de permanecer en el cuarto de baño o en su escala, mientras Lamousset se encontraba en el dormitorio de la baronesa; sobre eso no cabía duda.

—Usted hizo un registro a petición de la señora baronesa, ¿verdad? —Preguntó el juez de instrucción—. ¿Miró en el cuarto de baño? Sí. ¿Vio a alguien allí? No. ¡Perfectamente! Nos pide que le creamos que no vio a nadie. ¡Perfectamente!

—¿Cuánto tiempo permaneció usted en el dormitorio de la señora baronesa? A nosotros nos ha dicho ella que unos diez minutos.

Lamousset consideró una falta de delicadeza indicar más de lo establecido por la señora baronesa.

—Quizá diez minutos..., quizá más.

—Quizá un poco más. ¡Muy bien! ¿Qué estaba haciendo usted? Proseguía su famoso registro, ¿no es eso?

—Sí.

—Durante diez minutos, o quizá más. ¿Cuánto tiempo duró?

—Algunos minutos.

Los dientes sarcásticos brillaron por adelantado.

—Pero usted nos dijo que cuando regresó a su habitación, la leche, que dejó caliente cuando salió de allí, estaba completamente fría, y que por este motivo no la tomó. ¿Se enfrió por completo en diez minutos... o quizás en un poco más?

—Así parece.

—¡Qué disparate! ¿No será acaso que usted se quedó en la habitación de la señora baronesa más tiempo..., por espacio de más de media hora..., mucho más de media hora, hablando con ella? Es inútil que trate de engañarnos, pues su doncella oyó voces durante más de media hora. ¿Qué andaba haciendo durante todo ese tiempo?

—Repito —repuso Lamousset— que me quedé más rato, por orden de la señora baronesa, que estaba nerviosa.

—¡Oh!... ¿Nerviosa? ¿Y usted la consoló, verdad? Parece que el mayordomo tiene el deber de consolar. ¿No será que logró granjearse la confianza de su ama y que, para evitar la dificultad de abrir la caja de caudales, la persuadió usted a que la abriera y le enseñara las joyas que contenía; con lo cual su socio, escondido en el cuarto de baño, podría encontrar todo preparado, y simplificado?

—Suponiendo eso —dijo Lamousset fríamente—, ¿por qué no suponer también que yo apuñalé al ladrón que iba por el jardín, mientras me hallaba vigilando en la ventana del cuarto de baño?

—¡Silencio! —Vociferó el magistrado—. Quizá supongamos algo peor que eso.

Sin embargo, no detuvieron a Lamousset hasta una semana después de producirse

el caso del parque Monceau, y cuando estaba ya casi olvidado.

Y aun entonces lo detuvieron sencillamente por pura formalidad.

Se ha dicho que aquélla fue la época más penosa e incierta de su vida. El segundo domingo después del robo, con el fin de distraerse, y porque un caballo del duque, llamado Perceval, tomaba parte en las carreras con la enseña del sobrino que había heredado el título, decidió aparecer por Longchamps para ver correr el Gran Premio de París. Salió solo: el juez de instrucción había perdido ya todo deseo de conversar con nadie.

La mañana era espléndida. A mediodía, por todas las avenidas del Bosque de Bolonia empezaban a converger hacia el hipódromo hileras interminables de vehículos de los más diversos tipos, tirados por troncos de caballos combinados en todas las formas imaginables, cubriendo de polvo a la cada vez más numerosa corriente de peatones. Lamoussset, obedeciendo a un impulso interior que le resultó completamente superfluo, hizo algo apresuradamente: compró el *dog car* que le había prometido a Silvia, y si no el mismo caballo que vieron juntos, otra que era tan bueno como aquél. Muy correctamente vestido, con sombrero blanco, levita gris, una gardenia en el ojal, guantes, pantalón de cuadros y vistosas botas de cuero, salió a eso de las dos, se abrió paso entre la triple hilera interminable de vehículos que avanzaban por la barrera del prado, junto a las tribunas y, recorriendo con la vista el alegre y bullicioso tumulto durante algunos instantes, mientras su criado abría una cesta, se puso a merendar, como lo hacía todo el mundo en tomo a él.

A cada lado tenía un coche tirado por cuatro caballos, bajo el techo de los cuales se desarrollaba una viva algarabía. Los vehículos pertenecían a los condes Eduardo y Luis de Preynes, respectivamente; y ambos caballeros habían tenido la feliz idea de salir en un coche lleno de muchachas del Variétés ataviadas con gorros de jinetes y chaquetillas de los colores favoritos de las carreras, completando el atuendo con los más llamativos pantalones de montar, botas y látigo. Aquella belleza, de virtud tan teórica, quedó excluida del recinto, por supuesto. No obstante, los dos alegres grupos encontraron, sin duda alguna, amplio consuelo en la sensación despertada por su vestimenta. Por encima de la cabeza de Lamoussset se desarrollaba una discusión animada sobre el resultado del Gran Premio, en medio del tenue ruido producido por el descorchar de botellas de champaña, el manipuleo de tenedores y cuchillos, y el resoplar y mordisquear de los caballos. El coche del conde Eduardo era partidario de Mistral, el favorito, y el del conde Luis se inclinaba por Flecha de Plata, su propio caballo.

—¡Anda! —Exclamó una voz alegre, medio apagada por un trozo de pollo—. Ése que está debajo del sombrero es Claudio. Oiga, Claudio, díganos quién va a ganar el Gran Premio.

Él saludó a la persona que hablaba, la señorita Cora Lafond, otra cuyos traviesos pies habían subido y bajado las discretas escaleras del palacio de Lorán.

—Perceval, señorita Cora —contestó con toda naturalidad, pues estaba

perfectamente convencido de ello.

Los dos coros de azul, con aros negros y dorados, abandonaron sus platos y vasos para protestar.

—¡Perceval! ¡Vaya un jamelgo! —gritaron—. Perceval es un caso perdido; le apostamos cuarenta contra uno. Usted nos está tomando el pelo, Claudio.

—Ya no pertenezco a las caballerizas de Lorán, es verdad, pero he jugado diez luis a Perceval.

La señorita se echó a reír y le arrojó una rosa de una de las cestas con que iba engalanado el carruaje tirado por cuatro caballos.

—¡Pura sangre! Juegue otro por mí, como recuerdo.

—¿Es verdad que ha sucedido usted al gran Cossard con La Amarilla? —preguntó otra damisela.

—Usted me lisonjea, señorita. ¡Pobre de mí! No tengo ambiciones. De todas formas, si necesita un criado, como no tendrá bastante con una sirvienta...

Habiéndose librado así de una atención que empezaba a resultar molesta, continuó tranquilamente con su merienda, contempló la segunda carrera del día, bajó luego de su asiento para rondar por el vallado y depositar su undécimo luis por Perceval. Hay que recordar que Perceval terminó entre los tres últimos, como lo esperaba todo el mundo. Pero lo cierto es que, aun cuando Lamousset hubiese opinado como los demás, no habría dejado de jugar sus diez luis por Perceval.

Junto a la valla formaban ya una masa compacta cinco hileras de vehículos: carrozas, landós, *dog cars*, victorias, faetones, todos ellos desbordantes de colores y alegría bajo un sol radiante, y seguía afluyendo el torrente de carruajes desde la entrada de las Cascadas. La hermosa duquesa de Ponthiévres, con su coche tirado por tres caballos árabes de negro azabache, pasó con un tintineo de cascabeles de plata, seguida por Blangy, el bufón número uno, montado en un tándem arrastrado por dos asnos.

Petimetres de espesas patillas, montados en soberbios carruajes, se abrían paso entre los espacios libres y saludaban a sus amigos con el sombrero de copa de respetable tamaño. El emperador y la emperatriz llegaron poco después de las dos y media, y fueron objeto de una recepción calurosa. Por todas partes se veían sonrisas y se oían saludos amistosos, y reinaba la agradable excitación producida por una esperanza casi segura en que fuera un caballo francés el que ganase el premio, para vengar la victoria inglesa del año anterior.

Al paso de Lamousset por la cerca, muchos movimientos de cabeza amistosos demostraban que había sido reconocido; por debajo de las pequeñas sombrillas con fleco no pocos ojos chispeantes sonreían con aprobación, un tanto divertidos, pero con verdadero interés femenino, ante la hermosa cabeza, el monóculo colocado con indiferencia, el tipo esbelto con traje de corte perfecto y el andar esmeradamente cuidado. Con gran satisfacción por su parte, el nuevo duque, que acababa de abandonar el pabellón imperial en el momento en que pasaba él, lo vio, se detuvo y le

puso una mano en el hombro.

—¿Está fuerte otra vez ese pecho?

—Así es, señor duque; muchas gracias. ¿Y Perceval?

El nuevo duque contrajo los labios con un gesto sumamente elocuente, y respondió:

—¡Oh!, no sirve para nada.

Pero, tal como hemos dicho, Lamoussset prosiguió su camino y depositó su undécimo luis por Perceval como ganador.

Cuando regresó a su coche, las trompetas anunciaban el comienzo de la gran carrera. En aquel preciso instante la Gata Amarilla optó por hacer su entrada en su coche tirado por sus seis caballitos blancos, que hacían sonar sus cascabeles, a todo galope, por la entrada de las Cascadas. Las conducía con impetuosa habilidad por la estrecha senda que quedaba entre la quinta hilera de apretujados vehículos y la sexta que ya empezaba a formarse. Un jinete, montado en un brioso caballo castaño con los cascos blancos, entró en el sendero y se dirigió, por detrás de un coche, hacia ella. La baronesa contuvo a sus diminutos caballos con tal violencia que los hizo patinar de costado, brincaron a sus pies y lanzaron una serie de furiosos resoplidos en la cabeza del desventurado jinete, a quien el topetazo lo había aprisionado entre el carruaje y el costado de un gran ómnibus repleto de turistas.

Desde donde se encontraba Lamoussset, al regresar del vallado, el ómnibus le ocultaba por el momento al caballero del fogoso corcel castaño; pero oyó muy distintamente la voz de la baronesa que gritaba, mientras manejaba el látigo sin piedad:

—¡Ladrón! ¡Traidor! ¡Asesino!

Con motivo del toque de las trompetas dominaba a la multitud un profundo silencio, por lo cual los furibundos gritos se percibieron perfectamente, y cuantos estaban en las cercanías volvieron la cabeza. Lamoussset llegó al lugar del alboroto y vio que el jinete era el doctor Cossard, quien llevaba la cabeza descubierta y estaba sangrando, demasiado atareado con su caballo alocado y demasiado sorprendido para intentar defenderse o eludir los golpes que llovían sobre él.

—¡Asesino! ¡Traidor! Ya me las pagará —gritaba con voz colérica.

Los cincuenta pasajeros que iban en el techo del ómnibus se agruparon en su parte posterior para contemplar aquel fenómeno de deporte desconocido, olvidándose del Gran Premio.

—¡No mires, Emilia! Es una mujer mala —gritó a su hija una inglesa escandalizada.

Dos alemanes corpulentos masticaban flemáticamente un trozo de salchicha fría, mientras contemplaban la suciedad francesa con ojos azules cargados de desprecio.

—¡Ladrón! ¡Asesino! ¡Traidor! ¡Grosero!

El caballo castaño alzó una pata delantera con casco blanco por encima de la rueda anterior del carruaje, y cayó, rompiéndose la pata y despidiendo al jinete. Pero

ni aun entonces se quedó satisfecha la baronesa. Saltó del coche y continuó propinándole golpes a Cossard, mientras éste trataba de librar su pierna del peso del caballo.

—¡No mate al hombre, mujer! —Gritó un inglés desde el techo del ómnibus, pero inmediatamente volvió a ocuparse de la carrera—. Están locos —exclamó, y volvió a ponerse los lentes.

Lamousset se apresuró a prestar su ayuda al indefenso doctor.

—Señora —dijo, colocándose entre los cascos del caballo caído y los de los asustados caballitos blancos—, ¡tenga cuidado, se lo ruego!

Por toda respuesta se abalanzó contra él con el látigo en la mano, y de un golpe le derribó el sombrero blanco. Llegaron dos policías, abriéndose paso entre el corro de espectadores escandalizados.

La baronesa señaló a Cossard, que seguía prisionero de una pierna.

—¡Detengan a ese hombre! —gritó—. Lo acuso de haberme robado. Además, fue él quien mató a Bretelles en los jardines de mi propiedad, de lo cual tengo pruebas. Deténganlo. —Descargó el látigo contra Lamousset, y agregó—: A éste también, que era su cómplice.

—Señora, éste no es el sitio más apropiado para hacer una farsa.

Una gritería enorme ahogó sus voces. El caballo francés estaba muy lejos, y corría velozmente. Los policías, irritados por haberlos sacado del sitio excelente en que se habían colocado para seguir la carrera, contuvieron a la baronesa y, sin cumplido alguno, le arrebataron el látigo.

—¡Basta ya, señora!

—Les repito —vociferó— que detengan a estos dos hombres. Si no lo hacen, esta noche quedarán destituidos. ¿Saben quién soy? Les digo que tengo pruebas. Deténganlos inmediatamente; yo se los ordeno.

Los agentes de la ley seguían mirándose perplejos. Sabían muy bien con quién estaban tratando, y no habían encontrado aún al asesino de La Ardilla. Pero cuando se enteraron de que las personas acusadas eran el eminente doctor Cossard y el señor Lamousset, antiguo criado del duque de Lorán, se encogieron de hombros muy prudentemente y decidieron no hacer nada por el momento. Sacaron de debajo del caballo la pierna del doctor Cossard, que no tenía ninguna lesión seria; pero la cara le chorreaba sangre y no podía ver. Los días del caballo castaño llegaron a su fin; le dispararon un tiro y se lo llevaron a rastras en el acto.

Dada la dificultad de conseguir algún vehículo para el doctor Cossard, Lamousset se ofreció con su coche para conducirlo a casa. Ganó Mistral, y Perceval hizo perder once buenos luises. Lamousset juzgó que se había divertido bastante.

Cossard no abrió la boca durante el camino por el Bosque de Bolonia, ni Lamousset hizo el menor intento de iniciar la conversación. Cuando el coche entraba ya en el patio de la casa del cirujano, éste rompió por fin el silencio.

—Me parece que esa loca me ha dejado ciego. ¡Pues sí que estamos bien!...

Ayúdeme a bajar.

—Me permito manifestarle que usted estaba en su perfecto derecho de hacerla detener.

—Ya me las pagará —contestó Cossard secamente—. Puede usted estar seguro de ello, buen hombre.

Lamousset se fue a su casa, cenó en un restaurante a la hora de costumbre, pasó un par de horas en Mabilly y lo detuvieron en la calle Héctor Gabot cuando volvía a dormir. Dos horas antes la policía había trasladado al doctor Cossard al hospital de una cárcel.

Vérité publicó una edición especial a las once y media. París, de buen humor por la victoria del día y el champaña de la noche, se fue a la cama riéndose entre dientes por las últimas noticias de La Amarilla. Estaba demasiado alegre para tomar las cosas en serio a aquella hora.

Damarzet, como era hombre de letras, no se preocupaba en absoluto por las carreras, y no asistió a Longchamps. Tampoco bebió champaña aquella noche pero, eso sí, leyó con interés la detención de Lamousset, acusado de complicidad con Esteban Bretelles y Silvestre Cossard en el robo de ciertas joyas, perpetrado en la casa de la baronesa Von Gottermann, la noche del 11 de junio. Se quedó reflexionando largo rato; decidió tomarlo en serio, y se sentó para escribirle cuatro páginas a su hija Silvia, que se encontraba a la sazón en Salzburgo.

«No te ocultaré, querida hija —terminaba—, que, aun cuando lamento la pena que esta noticia te causará, encuentro consuelo en la esperanza de que eso te induzca a reflexionar sobre *otro casamiento más razonable*. No te acosaré con otras razones más graves que los deseos de tu corazón, razones que no harían sino aumentar tu pena. Ya hablaremos de esto cuando vuelvas a fines de julio».

Sin más preámbulos, Silvia regresó en el primer tren a París, tan pronto como recibió dicho comunicado. Se enteró en seguida de las razones «más graves» de Damarzet. Sus negocios habían sufrido serios quebrantos durante los dos últimos años; la rivalidad de otros más jóvenes y mejor instalados y, aun cuando Damarzet no mencionaba esto, la paulatina reducción de competidores literarios le afectaron seriamente. En una palabra, quería un yerno con capital.

Yorke, su madre y hermanas insistieron en abandonar su excursión y acompañar a la señorita Damarzet hasta su casa de la calle del Louvre. Se mostraron muy amables y simpáticos en una época en que los ojos de la joven Silvia se llenaban frecuentemente de lágrimas, y tenía la cabeza, ya que no el corazón, agobiada por la duda.

Finalmente habían decidido tomar en serio a la Gata Amarilla, y el juicio del doctor Silvestre Cossard, por robo y asesinato, y el de Claudio Lamousset, por robo, fue señalado para el primero de julio. *Vérité* se ingenió para difundir el rumor de que se estaban utilizando grandes influencias para proteger a un médico de sociedad y al criado de un duque. Con el fin de apaciguar la desconfianza popular, apresuraron con

alarde la preparación del proceso.

CAPÍTULO XI

TÚNICAS ROJAS

1

El interés por el caso, ahogado momentáneamente por la triunfal flotadura del Eauville y Cía., a fines de junio, volvió a despertarse durante los días que precedieron a la vista del proceso. Los diarios cómicos encontraron abundante material para desarrollar su fantasía en las caricaturas de los tres personajes centrales del drama. La pobre señorita Damarzet no leía con detenimiento los diarios cómicos; pero, viendo que todo el mundo aceptaba como algo definitivo que Lamousset había sucedido a su antiguo dueño en los favores de la baronesa, acabó por sucumbir ante la evidencia, y reconoció descorazonada que era indigno de su cariño.

*Y avaient deux géants de Paris
Qui n'avaient qu'une femme et qu'un lit^[9].*

Todos entonaban el estribillo. Incluso Daumier, que sentía un vivo afecto por Lamousset, lo musitaba mientras se peinaba las patillas o esperaba la llegada de sus sobrestantes.

Los dos casos de robo, conspiración e intento de robo fueron presentados a la vez de común acuerdo; se dejó establecido que, en el caso de fracasar tales cargos, el fiscal no proseguiría con los otros que pesaban sobre Cossard.

La sala del tribunal estaba atestada de gente; el fiscal era el temible Fresnoy, con el no menos formidable auxiliar Robinard. Al doctor Cossard lo defendía el célebre Espinasse; y a Lamousset, Lafargues, un hombre recto y enérgico. La señorita Damarzet insistió en asistir al juicio, y Yorke tuvo que vencer serias dificultades para

conseguir tres pases; pero, por razones de delicadeza, dejó que fuese el señor Damarzet el único acompañante. No obstante, asistió los tres días que duró el juicio de su rival, y al tercero, notando que los ojos de Lamousset lo habían distinguido entre la multitud, agitó la mano en señal de saludo amistoso. Por aquella época Yorke llegó a la conclusión de que, suponiendo que hubiese cometido un robo, no debía de ser procesado por eso en Francia.

El doctor Cossard seguía con los ojos vendados, y poco antes de la vista del caso se rumoreaba que estaba completamente ciego; pero, según declaraciones de su defensor, tal desgracia era algo que estaba por demostrarse en el futuro. El vendaje rodeó su aparición de cierto misterio siniestro y despertó no poca simpatía hacia su persona. Con todo, Lamousset, elegantemente inclinado, sin exteriorizar la menor turbación, como si estuviese contemplando una función de circo, era quien atraía la atención general. Al final del primer día le quitaron la caja de rapé de oro; a ratos se acordaba de ella, la echaba de menos pero se resignaba filosóficamente. Y el curioso movimiento con que se colocaba el monóculo en el ojo llegó a desconcertar una o dos veces incluso al truculento Fresnoy. Yorke observó, con cierta angustia, que la señorita Silvia no le quitaba los ojos de encima.

La declaración que hizo la baronesa Von Gottermann en el banco de los testigos, con una exuberancia dramática, era por demás circunstancial. El 25 de mayo, en su aposento privado de las oficinas de *Vérité*, el doctor Cossard le enseñó un medallón de diamantes que, según le dijo a ella, le habían encargado vender. Examinó la joya detenidamente, sacó la conclusión de que los diamantes eran todas piedras de una pureza perfecta y le preguntó a quién pertenecía y cuánto pedía por ella. El doctor Cossard manifestó que no estaba autorizado para revelar el nombre de su dueña; pero que el precio era de quinientos mil francos. La declarante juzgó que los diamantes valían casi el doble de aquella cantidad; no obstante, le ofreció trescientos cincuenta mil francos; y, después de una breve discusión, le pagó cuatrocientos mil.

Antes de esto, el 26 de abril, por recomendación del doctor Cossard había tomado a su servicio al lacayo llamado Lemoine, quien luego resultó ser Esteban Bretelles. La introducción de ese hombre en la casa, manifestó, tuvo por objeto facilitar al doctor Cossard la preparación del golpe alevoso que planeaba contra ella; pues no cabía la menor duda que tomó previamente a sus órdenes, como cómplice de un plan esmeradamente preparado, a aquel criminal, hombre que se adaptaba perfectamente a sus propósitos, ladrón de gran experiencia, con reputación de persona de resoluciones temerarias y una fina inteligencia.

El nombrado delincuente estuvo bajo su techo desde el 26 de abril hasta el 31 de mayo, enterándose de todas las costumbres de la casa y averiguando el sitio en que estaba situado el cofre con las alhajas (para la cual no le faltaron oportunidades a un hombre de su habilidad y experiencia) y la combinación de las dos cerraduras.

La baronesa reconocía que pecó de despreocupación en varias oportunidades durante aquella época y que quizá varias veces, bien encontrándose ella en el cuarto

de baño o en el tocador, el cofre quedó abierto. Un ladrón intrépido y temerario no habría tenido dificultad alguna en familiarizarse con las cerraduras.

Además, tuvo al alcance de la mano a un aliado sumamente inteligente para ayudarle, facilitarle las oportunidades y protegerlo. El 5 de mayo el procesado Claudio Lamousset, quien previamente había rechazado un empleo en casa de la baronesa, se ofreció para desempeñarlo, lo cual constituía un acto sumamente significativo. Se veía claramente que Cossard, que conocía perfectamente a Lamousset, se había enterado del empleo ofrecido a éste en el parque Monceau y vio en él al ayudante indispensable de Bretelles; por lo tanto, lo incluyó apresuradamente en sus perversos designios.

El 31 de mayo Bretelles dejó su servicio, pues ya sabía bastante. La noche del 11 de junio se introdujo subrepticamente en la casa, con la ayuda de la muchacha Lucía Boissot y, en circunstancias que ya conoce el lector, consiguió apoderarse del medallón, así como de cuatro valiosos anillos, y huyó luego por la ventana para unirse con su compinche.

Abajo, en el jardín, su cómplice, el eminente doctor Cossard, estaba esperando, para hacerlo callar para siempre, al socio que había trabajado a sus órdenes. Su mano, experta en el manejo del bisturí, no falló al darle la cuchillada fatal en la garganta y otras dos en el corazón, luego de lo cual huyó con el botín y dejó tras sí los anillos, que lo habrían comprometido si hubiese tratado de apoderarse de ellos.

—En cuanto al medallón —gritó la baronesa lloriqueando—, no me interesa, pues ahora sé que este asesino quizá lo haya robado. Pero le pagué veinte mil luisas. Esto es lo que me ha robado, y este tribunal de justicia debe hacer que me los devuelva.

Tal fue la línea general del ataque del fiscal aunque tuvo muchas derivaciones, por supuesto. Se desenterraron cuidadosamente todos los incidentes pasados que pudieran perjudicar al acusado. Presentaron al procesado Cossard como a un aventurero de alta escuela, jugador empedernido, libertino despilfarrador y extravagante, que andaba siempre agobiado por las deudas; bruto sin la menor traza de sentimientos nobles, hombre para quien una vida humana no tenía más valor que una chuleta para cualquier otro mortal. El procesado Lamousset aparecía como el asalariado de un noble calavera, un lacayo a quien se compraba por unas monedas y un insolente con la absurda ambición de figurar como un caballero.

—¡Dios santo! —Exclamó Fresnoy, con ademanes de desesperación—. El hombre tuvo un duelo. Fíjense en este criado que trata de confundirnos mirándonos con semejante desfachatez.

En aquel momento Lamousset se ajustó el monóculo en el ojo con tan fina elegancia y miró sonriente y con tal sangre fría, que toda la sala, excepto Fresnoy, se rió entre dientes.

La defensa del doctor Cossard dijo que todo aquello era invención ridícula, motivada por los celos. Espinasse, prescindiendo de toda galantería, describió el apasionamiento por su cliente de «esta peligrosa e infame aventurera», la cólera que

experimentó por haber rechazado él fríamente sus requerimientos, los celos violentos que experimentó al enterarse de que estaba haciéndole la corte a una respetable y honorable dama de cuyo mundo él era una figura ilustre en los momentos de esplendor, y un salvador de sus dolencias en las horas de agonía. Detalló los continuos requerimientos de aquella «gata en celo» y los ridículos esfuerzos por inducir a su cliente a presentarla en aquel mundo.

—Mírenla —suplicó, con aquel tono melancólico apenas perceptible que era su arma más temible—. Miren a esa criatura, a esa hija del arroyo, que no ha tenido escrúpulos en atacar con el negro veneno de su avaricia y su desequilibrado espíritu al más noble y eminente hombre de Francia.

Después de describir por espacio de varias horas la historia del pasado de la baronesa, procedió a aclarar lo referente a la venta del medallón de diamantes. El relato que hizo la baronesa, tan claro y nítido, empezó a embrollarse. Por supuesto, no quedaba la menor duda de que el 25 de mayo retiró de sus banqueros cuatrocientos mil francos; pero no existía prueba alguna de que en tal fecha, o en cualquiera otra, el doctor Cossard hubiese recibido de ella dicha suma. Espinasse se mostró apesadumbrado por aquel cheque de veinte mil luses, hecho efectivo el 25 de mayo. Aquello era un ardid vulgar, indigno de la audaz inventiva de la señora baronesa.

—Y ahora —murmuró con gesto sombrío—, hablemos un poco de este famoso medallón.

El primer día del juicio sólo se habló del medallón de una manera superficial: se trataba de una alhaja compuesta por quince diamantes de cincuenta quilates, cinco de sesenta y cuarenta de menor tamaño y diversas medidas, montados en oro; la forma de la joya se asemejaba a un corazón o un trébol. Al parecer, Espinasse acudió al tribunal decidido a poner en claro con toda exactitud lo referente a la forma, a cuyo efecto llevó consigo un determinado número de dibujos que representaban algunos modelos de medallones que ofrecían una gran semejanza con un corazón o un trébol. Se los enseñó a la baronesa uno por uno, y se quedó bastante desconcertada. Finalmente, procedió a dibujar con su propia mano un diagrama que reproducía la forma del adorno robado, y Espinasse quedó sumamente abatido por el resultado, pues era una tosca reproducción de la cruz celta. Se quedó contemplándola y dijo, moviendo la cabeza:

—Por lo visto, tendremos que hablar un poco más de este famoso medallón.

Luego de haber hablado unos instantes sobre el mismo, la baronesa reconoció que no tenía precisamente la forma de un corazón ni de un trébol, sino que, en realidad, era una cruz, y no supo explicar cómo había cometido semejante equivocación.

Tampoco acertó a explicar por qué no hizo al principio denuncia alguna por la pérdida de una joya tan valiosa. Hasta nueve días después de producirse el robo (y a Espinasse le costaba trabajo aceptar siquiera que se hubiese cometido dicho robo) ella no se dio cuenta de la pérdida del famoso medallón en forma de corazón, trébol y cruz, sucesivamente. ¿Cómo fue eso? ¿Es que la señora baronesa pretendía

seriamente que el tribunal creyera que, movida por la pena de evitarle molestias y complicaciones al hombre a quien había dejado ciego para toda la vida, dudó acerca de publicar la historia de la compra que le hizo a él de un medallón y sobre cuya posesión se negó a darle a ella una explicación? ¿No sería que, encontrando al doctor Cossard insensible ante sus amenazas, optó por imputarle esta criminal acusación, luego de meditarla por espacio de nueve días?

¿De quién era ese medallón en forma de corazón, de trébol o de cruz? Todos estaban ya al corriente de su pérdida, y los medallones de un valor semejante eran excepcionalmente raros; todos los joyeros y coleccionistas expertos conocían su existencia, y en muchos casos hasta cualquier persona podía enterarse por los diarios. Pero nadie había acudido a reclamar tal medallón, ni habían reconocido la descripción que se publicó del mismo. ¿Quién le dio a vender al doctor Cossard un tesoro de tan incalculable valor? Espinasse lanzó un suspiro y prosiguió su relato.

Era cierto que el doctor Cossard, impulsado por su bien conocida benevolencia ante el sufrimiento y el infortunio, le recomendó a la baronesa Von Gottermann un lacayo llamado Lemoine. En efecto, Espinasse presentó a un auténtico Lemoine, que sirvió como lacayo en casa de la señora de Saint-Pris, a quien conocía el doctor Cossard. Este Lemoine fue en realidad paciente del doctor Cossard en la Misericordia, y acababa de perder a su joven mujer en las más tristes circunstancias. El falso Lemoine (Esteban Bretelles) fue a ver al doctor Cossard, haciéndose pasar por el verdadero, y obtuvo una recomendación escrita para la baronesa. ¿Es que el doctor Cossard, que había salvado tantos miles de vidas, podía recordar todas las caras, o disponer de tiempo para ocuparse de los asuntos de los lacayos? Este hombre caritativo, de corazón bondadoso, se sentó en el acto y escribió apresuradamente la recomendación solicitada; y luego, probablemente, se dirigió sin pérdida de tiempo a prestar asistencia a alguno de sus enfermos. Espinasse señaló al personaje vendado situado detrás de la barra, y agregó:

—Miren la recompensa...

Estaba tan afectado que se sentó y dejó a su colega Lafargues que se ocupase de la parte del procesado Lamoussset en los acontecimientos del 11 de junio por la noche.

Como se verá más adelante, por razones que juzgó más poderosas que las sanciones de cualquier tribunal de justicia, Lamoussset perjuró noblemente en su defensa. No obstante, contra su voluntad, llegó a la conclusión de que era indispensable hablar con toda franqueza de su conducta durante la noche del robo. Por tanto, guiándose por los razonables consejos de su abogado, hizo un relato minucioso de la falsa alarma, de la tentación de su virtud y de la forma violenta en que fue despedido.

—Acepté su despido —dijo Lamoussset— sin pesar. La señora baronesa era ya... demasiado exigente.

La pequeña pausa que precedió a «demasiado exigente» era digna del propio Narciso.

«La escena —decía el *Figaro* a la mañana siguiente— ha perdido quizá un gran comediante con el señor Claudio Lamousset». Lo cual, según pensó Lamousset mientras tomaba el desayuno, era una afirmación estúpida, pues sentía el más profundo desprecio por los actores. Sin embargo, reconocía que había escena y escena.

El asunto de la leche con narcótico, el revólver olvidado y la segunda visita al dormitorio de su ama fueron nuevamente debatidos. Espinasse, saliendo de su melancolía, consiguió convencer al tribunal, al cabo de una media hora, de que cada paso que dio Lamousset aquella noche fue cuidadosamente preparado por sus devotos y fieles pies. No obstante, el testimonio de Lamousset sobre sus visitas al Père Lachaise en las dos oportunidades en que, como él mismo lo admitía, «Lemoine» se hallaba también allí, resultaba completamente insatisfactorio; y esto hizo una vez más bramar triunfalmente a Fresnoy.

—Dice que sospechaba de ese hombre. ¿Por qué?

—Porque temía que fuese a robar a la señora baronesa.

—Si sospechaba eso, ¿por qué no la puso a ella en antecedentes? ¿No era su obligación como mayordomo tenerla al corriente de todo? Vamos, diga la verdad, señor criado.

—Acabé por convencerme de que mis sospechas carecían de fundamento, por lo cual me abstuve de hablarle sobre el particular.

—¿Cómo se persuadió de ello? ¿Por qué se persuadió de ello? Porque usted mantuvo alguna conversación con su amigo Lemoine en el cementerio... ¿no es verdad? Porque usted se entendió con él a las mil maravillas.

—Me convencí de que no existía razón alguna para sospechar de él.

—Repito: ¿cómo?, ¿dónde? ¿En el Père Lachaise..., en sueños, o mientras se batía en un duelo? Vamos, haga un esfuerzo. Diga la verdad: ¿dónde?, ¿de dónde procedió su sospecha?, ¿dónde se disipó?

Lamousset se negó a hacer esfuerzo alguno.

—¿Sabía usted que la señora baronesa poseía ese medallón entre su colección? —preguntó Fresnoy.

—No.

—¿Vio usted alguna vez ese medallón?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Antes de aquella noche, ¿había oído hablar de él a alguien en alguna parte?

—Nunca.

—¿Nunca? —Preguntó Fresnoy, moviendo el dedo índice, que semejaba una estaca—. Entonces, ¿por qué le preguntó a la baronesa: «¿Qué medallón ha perdido, señora?», mientras le cortaba las ligaduras, antes de que ella o cualquiera otra persona, salvo usted y sus cómplices, supiesen lo que acababan de robar?

—Yo no formulé esa pregunta.

Pero la señora baronesa se presentó a declarar que Lamousset había hecho esa pregunta, y lo propio corroboró la doncella de la baronesa.

—¡Vamos! ¡Otra vez! ¡Haga un gran esfuerzo! Diga la verdad, señor lacayo.

Con todo, Lamousset se negó a hacer ese nuevo esfuerzo. Repitió que no era cierto que hubiese formulado tal pregunta a su ama. Amenazó con quedarse sordo, y el tribunal perdió gran interés por él.

La coartada del doctor Cossard era de las que sólo convencen a los ingenuos. Estuvo en realidad en el Cercle de Minuit hasta poco después de la una, y declaró haber permanecido en él hasta más de las tres. Tenía la costumbre de acudir allí todas las noches, y en la de autos, como siempre, las salas estuvieron atestadas de gente. Nadie se presentó a declarar que estuvo hasta pasadas las tres, ni nadie declaró que no hubiese estado. En sus ropas no se encontró la menor huella de sangre, ni existía el menor indicio que demostrase haber tenido asociación alguna con Esteban Bretelles, excepto en la oportunidad en que este último visitó su casa bajo el nombre de Lemoine, para solicitarle una recomendación para la baronesa.

No obstante, Espinasse, siguiendo su costumbre habitual, se despojó de su aspecto lúgubre, de la misma manera que una persona se desprende de un impermeable empapado, y exhibió debajo una viva satisfacción, producida por una firme sensación de seguridad. Hizo jirones los últimos restos de la piel de la Gata Amarilla; dio ocupación a todos los pañuelos femeninos que había presentes, con motivo de sus alusiones finales a los ojos del gran cirujano, que estaban sumidos en las tinieblas para toda la vida, y pidió una indemnización como un tributo del sentido común y la honradez.

Obtuvo la absolución de los dos. El doctor Cossard y el señor Lamousset abandonaron el tribunal como hombres libres, inocentes e injuriados. Se supo que los abogados del doctor Cossard tenían instrucciones de llevar a cabo inmediatamente dos demandas: reclamar una indemnización de un millón de francos por el daño causado a su vista, y otro millón por el agravio infligido a su integridad moral y profesional.

La enorme multitud apiñada fuera del tribunal silbó a la baronesa, y ésta tuvo que ir hasta el parque Monceau escoltada por la policía montada.

El doctor Cossard no gozaba de popularidad entre sus colegas. Los pocos que se encontraban en la sala se abstuvieron de felicitarlo. Wély, el financiero, y dos o tres carreristas fueron los únicos que se dirigieron a la sala de espera instalada para que los procesados liberados se reuniesen con sus amigos. Lo encontraron todavía discutiendo con sus abogados, y lo dejaron con ellos después de un simple apretón de manos.

Lamousset, mientras estaba allí charlando durante unos instantes con Daumier y el primo, que era criado del nuevo duque de Lorán, recibió una nota de la señorita Damarzet, escrita sin duda de antemano, rogándole fuese aquella noche a la calle del Louvre. Guardó la nota en el bolsillo con aire distraído, pues creía que le sería imposible aceptar la invitación.

Sin embargo, no había decidido todavía cuál sería el curso futuro de su vida cuando después de dejarlo sus amigos, se quedó solo cerca de una ventana contemplando un húmedo patio adoquinado, donde tres gendarmes se paseaban de arriba abajo. A su espalda estaba Cossard informando a sus abogados sobre sus planes personales. Se proponía ir a Berlín en seguida, con el fin de someter sus ojos al cuidado del especialista Osterberg, pues en París no había más que chapuceros y remendones. Pensaba marcharse en el término de dos días, y aquella misma noche iba a escribirle una carta a Osterberg, solicitando la entrevista. En el caso de que quedase alguna molesta formalidad legal que cumplir, ésta se presentaría dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

Los letrados recogieron apresuradamente sus sombreros y papeles. Por lo demás, toda vez que había ciertas formalidades que requerían su presencia y su firma, con una hora en las oficinas que aquéllos tenían instaladas en la calle de Carlos V quedaría en libertad para iniciar los preparativos inherentes al viaje. Cuando empezaron a guiarlo hacia la puerta, Lamousset abandonó la ventana.

—Discúlpeme, doctor Cossard, ¿puedo hablarle unos minutos?

Cossard giró rápidamente sobre sus talones, liberándose de las manos amigas que le ayudaban, y preguntó:

—¿Quién diablos es usted?

—Es el señor Lamousset —contestó uno de los abogados.

—¿Lamousset? —Repitió Cossard—. Bueno... ¿qué se le ofrece?

—Tengo que hablarle unos instantes... en privado —volvió a decir.

—Tengo prisa —dijo Cossard ásperamente—. No puedo entretenerme ahora.

—Lamento verme obligado a retenerlo —insistió Lamousset con delicadeza—, pero tengo que conversar con usted unos minutos, ahora.

—Estos señores son mis abogados. Puede decir delante de ellos cuanto tenga que comunicarme.

—Se trata de algo que, he de recordarle, usted consideró absolutamente

confidencial, y sé que no ha mantenido esa actitud. Pero, después de reflexionar seriamente, estoy seguro de que reconocerá la conveniencia de obrar en esa forma en el futuro.

—¿De qué está hablando ese maldito loco? —preguntó Cossard irritado—. Salgan. Espérenme afuera. Me parece que el individuo quiere sacarme dinero.

Salieron los abogados y cerraron la puerta tras ellos, pero mirando con cierta aprensión a Lamousset.

—Bueno, ¿qué quiere usted? —preguntó Cossard.

—Quiero —contestó Lamousset— la cruz de diamantes que le robó al difunto señor duque de Lorán.

CAPÍTULO XII

EL DOCTOR COSSARD REGRESA A SU CASA

1

Bajo la máscara de su vendaje, Cossard permaneció unos instantes en un silencio que Lamousset comprendió se debía a cálculos profundos. Los tres pares de pies que esperaban fuera, en el pequeño patio, se aproximaron despacio, giraron sobre sus talones y se retiraron de nuevo. Dos gorriones que reñían en un canal del tejado piaron agudamente. Era una tarde sumamente apacible, como para haberse paseado con su mujer por el Bosque de Bolonia, en un coche ligero, tirado por un caballito gallardo; pero Lamousset encontró consuelo en su caja de rapé, que acababa de serle devuelta. Tuvo tiempo de guardarla antes de que hablase su compañero.

—¿Cómo? ¿Otro más? Eso es una obsesión —exclamó Cossard, riéndose con impaciencia, y se volvió, buscando a tientas con las manos—. ¿Dónde está esta dichosa puerta?

—Un momento, doctor.

—No tengo tiempo para malgastarlo con locos.

—Reconozco que es loco todo aquel que pide honradez en este mundo, sin previa amenaza —repuso Lamousset—. Sin embargo, tengo mi amenaza.

—¡Ah! ¿Conque me amenaza? Bueno, váyase al diablo con sus amenazas.

—No necesito ir tan lejos. A diez metros de aquí encontraré un agente de policía. Si me obliga a ello, tendré que hacerle a él algunas declaraciones. Sin titubear lo detendrá por el asesinato de Bretelles.

Hubo otro largo silencio.

—Desde luego, no espero que devuelva el objeto de propiedad del señor duque en este momento. Soy razonable. Tiene que hacer algunas diligencias en las oficinas de

sus abogados. Perfectamente. Lo acompañaré allí, y de allí a su casa, o adonde usted crea que podremos hablar debidamente y en privado.

—No tengo nada que tratar con usted —interrumpió el cirujano. Llamó—: Maréchal —y al regresar al aposento los dos abogados, salió con ellos.

Lamousset los siguió, y en la calle tuvo lugar otra discusión. El pequeño carruaje cerrado del doctor Cossard lo estaba esperando. Con la ayuda de sus compañeros, entró en él; y luego, ante la sorpresa de los dos abogados, Lamousset se abrió paso entre ellos y entró detrás del doctor.

—Pero, señor —exclamó el letrado—, no hay lugar.

—Así parece —respondió Lamousset—. Pero si ustedes no encuentran ningún coche, tienen sólo diez minutos hasta la calle Carlos V.

Cossard se puso de pie, y en el reducido espacio que llenaban por completo los dos personajes de alta estatura, hizo un ademán frío para rechazar al intruso.

—Por última vez, doctor —dijo Lamousset—, nada de violencias. Pensándolo bien, como no parece probable que vaya usted a Berlín pasado mañana, no tiene necesidad alguna de hacer trámites legales esta tarde. —Se inclinó fuera del vehículo, y le gritó al cochero—: A la calle Cornièvres. —Cerró la puerta.

Cossard, impedido por la ceguera, y dominado por la súbita aparición de este nuevo enemigo y perplejo, además, ante sus amenazas, ocupó su sitio sin protestas. El coche arrancó, dejando a los dos abogados atónitos e indignados.

El amplio hotel de la calle Cornièvres era una de aquellas viejas casonas de París en las cuales caía sobre uno el más profundo silencio, una vez puesto el pie en el umbral, y donde el sol del más luminoso día se desvanecía en una penumbra religiosa que olía siempre a incienso viejo y semejava una tumba de dioses y creencias muertas y olvidadas. La única persona que acudió a darle la bienvenida al doctor Cossard fue su mayordomo. Lamoussset no tardó en enterarse de que, con excepción de ese hombre y el cochero, contratado para cuidar los caballos, todos los sirvientes habían sido despedidos al día siguiente de producirse la detención del dueño de la casa.

El mayordomo, hombre anciano de aspecto afligido, empezó una larga retahíla con respecto al señor Henriot, que, según podía deducirse, era el propietario del edificio y había pasado varias veces por su propiedad, al parecer con la intención de volver a tomar posesión de la misma.

—Se lamentaba, señor, de que llevaba dieciocho meses sin percibir renta alguna.

—Bueno, pues la próxima vez que venga le cierras la puerta en las narices —dijo Cossard, tanteando la pared para dirigirse a una puerta. El criado miró a Lamoussset significativamente, se encogió de hombros y abrió la puerta que su amo buscaba con las manos—. Siento molestarlo en este momento, señor, pero me permito recordarle que ni Roberto ni yo hemos percibido nuestro sueldo desde la Pascua. Desgraciadamente, no se puede vivir con geranios, y es lo único que hay en la casa.

Cossard murmuró unas palabras ininteligibles y pasó por la puerta abierta a una habitación amplia y oscura, que Lamoussset comprobó en el acto utilizaba como consultorio. Suponiendo que podría necesitar algún pequeño servicio y contar con su adhesión, Lamoussset deslizó algún dinero en la mano del mayordomo (Daumier tuvo la previsión de entregarle dinero efectivo cuando saludó a su amigo con motivo de su liberación) y, siguiendo al cirujano, cerró la puerta tras sí.

Cossard, como para volver a investirse de la autoridad que ejercía en su consultorio, se encontraba ya en su silla, situada delante de su escritorio. Lamoussset eligió otra silla, le quitó el polvo cuidadosamente con su pañuelo, pues se veía a las claras que llevaba varias semanas sin que la molestara ningún plumero, y se sentó.

—Empecemos por convenir, doctor, en que es mejor que seamos amigos en vez de enemigos. Debe reconocer que le he dado pruebas de mi mejor buena voluntad. Le salvé la vida. ¿No lo reconoce? ¿No admite que, con la ayuda de Esteban Bretelles, usted robó de la tumba del señor duque cierta cruz de diamantes? Usted no reconoce nada... ¡Qué lástima! Esto me obliga a quedarme aquí hasta que lo confiese... y quizá pierda usted una cita de importancia. Además... temo que voy a causarle serias molestias. Pero el remedio lo tiene en sus manos. Mientras tanto, con su permiso, fumaré un cigarrillo y escribiré en esta hoja de papel una declaración que le leeré para que me dé su consentimiento. Quizá lo induzca a cambiar de parecer.

Cossard se echó a reír, y dijo:

—Esto me divierte sobremanera. ¿Puedo preguntarle si es que trata de sacarme dinero? ¿O es usted un simple lunático?

Por supuesto, Lamoussset no contestó a preguntas tan estúpidas pues estaba ya atareado con una pluma oxidada, una tinta muy espesa y unas hojas polvorientas de papel de escribir. Interrumpió la operación al poco rato para ofrecerle a Cossard un cigarrillo y encendérselo: era el primero de los muchos servicios que iba a prestarle. Luego, y en silencio, volvió a su ocupación por espacio de una hora, en cuyo transcurso Cossard tocó la campanilla dos veces, pero el hambriento mayordomo no respondió.

Por fin Lamoussset dejó la pluma y, recostándose en el asiento, leyó lo que acababa de escribir con apretados trazos; a causa de la pluma y la tinta, no escaseaban las raspaduras y borrones.

—Esta clase de literatura es algo abominable —observó—. Afortunadamente, de ella no depende tanto mi vida como su muerte. ¿Puedo leerle lo que he escrito?

—Como guste, pero antes busque a ese estúpido mayordomo mío, y dígame que traiga una botella de Léoville.

—Encantado..., siempre que me acompañe usted.

—Debe de estar en la despensa. Lo encontrará sin dificultad.

—Siempre que venga usted conmigo.

—No sea tonto. ¿Cree usted que si alguien roba una cruz de diamantes va a esconderla en el secante?

No obstante, después de una breve discusión, Cossard consintió en acompañarlo para ir en busca del mayordomo. No lo encontraron, pero el incidente tuvo sus consecuencias, pues marcó el comienzo de la paciencia de Lamoussset.

Cossard regresó de muy mal humor a su escritorio, instalado en el consultorio. Buscando a tientas encontró el sombrero, los guantes y el bastón.

—¡Basta ya de payasadas! —dijo—. Salga de esta casa o haré que lo echen.

—Hágame echar, y verá lo que sucede.

Volvió a aparecer el mayordomo. Por lo visto, el regreso de su dueño lo encontró disponiéndose a abandonar un puesto que había sido simplemente honorario: sin duda alguna, el siniestro efecto de las vendas de su amo lo confirmaron en su deseo de alejarse de la casona solitaria. Acababa de salir en busca de un mozo de cuerda para que le llevase el baúl. Dijo que su madre estaba muriéndose, y tenía que marcharse sin pérdida de tiempo. Si el doctor no tuviese inconveniente en abonarle el resto de su paga...

La gran mano de Cossard encontró un pisapapeles pesado encima del escritorio y, sin previo aviso, lo lanzó en la dirección de la voz empalagosa.

El hombre, indemne, huyó en medio del ruido producido por el choque con los brazos metálicos de un sillón de clínica, y desapareció de la vista.

De esta manera, exceptuando a Lamoussset, el eminente doctor Cossard quedó solo en su inmensa casa. ¡Qué curioso regreso al hogar!

Más adelante Lamousset supo que Silvestre Cossard, en su camino hacia el encumbramiento, se desligó por completo de su familia y de todas las relaciones de sus primeros años. Su padre, un esforzado médico de Saint Pol, murió cuando su hijo y su hija tenían once y siete años, respectivamente, dejándolos con muy pocos recursos para el futuro, al cuidado de la viuda. Estirando desesperadamente sus economías, y con una abnegación sin límites, la menuda mujercita se las ingenió para darle al inteligente muchacho la profesión de su padre y mantenerlo en París durante los primeros años de su carrera, que no resultaron afortunados. Con todo, su talento encontró pronto un padre adoptivo en Camilo Angot, quien se hallaba a la sazón en el apogeo de su fama y era la divinidad imperante en la Misericordia. Respaldo por esa poderosa influencia, el joven Cossard obtuvo un puesto como ayudante de cirujano en el gran hospital, y pronto se abrió camino hacia la cúspide de su profesión, luchando con energía. Su buen aspecto, su alta estatura, su serena confianza y su osada seguridad marcharon de la mano con su buena suerte. Al cabo de diez años llenaba un hospital de su propiedad con pacientes procedentes de toda Europa y podía reírse de la declinante reputación del hombre que le dio su primera oportunidad.

La deteriorada casita situada a la sombra de la iglesia, en Saint Pol, oía hablar poco de él, y lo veía menos aún. La madre, mujer sucia y ordinaria, no resultaba agradable, y la hermana, bonita, pero con las piernas torcidas, e ideas y lenguaje provincianos, no encontró sitio en las brillantes visiones del futuro de su hermano. Las abandonó, así como a sus amigos y demás relaciones inútiles, sin experimentar remordimiento alguno, contentándose con enviarles una carta a su madre cada primero de año, y media docena de pares de guantes a su hermana. En el momento de verse el proceso, hacía ya cuatro años que ninguna de las dos había posado los ojos en su persona.

En cuanto a sus nuevos amigos (distinguidos y no distinguidos), no eran de los que se congregan para festejar al héroe de una causa como aquella que tanto preocupó a París durante los tres últimos días. Indudablemente, en el Cercle de Minuit aquella noche algún jugador levantaría la vista de las cartas o apartaría la atención de su tema para decirle a otro: «¿Así que han absuelto a nuestro amigo Cossard?», y volverían a olvidarse de su amigo Cossard. Sin duda alguna, muchas jóvenes con miriñaque, haciendo piruetas con sus voluminosos vestidos bajo las enormes arañas de luces que iluminarían aquellas cabecitas de pelo admirablemente tirado hacia atrás y partido al medio, se acordarían un momento del Adonis ciego y se preguntarían qué andaría haciendo aquella noche. Sin embargo, con excepción de Lamousset, el doctor Cossard pasó solo la noche de su regreso al hogar.

Indudablemente, él también sentía la soledad, pues era un hombre que se desvivía por ver a las multitudes y demasiado perspicaz para no comprender que se le quedaría adherido para siempre algo del fango que lo había salpicado. Sabía que eran dudosas las perspectivas que tenía de continuar su labor profesional. Estaba agobiado de

deudas. El casamiento, que parecía iba a estabilizar su posición social y económica, perdió toda posibilidad de realización; los tutores de su prometida, espantados por las revelaciones del juicio, se apresuraron a volver a Holanda, y de una manera definitiva declinaron en nombre de ella el honor de continuar sosteniendo relaciones con el doctor Cossard. Debió de ser para él una hora bien amarga, aun cuando no se le hubiese presentado ese nuevo peligro en el momento en que juzgaba que había pasado lo peor.

En el fondo, tenía un valor que no se podía por menos que admirar, pensaba Lamousset. Por espacio de varios días con sus correspondientes noches, en el curso de su encarcelamiento, los dos hombres compartieron la misma celda, bajo estrecha vigilancia, como bien sabían ellos, que oía cada palabra que se cruzaban. Ni una sola vez profirió Cossard queja alguna, ni mostró la menor huella de abatimiento. Es verdad que utilizó un lenguaje que Lamousset encontró de mal gusto, pero era el lenguaje de la venganza, y no el de la aflicción.

Ni siquiera se lamentaba entonces por el hecho de encontrarse sin un criado que le trajese una botella de vino, sin una mano en la cual pudiese confiar para que le diese un cigarrillo o le evitase tropezar con alguna silla. Por supuesto, todos esos pequeños servicios se brindó a ofrecérselos Lamousset. Y cuando, una vez encendido el cigarro, Cossard se lanzó a una nueva expedición en busca de una botella de Léoville, su compañero quedó tan impresionado por su tranquila determinación y la facilidad con que encontró el camino desde las dependencias del mayordomo, a través de una escalera de caracol y unos corredores intrincados de la bodega, que juzgó más prudente seguirlo que guiarlo. Allí abajo, carecer de vista no era mucho más desventajoso que tener un buen par de ojos y resultaba un tanto desagradable pensar que aquel par de grandes manos huesudas, con un profundo conocimiento de la anatomía humana, podían posarse en el cuello de uno.

El doctor Cossard decidió llevarse de la bodega doce botellas de Léoville. Algo sorprendido, pero pensando que su ayuda le evitaría hacer otro viaje innecesario a aquel mundo subterráneo, Lamousset las subió en un cesto. Fueron por vasos y unos alicates, y volvieron al consultorio.

—Bebamos por su triunfo —dijo Cossard con aire burlón. Y como el champaña parecía excelente, Lamousset aceptó la invitación.

El reloj de la repisa de la chimenea estaba parado, y él no había puesto en hora el suyo cuando se lo devolvieron, pero calculó que serían más de las seis. Silvia estaría ya esperándolo en la calle del Louvre.

—Y yo brindo por nuestra perfecta armonía. Vamos, doctor Cossard; no dejaré de admitir que ha robado la cruz. Después de cuanto ha sucedido, carece de valor para usted, pues ¿cómo se librá de ella? ¿Ofreciéndosela a los compradores de objetos robados? ¿Cree que querrán entenderse con usted, que recompensó a Bretelles matándolo a cuchilladas? Créame, la policía no se fía de usted y vigilará todos sus movimientos. Apostaría cualquier cosa a que en estos momentos hay algún agente de

policía rondando por los alrededores de la casa.

Cossard volvió a llenarse el vaso con una habilidad asombrosa, y dijo fríamente:

—Eso es monomanía. ¡Qué interesante! Es una idea fija. ¿Ha habido casos de enajenación mental en su familia?

—No ha habido ladrones.

La botella de vino silbó por encima de la cabeza de Lamouset y fue a estrellarse contra la pared. Pero él estaba vigilando aquellas grandes manos huesudas, y únicamente su manuscrito sufrió las consecuencias, a causa de algunas gotas de Léoville que lo salpicaron, y que tuvo que secar con el pañuelo.

—Para que no dude del perfecto estado de mis facultades mentales, le leeré la declaración que acabo de escribir. Como podrá apreciar, soy honrado. No pretendo saber lo que no sé, pero verá que sé bastante. ¿Quiere que descorche otra botella? Permítame que la destape yo.

Una vez que hubo llenado de nuevo el vaso de Cossard, se arrellanó en su asiento y leyó su manuscrito en voz alta. Lamouset no tenía gran estilo, y podrá comprobarse que cuando bastaba con una palabra, no utilizaba dos. No obstante, leyó con placer y acento dramático. En su diario dice que encontró el episodio «un tanto sorprendente», lo cual no deja de ser un adjetivo enérgico, tratándose del diario de Lamouset.

«A medianoche del 10 de febrero el señor duque de Lorán me llamó junto a su cama. Me dijo que, después de su muerte, un cirujano le sacaría el cerebro, y que la cruz, de la cual no se había separado nunca, debía colocarla en el cráneo, cosiéndolo luego con ella dentro. Me dijo que confiaba en mí para que se llevase a cabo esta operación, y que nadie debía enterarse, excepto el cirujano y yo. Me preguntó si conocía la historia de la cruz, y le contesté que sí, que me la había contado mi padre. Al oír esto se mostró disgustado, pero dado que me la había contado hacía veinte años, cuando entré al servicio del señor duque, éste reconoció que quizás en aquella época no debió imponerle a mi padre que guardara el secreto, y comprendí que, en ningún momento, debía yo revelar lo que sabía con respecto a la cruz.

»A la una menos cinco de aquella noche el doctor Cossard fue a visitar al señor duque, y consintió en extraerle el cerebro después de su muerte, seguir las instrucciones que yo le diera luego y guardar la operación en el mayor secreto. A continuación, el señor duque le pagó por adelantado sus honorarios: diez mil francos. Alrededor de las dos menos cuarto de la noche del 11 de febrero falleció el señor duque. A la noche siguiente, media hora después de las doce, el doctor Cossard fue al palacio de Lorán. En mi presencia, en la cámara mortuoria, le extrajo el cerebro al señor duque y cosió la cavidad con la cruz de diamantes que le entregué en su interior.

»Por consiguiente, que yo sepa, sólo el doctor Cossard y yo estábamos al corriente de esa operación.

»El 16 de febrero, en casa del señor Damarzet, sita en la calle del Louvre, fui groseramente insultado, sin motivo alguno, por un tal Pablo Chabot, periodista y notable espadachín, que a mí me era completamente desconocido. Usó un lenguaje impropio con respecto al señor duque y a la señora duquesa, y no pude por menos que batirme. Por suerte lo maté en el Bosque de Bolonia la mañana del 18 de febrero.

»El 16 de abril, en Avrèches, donde me hallaba a la sazón, envenenaron un paquete de emparedados para mi almuerzo. Le aplicaron ácido prúsico a los que me habían preparado, o sustituyeron éstos por otros envenenados, mientras permanecía en un esquite amarrado junto al cobertizo para botes de Mont Caprice, la quinta en que residía. Al volver al cobertizo vi que salía de él el hombre que entonces se apellidaba Ribaud, y que luego, como lacayo de la señora baronesa Von Gottermann, usaba el nombre de Lemoine. Pero en realidad se trataba de Esteban Bretelles. Un perro que comió uno de los emparedados murió en el acto. Los siguientes testigos darán cuenta del hecho: Lantier, barquero de Avrèches; la señora de Ablot, ama de gobierno de Mont Caprice, y la señorita Damarzet, que vive en la calle del Louvre, 43.

»El primero de mayo, tras haber regresado a París el 30 de abril, fui por la mañana al Père Lachaise, para hacerle una visita respetuosa a la tumba del señor duque, y vi al doctor Cossard, acompañado de dos funcionarios, entrar en el mausoleo de la familia del señor duque. Luego reconocí a Ribaud, a quien recordaba de Avrèches, que se aproximó a la puerta del mausoleo, extrajo la llave de la puerta y, según supongo, sacó el molde de la misma. Aun cuando me daba la espalda, no me queda la menor duda de que tomó la huella de la llave. Luego se fue, y seguí al hombre hasta la casa de la señora baronesa Von Gottermann, sita en el parque Monceau. Descubrí que, desde el 26 de abril, trabajaba allí como lacayo, y que había sido recomendado por el doctor Cossard.

»Los funcionarios del cementerio me son desconocidos, pero pueden identificarse por la fecha. Uno de ellos tenía la nariz torcida.

»Debo decir que en el momento en que moría el señor duque, la señora baronesa se abrió paso a viva fuerza hasta la cámara mortuoria e intentó apoderarse de la cruz de diamantes, alegando que le pertenecía. Sabiendo que esto era falso, no le permití que consiguiese sus propósitos. El doctor Cossard estuvo presente en el curso de dicha discusión.

»Después de reflexionar, llego a la conclusión de que:

»1. El doctor Cossard, sabiendo que la señora baronesa se la compraría, decidió robar la cruz de la tumba del señor duque. Al comienzo creí que la señora baronesa había tomado parte en el robo, pero ahora creo que estaba en un error, aunque no cabe duda de que, cuando el doctor Cossard le enseñó el crucifijo, debió reconocerlo en el acto, si bien podía ignorar la forma en que el mismo había llegado a su poder.

»2. El doctor Cossard, sabiendo que, aparte de él, yo era la única persona que estaba al corriente del asunto de la cruz, intentó librarse de mí de las siguientes

maneras:

»I. Contratando a Chabot para que provocara un duelo conmigo.

»II. Envenenándome.

»III. Utilizando a Lemoine como agente a su servicio.

»Creyendo que la cruz no tardaría en emprender el camino hacia las manos de la baronesa, decidí aceptar el puesto de mayordomo en su casa, empleo que me había ofrecido poco tiempo antes, y que había juzgado conveniente no rechazar.

»Reconozco que, a pesar de mi vigilancia, no logré confirmar mis sospechas hasta la noche del 11 de junio. Los acontecimientos de aquella noche, hasta donde llegaban mis conocimientos, los expuse en mis declaraciones formuladas durante la vista de mi causa, y no tengo nada más que agregar en este momento.

»Después de estos acontecimientos, y por los hechos que han salido a luz durante el juicio, he comprendido que tenía toda la razón. No cabe la menor duda de que el doctor Cossard le vendió la cruz a la señora baronesa, pero con la intención de robársela de su casa otra vez, con la ayuda de Bretelles, pues es de todos sabido que se halla agobiado de deudas y necesita dinero con toda urgencia. Indiscutiblemente, comprendió que sería imposible disponer de los diamantes de la cruz durante mucho tiempo sin correr riesgos; por lo cual inventó el robo.

»De cuanto antecede saco la conclusión de que él asesinó a Bretelles, aunque no sea de mi incumbencia el demostrarlo.

»Declaro que cuanto he escrito aquí es la pura verdad, hasta donde tengo conocimiento de la misma.

»CLAUDIO LAMOUSSET.

»3 de julio de 1864».

—Desde luego —dijo Lamousset— será necesario conseguir un testigo que reconozca mi firma. Además, no pienso hacer uso alguno de esta declaración, a menos que sea completamente imprescindible, aunque la confiaré a la custodia de un abogado. Será cuestión de elegir entre dos caminos del señor duque. En caso necesario, habrá que renunciar a uno para seguir el otro; pero confío en que no será preciso llegar a ese extremo. Como puede ver, soy completamente franco.

Cossard se echó a reír, y dijo con insolencia:

—Abra otra botella, y deje de hacer ruido. ¡Cómo! ¿Está usted sentado en la silla de Spot? —Y diciendo esto tendió las manos rápidamente—. Claro que sí. ¡Levántese de ahí inmediatamente, pedazo de idiota!

Lamousset se levantó de la silla en que se había sentado después de abrir la tercera botella de Léoville.

—Le pido mil disculpas —dijo—. No sabía que esta silla fuese privilegiada. ¿Así que ésta era la silla de su fox-terrier?

Hablaba en pasado, pues el pobre Spot había muerto un par de meses antes, bajo las ruedas de un ómnibus, cuando iba siguiendo el vehículo ligero de su amo por

entre la compacta circulación de los Campos Elíseos. A la sazón se encontraba dentro de una campana de cristal, frente a las ventanas del consultorio, mirando a su dueño con unos ojos que a Lamouset le costó trabajo creer que fuesen artificiales. Supo después que el perro acostumbraba ocupar una silla junto al escritorio del consultorio. Por el momento comprendió únicamente que la rudeza de Cossard por haberse permitido él sentarse en dicha silla encerraba cierto disgusto, y se trasladó a otro asiento, no tan cerca de aquellas manos que se extendían con tanta presteza.

—Bueno, doctor —dijo—, éstos son mis argumentos, y reconocerá que convencerían incluso al jurado que lo ha absuelto hoy.

Cossard nada contestó. Guardó el más completo silencio tras sus vendajes; era todo un enigma. No obstante, gradualmente, Lamouset, que no dijo nada más, porque nada tenía que decir, supuso que su compañero se proponía emborracharlo. Se negó a destapar la cuarta botella, pero Cossard logró abrirla para él; luego descorchó otra más, después de lo cual se quedó profundamente dormido, o fingió estarlo. Ya eran más de las ocho, y Lamouset comprendió que ya no llegaría a la calle del Louvre aquella noche.

Se oyeron abajo unos pasos que se aproximaron con indecisión al consultorio. Lamouset se dirigió a la puerta y vio al cochero, que iba a preguntar si tenían alguna orden que darle. Temiendo despertar a Cossard, Lamouset escribió una nota para Daumier, la cual, mediante el aliciente de cinco francos, se comprometió el cochero a entregar en el acto. Salió luego de dejar encima del escritorio de su amo un pequeño fajo de facturas de comestibles, calzado, composturas y honorarios del veterinario, algunas de las cuales, según observó Lamouset, databan de un año atrás. Al cabo de una hora, aproximadamente, volvió el hombre, llevando una bolsa con algunas provisiones. Antes de despedirse, le comunicó a Lamouset que él vivía encima de la caballeriza, y que podía llamarlo con una campanilla desde las dependencias del mayordomo.

Fue extinguiéndose la última claridad del día. Al parecer, habían cerrado la llave del contador del gas, pues Lamouset no consiguió encender ninguno de los mecheros de la habitación. No encontró tampoco ninguna vela; pero, afortunadamente, tenía una reserva de cigarrillos, que le sirvieron para hacerle olvidar que estaba sin probar bocado desde la frugal comida del mediodía.

Los faroles de gas de la calle estaban encendidos, y uno de ellos, situado exactamente delante de la casa, iluminaba tenuemente la amplia habitación de techo elevado. Cossard estaba ya roncando, y de pronto se le crisparon las manos.

La oscuridad fue invadiendo el recinto. Las horas pasaban lentamente, hasta que, después de medianoche, el susurro de la circulación de la calle Saint Honoré, a unos cien metros de distancia, empezó a declinar. Lamouset creía que para entonces su Silvia, pues seguía creyéndola suya, estaría ya profundamente dormida.

Oyó dar todas las horas a las campanas de Saint Denis, oyó el traqueteo de todas las ruedas trasnochadoras que pasaban por el final de la calle, oyó el piar de los

primeros pájaros y el tintineo de los primeros repartidores de leche.

A eso de las seis se despertó Cossard, se levantó, se desperezó, y se detuvo en medio de esta operación, como si recordase algo, como si comprobase quizá que aquello no había sido un sueño.

—¿Es usted, Lamousset?

—Sí, doctor.

—Es usted el que busca una cruz de diamantes, ¿verdad?

—Sí.

Los resplandecientes dientes blancos de Cossard aparecieron en medio de una sonrisa irónica.

—Empiece a buscar, pues. Nadie se lo impide. Mientras tanto, aféiteme y prepáreme el chocolate. En mi tocador tengo un calentador de alcohol.

Lamousset se quedó pensando por espacio de tres minutos, y luego se puso de pie.

—Sí, señor —dijo—. ¿Y el baño? ¿Lo quiere frío?

CAPÍTULO XIII

PROPÓSITOS CONTRAPUESTOS

1

En este instante el drama abandona temporalmente al señor Lamousset.

Es cierto que, aun en estos días en que se rinde tan pomposamente tributo al éxito, algunos ojos pasados de moda encontrarán quizás una especie de humilde grandeza en una vida plena de pesares estoicamente soportados y de dificultades implacablemente vencidas. Tal fue, durante un largo período, la vida del señor Lamousset. Sus dificultades eran insignificantes, a veces despreciables y a veces ridículas, pero siempre carentes de todo interés dramático, y se repetían hasta el infinito. Aun para los ojos más anticuados y más afines resultan desesperadamente monótonas.

El hecho prosaico es que se convirtió en criado, o más bien criado-secretario, del doctor Cossard. No estaba nunca muy atareado, es cierto; no recibía jamás un céntimo como salario de su nuevo amo, e impuso ciertas condiciones importantes para cumplir con sus deberes. Con todo, la verdad es que acabó en sirviente del doctor Cossard, un puesto similar al que había desempeñado en casa del duque de Lorán.

¿Quién se interesaría por hojear un pesado relato? Uno no tiene paciencia para atacar página tras página de su diario —de letra ilegible y tinta un tanto descolorida— para descubrir cómo, tras minuciosas transacciones, luchando palmo a palmo, consiguió mantener su dominio sobre el doctor Cossard y sobre sus propios designios. En un momento de soledad, en algún lugar apartado bajo alguna luz solitaria, en que las cosas de hoy resultan tan confusas que parecen de ayer, quizá se le pueda echar un vistazo a los ojos triangulares de mirada inmutable del señor

Lamousset y se comprenda su paciencia de hace sesenta años.

Se echó sobre sus hombros una tarea inmensa. Estaba completamente seguro de que Cossard conocía el paradero de la cruz de diamantes, y que, de un momento a otro, trataría de tomar posesión de la misma. Y la misión que se había propuesto consistía en vigilar todos los movimientos de Cossard, hasta que llegara ese momento. Las dificultades eran innumerables, y no tardaron en salirle al encuentro.

«Me negué a calentarle el agua para afeitarse, a menos que permaneciese él conmigo en su aposento, mientras efectuaba aquella operación. Después de media hora acabó por ceder».

Y luego:

«Me mandó llenar el baño. Como la llave más próxima estaba en el rellano más alto, me negué si no me acompañaba al rellano; y era necesario hacer tres viajes para llenarlo. Al cabo de unos minutos cedió».

Seguía:

«Para hacerle el desayuno tenía que bajar a buscar el chocolate y la vajilla, y enviar al cochero a comprar leche y panecillos. Durante un cuarto de hora el doctor Cossard no consintió en bajar conmigo. Estaba sumamente enojado, pero, como tenía hambre, acabó por consentir».

Ésas fueron las primeras dificultades de su nuevo servicio, aquélla su primera mañana en la casa de la calle Cornièvres... los primeros pequeños triunfos de un millón. Uno termina por cansarse de la terquedad, razonable o irrazonable, de los intentos por eludir o desafiar ese espionaje abierto, y del estribillo de Lamousset: «Al cabo de una hora... o al día siguiente... o la semana siguiente... terminó por ceder».

Lamousset, según reconoció él mismo, cometió un error al tratar de ser franco con respecto a lo que sabía, lo que sospechaba y los fines que perseguía.

«Me equivoqué sobre el carácter del doctor Cossard —escribiría retrospectivamente dos años después—. Lo tomé por un normando íntegro, con la astucia propia de estos campesinos; pero su padre, aunque se casó con una normanda y se fue a vivir al Norte, era del Sur, de Lyon. Me percaté de que era tan astuto como lo había imaginado; pero mucho más inteligente, de espíritu irónico y a veces muy ingenioso, y carente de esa pesadez del hombre de ciencia para quien no existe más que una cosa, aparte de él».

Sigue diciendo que creía a Cossard lo bastante inteligente para tratar de vender algunos diamantes inútiles, con el fin de salvarse; pero el doctor Cossard demostró poseer mucha más imaginación de la que esperaba Lamousset de un «normando íntegro».

De todas formas, lo cierto es que, por su parte, era bastante inteligente como para apreciar con exactitud el valor de Lamousset y sus declaraciones. Al parecer, le proporcionaron cierta distracción en una época de su vida en que su fortuna estaba en decadencia y pasó por muchas circunstancias desagradables. Los dos hombres, dada su estatura y a causa de las vendas de Cossard, consiguieron un compartimiento para

ellos solos y sostuvieron prolongadas conversaciones con respecto a la actitud de Lamoussset frente al asunto durante el viaje por ferrocarril hasta Berlín (pues salieron juntos para Berlín, el 6 de julio, y permanecieron allí, juntos también, hasta fines de noviembre).

—Supóngase que confieso llevar esa cruz aquí, en el bolsillo del chaleco —dijo Cossard—. Bueno, ¿qué haría usted? ¿Qué podría hacer? Usted es el fiel criado de los cuentos de hadas. Cumpliría su deber para con su amo muerto, con el fin de tener el privilegio de cepillarle la ropa y limpiarle las botas en el cielo, por los siglos de los siglos. Magnífico... Pero ¿cuál es su deber en este caso? Si consigue que me detengan, se sabrá todo; pues tendrá que contar todo lo referente a esta cruz, sobre la cual su querido dueño le ordenó guardar el mayor secreto. Puede haber algún escándalo desagradable detrás de esto. ¿Y si la hubiera robado el viejo mendigo? Pero, si no me hace detener, sigo conservando la cruz en el bolsillo de mi chaleco, y usted se queda sin cumplir con su deber; porque su deber consiste en comprobar que esté encerrada en el cráneo de su querido dueño. ¿Ha oído hablar del asno y las dos zanahorias?

Lamoussset analizó el asunto imparcialmente.

—Hay que optar siempre por el inconveniente menor —contestó—. La perfección no siempre es posible. Si me permite ver la cruz en el bolsillo de su chaleco, entonces podré responderle, quizá sin dificultad alguna.

Cossard se echó a reír, y preguntó:

—¿Cuánto le pagaba su amo cuando vivía?

—Setecientos cincuenta francos por mes, señor.

—Bueno, esperemos que siga pagándole él después de muerto; pues yo no le voy a pagar, como no sea con esperanza..., bien lo sabe usted.

—Permítame que le diga que estaré en mejores condiciones que los demás acreedores; quienes, según he oído, no tienen siquiera esperanzas.

Cossard se rió entre dientes, completamente satisfecho de oír aquello.

—Dios mío —dijo—. Tenía pensado retorcerle el cuello antes de llegar a Frankfort, pero esperaré hasta que lleguemos a Berlín. Siga esperando, fiel criado..., hasta entonces. Deme un emparedado y coñac con agua.

Sostuvieron muchas conversaciones por el estilo. Lo curioso del caso es que, a pesar del carácter siniestro del interés que los mantenía juntos, los dos hombres encontraron, al parecer, desde el comienzo cierta afinidad. Indiscutiblemente, en el término de cuarenta y ocho horas, un hombre ciego debió haber descubierto ciertas ventajas en disponer, gratis, de un criado de primera categoría.

En la primera mañana transcurrida en la calle Cornièvres, y mientras le ofrecía la mejilla a la navaja de afeitar, Cossard dijo:

—Recuerde, Lamoussset, que si me corta el cuello no encontrará jamás la cruz.

—Es posible —contestó Lamoussset con una sonrisa—. Pero en ese caso es más fácil olvidar.

Fue, quizás, el punto en que estuvieron más acordes.

Pero el tono de este dúo no era siempre tragicómico. El carácter del doctor Cossard había sido siempre del dominio público; sus experiencias del último mes y el pensamiento, que sólo le abandonaba breves instantes, de que su ceguera era incurable, lo trastornaban de tal manera que pasaba, en un abrir y cerrar de ojos, de la risa a la cólera más feroz.

En el restaurante de la esquina de la calle, adonde lo llevó a almorzar Lamousset la primera mañana, a eso de las diez, tuvo lugar una escena sumamente desagradable. En el instante en que entraron los dos personajes de elevada estatura, todos los ojos se volvieron hacia ellos. Sin duda alguna, Lamousset había previsto que su íntima asociación con el doctor Cossard daría lugar a una falsa interpretación. Con todo, a pesar de su carácter reposado y tranquilo, las miradas, las sonrisas y los cuchicheos le resultaron molestos. Sin embargo, se sentó a una mesa, junto a Cossard, y se puso a comer con todo afán, pues tenía mucho apetito, hasta que uno de los clientes del establecimiento, un joven llamado Laurent, empleado de un ministerio, tuvo la mala fortuna de hacer llegar a los oídos del doctor Cossard una frase ocurrente dirigida a su compañero, mientras se dirigían a la puerta.

—El dos de diamantes^[10].

Cossard dio un brinco, empuñó el bastón y logró apoderarse del ingenioso, a quien le propinó unos cuantos golpes antes de que Lamousset y el gerente con los camareros consiguiesen separarlos. Como consecuencia de esto tuvieron que abandonar el establecimiento en el acto, y Lamousset no sólo perdió su comida, sino que hubo de pagar también la del doctor Cossard, pues éste se negó a hacerlo.

Anduvieron un trecho por la calle Saint Honoré, seguidos por un pequeño grupo de curiosos, a cuyos oídos había llegado ya el sobrenombre: «El dos de diamantes». Por fin, subieron a un coche de alquiler y terminaron la comida interrumpida en un pequeño restaurante de la avenida Clichy, que afortunadamente se encontraba medio vacío.

Todo aquel día llovieron por la calle Cornièvres las facturas y los comerciantes impacientes. Las revelaciones del juicio con respecto a la delicada situación económica del doctor Cossard extendieron la alarma entre los carniceros, panaderos y tenderos. Llegaban en grupos, algunos corteses todavía, pero la mayor parte amenazantes. Al comienzo, después de las discusiones habituales, Cossard y Lamousset atendían a los visitantes en la sala, pero esta rutina acabó por cansarles, y encargaron al cochero que recibiese las facturas y dijese que el doctor Cossard se había ausentado de París.

No obstante, poco después del mediodía, Cossard, que volvió a tomar posesión de su casa, y se movía de un lado para otro, abriendo cajones, examinando su guardarropa y usando un lenguaje que Lamousset juzgó violento, decidió enviar al

cochero a la calle de Rívoli para que entregase en las oficinas de Eauville y Cía. una nota para Wély, en la que solicitaba una entrevista para aquella tarde. Lamoussset aprovechó la salida del mandadero para enviarle una nota a Daumier, rogándole que se presentase sin pérdida de tiempo en la calle Cornièvres.

Daumier se levantó de la mesa y se dirigió apresuradamente a ver a su amigo Lamoussset. En el momento de su llegada, Lamoussset iba con el doctor Cossard a buscar la ropa interior de éste. Daumier tuvo que esperar más de media hora, hasta que terminó la discusión en las habitaciones del piso superior y Cossard consintió en bajar para recibirlo.

«En presencia del doctor Cossard —dice Lamoussset en su diario—, y mientras trataba con blasfemias y perjuros de ponernos en la puerta al señor Daumier y a mí, le entregué al señor Daumier mi declaración en un sobre lacrado, y le di instrucciones con respecto al curso que debía seguir, si llegara a sucederme algo. Le entregué también una carta para mi querida Silvia, en la cual le pedía perdón y le recordaba mi cariño. Recibí del señor Daumier dos mil francos, por cuyo importe le extendí recibo, pues tenía el talonario de cheques en la calle Héctor Gabot. Asimismo, ordené algunos pequeños asuntos que debían solucionarse, en caso de tener que ausentarme de París sin poder ocuparme de ellos».

Parte de esta conversación tuvo lugar durante un recorrido por las dependencias de la casa, pues Cossard se apartó de la puerta del vestíbulo y subió escaleras arriba. Como Lamoussset lo siguió, Daumier siguió a Lamoussset. Daumier se alarmó al oír la frase «si llegara a sucederme algo». Terminó recomendándole a su amigo que pensara, además de su propia seguridad, en los sentimientos de la señorita Damarzet.

Antes de que el doctor Cossard saliese a visitar a Wély aquella tarde, se produjo otra larga discusión. Las sospechas de Lamoussset se concentraron en Wély, cuya reputación y larga experiencia en toda clase de negocios oscuros de los cuales pudiese extraerse dinero lo convertían en socio apropiado del robo de un respetable número de valiosísimos diamantes. Había sido el primero en correr a felicitar al doctor Cossard, cuando lo absolvieron y, al parecer, era con él con quien tenía que tratar primero. Por todo ello, Lamoussset insistió en estar presente al celebrarse la entrevista. Al cabo de una prolongada discusión, Cossard cedió. No obstante, una vez en las oficinas de Eauville y Cía., trató de librarse de su compañero y la situación volvió a hacerse delicada nuevamente, tan delicada que Lamoussset llegó a verse entre los puños de dos empleados hercúleos que con libreas del siglo XVIII color escarlata y sombrero de tres picos con escarapelas tricolores estaban apostados delante de las puertas de las oficinas. Wély, que era persona muy astuta, se hizo perfecto cargo de la situación y decidió que Lamoussset sabía lo que llevaba entre manos. Personalmente no quería que detuviesen al doctor Cossard por el asesinato de Esteban Bretelles en las oficinas de Eauville y Cía. Por consiguiente, permitieron a Lamoussset tomar asiento en el elegante aposento del director y enterarse de toda la conversación, durante la cual el doctor Cossard se limitó a solicitar un préstamo de mil luises.

Wély, quien manifestó encontrarse agobiado de trabajo y parecía deseoso de librarse cuanto antes de su visitante, decidió otorgarle el préstamo con una presteza que intensificó las sospechas de Lamousset. Era uno de esos judíos de baja estatura y pelo castaño, de cutis grasiento, que sabía lo que uno iba a decidir antes de que abriera los labios, y cuya empalagosa sonrisa se iluminaba con regocijo y astucia infantiles. Lamousset detestaba la raza y, no sin razón, la creía capaz de todo. No sabía entonces que aquel ser monstruoso, grasiento y balbuceante, de aspecto repulsivo, podía ser capaz de una gratitud leal y profunda. Dos años antes el doctor Cossard le extrajo de la garganta un tumor canceroso que ningún cirujano de Francia y Alemania se habría atrevido a tocar. Armando Wély no había olvidado las largas y desesperadas noches luchando por respirar, y no las olvidó hasta que, con el tiempo, la garganta acabó por matarlo.

Desde luego era hombre para quien la honradez y la moralidad del común de los seres humanos civilizados carecían en absoluto de valor. Según salió a relucir, obraba en su poder cierta información con respecto al doctor Cossard, la cual debió hacerle comprender a un hombre de su astucia que corría gran riesgo al ocultarla, y eliminó dicha información. Y esa generosidad, teniendo en cuenta que el dinero con que operaba en aquel momento era de otros, le resultó relativamente barata. No obstante, no sólo le proporcionó a Cossard fondos para sus gastos inmediatos, sino que pagó luego a sus más apremiantes acreedores e hizo serias promesas a los menos ansiosos. El doctor Cossard sostenía siempre que fue él quien ideó el sistema de Eauville, y quizá fuese cierto, pues el sistema y sus especulaciones derivadas llevaban a las oficinas de la calle Rívoli un caudal de oro, y distraer nueve mil o diez mil lises para esto o aquello carecía de importancia para un director tan hábil en preparar los balances.

3

Lamousset no se distinguía escribiendo cartas. Siempre que tenía algo concreto que manifestar con claridad era capaz de trasladarlo al papel a satisfacción; pero la emoción estaba fuera de sus alcances. Las cartas que le dirigía a su Silvia la desilusionaban siempre a causa de un extraño formalismo incoloro, y resultaba extraño, porque en persona, aunque no tenía nada de literario, era divertido, natural y gracioso. Pero con una pluma en la mano, y sin otro material que su afecto para escribir una carta, acababa exasperándose, por lo menos en un momento como aquél.

A la señorita Damarzet no le permitió su padre ir a visitar a Lamousset mientras estuvo detenido, aun cuando esto habría sido fácil de conseguir. No es difícil imaginársela, durante aquel mes de junio, dominada constantemente por la duda y el temor, esperando con ansiedad una decisión que acabase con una incertidumbre mortificante. Había llegado la hora; su Claudio, si bien no salió completamente libre de mancha, por lo menos estaba en libertad. ¿Cuál sería su primer pensamiento y su primera acción, si la amaba? Correr hacia ella, sin pérdida de tiempo, borrar el pasado con una nueva promesa de adoración y quedar más estrechamente unidos a causa del sufrimiento. La joven Silvia no era mucho más sentimental que el común de las muchachas de su posición; no obstante, en el fondo era una personita muy práctica, con tanto sentido común en la cabeza como citas de sus poetas favoritos en el corazón, y esperaba algo dramático de su Claudio en un momento dramático como aquél; algo que apagase en sus oídos las insinuaciones de su padre con respecto a las pérdidas de los negocios y las continuas sugerencias, hechas por Chester Yorke, de un futuro sin el menor vestigio de Lamousset.

Se fue llorando a dormir la noche en que Lamousset dejó de hacer acto de presencia en la calle del Louvre. Al día siguiente recibió una carta. ¡Dios mío, qué carta! Frases altisonantes de una novela barata o de un memorialista de pacotilla, con unas cuantas palabras extensas, y no siempre correctamente escritas, acudían a la mente de Lamousset; palabras indefinidas, como para defraudar las más vehementes esperanzas de un amor puro y confiado, lleno de fe. Tres páginas del papel de cartas polvoriento del doctor Cossard llenó Lamousset con expresiones pesadas, y en ellas se refería media docena de veces a «razones importantes» que le impidieron acudir a la calle del Louvre la noche anterior, y podían impedirselo durante algún tiempo más. La dirección que daba en el encabezamiento de la carta acabó de consternar a la pobre Silvia: «Al cuidado del doctor Cossard».

Daumier, al entregarle la carta, no pudo darle explicación alguna, ni consuelo de ninguna especie; no le ocultó que se encontraba sumamente intranquilo, y consintió en llevarle a Lamousset una nota apasionada, cargada de indignación y reproches, que la señorita Damarzet escribió apresuradamente en su presencia, pero luego la desgarró al pensar que Lamousset no se merecía siquiera su indignación.

Por tanto, Lamousset se fue a Berlín con el doctor Cossard sin verla, y desde allí

le escribió otras cartas muy poco satisfactorias. En septiembre Silvia tomó una resolución: aceptó a Chester Yorke, se casó el 11 de octubre y se embarcó con él en Liverpool, el 19 del mismo mes, con destino a Nueva York. El señor Damarzet, que empezó a reorganizar sus negocios con la ayuda de un socio joven y emprendedor, se mantuvo un tanto solitario durante varias semanas, y las reuniones de los martes por la noche dejaron de ser lo que habían sido. No obstante, se consoló con la idea de que el ridículo Lamousset no aparecería para echarlo todo a perder con sus ropas de etiqueta.

¡Con qué brevedad se escribe una tragedia! En el diario de Lamousset estaba escrita con mayor brevedad aún. La anotación original correspondiente al día fatal decía: «11 de octubre. Llueve sin cesar. El doctor C. no ha salido». Más adelante, pero con otra tinta, se leían las palabras: «Se ha casado con el yanqui».

CAPÍTULO XIV

EL DOS DE DIAMANTES

1

El gran Osterberg tuvo en observación a su paciente por espacio de cuatro meses, y luego le dijo que no podía hacer nada por él. Había ciertas probabilidades de que la naturaleza y el tiempo restituyesen en cierto grado las facultades de su ojo izquierdo, pero lo más verosímil era que se quedase total o parcialmente ciego, y la única esperanza que le quedaba consistía en disfrutar de una calma absoluta durante un período indefinido. El doctor Osterberg era lo bastante noble como para negarse a aceptar honorarios de un colega, y ante un dictamen tan poco alentador.

El doctor Cossard regresó a París a fines de noviembre, y para aquella época ya habían sido vendidos sus caballos. Inmediatamente se desembarazó de la casona de la calle Cornièvres y se trasladó a un piso alto de una de las casas nuevas del bulevar Haussmann, y éste fue su cuartel general durante los dos años siguientes.

En la subasta que se llevó a cabo con todos los enseres de la casa de la calle Cornièvres, quedaron los muebles más valiosos. Algunos de éstos sirvieron para instalar el nuevo alojamiento, pero la mayor parte fue a parar a un guardamuebles, pues el doctor Cossard se negaba obstinadamente a perder la esperanza de volver a la práctica de su profesión.

Huelga decir que Lamousset, que ejercía una estrecha vigilancia en todo momento, se mostró sumamente interesado por el destino de los enseres de su amo. Metódicamente, pieza por pieza, exploraba cada artículo que se trasladaba desde la calle Cornièvres al bulevar Haussmann. Si no encontró lo que buscaba, por lo menos se convenció de que no estaba al alcance inmediato de Cossard, y se resignó pacientemente. Un desliz, un movimiento indiscreto le recompensaría algún día su

sacrificio.

Sentía un fastidio inmenso, pues ha de recordarse que regresó a París para enterarse de que había perdido para siempre a su Silvia. Se consignará también que, a pesar de cuánto la adoraba, se habían producido ciertos pasajes amorosos en su vida, antes de conocerla; pero no hubo mujer alguna después de ella y no llegaba a comprender que el haberla perdido fuese por culpa suya. Juzgaba que, si ella lo quería, debió de haber confiado en él lo suficiente como para saber que las «razones importantes» lo eran así, efectivamente. Creía que las cosas de hombres eran cosas de hombres, y las cosas de mujeres, de mujeres; y que unos y otros debían de confiar mutuamente al interesarse en los asuntos del otro sexo. Creía que Silvia había sido irrazonable, impaciente y un tanto desleal. Y se mostraba tanto más contrariado al pensar esto de ella cuanto que juzgaba que le asistía toda la razón.

Le contrariaba también su trabajo pero, antes que permitir la intromisión de otro sirviente personal, prefería cuidar él mismo de la ceguera del doctor Cossard, hasta en sus menores detalles, y Cossard tenía días en que su temperamento brutal e irascible le hacía la vida imposible. Sin embargo, era otro el fastidio que se iba apoderando de él. Durante aquel primer invierno, después de su regreso de Berlín, Cossard se propuso disipar el ocio de su vida de ojos vendados escribiendo un libro sobre enfermedades de la nariz, el oído y la garganta. Se pasaba de cuatro a seis horas diarias dictándole al pobre Lamousset, quien descubrió que su aparentemente sencilla anatomía contenía más palabras, cuya exacta ortografía le era desconocida, que el conjunto de los seis idiomas que dominaba. Cossard lo llamaba necio cuando se le trababa la pluma o la lengua.

—Vuelva a leer el último párrafo, pedazo de estúpido, y deje de balbucear y toser —solía decirle, pues, cuando Lamousset llegaba a «esófago», «otitis»; «faríngeo» o a algún otro *despropósito*, acostumbraba prepararse para deglutirlo tosiendo suavemente. En cuanto a balbucear, balbuceó algo, inevitablemente, hasta el fin de su vida.

Ese dictado de términos enrevesados reportaba cierta ventaja, pues tenía que hacerse con una luz que le permitiese escribir. No obstante, todos los días, por un tiempo más o menos prolongado, Cossard se quitaba el vendaje y se sentaba en una habitación oscura, con los ojos protegidos únicamente por unos anteojos oscuros. Por supuesto, las persianas bajas o los postigos cerrados no lo afectaban en absoluto; a pesar de lo cual declaraba que con el ojo izquierdo, a través del cristal de color, veía a Lamousset. Pero una hora de aquel ejercicio sombrío aburría sobremanera a Lamousset, y solía durar dos horas.

Aunque no podía ver los ojos curiosos que se cruzaban con los suyos cuando salía a dar su paseo cotidiano, al doctor Cossard lo irritaban. El hecho de que iba invariablemente con el compañero que compareció con él en el banquillo no dejaba de llamar la atención. El sobrenombre «El dos de diamantes» llegó a hacerse común, y les resultaba imposible a los dos inseparables dejar de oírlo de labios de algún

golfillo o mandadero irrespetuoso, o de alguna prostituta provocadora. Para rehuir un tanto esta fama, Cossard tuvo la idea de levantarse a las seis de la mañana y salir a dar su paseo antes de que el mundo se pusiese en movimiento. Si el doctor Cossard quería bañarse, afeitarse y tomar el chocolate a las seis, Lamoussset tenía que levantarse a las cinco, y esto le resultaba sumamente desagradable en invierno, con varios grados bajo cero; además un paseo silencioso por el Bosque de Bolonia, oculto por la niebla, no lo consolaba en absoluto. Afortunadamente, el doctor Cossard se cansó pronto de aquellas excursiones matinales y decidió desafiar la curiosidad. Al llegar la primavera, alquiló un caballo, y desde luego no alquiló otro para Lamoussset, aun cuando no podía cabalgar solo. Tomándolo con filosofía, Lamoussset alquiló otro caballo para él, previendo ya que para resistir aquella prueba necesitaba de toda su fortaleza. No era nada agradable, por ejemplo, encontrarse por el Bosque de Bolonia con el conde Eduardo o el conde Luis de Preynes, el marqués de Chaillac o el señor duque de Lorán, y en vez de recibir una sonrisa o una leve inclinación de cabeza amistosa, verlos pasar de largo, sin hacerle el menor caso. No resultaba agradable ver que su amigo Hennequin, cochero de la marquesa de Chaillac, optaba, cuando se cruzaba con él, por mirarle las orejas al caballo. Y el doctor Cossard, habiendo decidido desafiar al mundo, insistía en elegir para dar su paseo la hora en que su reto fuese más notable.

Pero, desde luego, con el tiempo fue desvaneciéndose la novedad, y la gente se acostumbró tanto al «Dos de diamantes» que ya no los miraban siquiera. Lamoussset estaba quizá un poco menos molesto que al principio, pero seguía sintiéndose incómodo.

No era divertido sentarse y contemplar a un hombre bebiendo coñac con el deliberado propósito de emborracharse, sin pronunciar palabra alguna, ni hacer el menor movimiento, excepto levantar el vaso y volver a llenarlo. O verlo tumbado horas y horas, roncando, con los vendajes puestos y las manos crispadas. Aquellas orgías solitarias comenzaron inmediatamente después del ultimátum de Osterberg y del regreso a París, y tenían lugar, con cierta regularidad, dos o tres veces al mes. Es verdad que le proporcionaban a Lamoussset excelente oportunidad para visitar todo probable escondrijo de la casa en que hubiese podido ocultarse el grial que buscaba. Pero tales investigaciones terminaban en seguida, y llegaba a la conclusión de que Cossard había escondido la cruz de diamantes en algún lugar donde no hubiese la menor probabilidad de ser descubierta mientras permaneciera detenido.

Lamoussset se pasó largas horas rumiando sobre el tema, que, como manifestó el doctor Cossard, se había convertido en la obsesión de su vida. En aquella época aceptó la idea de que Cossard había depositado la cruz en el cofre de su banco, pero siempre quedaba la posibilidad de que hubiese otros cómplices, aparte de Bretelles. A veces, en momentos de cansancio extremo, Lamoussset pensaba que quizás hubiesen hecho pedazos la cruz, y los diamantes estuviesen distribuidos por los mercados de joyas robadas de otras partes: Budapest, Buenos Aires, Amsterdam, San Francisco.

Otras veces, a medida que se familiarizaba con la ironía cruel del temperamento de Cossard, reconocía que posiblemente estuviese haciendo el tonto de la manera más estúpida al prestar sin sueldo unos servicios retribuidos con setecientos cincuenta francos mensuales. Pero Lamousset ahuyentaba esas dudas enérgicamente, pues el doctor Cossard ya había cedido demasiado.

En una sociedad afín, era una persona sociable, y sufría sobremanera en el aislamiento. Desde luego, era tan imposible que visitase a sus amigos, como que sus amigos lo visitasen a él: una ausencia de una hora, quizá la distracción de un cuarto de hora, podían desbaratar toda esperanza de éxito final. Daumier sostenía con él una correspondencia relacionada exclusivamente con los asuntos de negocios de que se ocupaba por cuenta de Lamousset, pero no se veían sino muy de tarde en tarde, y en una forma fugaz. Por otra parte, no cabe duda de que muchos de los antiguos amigos de Lamousset se mostraban cautelosos con él en aquella época, debido a su curiosa asociación ininterrumpida con el doctor Cossard. Aunque esta asociación no fuese criminal, observaban con justicia, no dejaba de ser completamente disparatada.

De esta manera, exceptuando la compañía del doctor Cossard, se encontraba completamente solo. Durante aquel primer año los amigos de Cossard huían también de él, y no abundaban las visitas al quinto piso de la casa del bulevar Haussmann; además, cuando el doctor iba a hacer alguna visita, se trataba casi siempre de alguien que no estaba en casa.

Las labores enrevesadas de Lamousset avanzaban muy irregularmente: a veces quedaban suspendidas por espacio de varias semanas, y se reanudaban luego con actividad intensísima. Un día, en un arrebato de cólera al fallar su calígrafo en dibujar y rotular, siguiendo sus instrucciones, un diagrama de la parte inferior del oído, Cossard le arrancó el manuscrito de las manos y rompió unas treinta páginas. Tomó un criado, con quien Lamousset sostuvo una guerra sin cuartel por espacio de una semana; pero el hombre, al ver que pretendían nada menos que dibujase diagramas anatómicos, se despidió y se fue, robando unos gemelos de camisa que la señorita Damarzet le había regalado a Lamousset el año anterior, para su cumpleaños. Eran lo único que poseía de ella, y su pérdida le causó una pena inmensa.

Wély iba a veces al bulevar Haussmann, pues en aquella época vivía a menos de cien metros de allí. Estaba cubierto hasta los ojos por el torrente de oro (lo recogía a paladas y lo echaba en aquellos magníficos depósitos sin fondo): Eauville y Cía., la Compañía Petrolífera Franco-Siberiana, el Crédito Agrícola, la Mercantil Internacional del Aceite de Palma del Pacífico y unas doce empresas más, no menos tentadoras.

Como hemos dicho, Eauville y Cía. entró en acción triunfalmente en junio, y el capital fue suscrito con creces. En una noche, la fiebre de la especulación se extendió por los cuatro confines de Francia: fue una de esas olas de locura especulativa que marcan el término de un período de prosperidad y lujo anormales. El país estaba inundado por prospectos de mil Atlántidas. Todos los pillos fracasados de Europa se dirigieron apresuradamente a París, alquilaban un desván y fundaron una compañía para extraer diamantes de las montañas del Tíbet o carbón del Polo Norte. Todos los incautos codiciosos se dieron prisa en enviar su dinero o el de algún otro para ayudar a patrocinar tan halagüeños propósitos. Las pequeñas rentistas que vivían mezquinamente en pensiones miserables soñaban con picos que llegaban al cielo, desde cuyas resquebrajadas laderas brotaban cascadas de rojos rubíes en torrentes interminables. Pequeños negociantes, ya retirados, que no habían visto nunca otra agua que la del Sena, abandonaban sus partidas de dominó jugadas en las terrazas de los cafés e, inclinados sobre sus atlas, discutían acerca de Nueva Zelanda y el estrecho de Bering, y el tonelaje mensual del puerto de Arcángel.

Nada era demasiado absurdo ni ningún proyecto demasiado increíble para un público que se había vuelto loco. Un presidiario, dos veces escapado, llamado Le Feret, creó una compañía para abrir un canal desde el Mediterráneo al cabo de Buena Esperanza. Reunió setecientos mil francos, y tuvo la buena idea de desaparecer.

Un determinado sector de la prensa sostuvo una lucha tardía contra tales aves de rapiña, pero, desgraciadamente, terminaba con demasiada frecuencia en beneficio particular de alguien, o suscitaba animosidades. Por ejemplo, llevaron a cabo un ataque a fondo contra Eauville y Cía. y su espíritu emprendedor, poco antes de la suscripción del capital. No obstante, resultó inútil advertirle al público que durante tres años sólo podrían pagar un dividendo del diecisiete por ciento con aquel plan de capitalización. El público no quería ni atendía por el momento al sentido común: querían por su dinero un diecisiete por ciento garantizado. Sabía que, íntimamente unidas con Eauville y Cía., estaban sus compañías afiliadas: la Compañía Petrolífera Franco-Siberiana, con un capital de treinta millones; el Crédito Agrícola, con treinta millones; la Mercantil Internacional del Aceite de Palma del Pacífico, con un capital de veinticinco millones, y todas las demás. ¿Quién podía desconfiar de unos nombres de semejante dignidad, o poner en duda la capacidad de aquellos millones para pagar un dividendo de un miserable diecisiete por ciento? Y eso sin mencionar las

suntuosas oficinas de la calle de Rívoli, los colosales apoderados de faz escarlata, los miles de empleados, cada uno de los cuales era un accionista, las salas de recibo, de cuyas paredes pendían convincentes acuarelas que representaban bellezas, riquezas y prosperidades jamás soñadas, en los más resplandecientes colores de la paleta, y como fondo un mar tan azul como el de la misma Costa Azul.

Sudando por sus poros grasientos, Wély se deslizaba de un lado para otro como un pato por un lago de oro que se dilata sin cesar.

—Tengo a Mariana en mi bolsillo —solía decir.

Años después le dijo a Cossard, en presencia de Lamousset que, como remuneración por los contratos solamente, la Eauville le había proporcionado una ganancia líquida de un millón de francos.

Eauville y Cía. pagó cuatro dividendos semestrales del diecisiete por ciento; pero al comienzo de 1867 las gaviotas y los vencejos seguían siendo dueños de la playa, y únicamente algunas pocas pizarras de noticias y algunos alambrados oxidados permanecían en melancólico abandono ante un mar que no había conocido nunca a un solo bañista.

Wély, quien se pasó el tiempo haciendo cuidadosos preparativos para emprender la retirada, partió para Nueva York con su botín personal, dejando tras él un caos de litigios, un plan de reconstrucción, que se disputaba una horda de timadores de menor jerarquía, buscando despojos para los dos próximos años, y miles de infelices accionistas arruinados o mutilados económicamente para toda la vida. Por ejemplo, el pobre Daumier sufrió un serio golpe, pues se dejó seducir seriamente por las tentaciones de Wély. Damarzet fue otro de los que se quedaron con una escritura sin valor y amargos remordimientos. Y el doctor Cossard, según descubrió entonces Lamousset, tenía invertidos en los médanos cuatrocientos cincuenta mil francos. Ya veremos qué se hizo de esta cantidad.

3

En el invierno de 1864 a 1865 vieron la luz las demandas contra la baronesa Von Gottermann, que desempolvaban todos los detalles de escándalo que ya empezaba a olvidarse. Algunos amigos de Cossard, entre los cuales se encontraba Wély, trataron de convencerlo para que no siguiera adelante con sus demandas contra una rival tan temible. Pero no lo disuadieron, y su esfuerzo se vio recompensado en parte. Tres jurados negaron su derecho a reclamar indemnización por el ultraje causado a su personalidad moral, y el cuarto le asignó una indemnización puramente nominal. Pero por la lesión causada a la vista, la baronesa le pagó un cuarto de millón de francos. El sentimiento popular estaba con ella, pues a la sazón estaba ocupada con un plan que prometía resultar una bendición nacional: la fundación de la celebrada, aunque de corta vida, Caja de Previsión Social. Esta vez Cossard tenía a su lado a Fresnoy y Espinasse, al gran Osterberg en el banco de los peritos, y ninguna acusación de asesinato pendiente sobre su cabeza. En la nueva oportunidad tuvo bastantes manos para estrechar en el momento de abandonar el Tribunal. Resuelto a borrar el pasado, arregló con todos sus acreedores, excepto con dos: Armando Wély y Lamousset.

Al finalizar el año 1865 sustituyó definitivamente los vendajes por irnos anteojos azules enormes. La vista del ojo izquierdo continuaba mejorando paulatinamente, y podía ya distinguir con él objetos colocados en su proximidad, aunque los veía deformados, a causa de la diplopía. Empezó a verse con frecuencia con Wély, y Lamousset estuvo presente en numerosas discusiones sobre un proyecto que Cossard presentó bruscamente.

Consistía en abrir una especie de club internacional —mucho más universal en cuanto a sus miembros que el Imperial, o Cercle de Minuit— que proporcionase las comodidades y juegos preferidos por los visitantes extranjeros que acudían por millares a París, y que no tardarían en congregarse por cientos de miles, con motivo de la Gran Exposición. El doctor Cossard sería el director ejecutivo, con una participación personal en las utilidades. Wély, por supuesto, debía proporcionar los fondos necesarios para llevar a cabo aquella nueva guerra.

Al parecer, Cossard había pensado muy detenidamente la proposición, pues presentó su plan bien maduro. Eligió un punto de la calle Royale, cerca de los rivales con quienes tenía que competir el nuevo establecimiento, e incluso tenía planeado el sitio destinado para salas de juego. El nombre era Cercle International des Etrangers, naturalmente, y su negocio consistía en una combinación de restaurante y casa de juego, en la mayor escala posible.

Wély, que por aquella época debía de estar preparándose para irse a Nueva York, se mostró inesperadamente moral en cuanto a la timba, y opuso ciertos reparos sobre las utilidades que se obtendrían sirviendo comidas a los extranjeros. No obstante, se ofreció para presentarles al doctor Cossard a algunos amigos, a quienes probablemente les interesarían sus ideas. Los amigos, todos ellos judíos, sumamente

astutos, sabían perfectamente lo que iba a decirles el doctor Cossard, antes de que éste lo explicara, y cifraron muchas esperanzas en el juego con los extranjeros.

En enero de 1866 fue adquirido el lugar de la calle Royale y, acto seguido, empezó la demolición de algunas casas viejas. En el invierno de aquel año estaba ya terminada la armazón del Cercle International, a pesar de los retrasos causados por las huelgas de los albañiles. En plena primavera de 1867 inauguró sus actividades con un baile espléndido, entre cuyos invitados se contaban un rey, cinco príncipes y un sultán. Tan sólo la decoración floral costó veinte mil francos.

El International, con sus comodidades modernas, su suntuosa tapicería, el deslumbrante resplandor de sus pinturas al fresco y sus dorados, y la completa ausencia de las restricciones propias de los antiguos clubes, gozó en seguida del favor de la clase de clientes para quienes estaba destinado: la gran población de paso atraída por la exposición. Sus locales se vieron invadidos inmediatamente; a toda prisa se derribaron otras dos casas viejas, y prolongaron el edificio sobre sus ruinas. A cualquier hora aparecían atestados de gente sus restaurantes, sus salones y su terraza, y durante toda la noche resplandecían sus luces eléctricas, la orquesta tocaba los instrumentos, sus imperturbables croupiers barrían los luises de los jugadores y su harén de delicadas bellezas mantenía activo el establecimiento.

En medio de una Babel de idiomas, procedentes de los más apartados rincones del globo, se movía de un lado para otro el director ejecutivo: un personaje que atraía siempre la atención en cualquier parte y a cualquier hora, y cuya apariencia llamaba más aún la atención a causa de sus enormes anteojos azules y la inseparable compañía de su secretario. No hablaba con nadie, si no se dirigían a él primero, aunque se mostraba siempre dispuesto a enviar a un carterista italiano al guardarropa, con la misma rígida cortesía con que le indicaba a un gran duque ruso en plan de francachela las condiciones de una habitación privada. En cualquiera de esos casos era el secretario quien traducía las preguntas al francés, pues el italiano del director ejecutivo era tan dudoso como su ruso. La respuesta la daba siempre en francés, porque el director ejecutivo tenía un elevado concepto de su dignidad. Si el efecto de los anteojos azules resultaba al comienzo un tanto desconcertante, no tardó en llegar a ser un rasgo típico del International, que tuvo la buena suerte de resultar la atracción principal de la exposición, y el doctor Cossard se convirtió una vez más en celebridad.

Tenía un piso elegante para su propio uso, un sueldo espléndido y un tanto por ciento de las utilidades. La sociedad le dio carta blanca; además, por ese magnetismo personal que hacía doblegarse ante su voluntad aun a hombres que lo aborrecían y desconfiaban de él, empezó a asociarse con sus protectores en otros negocios de mayor alcance. El derrumbe de Eauville y Cía., con la huida de Wély a los Estados Unidos, fue para él un golpe tremendo; y, al concluir el año 1867, el estado de su vista se hizo tan delicado que se vio obligado a retirarse de nuevo a las habitaciones oscuras. No obstante, opuso un valor invencible a todas estas contrariedades, y se despojó de su deliberada intemperancia con la misma rapidez con que la había adquirido. Fumador empedernido de grandes cigarros, antes de la desgracia que le afectaba la vista, abandonó por completo el tabaco, y pocas veces, o casi nunca, tocaba el vino; y el coñac, nunca.

Durante el primer año del funcionamiento del International no se ausentó jamás de sus deberes ni un solo día. En cuanto a las mujeres, este Don Juan se volvió tan

insensible a ellas como un monje. Lamousset dice que atemorizaba a las hermosas muchachas empleadas para exhibir sus encantos y seducir a los clientes: las tenía sometidas a un código de reglas más despóticas que las de una casa de *geishas*, y las trataba como si fuesen bestias. Puede uno imaginarse a aquel hombre alto, con la ropa ajustada como un guante, con cara de halcón y las sienes llenas de cicatrices, sus anteojos azules, su voz fría y su historia. Por eso no tiene nada de extraño que aterrorizase a criaturas de rostro pintado.

Y si el secretario, que se mantenía siempre en su puesto, no causaba temor, por lo menos resultaba imponente, dada su estatura de uno ochenta, dentro de un traje de corte elegante, con el perfil de un héroe de folletín y unos ojos que podían ver a través de un tabique; pues el secretario del director ejecutivo era Claudio Lamousset.

Y lo interesante del caso es que Lamousset debía este excelente nombramiento, su alojamiento y una remuneración equivalente a ochocientos francos mensuales, a la recomendación del doctor Cossard. Ya hemos dicho que en éste era una cualidad intrínseca su aptitud para director de espectáculos, y no cabe duda de que contaba astutamente con su situación para realzar su efecto personal. Contaba también, más sagazmente todavía, con la profunda e íntima experiencia de Lamousset en la dirección de un numeroso personal de servicio y las dificultades que ofrece el abastecimiento en gran escala. Quizá pensase también que el puesto de responsabilidad, con la inherente elevación en la vida social, acabaría por satisfacer las ambiciones de Lamousset.

A la sazón, las relaciones entre los dos hombres, si bien no llegaban a ser todavía afables, se desarrollaban en una atmósfera de tolerancia pasiva. Los modales de Cossard no habían sido nunca amistosos, pero entonces empezó a suponer que los de Lamousset sí lo eran. Y éste, por su parte, no hizo nada por borrar esa impresión, fuese real o fingida. Sabía que el puesto de secretario se lo ofreció como un soborno, pero tampoco ignoraba que el sueldo no se lo pagarían con dinero del doctor Cossard, y lo aceptó casi sin titubear. Surgían ciertas dificultades con respecto a la duración de sus servicios a las órdenes del director ejecutivo. No obstante, había un hecho, y era que Cossard había acabado por acostumbrarse a confiar en una memoria que no fallaba nunca, en unas manos que nunca estropeaban nada y en unos ojos que sabían con exactitud qué secciones del *Matin* o del *Figaro* quería que le leyese, y en qué orden, por lo cual se avino sin gran oposición a conservar los servicios de un criado que no esperaba sueldo alguno.

Lamousset recibió sólo una carta de su Silvia, después de su matrimonio. Llegó en enero de 1867, por conducto de Daumier, procedente de una avenida de Boston, y contenía unas cincuenta palabras, de las cuales cuarenta se relacionaban con su hijita, que resultó llamarse Sadie. Lamousset contestó en una lámina de cobre, y le envió a Sadie la muñeca más grande, más rubia y de ojos más azules que encontró en París. No supo si llegó a su poder, y después de aquello no volvió a tener noticias de Silvia, hasta doce años más tarde.

Damarzet murió en judio de 1869, y aquel mismo año, otra amistad de Lamouset embarcó hacia el Oeste, con destino a la tierra de la libertad. La Caja de Previsión Social suspendió todos los pagos antes de que tuviesen tiempo de sospechar el alcance colosal de los fraudes que se perpetraron bajo su capa de benevolencia. La señora baronesa Von Gottermann huyó con uno de los truhanes que la arruinaron, así como a cientos de miles de depositantes diseminados por todo el país. A pesar de su astucia, cayó en el lazo de otras personas más hábiles que ella y, poco a poco, para evitar el desastre que se anunciaba ya desde el comienzo, la convencieron o la forzaron para que vertiera valores, su propiedad, las joyas y todo cuanto poseía en el barco que hacía agua. Algunas pequeñas fracciones de su famosa colección fueron con ella para los Estados Unidos, pero una vez allí, su escolta dio buena cuenta de ellas. Por una temporada volvió a convertirse en corista... y otras cosas más. Finalmente, le clavó un cuchillo a alguien que se negó al chantaje de su protector del momento. Algunos de los diarios de París le dedicaron un pequeño párrafo a esa aventura, y Lamouset le leyó uno al director ejecutivo, una mañana de junio de 1870. Ante ello, el doctor Cossard se limitó a bostezar. Se había vengado de la Gata Amarilla.

Aquello tuvo como consecuencia hacerlo comparecer nuevamente en el banco de los testigos, pues el grupo de «hacendistas» que se ofreció para sostener y organizar la Caja de Previsión Social de la baronesa (una empresa ingeniosa, con subdivisiones en todas las provincias, destinada a atrapar a los pequeños depositantes despreciados por la truhanería de más pretensiones) era quien respaldaba al International. Dos de ellos fueron condenados a la cárcel, pero el doctor Cossard se mostró sumamente cauto; hizo su nido y se estableció allí prudentemente, esperando que sus astutos amigos se vengasen por él.

En marzo de 1870 hubo un reajuste en la junta de directores del International. El doctor Cossard fue el nuevo presidente, y las dos primeras cosas que hizo fue aumentar el sueldo del director ejecutivo a veinte mil francos, y ocuparse de la construcción de un hotel inmenso, como dependencia del club.

Algún tiempo después, una tarde de junio, apareció nuevamente Armando Wély. Acababa de llegar de Berlín, y tenía su cara aceitosa negra de la carbonilla del tren. Entró en el despacho del doctor Cossard con la misma naturalidad que si lo hubiese visto cinco minutos antes.

—*Foutus*^[11] —exclamó, arrojando la colilla de su cigarrillo en la papelera, y tomando otro de su pitillera—. Plon-Plon va a tener guerra —dijo jadeante—. Es cierto: lo he oído. Va a pedirle cuentas al príncipe Leopoldo. Pues bien... Bismarck lo va a echar al mar... y a nosotros junto con él.

—¿Hablas en serio, Wély? —preguntó Cossard, después de una larga pausa.

Wély contempló el fuego del cigarrillo que tenía en los labios, y dijo con convicción:

—*Foutus! Absolutment foutus! Ecoutez, done, vieux*^[12]...

CAPÍTULO XV

MAGIA BLANCA

1

El doctor Cossard escuchó atentamente por espacio de un par de horas, y cuando Wély se fue para iniciar la última noche de distracciones que iba a proporcionarle durante algún tiempo París, guardó en un cajón los planos del arquitecto para el nuevo hotel, los cuales estaba escudriñando cuando llegó su inesperado visitante.

—Wély es un farsante —le dijo a Lamousset—; parece más alemán que francés; pero es francés, y creo que esta vez no ha mentado. Usted habla el inglés con toda soltura, ¿es que ha estado en Inglaterra?

—He estado varias veces en Inglaterra, señor, y en Escocia también.

—Si yo decidiera irme a Inglaterra, ¿qué haría usted?

—Me iría con usted —contestó Lamousset, sin inmutarse en absoluto.

Cossard se echó a reír, y agregó:

—¡Qué devoción tan asombrosa! De todas formas, sus conocimientos de inglés pueden resultar de gran utilidad. Mientras tanto me parece que nuestro hotel puede esperar. Será un blanco menos para los cañones de Bismarck.

Al día siguiente, antes de abandonar París (pues desde hacía algún tiempo tenía su cuartel general en Londres), Wély volvió a insistir ante su amigo el doctor Cossard sobre la inminencia del desastre, y sobre la conveniencia de ponerse a salvo, antes de que fuera demasiado tarde. Para aquella época Cossard había preparado los planes de un club que sería una hostería para alojar a los refugiados que una invasión obligase a cruzar el mar, y al día siguiente de la partida de Wély tenía ya tomada su resolución.

En el término de una semana hizo efectivos la mayor parte de sus títulos franceses, presentó su dimisión como director ejecutivo, por razones de salud,

expidió sus bienes del International y de las casas guardamuebles con destino a Southampton, y se instaló con Lamouset en un hotel de Bloomsbury. Wély, que tenía una casa en la plaza Grosvenor, y otra de campo cerca de Guildford, le ofreció hospitalidad en cualquiera de ellas, pero el edificio de la plaza Grosvenor estaba gobernado por una señora a la cual Lamouset trata de «*cette fripouille*^[13]», y Surrey estaba demasiado lejos para los propósitos que el doctor Cossard tenía por el momento.

A Lamouset le gustaba Londres, y ni por un instante creyó en las lúgubres profecías de Wély. En Bloomsbury se encontraba sumamente animado, muy contento de tomarse unas vacaciones. Nos dice que durante aquellas semanas de junio y julio, antes de producirse la catástrofe, le leyó al doctor Cossard dos libros que le gustaron muchísimo: *L'affaire Lerouge* y *Dossier N° 113*, de Gaboriau.

Con toda regularidad, el doctor Cossard tenía diariamente una hora de conversación inglesa, y efectuaba interminables peregrinaciones en busca de un lugar apropiado para instalar el club proyectado. A Lamouset eso le tenía sin cuidado. Para él lo importante era la absoluta seguridad de que, a menos que el doctor Cossard hubiese escondido la cruz del señor duque debajo de su propia piel, debía estar oculta en algunos de los baúles o cajas que, por el momento, se hallaban en el guardamuebles de Leebody y Cía., en Tottenham Court Road.

Luego llegó lo increíble, y en el oscuro fumadero del hotel de Bloomsbury, Lamouset leyó día tras día las nuevas del desastre. Wély acudía frecuentemente a escuchar aquellas noticias funestas, se miraba la nariz, y gruñía: «*Foutus!*».

En aquellos días de septiembre en que llegaron las noticias de Sedán y la captura del emperador, Lamoussset pensó seriamente en abandonar su deber para con el señor duque por su deber para con su patria, y volverse apresuradamente a Francia para participar en su desesperado fin; pero no se fue. A la sazón, pasaba de los cuarenta y, como decía él, «a los cuarenta no se tienen esperanzas ni desilusiones; sencillamente, se va tirando». Por tanto, siguió tirando.

El proyecto del club se desbarató a causa de la falta de medios para sostenerlo, y porque el doctor Cossard cayó enfermo por aquel invierno pasado en Londres: permaneció mucho tiempo inmovilizado por una ciática, y una antigua predisposición para el reumatismo se convirtió en un mal crónico, por lo cual perdió sus energías y su entusiasmo por la vida, en una forma harto evidente. La Commune lo indujo a aceptar una proposición que le había hecho Wély, y se internó en el país. Wély encontró una casita para él en Shalford, a unos tres kilómetros de Guildford, y se instaló allí a la entrada de la primavera de 1871.

En Weylawn la vida era sana, si bien carecía de atractivos. Cossard reanudó su obra sobre enfermedades de la garganta, hizo notables progresos en el idioma inglés y se convirtió en un gran andarín. Lamoussset se quedó encantado con Surrey, y su diario de aquella época está lleno de referencias a los «magníficos panoramas» que se divisaban desde Saint Martha's Hill o Hindhead, el «esplendor salvaje» de Blackheath y la «exquisita calma» de las propiedades de la clase media de los alrededores. Sin embargo no sentía la menor admiración por las ideas o los alimentos rurales ingleses, y él mismo preparaba todos los platos en Weylawn.

Tomaron la casa amueblada, y los baúles y cajones del doctor Cossard quedaron almacenados en Londres. Por espacio de varios meses pasados juntos, ni él ni Lamoussset hicieron referencia alguna a una cruz que se había convertido en una broma y empezaba a convertirse en un mito.

No obstante, al concluir el tiempo del alquiler del doctor Cossard, en Weylawn ocurrió un curioso incidente. Acompañado por Lamoussset salió a hacer una pequeña excursión por el condado de Sussex, hasta el mar, al cual llegaron por Brighton. Cuando regresaron a Shalford, después de una ausencia de seis días, se encontraron con que habían registrado la casa de punta a punta, habían roto las cerraduras de los cajones y armarios, revuelto su contenido y dejado todo en el mayor desorden.

Las autoridades policíacas de Surrey no lograron dar con la pista del ladrón o los ladrones. Sin embargo, no cabía la menor duda de que quien cometió, o quienes cometieron el hecho: debían saber francés, toda vez que los papeles del doctor Cossard daban pruebas de haber sido revisados detenidamente.

En febrero de 1873 los expatriados regresaron a París. Cuando se vieron en el coche que los conducía de la estación del Norte a su hotel, el doctor Cossard extendió la mano silenciosamente, y Lamoussset la estrechó en silencio. «Era sin duda un gesto

expansivo —dice—. Pero la verdad es que nos habíamos convertido en amigos en cierto grado, pues acabábamos de sufrir juntos».

Lamousset sufrió muy duramente. Aparte del excelente sueldo de que disfrutaba en el International, el dinero que invirtió en títulos franceses había desaparecido, pues se negó a convertirlos en moneda, de la misma forma en que se había negado a creer en una posible derrota francesa. Afortunadamente, la mayor parte del dinero que heredó de su padre estaba invertida en títulos ingleses. Podía aún pagar el coche que los llevó al hotel, y el doctor Cossard le dejó que lo hiciera.

3

Al principio, Cossard tuvo algunas esperanzas de volver a desarrollar en París la práctica de su profesión. Sin embargo, fracasó al pretender recuperar su puesto en el cuerpo consultivo de la Misericordia, y encontró una amarga hostilidad por parte de sus antiguos colegas, quienes permanecieron firmes cumpliendo con su deber, en medio de los peligros de la invasión y los horrores del sitio y la revolución. Al ver derrumbarse sus proyectos, se entretuvo algún tiempo con la idea de revivir el International; pero París se hallaba convertida en una ciudad demasiado seria, y estaba demasiado atareada con la tremenda tarea de la reconstrucción para ocuparse de las casas de juego. Los dieciocho meses que siguieron a su regreso de Inglaterra estuvieron llenos de desilusiones e irritaciones, y de una inacción que repercutió en el ánimo de Lamouset.

Empero, a fines de 1873 volvió a aparecer Wély, sudando de energía y optimismo y, para sorpresa de Lamouset, que creía al individuo muerto y sepultado, el diminuto hombre se puso a trabajar sin pérdida de tiempo para resucitar Eauville y Cía. Cossard se despertó de su melancólica apatía y, tras varios meses de negociaciones, de cada uno de cuyos pasos tortuosos Lamouset fue testigo a quien se le ponía al corriente de todo, se constituyó una nueva sociedad, iniciaron una campaña publicitaria, pusieron en circulación nuevas acciones destinadas a los antiguos accionistas, utilizables hasta una fecha determinada y, ¡oh milagro!, salió un ferrocarril del Havre para la playa. Ladrillo tras ladrillo, piedra tras piedra, la maravilla estuvo prometiendo diez años antes de convertirse en una realidad. Para el verano de 1877 Eauville era un hecho, y Lamouset y el doctor Cossard pudieron pasearse unos cuatro kilómetros a lo largo de un paseo y por la orilla de un mar más frecuentado por paseantes y bañistas, respectivamente, que los que podían encontrarse jamás en las acuarelas de la calle de Rívoli.

Por aquella época Wély dejó de existir. Otros hombres de menor importancia, pero más respetables, terminaron su obra. El doctor Cossard se mostraba mucho más activo, aunque el reumatismo continuaba martirizándolo, y se veía obligado a seguir utilizando los anteojos oscuros. Los ingresos, solamente por su participación en la compañía, ascendían ya en 1878 a más de trece mil luises.

La historia de este interés por la empresa nos la describe detalladamente Lamouset. Hemos dejado ya sentado que en junio de 1864 Cossard tenía invertidos cuatrocientos cincuenta mil francos en acciones de la sociedad original. Al producirse la bancarrota de 1867, compró todas las acciones sin valor que cayeron en sus manos y se aferró firmemente a ellas con la misma obstinada confianza que ponía en todas sus empresas. La reorganización de 1874 dividió prácticamente los beneficios entre él, Wély, Jorge Dubonnet y Adolfo Amitz.

Una vez más el doctor Cossard se convirtió en celebridad. Poseía una quinta magnífica, una buena caballeriza y un yate de vapor. Era vicepresidente del Gran

Club, administrador del Sports Club y director del Casino. Metía la cuchara en todas las salsas; su voz fría dominaba las asambleas de todas las juntas, y su alta talla, aunque por aquel entonces no era ya tan erguido y activo, con un traje impecable, sobresalía siempre en todas partes. A través de sus anteojos azules, veía cómo la blanca ciudad de sus sueños extendía sus tentáculos por los antiguos dominios del fraude, y se deslizaba por los campos. De mala gana, al final de la estación abandonó su reino (al parecer, por aquel tiempo debió de sufrir una especie de megalomanía), para irse hacia el Sur con su yate, en busca de sol. A fines de abril estaba ya de regreso, esperando a sus súbditos.

No tenía amigos. Conocía a todo el mundo; organizaba pródigamente fiestas y veladas nocturnas, y su interés por los caballos lo puso en contacto con la aristocracia del deporte; pero aun estas personas no muy distinguidas se ponían de acuerdo para mantenerlo a distancia. No se podía ver lo que se ocultaba tras unos anteojos oscuros, ni se podía estar seguro de que los sucesos que no se habían olvidado aún del todo fuesen completamente falsos.

La parte de Lamouset en aquel reino de magia blanca era sumamente simple: se limitaba a seguir tirando.

Se convirtió en un experto piloto de yate y en un excelente rompedor de pichones de yeso. Perdió un diente, y necesitaba a veces tomar una tableta digestiva, después de las comidas. Por lo demás, los siete diarios impresos en papel de China correspondientes a los años 1873 y 1879 no registran nada que se asemeje siquiera remotamente a una aventura. Minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, siguió adelante, por su propia cuenta, y sin la menor perspectiva de éxito.

Muchos podemos ser héroes cuando redoblan los tambores y suena el clarín; pero Lamouset sólo tenía que obedecer al tictac del reloj, por lo cual no hemos de juzgarlo demasiado severamente.

Vivía en medio de una soledad extraordinaria. Había perdido todo contacto con sus amigos de otros tiempos, y carecía de oportunidades para hacerse de otros nuevos. De vez en cuando recibía una carta de la mujer de Daumier (el pobre Daumier resultó muerto en uno de los ataques llevados a cabo frente a Mont Valérien, al final del sitio); aparte de esto, sólo mantenía correspondencia con sus banqueros. Le escribió una vez a Yorke, pero al parecer ya no vivía en la avenida de Boston, pues su carta fue devuelta, después de muchos meses. En el club, donde pasaba diariamente largas horas en compañía de Cossard, leía la prensa norteamericana con sumo deleite; pero no encontró jamás alusión alguna a Chester Yorke ni a su mujer. La muerte de Daumier destruyó el único conducto por el cual hubiese podido llegarle alguna carta de su Silvia, ya que la viuda abandonó París y regresó a Dijón, su ciudad natal.

A veces, durante todo el transcurso del día, Cossard no le dirigía una sola palabra, a pesar de que desde la mañana a la noche los separaban sólo pocos metros. Las personas elegantes que, para cambiar cortésmente unas palabras con el doctor

Cossard, se detenían en el hipódromo, en el paseo o en el salón de descanso del Casino, no obtenían de su sombra más que una mirada de indulgente curiosidad; pero todo el mundo conocía el mal que el doctor Cossard sufría en la vista, y nadie necesitaba explicación. Causa gracia descubrir que Lamoussset, con el fin de mantener la paz, estaba obligado a pagar por sus trajes más de lo que hubiese deseado, ya que Cossard insistía en que fuese tan impecablemente vestido como él. Lamoussset no oyó jamás hablar del Beau Nash, pero es probable que el doctor Cossard tuviese noticias de él, y se hubiese formado alguna idea de una autocracia similar de la moda en su ciudad blanca situada junto al mar.

No obstante, había cambiado mucho, como observaba Lamoussset, y seguía cambiando con mayor rapidez aún: se hacía cada vez más frío, y le perdía el sabor a la vida, cuando, tras largas luchas, había logrado ya abrirse de nuevo camino hacia la superficie, y estaba cada vez más amargado y desilusionado. Sin duda alguna, sus sufrimientos y dolencias envejecieron y endurecieron su espíritu. Acostumbraba a participarle cínicamente a Lamoussset algunos proyectos, en los cuales, desde sus comienzos, dejó de acompañarle el éxito.

—La única profesión que se puede desempeñar en este mundo —decía con frecuencia— es la de médico. Aun siendo un charlatán, con unos cuantos unguentos, como se hace casi siempre, se sale airoosamente del paso. Y un buen médico, en el fondo, es mucho más útil que un dios chapucero. Algún día abriré un hospital para los desahuciados, y tendrá los mejores laboratorios patológicos del mundo. Pero para eso necesitaré dos millones, pues será mi monumento.

Lamoussset no registra estas observaciones en la forma conexas en que las registramos aquí, pero el proyecto de un hospital para los casos de cáncer, con laboratorios de investigaciones dependientes del mismo, aparece con mucha frecuencia en su diario. Se lo explica como una convicción del doctor Cossard de que la posteridad desearía un monumento para recordarlo.

CAPÍTULO XVI

CUENTA LIQUIDADA

1

Cualquiera se imagina que Lamousset debe de haber meditado a menudo sobre la posibilidad de que el doctor Cossard muriese sin revelar el paradero del crucifijo de diamantes. Debe de habersele ocurrido también que un enfriamiento o un descuido cualquiera al cruzar la calle pudiesen tenerlo en cama por espacio de varias semanas, y que el doctor Cossard quedase en libertad para ir donde quisiese y obrar a su antojo, sin testigos de ninguna clase. Sin embargo, no es probable que pensase en la posibilidad de separarse de él durante cinco años, como en realidad sucedió.

Indudablemente, hay ciertas cosas que no las confió a su diario. Hay que acudir a otras fuentes en busca de información sobre determinadas actividades relacionadas con la quinta de Eauville, actividades que tuvieron lugar en el verano de 1880, y sobre las cuales es necesario hablar, aunque sea brevemente.

El doctor Cossard y su sombra tenían por lo menos una fe común: ambos eran monárquicos apasionados. Para Lamousset, en 1880 la República existía únicamente en labios de los políticos; el corazón de Francia no la había deseado nunca, ni la aprobaba su juicio. Habría sido empresa vana tratar de convencerlo de que la República era la única salvación práctica, y que con un gobierno republicano Francia había llevado a cabo verdaderos milagros en los diez últimos años. Llevaba la fe en la sangre, y es inútil discutir con los glóbulos, tanto sean rojos como blancos. Por otra parte, en Cossard el realismo era un prejuicio adquirido, el fondo de los premios en los cuales se fijaron sus ojos cuando era uno de los estudiantes que estaban siempre a la cuarta pregunta, la música con la que bailó en los días triunfantes de su juventud, la esencia de una época en la cual latió en él la vida con más fuerza y se mostró más

satisfecho de ella. Su odio por la República y los republicanos era en él más fuerte que en Lamoussset. Éste, que tenía tiempo sobrado y carecía de maldad, leía toda clase de diarios con la misma estolidez; pero al doctor Cossard le leía solamente el *Gaulois* y el *Mercure de France*.

En cuanto a la estabilidad de la República al final de su primera década, eran muchos los que la ponían en duda. De aquellos elegantes que se congregaban en Eauville cada temporada, con unos nombres que sonaban como música a los oídos de Lamoussset, sus modales habían sufrido un tanto al mezclarse con la nueva aristocracia; la mayoría no tenía la menor idea de ello. Estaban de acuerdo en que un pequeño empujón derribaría a los falsos dioses, y en que Eauville era un sitio excelente para prepararlo. Aquel año la estación adquirió una brillantez extraordinaria.

Aun cuando el doctor Cossard no tuviese la menor participación en las reuniones internas que estudiaron los medios de dar el empujón, no cabe la menor duda de que estuvo en estrecho contacto con los espíritus promotores de la empresa, y que contribuyó con grandes sumas de dinero para llevar a cabo la campaña de propaganda. Hubiera sido de desear que Lamoussset nos hubiese contado algo más sobre las actividades que se desarrollaron en la gran quinta situada en las proximidades del hipódromo; pues, al parecer, algunos personajes pintorescos, así como otros famosos, iban y venían, a todas horas del día y de la noche, a juzgar por la facilidad con que ciertos visitantes indeseables se trataron luego con el propietario de la finca. Pero el librito de papel de la China correspondiente al 1880 es el librito más inocente del mundo y, hasta el 17 de agosto, el menos conmovedor.

Luego, sin previo aviso, vuelve a hacerse dramático.

El doctor Cossard y Lamoussset abandonaron el Casino entre las dos y las tres de la mañana y, como la noche era hermosa, se pasearon por las calles brillantemente iluminadas aún y a lo largo del ancho camino bordeado de árboles que conducía más allá del hipódromo. Cossard iba silencioso y se mostraba irritado por el comportamiento de ciertos turistas alemanes, que habían promovido un desorden en el salón de baile del Casino. Desde hacía algún tiempo su carácter se manifestaba más irregular que de costumbre; quizá porque, a pesar de su aporte económico a planes casi maduros para la acción, seguía siendo uno del montón.

De todos modos, aquella noche, para desgracia suya, se hallaba de mal humor con el mundo entero.

Al llegar a la villa, Lamoussset, como de costumbre, abrió la puerta con su llave y el doctor Cossard entró. Algunas veces, un criado aguardaba en el vestíbulo y hasta la madrugada estos regresos de su amo procedente del Casino; pero no siempre. Aquella noche no estaba esperando. El doctor Cossard se quitó el sombrero y se dirigió al comedor, que permanecía con las luces encendidas, y donde esperaba hallar al criado. Pero con gran sorpresa se encontró, saboreando sus propios cigarrillos y una selecta provisión de vinos, a tres individuos en traje de noche y a la señora baronesa Von

Gottermann, tan rubia y con ojos tan verdes como siempre.

Lamousset, que entró tras el doctor Cossard, la reconoció posiblemente antes que éste. Sin embargo, notó su rostro increíblemente cambiado, y el cambio era tanto más notable cuanto que contrastaba con los ojos y el pelo, que no se habían alterado. No era sólo el hecho de haber doblado la edad por las fatigas de aquellos once años, desde la última vez que la vio, en la calle Vrillière, en la escalinata del Banco de Francia, un día de septiembre de 1869. La fisonomía, nos cuenta, se había transformado en «una máscara de vileza que reflejaba toda su maldad». Los dos hombres la observaron con asombro durante algunos instantes, como al rostro de un fantasma.

A sus tres acompañantes, como lo descubrió más adelante Lamousset, los conocía muy bien la policía de ambos lados del Atlántico; pero no así el doctor Cossard ni su servidor. No se molestaron en levantarse de las sillas en las que se hallaban tumbados, ni en explicar su presencia. La baronesa fue la primera en romper el silencio con una aguda risita, como el ladrido de un perrito consentido.

—Bueno, tesoro, es un placer inesperado, ¿verdad? No me gustan tus anteojos, cariño, porque ocultan tu alegría. Buenas noches, Claudio. Como siempre, de criado; pero, al parecer, con algunos privilegios en el puesto actual.

Cossard se volvió hacia una campanilla, pero uno de los tres sujetos, individuo cetrino, de cutis de cera como el maniquí de un peluquero, se levantó y se interpuso en el camino.

—No provoque escándalo —dijo con suavidad—. Esta conversación puede llevarse a cabo pacíficamente y en forma honorable, creo yo.

Poseía la suave finura de un rufián superior, una de las tantas profesiones que practicaba. Como los otros dos individuos continuaban fumando tranquilamente cigarrillos, Cossard abandonó momentáneamente la idea de llamar a los criados para que arrojaran a los indeseables visitantes.

—¿Quiénes son ustedes? —Preguntó—, ¿y qué desean?

El individuo de gran dominio sobre sí mismo y de rostro de cera dijo llamarse Pergasol (se supo luego que era un conocido bribón, denominado Saguine, quien resultó muerto más adelante en un asalto al expreso del P. L. M. 1) y sus otros dos compañeros, Livret y Brissac. Respecto a la justificación de su presencia, habían llegado para tratar un asunto que explicaría *Madame*. Lógicamente, creyendo el criado del doctor que eran personas de alta categoría, los había hecho pasar y les había servido un refrigerio mientras aguardaban el retorno de su amo. Pergasol se sentó nuevamente, y *Madame* tomó el hilo de la conversación.

En pocas palabras: *Madame* pretendía cuatrocientos mil francos, que eran suyos por derecho y justicia; para ser más precisa, los cuatrocientos mil francos que el doctor Cossard le estafó por el pago de un crucifijo de diamantes que le robó algo después. Esta vez no hubo vacilación por su parte, ni mención de la «forma de corazón o de trébol». Dijo llanamente «crucifijo de diamantes»; hizo una pausa antes

de seguir adelante, guiñó un ojo y añadió:

—Ya sabe de qué crucifijo se trata...

La voz carecía de aquella frescura que tuvo en otra época; y había adoptado un acento atroz y un vocabulario deplorable. Cuando se excitaba, su voz se convertía en un gruñido, semejante a la del dueño de un lupanar dado a la bebida, prorrumpiendo en extraños chillidos y alaridos.

Lamousset añade que había perdido la mayoría de los dientes, y la dentadura postiza con que los reemplazaba le bailaba cuando hablaba. Sin embargo, se expresaba sin dificultad alguna.

Los demás ocupantes de la habitación permanecieron en absoluto silencio durante más de media hora, mientras ella reclamaba, alegaba, suplicaba, amenazaba, formulaba cargos y hacía su autobiografía, con un incesante torrente de palabras.

Su existencia, durante los años que Lamousset no la había visto, poco edificante, por cierto, fue referida en el juicio de Cossard. Después de abandonar la prisión en los Estados Unidos, volvió a la vida de una vulgar desdichada en los bajos fondos de Nueva York, y se abismó durante dos años en el mundo del hampa; fue encarcelada luego por incendiaria. A fines de 1871 volvió a Europa en compañía del sujeto llamado Saguine, quien, al parecer, poseía algunas de las cualidades de un criminal de primera clase y se había visto mezclado en dos grandes robos de alhajas en los Estados Unidos. Sabiendo que era muy conocido en París, estableció en Londres su cuartel general, donde organizó, con la ayuda de un selecto grupo de cofrades, un sistema de pequeños robos en casas de campo, alternando con tentativas de chantaje y acuñación de moneda falsa. La visita a Weylawn, la residencia del doctor Cossard en Shalford, fue otra de las empresas de Saguine. *Madame*, que abandonó lo de «baronesa» en la cárcel, al descubrir que su antiguo amante residía en Surrey, persuadió a su protector para emprender un buen negocio. En el juicio, Saguine, que negó rotundamente haber creído en la existencia del crucifijo, confesó que *Madame* supuso siempre que el doctor Cossard lo usaba colgado de una cadena alrededor del cuello.

Poco tiempo después de esta aventura, Saguine juzgó que *Madame* bebía demasiado, hablaba mucho y llevaba poca harina al molino. La abandonó en su alojamiento de Paddington y regresó a Nueva York, al tiempo que el doctor Cossard volvía de su expatriación a París.

Lo que fue su existencia en aquellos ocho años no es asunto difícil de imaginar. Residió durante largo tiempo en Viena, y en alguna oportunidad llegó hasta El Cairo. Andaba en las últimas cuando, al finalizar el año 1879, volvió Saguine a París y la encontró empinando el codo en un tugurio de Montmartre. Una vez más, ella lo persuadió a medias para que creyera en la antigua historia del crucifijo de diamantes robado y los cuatrocientos mil francos que podrían arrancarse, mediante amenazas, de un tal doctor Cossard, hombre sumamente acaudalado, si no le reconocían sus derechos. Saguine hizo algunas indagaciones acerca del doctor Cossard, y averiguó

que al menos las entradas eran evidentes. Ayudado por sus amigos, sacó a *Madame* de su *bastringue*^[14], puso fin con severidad a las copitas, le proporcionó un guardarropa adecuado y, después de algunas inspecciones preliminares, se presentaron en la villa de Eauville, en ropa de gala, confiando, según la propia frase de Saguine, en que, «sin medidas extremas», se podría obtener algo del dueño de la casa.

No obstante, ni él ni sus dos amigos tomaban muy en serio a *Madame* ni su relato. Lamoussset, que permanecía aún en el sitio donde se había detenido, en la entrada del salón, notó inmediatamente que los chillidos de *Madame* causaban gran regocijo a sus compañeros. Es posible que si Cossard hubiese conservado la cabeza, como alegó Saguine en el juicio, el episodio habría terminado con una decepción para los visitantes. A su vez, Saguine debió de haber previsto que *Madame* poseía una prueba que no admitía discusión pacífica.

No existe el pasado en nuestros pensamientos. Continuamos representando en ellos, de un modo eterno e inmutable, los hechos ya realizados. En ellos, las horas que sabemos no volverán, no se han ido nunca. Sin duda, durante todos aquellos años, en la mente de Lamoussset, la señora baronesa permaneció inmutable en sus actitudes habituales: en su trono del ventanal de las oficinas de la calle de la Boétie, en su carruaje tirado por los seis caballitos blancos, en su cola adornada con plumón de cisne, tirándole a él de las solapas de la levita, castigando a Cossard con el látigo. Tales escenas, perfectas hasta el menor detalle, le parecían estarse repitiendo continuamente. La resurrección, la repentina intromisión del pasado en la sórdida decadencia del presente, la encontró singularmente irreal. Sin embargo, nos define todo el incidente en un adjetivo estereotipado: «trágico».

La tragedia tuvo lugar en un abrir y cerrar de ojos. Cossard, después de escuchar en desdeñoso silencio el estallido de *Madame*, le aseguró que era idiota y le ordenó que se retirara de la mansión. Aquélla le replicó con otra andanada de insultos y, levantándose de la silla en que se hallaba, avanzó amenazadoramente hacia él. La atención de Lamoussset se concentró en el hecho de que, durante todo ese tiempo, mantuviera las manos bajo la capa que llevaba encima del traje de noche; se movió rápidamente hacia el costado de Cossard, murmurando en tono de advertencia:

—*Méfiez-vous, docteur. Elle va vous jouer*^[15]...

No pudo proseguir. Cossard, que también sospechaba lo que se ocultaba bajo la capa de *Madame*, retrocedió un paso y sacó una pequeña pistola del bolsillo del pantalón. Al hacerlo, las manos de *Madame* aparecieron a la vista: una de ellas sostenía un frasquito de cuello ancho, mientras que la otra le quitaba el tapón de goma. Saguine hizo un movimiento rápido para impedir el propósito, pero antes de que pudiera evitarlo ella arrojó el frasco al rostro de Cossard. Casi simultáneamente, Cossard hizo fuego. Lamoussset tuvo tiempo de advertir que el peligro había pasado, antes de oír, asombrado, el tiro de la pistola, disparada por la mano izquierda de Cossard. La infortunada *Madame* cayó gritando al suelo, dando vueltas sobre sí

misma en su agonía, como una demente. En cuanto a la botella, que no contenía el clásico vitriolo sino una débil solución de ácido nítrico, pasó entre los brazos del doctor Cossard y Lamousset, los salpicó levemente, sin daño alguno, y cayó luego en la alfombra, donde se vació su contenido.

Honra a Saguine el haber permanecido allí para enfrentar la situación. Sus dos compañeros, menos heroicos, fueron capturados pocas horas después en El Havre. La Gata Amarilla tardó cerca de un día en morir, pero murió con magnanimidad.

—Lo perdono —dijo, cuando le comunicaron que Cossard había sido detenido—. Hubo un tiempo en que nos amamos.

Nada pudo suceder en forma más conveniente y feliz para un gobierno inquieto e irritado.

Ya sea que Cossard disparara el tiro fatal en defensa propia y temiendo por su vida, o que matara a la infortunada baronesa con la sangre fría de una venganza, ni el mismo Lamouset podía determinarlo. El hecho tuvo lugar con demasiada rapidez, y existían muchos factores dudosos. Sin embargo, el fiscal no tenía duda alguna acerca del asunto. El doctor Cossard fue juzgado por asesinato y condenado por asesino, con cruel prontitud, si bien con circunstancias atenuantes. Habiendo logrado ese fin, el gobierno consiguió otro mediante una deliberada clemencia. Teniendo en cuenta «la existencia de circunstancias atenuantes», le conmutaron la condena de prisión perpetua por la de diez años de trabajos forzados. No había necesidad de abrumar a los electores revelándoles los insensatos propósitos de la villa de Eauville y sus visitantes. La luz que se hizo en sus secretos desbarató los planes de traición y les hizo cruzar la frontera. Durante cierto tiempo reinaría la tranquilidad en el Quai d'Orsay.

Detuvieron también a Lamouset. Decidieron no ocuparse gran cosa de él, aunque tuvo que sufrir una serie de interrogatorios desde el banco de testigos. Se removieron los antiguos sucesos; el viejo lodo se desparramó gozosamente sobre la malhadada cabeza de Cossard. Lamouset sintió la dicha de oírse describir como «este mayordomo miedoso, este lacayo de un asesino cobarde, ladrón y estafador, este irresoluto que, al primer signo de peligro, abandonó su patria y escondió su miserable piel en un hotel inglés».

No resultaba muy divertida la descripción del fiscal general, sobre todo porque se acercaba tanto a la verdad. Lamouset no trató de defenderse esta vez. Comenzaba quizás a hallar en el silencio la respuesta más simple a la vida. Reparó también en que el jurado tenía intención de proceder con extremo rigor, y calculó que la última vez que vería a Cossard en esta vida sería cuando éste abandonara el banquillo de los acusados con la sentencia de muerte. Esto tampoco resultaba muy divertido. Por lo tanto, permaneció muy serio y lacónico. Aun la gracia de la sentencia conmutada no lo enorgulleció mucho. Cuando se tienen cincuenta y dos años, no se está muy seguro de poder aguardar diez años más.

3

Siguió la inevitable reacción. Jorge Dubonnet, a pesar de que sus puntos de vista políticos eran completamente opuestos a los monárquicos de su subdirector, no olvidaba nunca a la persona que le prestaba algún favor; muchas veces, en presencia de Lamoussset, admitió que, si no hubiese sido por la insistencia tenaz y violenta de Cossard, el proyecto de Eauville se habría desbaratado más de veinte veces. Tenía en vista otros peces para freír, y ruedas propias para moler. El diario de su propiedad, el *Indépendant Républicain*, había comenzado un ataque muy estudiado contra ciertas propuestas del ministro de Hacienda, sobre la extensión del impulso estatal, propuestas que amenazaban peligrosamente los cuantiosos intereses mineros del grupo de magnates que rodeaban a Dubonnet. Dado que uno de los principales argumentos esgrimidos por el *Indépendant* contra los monopolios del Estado consistía en señalar el milagro realizado por los cerebros, empresas y capitales privados en las arenas donde se extendía a la sazón la playa más admirable del universo, no podía perderse mucho ayudando al hombre cuyo genio había concebido dicho milagro. El *Indépendant* ayudó generosamente al doctor Cossard, amenazando con revelar los motivos y razones que determinaron el juicio; finalmente logró con ello reducir la condena a cinco años, y que conservara los privilegios de un preso político de primera clase. Se dejó sin efecto un embargo de bienes, ya iniciado. La villa de Eauville quedó a cargo de un administrador oficial, y se la cedieron luego por el plazo de tres años a unos amigos de Dubonnet. Los efectos personales del doctor Cossard fueron transportados a unos almacenes de El Havre.

Lamoussset, después de conseguir alojamiento en una pensión regida por dos cautivantes señoritas inglesas, permaneció en Eauville hasta 1884; iba de vez en cuando a París, pasaba algunas semanas del verano en Surrey, que seguía admirando todavía; se rodeó de nuevas amistades y descubrió a algunas antiguas.

Una mañana de julio de 1884 se topó con una muy antigua, en el andén de la estación del ferrocarril.

CAPÍTULO XVII

MÁS APARECIDOS

1

Al principio, Lamousset vivió en medio de la más completa soledad. Un revés lo privó de toda ocupación, de todo interés y del único compañero que había conocido en dieciséis años.

A pesar de lo peculiar de aquellas relaciones, con el pasar del tiempo nació gradualmente en él cierta consideración por las buenas cualidades que poseía Cossard, muchas de las cuales Lamousset estimaba viriles, consideración que llegó a convertirse en verdadera estima. La intensidad de ese sentimiento no se le reveló quizás en toda su magnitud hasta después de producirse la ausencia de Cossard. Como hemos visto, Lamousset, si bien sabía sobreponerse a cualquier pasión, era constante en sus sentimientos. Sin embargo, tardó cinco años en darse cuenta de que parte de él se había evadido para hacerle compañía en la cárcel al doctor Cossard.

Durante muchos años llenó cada uno de sus días con un programa rutinario, algunas veces bastante monótono pero que no carecía de interés en ciertas ocasiones. Podía considerarlo siempre como un plan propio, aun cuando lo decidiera la voluntad de Cossard. Hallaba terrible despertar mañana tras mañana sabiendo que no tenía nada útil que hacer, tan terrible que él, acostumbrado a levantarse a las seis de la mañana, ya fuera verano o invierno, adquirió la costumbre de permanecer en la cama hasta las nueve, con la esperanza de acortar así el interminable día.

La sensación de soledad no le resultó tan tediosa después de residir algunas semanas en el agradable ambiente de la pensión Whitworth y trabar amistades entre los apacibles pensionistas, generalmente ingleses de la alta clase media. Sin embargo, persistió en hacer pasar el día lo más rápidamente posible, dividiéndolo para ello en

una monótona rutina. Postergaba un poco cada paso, para estar en retraso con el siguiente. En ciertos instantes, esto le proporcionaba la ilusión de tener algo que hacer para poder cumplir el horario.

Todos conocían su silueta alta y elegante, bastante delgada y muy erguida, errando siempre y yendo inequívocamente de un lugar indeterminado a otro de menor importancia. Cada mañana, reinara buen o mal tiempo, aparecía con la regularidad de un reloj, andando a lo largo del paseo desde la estación del ferrocarril hasta el muelle; se dirigía luego a la estación para comprar los diarios de París, aun cuando podían serle entregados en la pensión una hora antes; finalmente, si hacía buen tiempo, reposaba en una silla en el parque; y, si llovía, se dirigía al club, el Club de los Visitantes, no el Gran Club, cuyas puertas no atravesó jamás después de la ausencia de Cossard.

Luego de leer los periódicos, si tenía ganas se bañaba, y volvía lentamente a la pensión a almorzar. Por la tarde, en verano, leía, dormitaba o resolvía problemas de ajedrez, en su habitación, hasta que se acercaban las cinco; entonces bajaba al jardín para jugar con Moteo, el gato, o con Barny-Brack, el perro, y charlar con las señoritas Minnie y Beatriz, o con algún amable pensionista.

En invierno, después de almorzar, y en verano después del té, salía a pasear dos horas exactamente y siempre por los mismos caminos; según nos cuenta, al final volvía a la pensión, sin haber percibido nada nuevo desde que la hubo dejado dos horas antes. Venía luego la cena, un poco de música, pláticas amables, una partida de ajedrez o de *whist*, una corta caminata con Barny-Brack para mirar las estrellas, y a la cama; un día más, y un día menos.

Volaron las semanas, comenzaron a volar los meses, y cada uno de ellos le costaba a Lamousset cuarenta libras esterlinas, por término medio. Algunas de sus inversiones inglesas no se hallaban muy seguras, y a veces se veía obligado a echar mano del capital. Sin embargo, en su guardarropa se permitía aún cierto derroche, gracias a lo económico del hospedaje de las señoritas Minnie y Beatriz.

La señorita Minnie y su hermana menor, hijas de un coronel ya fallecido, procedían del Border Country, poseían voz aguda y autoritaria y pómulos salientes, y estaban en esa edad sobre la cual no se hacen preguntas. Eran dos mujeres de gran capacidad, dotadas de temperamento jovial, que habían venido a menos; pero sabían sacarle el máximo rendimiento a la vida. Conocían con todo detalle la vida de Lamousset, antes de que éste se convirtiera en su huésped; pues la pensión tenía ya más de seis años de existencia. Es muy probable que si hubiese sido uno de sus propios compatriotas, asociado con un asesino sentenciado, tal como el juicio del doctor Cossard asoció con éste a Lamousset, no lo habrían admitido. Sin embargo, británicas hasta la médula, esperaban aún algo extraordinario del extranjero, y lo perdonaban. Además, les agradaba el porte y los modales de Lamousset, y llegaron inmediatamente a la conclusión de que era un buen hombre; veredicto que luego se confirmó por la constancia con que Lamousset, sin importarle la violencia del

temporal o el bienestar que invitaba al olvido, partía con Barny-Brack para contemplar la noche. Como todos los perros que Barny-Brack detestaba salían también alrededor de las diez de la noche, Lamousset corrió junto con aquél numerosas aventuras bajo las estrellas. A su regreso, con la luz eléctrica, siempre le aguardaba, en recompensa, el franco «¡qué simpático es usted!» de la señorita Minnie.

Algunas veces, en medio del ajetreo del día, las señoritas Minnie y Beatriz, al observar su prolongada permanencia sin hacer nada ni ir a ningún sitio determinado, hacían un alto en la labor y se preguntaban por qué continuaba residiendo en Eauville, dado que, al parecer, no tenía misión alguna allí, y por qué motivo un hombre de mediana edad, sano e inteligente, no tenía algún objetivo en el mundo. Por su gallardía y su eterna y cautivante sonrisa lo habrían rodeado de misterio, si ello hubiese sido posible, pero resultaba difícil sospechar algo más siniestro de Lamousset que el uso de corsé.

Durante aquel período, en que transitoriamente dejó de sentir aquella continua indiferencia por las distracciones y por su estado de salud, le acaecieron, de una manera bastante singular, o quizá natural, dos contratiempos simultáneos: contrajo una enfermedad molesta y se vio asediado por una mujer fastidiosa. En 1883 sufrió un agudo ataque de nefritis, a causa de un enfriamiento. Tardó doce meses en recobrar nuevamente su antiguo vigor y, según nos cuenta, podía hundir completamente el pulgar en la tumefacción de las piernas.

En vencer el otro inconveniente tardó más tiempo. En realidad, parece haber sido innmercido, dado que el afecto partía del lado de la dama.

Hemos mencionado anteriormente que la villa del doctor Cossard acabó por pasar a manos de algunos amigos de Dubonnet, parientes de su mujer, de apellido Saumarez. La señora de Saumarez, cuya nacionalidad no pudo averiguar nunca Lamousset, era, al parecer, una viuda sumamente inteligente, muy artista, de treinta y cinco años, y bastante hermosa todavía. Su hermana menor, la señora de Benoit, viuda también, y sus dos hijos vivían con ella.

A petición de Jorge Dubonnet, Lamousset rindió algunos pequeños servicios a estas damas; al principio del arrendamiento las secundó en la procura de criados y les aconsejó en ciertas modificaciones que deseaban efectuar en el edificio.

Después de eso, durante un año o más, sus relaciones con ellas se redujeron a reuniones y a un encuentro en la poco artística comarca por la cual efectuaba sus paseos del atardecer. Las dos damas pintaban; en realidad, tenían genio artístico: pintaban, cantaban, tocaban varios instrumentos, escribían novelas, diseñaban jardines ornamentales, fundas para botellas de agua caliente y tiestos para flores, y fumaban innumerables cigarrillos, vestidas con sus trajes de faena salpicados de pintura, y los dedos manchados de nicotina. Lamousset no aprobaba los dedos sucios.

Una tarde de mayo, para desgracia suya, Lamousset se topó con ellas en un bosquecillo, situado a unos siete kilómetros al sur de la ciudad, donde acampaban con los caballetes y el equipo de té. Tomó con ellas el té y consintió, a pesar suyo, en posar para la señora de Saumarez.

Empezaron el retrato, pero nunca lo terminaron. Lamousset, al ver el cariz que tomaban las cosas, hizo un esfuerzo para librarse de las redes que sentía cernirse sobre él. Atrapó un resfriado que dio origen a la nefritis.

Durante el período agudo de la enfermedad se retiró a un sanatorio privado, donde una rígida enfermera lo protegía de los molestos visitantes. Aun allí, el interés que sentía por él la señora de Saumarez resultaba bastante embarazoso. A su regreso a la pensión Whitworth se hizo tan manifiesto que, si no se hubiese sentido tan deprimido física y mentalmente por la lenta convalecencia, habría huido a París un año antes. No obstante, las dueñas se mostraron bondadosas y aceptaron con estoicismo anglosajón las diarias invasiones al jardín de la señora de Saumarez.

Flores, frutas de la estación o fuera de ella, notas, libros, revistas, chinelas, un primoroso sillón de inválido, almohadones maravillosamente decorados, lámparas apropiadas para la lectura, todo cuanto la señora de Saumarez podía regalar artísticamente, lo daba en profusión. Lamouset comenzó a referirse a su habitación como a su museo.

Afortunadamente, a fines de septiembre, el mar resultó demasiado frío para aquella dama de tan cálido corazón, y partió para París. El solo hecho de dirigirse ella allí hizo que Lamouset abandonara la intención de pasar el invierno en la capital. En su juventud fue, al parecer, una mujer peligrosamente apasionada, sin miramiento por las conveniencias; y cabe suponer que Lamouset tuviera miedo de ella. «Con estos criollos», decía, pues llegó casi a la conclusión de que lo era, «nunca se está seguro».

Durante aquel invierno y la primavera siguiente le escribió numerosas cartas, que él contestó cortésmente. Sabedor de que al finalizar julio ella tenía intención de reabrir la villa de Eauville, tomó su decisión. Con gran pesar por ambas partes, comunicó a la pensión Whitworth que se iría a principios de dicho mes. Lo desconsolaba especialmente la idea de dejar a Barny-Brack, al que le había enseñado cerca de cinco idiomas, y era cuanto convenía saber a un perro tan inteligente.

La mañana del 2 de julio, la penúltima que pasaría en la pensión Whitworth, hizo su acostumbrada caminata a la estación para comprar los periódicos. Al apartarse del quiosco de los diarios, advirtió que cuatro personas estacionadas al lado de una pila de equipaje lo observaban atentamente. Al cabo de un rato descubrió que una de ellas era Chester Yorke, varias veces aumentado. Notó luego que los ojos de la dama que estaba de pie al lado de Yorke, que lo miraban con una sonrisa entre curiosa y perpleja, eran los ojos de su Silvia.

—¡Hola, Lamouset! —Exclamó Yorke—. Sí, somos nosotros. Es usted, ¿verdad?

—Así parece —dijo Lamouset sonriendo y saludando.

—¡Ya! —Observó envidiosamente Yorke—. Ha conservado más pelo que yo. ¿Cómo van las cosas?

La mujer de Yorke tendió la mano, y Lamouset se inclinó para besarla.

—Si no hubiese sido por Chester —balbuceó Silvia con pintoresco acento norteamericano—, no me habrías reconocido; confiésalo. Pero nadie olvida a Chester, una vez que lo ha visto.

Señaló a las dos jóvenes, que seguían escudriñando a Lamouset con fría curiosidad.

—Ésta es Sadie; y ésta, Lucila.

Eran indudablemente la prole de Chester Yorke, según notó Lamouset. Sin embargo, les dirigió una sonrisa encantadora, aun cuando descubrió que el francés que hablaban era el francés del padre.

Se enteró de que, después de todo, la muñeca había llegado a poder de Sadie.

Empezaron luego a agitarse de un lado para otro, buscando el equipaje y un ómnibus del hotel. Iban a pasar dos semanas en el Excelsior, y debía ir a visitarlos

alguna vez, indicó Silvia.

Cuando Lamouset los vio partir en el ómnibus, se fue con sus periódicos, a lo largo de la playa, fuera de la vista de todos, salvo la arena, el mar y los lejanos barcos. Se sentó allí y, según nos cuenta con sencillez, se echó a llorar.

No hay dudas de que, si pudieran anularse los necios convencionalismos de unos cuantos miles de años, Lamouset los habría suprimido, junto con Chester Yorke y las sombrías Sadie y Lucila, raptando a su Silvia y llevándosela a una caverna, donde trataría de hacerle olvidar los veinte años transcurridos. Pero esto sucedía en el año 1884, y como Lamouset se sentía sumamente afectado, se sentó en la arena y, después de llorar, permaneció largo tiempo sumido en triste evocación.

Lo terrible del caso fue que notó que las pupilas de su Silvia lo miraron como desde el interior de una prisión. Era verdad que todo el resto de la señora de Yorke, si bien algo cambiado, continuaba siendo cautivante. Su cuerpo había adelgazado y su expresión había perdido su infantilismo, adquiriendo, como pensó Lamouset, la nobleza del sufrimiento. Pero éstos y otros, admitía, eran cambios que le habrían ocultado a su Silvia, si no le hubiese visto los ojos. Su tristeza dulce y tierna lo llenó de viva angustia. Estas emociones se describen mejor en el lenguaje original; pero su totalidad puede relatarse fácilmente en nuestro idioma. Lamouset se dio cuenta de que todavía amaba a su Silvia, y que ella seguía adorándolo.

¿Después de veinte años? Habían transcurrido casi veinte años desde el día en que se vieron por última vez. ¿Un galán de cincuenta y seis años y una deidad de cuarenta y cinco? Pues éstas eran sus respectivas edades aquel día de julio en 1884. Bueno, como pensó Lamouset, en el fondo no tenía importancia, dado que ya no tenía remedio. Por último, se puso a leer los periódicos, y luego emprendió el regreso para almorzar.

Aquella tarde, y la mañana siguiente, conversaron largamente, sentados en la arena, mientras contemplaban a las hermosas jóvenes que jugaban en el agua y a los atletas de monóculo que exhibían su musculatura con una ingenuidad que la señora de Yorke halló un poco estirada. Chester y su prole, magníficos nadadores, dejaron la mamá a cargo de Lamouset, con una confianza que quizás éste no mereciese.

Silvia, empero, era la discreción personificada. Le habló de sus grandes casas (tenía tres), de la fortuna que poseía y de la que heredaría cuando falleciera el suegro, del talento de sus hijas, de la extraordinaria bondad y ternura de su marido y de su propia felicidad. Una o dos veces recordó amigos y hechos de los lejanos días pero, con gran alivio, volvía inmediatamente al presente. Lamouset no volvió a ver los ojos de su Silvia; aunque, sin duda, los buscó ansiosamente. Los que observaban a Sadie y a Lucila, que saltaban hacia atrás, desde el pecho del padre, eran cabalmente los ojos de Chester Yorke.

Aquella tarde Lamouset terminó de hacer el equipaje, y se despidió de unos pocos amigos. A la mañana siguiente partió para París. La señorita Minnie llevó a la estación a Barny-Brack para que se despidiera. Lamouset se conmovió ante el afecto

de ella, y al asegurarle que la pensión Whitworth lo echaría de menos.

La curva de la vía férrea hizo desfilarse el blanco pueblo ante los ojos de Lamouset, mientras el tren ganaba velocidad. Obtuvo una excelente vista de la parte de atrás del Hotel Excelsior, donde en aquel momento su Silvia permanecía inmóvil, quizá dormitando, junto al corpulento aunque atlético Chester.

—¡Así es la vida!... —suspiró filosóficamente Lamouset, y volvió los ojos hacia la locomotora y en la dirección de París.

3

Por fin tenía algo que hacer, allí y en alguna otra parte.

Era una idea a la que la había dado vueltas en la mente muchas veces durante los años de ociosa soledad pasados en Eauville. La noticia de la muerte del doctor Guizard, leída casualmente en un diario, lo decidió a estudiarla con más detención.

El doctor Hamelin, de barba ya cana y uno de los decanos de la profesión, lo recordó perfectamente cuando, después de cambiar algunas cartas, concertaron una entrevista. Además, para satisfacción de Lamousset, las circunstancias concernientes a la muerte del duque de Lorán, que tuvo lugar la noche del 11 de febrero de 1864, se habían grabado tan profundamente en la memoria del doctor que podía referirse a las mismas como si hubiesen ocurrido la noche anterior.

Al principio, su actitud resultó poco estimulante y llena de recelo, pues estaba al corriente de las últimas actividades de Cossard y de la tragedia de Eauville. No obstante, su propia curiosidad y la afabilidad de Lamousset vencieron aquellas dudas, y sostuvieron una larga conversación mientras los pacientes aguardaban resignadamente en la sala de espera. El anciano estaba demasiado ocupado aquella tarde para escribir el largo informe pero, habiendo llegado a un acuerdo con respecto a Lamousset, lo redactó en el hotel, y se lo llevó días después, para que lo firmase y diese fe del mismo.

El documento, como lo redactó él, mientras informaba brevemente sobre la enfermedad y muerte del duque, se extendía explícitamente acerca de los detalles que interesaban particularmente a Lamousset. Para empezar, atestiguaba la existencia del crucifijo de diamantes; hecho del cual, como iba notando gradualmente Lamousset, pronto sería imposible obtener un indicio de prueba. Daba cuenta de lo que los dos doctores vieron y oyeron durante la irrupción de la baronesa Von Gottermann, y aseveraba que, al volver a la alcoba, notaron que el crucifijo había desaparecido del cuello del duque. Atestiguaba, además, que el doctor Hamelin, aun cuando no presenció la extracción del cerebro y del corazón del duque, había visto aquellos órganos después de la operación y había inspeccionado al día siguiente los rastros de la labor del cirujano.

El doctor Hamelin le sonrió astutamente a Lamousset por encima de los anteojos, mientras se echaba atrás, para que se secase la tinta de la firma.

—Fue un asunto curioso, señor Lamousset. Como usted sabe, en la época del juicio, al doctor Guizard y a mí se nos ocurrieron ciertas ideas. Nos comunicamos con la señora duquesa de Lorán, pero se desentendió del asunto, y era natural. Sin embargo, el doctor Guizard y yo continuamos con nuestras ideas, aunque nos extrañó siempre qué diablos hacía usted en la galería. ¿Qué intenta hacer con el informe que he firmado?

Lamousset eludió hábilmente la pregunta.

—Pienso volver a presentarme ante la señora duquesa —replicó—. En efecto,

parto la semana que viene para Orleáns, donde espero el honor de una entrevista. Como sin duda sabrá, reside actualmente en Les Tourelles. Este relato que ha tenido la bondad de proporcionarme me ayudará quizás a convencerla para que actúe —dijo, extendiendo hábilmente la mano, y asegurándose de que el doctor Hamelin se lo había entregado.

El doctor Hamelin, impresionado por aquel aire misterioso, lo acompañó hasta la puerta del consultorio, le rogó que le transmitiera sus respetuosos saludos a la señora duquesa y le dio unas palmadas en la espalda, mientras le deseaba buena suerte. Preguntó dónde estaba Cossard y por cuánto tiempo.

—Está en Marsella —respondió Lamousset—. Faltan aún quince meses para cumplir la condena.

El anciano Hamelin esbozó una irónica sonrisa.

—De todos modos, saldrá pronto para entrar nuevamente. Cossard terminará mal; siempre lo he dicho. He vivido setenta años, señor Lamousset, y nunca he visto unos fuegos artificiales que no se quemasen.

La visita de Lamousset a Les Tourelles duró dos semanas enteras. La señora duquesa se había vuelto un poco irascible con la edad; ella tenía también más de setenta años, era sorda y sufría una constante neuritis. Aun cuando recibió bondadosamente a Lamousset, se mostró reacia a oír cualquier referencia sobre un pasado al que había cerrado completamente las puertas. La situación se complicaba por las interrupciones de los numerosos sobrinos-nietos y sobrinas, franceses y escoceses, cuya alegría llenaba bulliciosamente el viejo castillo Luis XIII.

Afortunadamente, Lamousset descubrió a un antiguo conocido en la persona del mayordomo, que había sido insignificante pinche de cocina en el hotel del Quai d'Orsay, durante los últimos tiempos de servicio de Lamousset. Fue muy bien tratado, y pudo esperar resignadamente su oportunidad. Deseaba la aseveración escrita de la duquesa de que su marido había usado constantemente el crucifijo de diamantes, que había visto alrededor de su cuello momentos antes del fallecimiento, pero que luego no volvió a ver.

Al final consiguió lo que quería, aun cuando la anciana regañara en diversas ocasiones y no comprendiera del todo por qué motivo se inmiscuía en cosas que era mejor olvidar. No obstante, el día en que se despidió respetuosamente de ella, sin duda en traje de etiqueta, la duquesa lo consoló con un cumplido que él recordaba con no disimulada satisfacción.

—¡Dios mío, qué elegante! Recuerdo que usted fue siempre un petimetre.

Fue la última vez que vio a la señora duquesa; estaba en el prado, cerca de la hilera de fuentes, donde de niño la había visto tantas veces por las tardes leyendo una novela. Los ojos de la anciana siguieron curiosamente su alta figura, que atravesaba los campos de tenis, donde la gente joven, con pantalones de franela y faldas ligeras, corría de aquí para allá a pleno sol.

Lamousset regresó a París, pensando que cuando se es mitad escocés se recuerda

sólo a medias.

Permaneció en París hasta la liberación del doctor Cossard, la cual tuvo lugar en 1885. Hacia fines de este año se entabló una breve correspondencia entre ambos. Una mañana de octubre, sombría y brumosa, se encontraron nuevamente en un sórdido restaurante cercano a la prisión, donde, durante una o dos horas, Lamousset había estado contemplando las moscas del techo, tratando de decidir si estaban muertas o solamente moribundas, igual que el camarero.

Se estrecharon la mano, y Lamousset preguntó:

—¿No usa ya anteojos, doctor?

—Así parece —respondió lacónicamente Cossard.

—Peor para mí —dijo sonriendo Lamousset—. De todos modos, lo felicito. El tren sale a las nueve y media. Tenemos el tiempo justo para ir andando a la estación.

—¿Ha reservado un compartimiento?

—Sí.

—¿Y ha traído una maleta?

—Sí. Podrá cambiarse de ropa en el tren. Vi al señor Dubonnet el martes. Me dijo que saldría para Assangy el miércoles por la mañana, y lo esperaría a usted cualquier día de la semana próxima.

Mientras marchaban rumbo a la estación, Cossard le hizo una breve confidencia.

—Tengo mis dos millones —observó—. Así dice Dubonnet. Comenzaré inmediatamente mi hospital.

Lamousset se sintió profundamente impresionado. Aquel valor le pareció «sobrehumano». No obstante, se limitó a sonreír, y expresó que sería un cambio agradable.

CAPÍTULO XVIII

HACIA EL FINAL

1

Así se reanudó el dúo. Habían ejecutado veintiún compases, y aquella triste mañana de octubre de 1885 Lamousset pensó que se acercaba el final. Pero no habían llegado ni a la mitad; quedaban por ejecutar aún veintinueve compases más.

Cuando se hace un breve alto en el camino es cuando se sienten las ampollas que saldrán en el trayecto. En cierto momento Lamousset halló el asunto tan difícil, que se sintió inclinado a hacer culminar el asunto, de una vez para siempre, mientras vivieran algunos testigos que corroboraran su relato. Pero siempre volvía al mismo dilema. Si el relato llevaba una vez más a Cossard al banquillo de los acusados y luego no convencía al jurado, toda esperanza de que Cossard entregara el crucifijo, lógicamente, desaparecía. Si el relato no fracasaba, su triunfo daría lugar al consiguiente juicio de Cossard, por la muerte de Bretelles. Ello significaba la muerte o la prisión perpetua de Cossard; no lo dejarían escapar por tercera vez. Naturalmente, esto representaba también el fin de toda esperanza de recuperar el crucifijo. Cossard no lo entregaría nunca por temor a una amenaza. De eso Lamousset estaba muy seguro.

Envió los informes obtenidos del doctor Hamelin y de la señora duquesa de Lorán a sus abogados, para que los guardaran junto con su propio informe, que le había devuelto, después de la muerte del marido, la señora de Daumier. Luego de algún tiempo se tranquilizó.

Durante los veintinueve años siguientes, toda su vida transcurrió prácticamente en Assangy.

Trabó su primer conocimiento con el lugar cuando Cossard, después de ser puesto en libertad, se instaló en el castillo de Erly, que Jorge Dubonnet adquirió algunos años antes de un deportista alemán, y que era utilizado ocasionalmente como casa de campo. A esta altura de la vida, al doctor Cossard no le atraían ni el deporte ni el ajedrez social, y se sentía profundamente molesto por la pródiga hospitalidad de Dubonnet y sus bulliciosos amigos; pero le interesaba Rochanville, una próspera ciudad de doscientos mil habitantes, situada a gran altura, en medio de una hermosa comarca y con el más bajo índice de mortalidad entre las ciudades similares de Francia.

Tomó rápidamente una decisión; a la sazón actuaba siempre con rapidez. Como Dubonnet se había cansado del espacioso castillo, que, según admitía, era un enorme elefante blanco, cuando, en realidad, no tenía tiempo para los deportes del campo, Cossard le propuso una oferta que el financista aceptó con una inclinación de cabeza y una bocanada de su cigarro. Apenas se habían ido los invitados de Dubonnet, y éste se disponía a hacerlo, cuando llegaron al castillo los arquitectos y los contratistas. Iba a ser transformado inmediatamente en el más moderno hospital.

Sin embargo, después de unos cuantos meses de furiosa exasperación e impaciencia, de planos que se arrollaban y se volvían a desenrollar en las mesas, y de arquitectos con ideas y contratistas sin ellas, el doctor Cossard llegó a la conclusión de que costaría menos construir dos hospitales que transformar el castillo en uno de ellos. El castillo, a más de trescientos metros sobre el nivel del mar, constituiría una admirable residencia para convalecientes, con sus bosques de pinos, aire puro y su admirable paisaje.

Una vez más se desdoblaron los planos en el suelo, y gente áspera y descortés comenzó a errar por los corredores, con las botas llenas de barro, mascando el cabo de los lápices y midiendo las paredes; o bien se apiñaban alrededor de un arquitecto, agitaban los brazos y se encogían de hombros al observar el castillo desde los ángulos más inesperados, como si creyeran que nunca llegaría a ser más que un mediocre manicomio.

Cossard encontró en seguida un terreno en Rochanville, lo compró y trasladó a él los arquitectos y contratistas. Abandonó por el momento la idea del hospital, pero el hecho es que nunca volvió seriamente a ella. El doctor Cossard y Lamouset ocuparon completamente solos, exceptuando el gran número de criados, una mansión que podía alojar con comodidad a cuarenta invitados.

Durante casi cinco años Cossard observó cómo iba creciendo el edificio por encima de las chimeneas de Rochanville. El dinero fluía como el agua. Gastó, sólo en salarios y pagas, un millón y cuarto de francos. Además, cumpliendo su promesa, asignó a los administradores otro millón, en concepto de dirección y manutención. Como si esto fuera poco, la corriente de oro que surgió en Eauville seguía fluyendo

aún. Sus ingresos, provenientes no sólo de sus acciones en la compañía originaria, sino de toda clase de empresas locales de Eauville, eran cuantiosos. Previo también que el ala pagada del hospital produciría una renta suficiente como para sufragar los salarios del reducido aunque selecto personal que tendría el privilegio de trabajar bajo su conducción.

El equipo del laboratorio patológico, verdaderamente magnífico, retardó la apertura de la institución unos meses más sobre la fecha fijada. Los dos patólogos enviados a Alemania y a Norteamérica para informar sobre los últimos adelantos de los laboratorios de aquellos países regresaron en mayo de 1890, en lugar de hacerlo en febrero.

Por fin llegó el 10 de julio, y con lo más selecto de la profesión, dos bandas militares, una distinguida concurrencia y el señor presidente de la República, todo estaba dispuesto... excepto el cirujano principal.

Unas tres semanas antes un jardinero del castillo de Erly se infectó un brazo al descuidarlo durante unos días. Se formó un gran absceso y, al conocer la dolencia del individuo, Cossard decidió abrir la llaga, que era la más simple de las operaciones. Sin embargo, narra Lamoussset, estaba extraordinariamente nervioso y preocupado por ello, y hasta se estimuló para la tarea con un vaso de coñac. Su ansiedad lo impulsó a inclinar la cabeza cerca del brazo del paciente, al hacer la incisión. El líquido séptico le saltó a la cara y estuvo tres días en una sala de su propio hospital, con dos grandes llagas supurantes, en el lugar donde habían estado los ojos.

La visión mejoró algo con el tiempo, pero nunca volvió a ser tan potente como lo había sido después de ser puesto en libertad por segunda vez. Se designó a un nuevo cirujano principal. El eminente doctor Cossard se retiraba definitivamente.

Lamoussset recapitula este suceso, con la observación, trivial para nosotros, pero, sin duda, de un profundo sentido para él, de que estaba predestinado. Puede imaginárselo uno diciendo «predestinado» sin pronunciar la «r» y verlo jugando con la cinta del monóculo, mientras hablaba con su ligero balbuceo. No obstante, la inauguración del hospital tuvo gran repercusión, y Cossard fue su héroe. Le otorgaron una condecoración, y el presidente conversó con él, junto al lecho, cerca de diez minutos. Soportó su desgracia sin una queja, aunque maldijo las bandas militares. Sin embargo, Lamoussset refiere que «algo se había roto en él».

Continuó interesándose aún por la institución, y cada mes efectuaba una visita de inspección. Si el ver lleno el hospital le aportaba alguna satisfacción, nunca se sentiría defraudado. Existía un inagotable caudal de casos sin esperanza.

Después de esto, se transformó en un hombre abatido, a pesar de contar poco más de sesenta años. Excepto una visita anual a Aix, un viaje ocasional a París y una excursión a Eauville (la pensión Whitworth había desaparecido, y Lamoussset encontró el lugar muy cambiado y sumamente vulgar), durante los veinticuatro años siguientes, pasados en Rochanville, no salió más allá de los terrenos del castillo de Erly.

Durante algunos años se interesó por la dirección de la propiedad, y llegó a poseer una gran caballeriza y un famoso rebaño de excelente ganado; pero las reyertas con los miembros de la comisión de la sociedad agrícola local menguaron tales entusiasmos.

Amargado, irritable, víctima del reumatismo, amenazado por una seria afección a la vejiga, medio ciego, sin ideales, sin esperanzas, sin cariño por nadie en el mundo, se volvió una persona molesta e insoportable para convivir con ella todos los días desde la mañana hasta la noche, y todas las noches desde la caída del sol hasta el alba.

Sólo cuando se le leía se ponía agradable, pues entonces se quedaba casi siempre dormido. Únicamente cuando tenía ante sí el tablero de ajedrez, algo del antiguo Cossard revivía en él. Lamouset dice que nunca podía saberse qué haría Cossard con una reina, un caballo y unos cuantos peones.

Por supuesto, el mismo Lamouset no era a la sazón ningún mozalbete. En 1890, cuando observaba a Cossard punzando el brazo del jardinero, contaba sesenta y dos años. En 1897, cuando visitó nuevamente Eauville, sesenta y nueve. En 1901, cuando volvió a ver a la señora de Yorke, setenta y tres.

3

Una brillante mañana de julio de dicho año, al regresar Lamousset con el doctor Cossard de la Place Thermale de Aix, para desayunar en el Splendide, encontró aguardándole un telegrama de Rochanville. Era el penúltimo día de la cura anual del doctor Cossard, y Lamousset había remitido las instrucciones al castillo de Erly, para que estuviese preparado al regresar el amo. Un poco sorprendido al ver que el mayordomo juzgara necesario telegrafiar acusando recibo, abrió lentamente el telegrama, mientras subía con su compañero en el ascensor.

Al principio tuvo la impresión de que se trataba de una equivocación, pues la firma era Schuyler, y el mensaje decía: «Señorita Garke, muy enferma en Saint-Vincent, operación sábado, espera verlo a su regreso, viernes». Pero antes de llegar a la habitación del segundo piso, que había sido su hogar durante el pasado mes, descubrió la verdad. «La señorita Garke» era «la señora de Yorke» desfigurada por la torpeza de algún empleado de la oficina de telégrafos, y se encontraba en Saint-Vincent, el hospital del doctor Cossard para los casos sin esperanza. Decidió en el acto que el doctor Cossard debía regresar a Assangy aquella misma tarde.

Levantó la vista y encontró los ojos de Cossard observando el telegrama.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Supongo que no irá a decirme que se ha quemado mi casa.

—No —contestó Lamousset—. Me he enterado de que una amiga está en Saint-Vincent. Temo que sea algo serio; la operarán el sábado.

Cossard lanzó una carcajada.

—¿Una amiga? —repitió—. ¿Tiene aún alguna? Entonces, todavía tiene algo que perder. ¿Ha alquilado un coche para ir a pasear esta tarde por el Val de Fyères?

—No. Creo que debemos salir esta misma tarde para Assangy.

—¿Esta tarde? —Exclamó Cossard—. ¿Por qué? ¿Para que pueda ver a su última amiga?

—Exactamente.

—Entonces, vaya; yo no se lo impediré.

—Esperaba que usted me acompañara.

—Quizás el viernes, si tengo ánimos para ello. Puede esperar hasta entonces.

—No. Debemos marcharnos esta tarde.

—¿Cómo? Esa amiga suya es más importante que yo, ¿verdad? Veremos.

Cossard tiró de la campanilla, y cuando apareció el criado, pidió hablar con el gerente. Le anunció a éste que necesitaba la habitación por otras dos semanas, pero resultó que ya estaba comprometida, y el gerente no tenía otra habitación disponible hasta la semana siguiente.

No obstante, después de jurar que jamás pisaría el Splendide, Cossard se aferró al propósito anterior de iniciar el regreso la mañana del viernes. Se sintió tan ridícula y lastimosamente ofendido por el descubrimiento de que existía para Lamousset otra

persona en el mundo que le importaba más que él, que se acostó con temperatura. Lamoussset pasó la noche velando su febril insomnio, y no pudo dormir. Dispuso de tiempo suficiente para fijar los ojos en el reloj de viaje, que estaba junto al lecho vacío, y pensar en los otros ojos, que aguardaban quizá, también insomnes, la llegada del día. Tal vez su llegada también... Era una idea desconsoladora.

Uno piensa que le hubiera resultado más simple liar sus ropas y alcanzar el tren de las seis de la mañana, que lo dejaría en Rochanville a las diez de la noche, o un poco después; pero no demasiado tarde para que tan íntimo amigo del doctor Cossard viera a un paciente en Saint-Vincent. El doctor Cossard sería bien atendido en el Splendide. En cuanto al alboroto y misterio que rodeaba al crucifijo de diamantes... Bueno, vale más encogerse de hombros y sonreír lo más afablemente posible.

Pero creer que Lamoussset fuera capaz de ello, es admitir que no se tiene la menor noción acerca del hombre. Su corazón estaba gastado y hastiado de imaginaciones. Pero era aún capaz de ver a la Silvia de cuarenta años atrás, treinta y siete, para ser más exactos, y sentir la conmoción que se produjo en su sangre al descender ella del vagón de ferrocarril en el soleado andén de Avrèches. Podía imaginar también la escena actual, la sala severa y aseada que había visto cientos de muertes, las tranquilas y pulcras enfermeras hablándole a uno como a una cosa sin importancia, el distraído cirujano, cuyos ojos veían sólo el «caso», la avería en la terrible maquinaria de la vida. Durante toda la calurosa noche Lamoussset vio, perfectamente claras, tales escenas, aun cuando había cumplido setenta y tres años. Pero no pensaba en alcanzar el tren matutino, de la misma manera que no se le habría ocurrido abandonar el Splendide sin abonar la cuenta.

El doctor Cossard despertó por la mañana, después de dos horas de sueño, con una idea nueva. Tomaría una habitación en cualquier hotel y permanecería otra quincena en Aix. Lamoussset aguardó que terminara el vaso de agua caliente que estaba bebiendo, y le dictó su ultimátum.

—Usted está bastante bien para viajar. Si se niega a partir hoy, telegrafiaré a mis abogados para que entreguen al fiscal mi informe, el del doctor Hamelin y el de la última señora duquesa de Lorán.

Se produjo un silencio. Era la primera vez que Cossard se enteraba de los informes auxiliares. Lo miró fijamente, y lanzó una carcajada forzada.

—Volvemos a ello.

Después de una pausa, mientras mordisqueaba un bizcocho, preguntó:

—¿Qué diablos tiene que ver Hamelin con esto?

—Ya se enterará —respondió Lamoussset— si se niega a emprender el viaje a las dos y cuarto. No discutiremos sobre el asunto. No quiero que le sobrevenga nuevamente la fiebre. Le doy plazo hasta las diez de la mañana para que se decida.

Cossard se tapó con las mantas y simuló dormirse nuevamente. Pero, entre las diez y once de la mañana, decidió marcharse aquel día. No obstante, pocos minutos antes de las dos, cuando le llevaron la cuenta, no pudo encontrar el talonario de

cheques. No lo encontró jamás.

—Bueno, aquí estamos —dijo—. Debo buscar mi libreta de cheques. No la puedo dejar extraviada por ahí...

Lamousset redactó un telegrama y se lo alargó al camarero.

—Envíelo inmediatamente —ordenó.

Cossard esperó que el hombre llegara al corredor, y luego dijo sonriendo:

—Llámele y pague la cuenta por mí; luego le pagaré.

Arribaron a Rochanville en las primeras horas de la mañana siguiente y se dirigieron directamente desde la estación a la blanca fortaleza de Saint-Vincent. Pero habían operado ya a la señora de Yorke, y sus inquietudes tuvieron fin durante la noche. Era un caso sin ninguna esperanza. Su hija, la señora de Schuyler, estuvo a su lado cuando murió.

Poco después Lamousset vio a la señora de Schuyler, la Sadie de la muñeca, y supo que Chester Yorke había muerto a fines del noventa. La madre, cuya salud había sido muy delicada durante muchos años, residió en París desde su muerte. El peregrinaje a Saint-Vincent fue un caso de desesperación final; sabía que no podría vivir más.

La hermana superiora condujo a los dos hombres a la capilla ardiente, donde yacía la señora de Yorke, junto con dos compañeros. Sin embargo, Lamousset no percibió signo alguno de su Silvia: sólo una diminuta anciana de rostro cansado, que nunca pudo amar ni ser amada. La besó en los labios... y la olvidó; prefería evocar a su Silvia.

Tictac, tictac. Los dos relojes proseguían su marcha. Lamousset los seguía oyendo perfectamente, mucho mejor que el doctor Cossard, que oía sólo lo que le convenía. No existían en el espacioso castillo blanco otros sonidos que disputaran su supremacía; pues Lacques, el mayordomo, sometía a sus subordinados a una estricta disciplina, y sólo se oía el gemido de los pinos, cuando cesaba por un instante. Le parecía a Lamousset que los relojes marchaban más de prisa en aquellos días. Le parecía que siempre era sábado, día en que saldaba las cuentas de la casa con el mayordomo.

Salvo por los relojes y el cambio de los árboles y el viento, el tiempo, que corría vertiginosamente, parecía permanecer quieto. Nada ocurría. Las anotaciones en el diario de Lamousset cesaron poco después de la muerte de la señora de Yorke. Fue delegando las responsabilidades del cuidado de la mansión en Lacques. Cada vez distinguía menos al doctor Cossard de sí mismo, o a sí mismo de las demás figuras de sus sueños. En algunas ocasiones le parecía que ambos deberían de vivir así hasta la eternidad; pues ninguno de los dos creía posible dejar de vivir antes que el otro.

Una noche, en el invierno de 1909, cometieron un robo en el castillo; fue un asunto insignificante: algunos objetos de plata, metidos dentro de un saco, y que abandonaron luego en el instante de la alarma; pero el anciano Cossard habló de este asunto durante meses enteros. Adquirió una pequeña pistola automática, peligroso objeto para sus cansadas manos y débiles ojos, que permanecía cargada siempre, en una mesa junto a su lecho.

Tictac, tictac. El reloj proseguía su marcha, pero cada vez más aceleradamente. Una monótona y sofocante mañana de agosto, poco antes del almuerzo, mientras Lamousset se paseaba pausadamente por la terraza con el doctor Cossard, percibió otro ruido. Lo reconoció en el acto, pues había estado esperándolo. Tocó el brazo de su acompañante y lo hizo detenerse.

—Escuche, doctor. Al fin hay nuevas para nosotros.

CAPÍTULO XIX

¡PUM, PUM! ¡PUM, PUM!

1

¡Pum, pum! ¡Pum, pum! Los martillos golpeaban ya con tanta furia, que las piezas del tablero de ajedrez jugaban solas. Lamousset tomó un peón con su caballo blanco, volvió a poner una torre errante en su casilla.

—Jaque —dijo tranquilamente y, acomodándose nuevamente en el sillón, paseó distraídamente la mirada por el aposento.

¡Pum, pum! ¡Pum, pum! Clac-clac-clac. Sonrió ante este monótono estrépito, que tenía lugar en la lluvia y en la oscuridad. Poseían la persistencia enloquecedora de un lunático, golpeando una marmita de metal. Le impedía decidirse con qué anaquel de libros podía empezar. Bueno..., comienza por las ventanas, y sigue en el otro sentido...

Sabía la historia de cada tachuela. Sin titubear, podría decirle que aquella cortina se había comprado en 1888 y que el techo se había pintado en julio de 1910. Gran parte del contenido de la habitación databa desde temprana asociación con Cossard. El amplio escritorio, los libros, los armarios, llenos de reliquias pasadas de moda; los cuadros, la camilla, todos esos objetos, los había visto por primera vez en el consultorio de su antigua mansión de la calle Cornièvres. Pero era capaz de relatar cada vicisitud: tanto el lugar en que fueran dejados en depósito en 1870, como el sitio en que Cossard había dejado su otro par de anteojos. El doctor usaba dos pares, para distintas distancias, y siempre había extraviado el par que necesitaba en el momento.

Lamousset llegó nuevamente a las ventanas, y observaba el continuo parpadear de los relámpagos, cuando la primera granada hizo impacto en la casa, en el techo del ala en que se hallaban, según conjeturó. Durante un instante la existencia pareció

quedar envuelta en medio de un vertiginoso torbellino. Lamousset oyó luego el estrépito de un cuadro que caía detrás de él, y volviéndose, advirtió que la pared de la cual había pendido se rajaba desde el techo hasta el zócalo. Una lluvia de yeso blanqueó el tablero y a los jugadores; se oyó el crujido de una viga, encima de la chimenea.

—Ha sido una tontería arriesgar ese peón —murmuró Cossard—. Ya me lo temía.

Lamousset no sonrió. Pero se dijo a sí mismo que Cossard era impagable; no existía otra palabra para definirlo. De pronto husmeó algo.

—Creo que se está quemando algo. Probablemente, esa dichosa granada... ¡Ah, ahí va otra!

Mientras la mansión oscilaba, Cossard se puso de pie. Lamousset lo siguió hasta el pie de la escalinata, envuelta ya en una nube de humo. Se produjo un estrépito, seguido por la caída de mampostería y el chapoteo del agua. De pronto surgió una pequeña cascada, que caía desde el descanso hasta los pies de los dos ancianos. Lamousset se puso el impermeable, se levantó el cuello, y tomó su paraguas y su maleta.

—Debía haber ganado yo, doctor —dijo, encendiendo un cigarrillo—. Pero le regalo la partida.

—¡Oh! Se va, ¿no es así? —comentó Cossard.

—Naturalmente. ¿Me acompaña?

—No.

—¿No? Entonces... hasta la vista.

Se dirigieron juntos hasta la puerta principal, donde se detuvieron mientras observaban la pálida cortina de lluvia. A lo lejos, un resplandor siniestro iluminaba el cielo, por encima de Rochanville. Lamousset lo señaló.

—Parece que han llegado antes que nosotros. ¿No viene usted?

—No —repitió Cossard—. Me quedaré aquí. Por lo menos está seco.

Lamousset se volvió, miró la escalera, apenas visible por la nube de humo, y lanzó una carcajada.

—Demasiado seco. Entonces... hasta la vista, doctor.

—Hasta la vista, Lamousset.

Las puertas se cerraron tras Lamousset, antes de que éste abriera el paraguas. Evidentemente, Cossard no tenía la menor sospecha de la estratagema. Hizo una pausa para colocar un oído en dirección al desagradable clac-clac-clac, que se había acercado aún más, con su perturbadora incoherencia. Bajando luego el paraguas, torció por el lado este de la mansión, pasó la caseta de la luz eléctrica, donde la dínamo seguía zumbando tranquilamente, atravesó los invernáculos y, sonándose las narices y tratando de no toser, llegó a los escalones de hierro, que iban desde el jardín a la galería del consultorio.

Había sido un rodeo considerable y tardó más tiempo del calculado. Las altas ventanas estaban cerradas y chorreando agua, de modo que percibió con dificultad el

interior de la estancia. Pero en el acto se dio perfectamente cuenta de un hecho. Estaba desierta.

Al recordar que las ventanas no tenían corrida la traba, ganó la balaustrada de la galería y, con unos cuantos puntapiés, que le dejaron terriblemente doloridas las piernas, no acostumbradas a tales ejercicios, logró abrir una ventana. Penetró y se detuvo a escuchar. Pero en la casa no se oía ningún ruido, excepto el siniestro crujido de la madera inflamada y el chapoteo del agua en el vestíbulo.

Observó la estancia. El humo penetraba a la sazón espesamente por la puerta abierta, y le faltaba aire. No podía concentrarse; le resultaba difícil hacer una búsqueda metódica cuando sentía un vivo escozor en los ojos. Instintivamente, dirigió la vista a los anaqueles de los libros. No encontró rastro alguno de desarreglo, ni la puerta abierta. Avanzó hacia el escritorio, pero mientras así lo hacía, se apagaron las luces eléctricas. Su estrategia había fallado. Si el consultorio guardaba algún secreto, ya no lo sabría nunca.

Mientras tosía y respiraba con dificultad, trató de hallar a tientas el camino hacia la puerta que conducía al vestíbulo. Un relámpago cegador iluminó la pared, desde la cual lo miró por un instante el retrato de Cossard. Se detuvo en seco, observándolo boquiabierto. Después rió con fuerza, aunque la carcajada terminó en un paroxismo de estrangulación; se cubrió la boca con el pañuelo y siguió hasta el vestíbulo. El segundo paraguas y la maleta habían desaparecido. Se precipitó a la terraza, con luz como de día por el resplandor del incendio del ala oeste, y se detuvo indeciso bajo la lluvia torrencial.

—¡Estupendo! —exclamó dirigiéndose a la lluvia y forcejeando con su paraguas y la maleta. Pero cuando la pudo abrir, dedicó al doctor Cossard otro cumplido—: ¡Impagable!

No obstante, en aquel punto cambió bruscamente lo jocoso de la situación. Otro relámpago deslumbrante le mostró una procesión de negras siluetas que corrían a través del parque en una fila, paralelamente al camino. Una voz gutural, que dio una orden, confirmó su sospecha. Aquellas figuras que corrían eran alemanes. Evidentemente, habían avanzado desde el pueblo, a través de los bosques, y cortaban en ángulo para llegar al camino de Rochanville, en lo alto del cerro, situado a un kilómetro de las verjas de las avenidas del castillo.

Lamousset abandonó rápidamente la dignidad, pues se percató de lo visible que resultaba con su paraguas. Lo cerró presuroso, corrió por la terraza, a lo largo del ala oeste, convertida a la sazón en un verdadero horno abierto, bordeó el muro del jardín y, luego de atravesar la verja, se encontró en lo alto de un escarpado sendero que se hundía en la oscuridad de los bosques de pinos. El sendero surgía de los bosques, un kilómetro más lejos, y se unía al camino en un extremo apartado del cerro. Si el doctor Cossard había visto también aquellas hormigas negras cruzando el parque, existía la posibilidad de que hubiera tomado el atajo, para ponerse a cubierto en los bosques. Si no las había visto..., bueno, aquella noche podrían ocurrirle muchas

cosas a un caballero anciano, para que Lamouset se detuviera a pensar en ellas.

La senda se volvió muy resbaladiza, y cayó pesadamente dos veces. Le zumbaba la cabeza, y cada gota de sangre de su cuerpo parecía haberse acumulado en sus oídos y trataba de abrirse paso. ¡Pum, pum! ¡Pum, pum!, golpeaban los martillos.

—¡Imbéciles! —exclamó, exasperado por último, Lamouset.

Se levantó y, dando traspiés, prosiguió animosamente. Poco después su valor se vio recompensado. Tropezó con lo que al principio creyó una enorme piedra; pero, después de tantearla, descubrió que era la maleta que aquella tarde había preparado tan cuidadosamente para la eventual partida del doctor Cossard. Por lo tanto, éste había tomado aquel sendero, y no con muchos minutos de adelanto. ¡Magnífico! ¡Adelante!...

Lamouset levantó la maleta abandonada y reanudó los tumbos. Una repentina descarga de granadas cayó entre los pinos, no muy lejos de él. Seguía lloviendo torrencialmente. De vez en cuando la ciega oscuridad se convertía en una luz cegadora, en la cual cada pino proyectaba una sombra que parecía una abertura en el suelo. Realmente, en circunstancias semejantes un bosque de pinos no era el lugar más envidiable. Por otra parte corría el riesgo de que le diese un calambre en las pantorrillas, no acostumbradas a correr; pero debía llegar al camino de Rochanville, solo o en compañía del doctor Cossard, antes de que aquellas hormigas negras se reuniesen en la loma. Debía arriesgarse a los calambres de las piernas, y a alguna que otra caída repentina, que le clavaba la columna vertebral en el cerebro.

¡Pum, pum! ¡Pum, pum, pum!

—¡Qué encanto! —murmuró Lamouset.

Entonces y de pronto divisó nuevamente al eminente doctor Cossard.

2

Lamousset no había concurrido en su vida a un cinematógrafo; lo cual era cierto, como se probó luego. Por lo tanto no advirtió que la actitud en que encontró al doctor Cossard en aquel instante era la misma que le hubiera elegido un director inteligente. Tenía la espalda apoyada en un árbol y los brazos semilevantados sobre la cabeza; un corpulento soldado alemán, armado hasta los dientes, le apuntaba el pecho con la bayoneta.

—Quédate quieto, viejo sapo —ordenó una voz ronca—. ¿Qué es lo que tienes ahí?... Suéltalo. Suéltalo, viejo...

—*Cochon!*

Una carcajada y una sarta de juramentos siguieron a la voz de Cossard; luego un breve forcejeo, un golpe y otra andanada de blasfemias.

Lamousset se inclinó para colocar su paraguas y las dos maletas en el suelo, y permaneció detrás de un enorme pino, observando el rápido y ridículo drama que se desarrollaba en una serie de escenas increíbles. De pronto, las dos figuras fueron a parar al suelo. Luego, uno de ellos logró ponerse nuevamente de pie y, liberándose brutalmente, dio un puntapié a un objeto blanco; lo erró, pero, al final, lo mandó volando por el sendero. En un abrir y cerrar de ojos las dos personas se encontraron entrelazadas en el suelo. Se oyó un estampido, una exclamación salvaje y otro «*cochon!*^[16]» de Cossard, más salvaje todavía. El alemán logró por fin incorporarse, y avanzando con cautela se preparó para la embestida. Lamousset apareció por detrás del pino y vació su revólver en el hombre que permanecía en cuclillas. Profirió un gruñido de asombro, cayó hacia adelante, y quedó inmóvil. Antes de que se acercase Lamousset, el doctor Cossard encontró su pequeña automática y, apoyándola en el oído de su enemigo, disparó hasta vaciar el cargador.

—*Sacré cochon!*^[17] —exclamó otra vez.

¡Pum, pum! ¡Pum, pum! Se percibían pasos en la parte inferior de la cuesta. Más fuerte que los insidiosos golpes de los martillos, Lamousset oyó el apagado choque del metal contra la madera; era como si algo golpeará contra un árbol. Echó a correr por el sendero, en busca del objeto blanco que había servido de pelota al alemán, y se le cayó una de las maletas cerca de Cossard, al pasar por su lado.

—¿No se ha roto nada?

—No.

—Vamos, entonces. Están allí abajo.

Encontró lo que buscaba en la entrada de una madriguera y lo recogió. Su antigua blancura inmaculada estaba cubierta de arcilla húmeda, y las pesadas botas habían causado alguna mella. No obstante, no había sufrido grandes deterioros.

—Démelo —gruñó detrás de él la voz de Cossard.

Pero Lamousset le apartó la mano y se apresuró por el resbaladizo sendero con

peligrosa celeridad, apretando el paraguas, la maleta y a Spot, el fox-terrier de pura sangre, ya embalsamado, regalo al eminente doctor Cossard de un agradecido príncipe inglés, en el año 1864. Detrás de Lamousset trotaba el eminente doctor Cossard.

¡Pum, pum! ¡Pum, pum!

Sin embargo, a Lamousset ya no le molestaba el estrépito de los martillos. Su clamoreo le parecía más bien el canto de su victoria.

Cinco minutos después se toparon con un diminuto y flemático *poilu*^[18], que sostenía una bayoneta casi tan alta como él. Aquellas hormigas negras que había visto Lamousset cuando cruzaban el parque eran sus propios compatriotas, que se retiraban, ante la superioridad de los contrarios, para resistir en la colina. La avanzada los pasó con una sonrisa y un:

—No se expenden billetes de regreso esta tarde.

Cuando al fin alcanzaron el camino, un fatigado aunque amable comandante de compañía los metió dentro de una ambulancia.

—Lleva consigo su colección —dijo sonriendo y ojeando el bulto de Lamousset.

—No quiero que estos bárbaros se lo coman —respondió Lamousset, con humor senil—. Mil gracias, señor capitán.

La ambulancia, que no era un alegre carro triunfal, tuvo que dar una serie de rodeos antes de vaciar su contenido en el puesto militar, situado en las afueras de Rochanville. Allí les aconsejaron a los dos fugitivos que evitaran la ciudad, que estaban bombardeando continuamente, y siguieran el canal hasta Gesses. Pero decidieron correr el riesgo yendo hacia el Oeste, por un camino más directo, y se unieron a una de las corrientes de aldeanos cargados que afluían a la estación. Según habían oído, existía la posibilidad de que partieran algunos trenes.

Amanecía cuando pasaron cerca de lo que quedaba del edificio del doctor Cossard: un negro esqueleto, que seguía ardiendo violentamente. La mayoría de los pacientes que pudieron escapar había sido trasladada a la estación. Un pequeño grupo de enfermeras montaba la guardia ante una larga fila de desventurados, tendidos en lamentable estado a lo largo del sendero.

Cossard renegó amargamente.

—No importa, doctor —dijo Lamousset, consolándolo—. Lo recordarán lo mismo sin él.

La estación bullía en desconcierto. Habrá un tren..., no habrá. De todos modos, los casos de hospital debían embarcarse antes. Quizás hubiesen volado el puente de Lauroy. En el mejor de los casos, el tren no podría llegar más allá.

Cesó la lluvia, pero el cielo ofrecía un color gris tiznado. ¡Pum, Pum! ¡Pum, pum! Los dos ancianos, enlodados y tiritando de frío, se alejaron en medio de los empujones y se refugiaron en una mísera taberna, donde, por un precio fabuloso, consiguieron un poco de café tibio. El propietario, cuando no permanecía en la entrada, se lamentaba de su mala suerte ante los parroquianos. Regresaron, también a

empellones, a la estación y, al encontrar una hilera de coches abandonados en un lejano apartadero, se instalaron en uno de ellos.

—Y ahora —dijo Lamousset—, veamos.

Con toda solemnidad operó a Spot, utilizando para ello un cortaplumas poco adecuado. Extrajo de su interior gran cantidad de virutas de madera y un primoroso paquete, envuelto varias veces en gamuza. Hasta el último momento no tuvo la certeza de que al final no le aguardase una decepción; pues el anciano Cossard, sentado en el asiento de enfrente, lo observaba de soslayo, con una sonrisa irónica, a pesar de su cansancio.

No obstante, como pudo juzgar, era el crucifijo del señor duque lo que le reveló la gamuza abierta. Durante unos instantes contempló meditativamente la valiosa joya.

—¿Ha estado siempre ahí? —preguntó. Y cuando Cossard asintió silenciosamente, exclamó de nuevo—: ¡Es impagable!

Envolvió cuidadosamente el crucifijo y lo guardó en el bolsillo superior.

—Bueno..., ha sido largo —dijo—; pero, al final, ha resultado divertido.

Se levantó, abrió la portezuela y descendió.

—Temo que tendremos más lluvia. Buenos días.

—¿Dónde va?

—A París, por supuesto.

—No habrá ningún tren.

—Todavía tengo los pies —respondió Lamousset.

—¿Piensa dejarme aquí plantado?

Lamousset reflexionó unos instantes.

—Muy bien —contestó al subir nuevamente al coche—. Pero cambiémonos antes los calcetines. Encontrará un par en la maleta.

CAPÍTULO XX

¡ADIÓS!

1

Aquí termina realmente la epopeya del señor Lamousset, aunque su paciencia tuviera que aguardar algunas semanas más. No había salvado aún todas las dificultades, y debían pesarse cuidadosamente las probabilidades y posibilidades antes de dar en último término el mejor paso.

Existía la inmensa dificultad de entrar en contacto personal con algún miembro de la familia de Lorán, pues el título había pasado tiempo atrás a una rama lateral, y la situación era muy delicada para ser explicada por correspondencia. Además, resultaba arduo mantener al doctor Cossard al margen del asunto, ya que Lamousset así lo había resuelto. Y suponiendo que se persuadiera a la nueva duquesa de Lorán —pues el duque se encontraba ausente cumpliendo con su patria— para que permitiera la reposición del crucifijo en el ataúd de su último dueño, lo probable era que el valioso tesoro no quedara allí. No. Lamousset decidió que debía buscarse otro medio. Muy cautelosamente salió en su búsqueda al día siguiente del que, después de increíbles demoras y molestias, junto con el doctor Cossard, llegó finalmente en un carro a París.

Aquel lunes sombrío, cuando Francia se encontraba de espaldas a la pared y los taxis de París corrían entre el polvo para encontrarse con el enemigo, que sólo estaba del Arco del Triunfo a la distancia de un agradable paseo, el señor Marrón, segundo jefe y padre de cinco hijos (que, según confiaba, en aquel momento mataban alemanes lo más rápidamente posible), se hallaba sentado en su oficina del Père Lachaise, en un estado de profundo abatimiento. No estaba muy seguro de que sus cinco hijos, o alguno de ellos, regresaran algún día. Tampoco tenía la certeza de seguir en el cargo de segundo jefe a la mañana siguiente. Sabía solamente que, aunque lo siguiera siendo, no podría cumplir con sus obligaciones, dado que de golpe y porrazo treinta de sus hombres fueron llevados aquella mañana a cumplir «allá» otra misión más importante.

«Allá», no tenía la menor duda, las cosas iban como desde el principio: muy mal. Otra retirada; esta vez la última. Marrón veía claramente cómo las granadas sacudían los bosques de blancas cruces. Miró sombríamente por la ventana. Al fin y al cabo, la vida era un negocio desagradable. Pese a todo, si llegaba a ocurrir lo peor, aun con sus sesenta años, sería capaz de reventarle el gaznate con una pala a uno de aquellos brutos inmundos.

Siguió mirando por la ventana durante un rato, y luego, sin dejar de hacerlo, se dirigió a un escribiente entrado en años que, a sus espaldas, sumaba flemáticamente unas columnas de cifras.

—Ahí están esos dos pajarracos que vienen a rondar por aquí todos los días. Parecen estar impacientes por reunirse con sus amigos.

Sin embargo, aquella tarde los pajarracos no siguieron de largo, como de costumbre, para perderse de vista por la ancha avenida central. En vez de obrar así, entraron en las oficinas, y uno de ellos, después de presentar su tarjeta, que llevaba impreso el nombre de Claudio Lamousset, comenzó a referirle a Marrón un relato que éste encontró muy interesante y patético. Según se desprendía, Lamousset había estado, cincuenta años atrás, en un puesto de carácter íntimo y confidencial, al servicio del entonces duque de Lorán. Hallándose a la sazón en París, después de una larga ausencia y en las postrimerías de su vida, surgió en él el deseo de colocar en el ataúd del amo, a quien tanto veneraba, un recuerdo de fidelidad y respeto: una cruz de siemprevivas.

Un deseo ingenuo, quizás; ¡inútil, tal vez! Pero Lamousset se sentiría agradecido si se le pudiera conceder.

La presencia, los modales y el sentimiento de Lamousset impresionaron favorablemente a Marrón; mucho más que su compañero: un pajarraco desagradable, encorvado, de ojos coléricos, picudo como un águila del parque zoológico y con las manos más grandes y huesudas que Marrón había visto adheridas a algún ser humano. Lamousset tenía porte distinguido, una petaquita de oro y un monóculo que

seducía a Marrón, cuando aquél se lo colocaba con un movimiento rápido. Ambos pajarracos eran, sin duda alguna, gente bien; sus ropas eran espléndidas; hasta el vetusto aguilucho, cuando hablaba, lo hacía como si esperara que se le ofreciera la propia silla oficial, la única de que disponía la oficina. El hecho es que Marrón se la ofreció y permaneció de pie durante el resto de la conversación.

—Al contrario, estimado señor, encuentro su relato muy interesante —dijo Marrón—. Después de todo, uno tiene sus sentimientos, aunque viva en el infierno; pero debo admitir que su petición es anormal; está en contra de todos los reglamentos del cementerio. Para abrir un sarcófago son necesarios ciertos trámites...

Detalló extensamente los pormenores, y Lamousset exteriorizó su contrariedad. No sabemos con seguridad... Mañana, quizá... ¿Quién sabe?

—Eso era verdad —admitió Marrón—. Al día siguiente tendrían quizá *sauerkraut*^[19] para el desayuno. Además suponía que Lamousset no tenía intención de robar los huesos del duque de Lorán. Finalmente, consintió en prestar aquel pequeño favor y en acceder, bajo su propia responsabilidad, a un ruego tan conmovedor. Si Lamousset tuviera la amabilidad de llevar sus siemprevivas a la tarde siguiente, lo más tarde posible, cuando todo estuviese tranquilo —es decir, siempre que hubiese un mañana—, un hombre aguardaría para abrir el ataúd y cerrarlo nuevamente.

—Estoy seguro —observó Lamousset al doctor Cossard, mientras se dirigían a las verjas— de que yo también hubiera sido un gran criminal. Lo de las siemprevivas fue una inspiración del genio, admítalo.

Marrón cumplió su palabra. «Allá» aquel martes aguantaban firmemente; se puso más alegre y no menos simpático.

Para su sorpresa e intenso placer, Lamousset encontró que la roja lamparilla seguía ardiendo fielmente encima del señor duque. Con sólo esta iluminación, pues Marrón lo juzgó más discreto, se abrió un poco el ataúd del final de la tercera fila, y Lamousset colocó en su interior su cruz de siemprevivas. Después de atornillarse la tapa, y de haberle dado las más sinceras gracias a Marrón, ya en el exterior, a la luz del sol, se volvió y saludó gravemente la puerta cerrada.

—Buenas tardes, señor duque.

Se caló con precisión su sombrero lustroso en la nevada cabeza, y siguió lentamente por el largo y estrecho sendero, para desear otras buenas tardes. Su Silvia yacía allí, en medio de aquel bosque de blancas cruces.

Permanecía aún de pie, evocando un soleado día bajo los álamos de Avrèches, cuando se le acercó Cossard lentamente. No había presenciado la escena de la tumba; según decía, seguía prefiriendo el exterior de los sepulcros. Se mantuvo lejos, apoyándose en el paraguas con sus manos grandes y amarillas.

Lamousset se alejó con el corazón oprimido por las cosas perdidas. Cossard apresuró el paso para alcanzarlo.

—No me abandone, Lamousset.

Los dos ancianos se miraron mutuamente.

—En realidad, no vale la pena —dijo Lamouset después de reflexionar—. Permítame que le enderece el sombrero, doctor.

3

El doctor Cossard murió en 1915. Aquella humorada de Lamousset, relativa a sus siemprevivas, nos presenta con toda exactitud la atmósfera en que decidió dejar el asunto del parque Monceau. Nunca trató de cerciorarse de si fueron las enormes manos del doctor Cossard las que asesinaron a Bretelles, junto al muro del teatro de la señora baronesa. Ni Cossard se ofreció a aclararlo. Así quedó el asunto; siguió en compañía del doctor hasta el final. Su opinión personal respecto a la verdad no turbó en absoluto su conciencia. Lamousset observaba su propio código, en el cual, desde el principio hasta el fin, aseveraba que todos, incluso él mismo, eran capaces de cualquier cosa.

Resistió hasta el invierno de 1917, en que la neumonía, después de una gripe, acabó con él. Lo enterraron junto con su monóculo y la petaca de rapé; quiso tener para la muerte, al igual que con la vida, un rasgo de elegancia.

FIN

Notas

- [1] Buenos días, mi gata. (*N. del T.*). <<
- [2] Como sacerdote, sacrifico a mi beldad; como pícaro, sacrifico a mi Dios... <<
- [3] Agua de Seltz. El autor realza la frase inglesa con el juego de palabras. (*N. del T.*). <<
- [4] Taller, gabinete de trabajo. <<
- [5] Noticias varias. <<
- [6] Coche de dos ruedas y con dos asientos, uno al frente y otro hacia atrás. (*N. del T.*). <<
- [7] Padre contra su voluntad. <<
- [8] ¿Qué ocurre? <<
- [9] Había dos colosos de París que sólo disponían de una mujer y un lecho. <<
- [10] En inglés, *diamond* significa, a la vez, diamante y el palo de oros de la baraja. (*N. del T.*). <<
- [11] Expresión sumamente vulgar, equivalente a «estamos perdidos». (*N. del T.*). <<
- [12] Estamos perdidos; completamente perdidos. Óyeme, muchacho... <<
- [13] Esta bribona. <<
- [14] Cafetín, taberna (*N. del T.*). <<
- [15] Desconfíe, doctor. Le va a jugar... (*N. del T.*). <<
- [16] ¡Cerdo! <<
- [17] ¡Maldito cerdo! <<
- [18] Soldado raso francés. (*N. del T.*). <<
- [19] Col agria. <<